



NUMERALIA BÍBLICA

Rodrigo G. Llanos Gómez





RODRIGO G. LLANOS GÓMEZ

Casado con Leticia, tienen 3 hijos
y una nieta.

Durante 45 años participó en el sector financiero privado, principalmente en México y algún tiempo en proyectos financieros del BID y USAID en EUA y Vietnam.

Vocero del portal encuentra.com, miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad La Salle de Morelia, miembro del Consejo consultivo de la Escuela de negocios de la Universidad La Salle (CDMX), miembro del Consejo de gobierno del Centro Rural de Educación Superior (CRES) de Estipac, Jalisco, presidente del Consejo Editorial de Proyecto M2050, consejero de empresas industriales e inmobiliarias con operaciones en varios estados de la República Mexicana.

Licenciado en Administración y maestría en Administración por la Universidad La Salle. Diplomado en Teología y graduado del Programa de Sagradas Escrituras en la Universidad de Navarra, actualmente estudia el diplomado en Filosofía, Ciencia y Religión en la Universidad de Navarra.

Ha publicado: *Levantando el vuelo* (2022); *Taking flight* (2023); *La Orquesta Filarmónica de Acapulco, Notas para una historia. Una travesía de 25 años* (2024); *Conoce a Vasco de Quiroga*; y *10 años de Proyecto M2050: El Poder de las Historias, la Fuerza del Cambio* (2025), todos bajo el sello editorial Proyecto M2050.



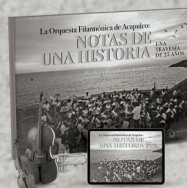
www.efee.com.mx

Foto: Kenji Onodera Hamano

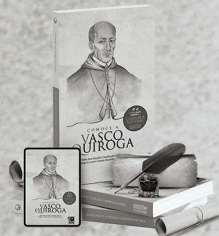
Rodrigo G. Llanos Gómez está presente
en las siguientes obras:



Levantando el vuelo
(Versión español e inglés)



La Orquesta Filarmónica
de Acapulco, Notas
para una historia. Una
travesía de 25 años



Conoce a Vasco
de Quiroga



10 años de Proyecto
M2050: El Poder de las
Historias, la Fuerza
del Cambio

Nota sobre el apellido Llanos

La Real Academia Española nació con la misión de custodiar la pureza y el buen uso de nuestro idioma. Sin embargo, a finales del siglo XX tomó la cuestionable decisión de suprimir de nuestro alfabeto la "ll" (doble ele) y la "ch", a pesar de que poseen un valor fonético propio y diferenciado. Como gesto de protesta frente a esta resolución, Rodrigo ha decidido escribir su apellido con doble ele mayúscula: "LL".

Editorial Proyecto M2050

Promovemos y documentamos historias de empoderamiento y acciones transformadoras para crear el México que queremos.

**¿Tienes una idea o una historia
que merece contarse?**

info@proyectom2050.org

www.proyectom2050.org



amazon books

Consíguelo en
Apple Books

Google Play
Books

Rakuten kobo

NUMERALIA BÍBLICA

Rodrigo G. LLanos Gómez

NUMERALIA BÍBLICA

Rodrigo G. LLanos Gómez



Comité editorial:

Rodrigo G. LLanos Gómez (Presidente), Jesús Alberto Bush Moya, Irma Gutiérrez Alfaro, Gustavo Pérez Berlanga, Alejandro Cubí Sánchez-Guijaldó, Eugenia Rangel Vera, Sylvia Perales, Norma Vicencio y Adán Fernández.

Título: Numeralia Bíblica

Editorial Proyecto M2050

Toltecas no. 166, col. Carola, alcaldía Álvaro Obregón, c.p.: 01180, CDMX

www.proyectom2050.org editorial@proyectom2050.org

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito conforme a las leyes de propiedad intelectual. La editorial respeta íntegramente los textos de los autores, lo cual no implica necesariamente compartir las opiniones expresadas en ellos.

© Rodrigo G. LLanos Gómez, autor, 2026

© Rodrigo G. LLanos Gómez, fotografías de interiores y portada, 2026

Fotografía de portada: © Rodrigo G. LLanos Gómez, 2012. Fotografía de un fresco del siglo XVI ubicado en el refectorio del exconvento de Santo Domingo de Guzmán, Oaxtepec, Morelos, México. Todos los derechos sobre la fotografía corresponden a su autor.

© Proyecto M2050, 2026, por la presente edición

ISBN: 978-970-96651-7-8

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM) y del Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor (CeMPro).

Directora editorial: Irma Gutiérrez Alfaro

Diseño de portada e interiores: Ediciones M2050 www.edicionesm2050.com

La transformación a libro electrónico del presente título fue realizada por Ediciones M2050, SA de CV
www.edicionesm2050.com ediciones@proyectom2050.org

Primera edición: septiembre de 2026

¿Quieres publicar un libro?

info@proyectom2050.org

NOTA SOBRE EL APELLIDO LLANOS

La Real Academia Española nació con la misión de custodiar la pureza y el buen uso de nuestro idioma. Sin embargo, a finales del siglo XX tomó la cuestionable decisión de suprimir de nuestro alfabeto la “ll” (doble ele) y la “ch”, a pesar de que poseen un valor fonético propio y diferenciado. Como gesto de protesta frente a esta resolución, Rodrigo ha decidido escribir su apellido con doble ele mayúscula: “LL”.

SOBRE LA PORTADA

La portada reproduce una fotografía del fresco del siglo XVI que representa la multiplicación de los panes y los peces, el único milagro —además de la Resurrección— narrado por los cuatro evangelistas:

- *Mateo 14,13-21*
- *Marcos 6,30-44*
- *Lucas 9,10-17*
- *Juan 6,1-15*

El Evangelio según san Juan añade un detalle particularmente significativo: es un muchacho quien lleva los cinco panes de cebada y los dos peces. Asimismo, sitúa este relato como introducción al discurso del Pan de Vida: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35).

El fresco se encuentra en el refectorio del exconvento de Santo Domingo de Guzmán, en Oaxtepec, Morelos, México.

Fotografía: Rodrigo G. Llanos Gómez, octubre de 2012.

RESUMEN

Numeralia bíblica estudia el uso de los números en la Sagrada Escritura desde una perspectiva católica, bíblica y hermenéuticamente prudente. Parte de una premisa fundamental: en la Biblia los números no son claves secretas, cifras dotadas de poder propio ni un sistema paralelo de revelación, sino elementos integrados en la forma literaria, litúrgica y teológica del texto inspirado. El siete, el diez, el doce, el cuarenta, el setenta y otros números son abordados en relación con los grandes momentos de la historia de la salvación: creación, alianza, prueba, purificación, misión, juicio, misericordia y consumación. Su significado no se impone desde fuera del texto, sino que se discierne atendiendo a su recurrencia, a su función estructural, a su contexto histórico y a su inserción en la unidad de toda la Escritura.

La obra distingue cuidadosamente entre simbolismo numérico bíblico (el significado simbólico, profético y espiritual que tienen los números dentro de las Sagradas Escrituras); gematría (método de interpretación alfanumérica en el que a cada letra se le asigna un valor numérico. Al sumar estos valores, las palabras adquieren un número); y numerología esotérica (significado místico, espiritual y oculto de los números). El simbolismo numérico reconoce el valor del símbolo cuando nace del propio tejido bíblico; examina con cautela las posibles resonancias filológicas, culturales o teológicas de ciertos números; y rechaza toda lectura que convierta la Revelación en un código oculto o en una gnosis reservada a iniciados. Su método se apoya en el sentido literal, los géneros literarios, la analogía de la fe, la Tradición viva de la Iglesia y la lectura cristológica de la Escritura. Por ello, cada interpretación se formula según diversos grados de certeza —segura, probable, sugerente, especulativa o no recomendable—, evitando tanto el reduccionismo racionalista como la sobreinterpretación simbólica. Los números pueden ordenar la inteligencia de la fe y abrir caminos legítimos de contemplación; pero la plenitud de la Escritura no se encuentra en una cifra escondida, sino en Cristo, Verbo encarnado, centro de la Revelación y cumplimiento definitivo de la historia de la salvación.

DEDICATORIA

*A mi amada Leticia,
que sabe contar cifras y reconocer bendiciones.*

*Por su inteligencia clara, su amor por los números y
su capacidad para descubrir armonía donde otros solo ven cantidades.*

Con gratitud a Dios por haber unido su vida a la mía.

Rodrigo

14 de julio 2026.

AGRADECIMIENTOS

“Agradezco a Pablo Arce, a Begoña Nalda y a Alejandro Ramírez, que leyeron estas páginas mientras se escribían y las mejoraron dos veces: con sus comentarios y con su ánimo. Los errores que queden son míos.”

“Agradezco a Irma Gutiérrez y a su equipo la paciencia que me han tenido para concretar este proyecto, su apoyo ha enaltecido mi propuesta notablemente.”

Rodrigo

septiembre 2026

SOBRE EL LIBRO

Numeralia bíblica es el primer volumen de una serie sobre temas que atraviesan la Escritura. Trata el simbolismo de los números bíblicos y, sobre todo, enseña a distinguir lo que el texto dice de lo que el lector infiere.

Emplea como texto único **La Biblia. El Libro del Pueblo de Dios**, en la traducción de Levoratti y Trusso, y lee desde la tradición católica. Clasifica cada afirmación en cinco grados —seguro, probable, sugerente, especulativo y no recomendable—, explicados en el capítulo «Cómo seguimos el hilo».

Está escrito para lectores creyentes no especialistas.

SOBRE ESTA SERIE

HILOS DE LA ESCRITURA

La Biblia puede leerse de muchas maneras. Libro por libro, siguiendo el orden del canon. Época por época, reconstruyendo la historia de Israel. Domingo a domingo, al ritmo de la liturgia. Todas son buenas y todas tienen sus libros.

Esta serie propone otra, que es menos frecuente y tiene una ventaja propia: **seguir un hilo**.

Un hilo es un tema que atraviesa la Escritura de un extremo a otro y reaparece en libros muy distintos, escritos con siglos de diferencia, en géneros que no se parecen. Los números son un hilo. La preservación de un resto fiel es otro. Y hay más: la alianza, el desierto, el nombre, la promesa, el extranjero, la memoria.

Seguir un hilo tiene una virtud que la lectura libro por libro no puede dar. Muestra que la Biblia, con toda su diversidad, no es una biblioteca de textos sueltos. Cuando se ve cómo el siete de Génesis 1 reaparece en Levítico, en Josué, en Daniel y en el Apocalipsis, y cómo cada aparición conserva algo y añade algo, se percibe una unidad que la tradición viva recuerda, relee y profundiza.

También tiene un riesgo, y conviene decirlo aquí. Quien sigue un hilo tiende a verlo por todas partes. Un libro sobre los números encuentra números; un libro sobre el desierto encuentra desiertos. Esa deformación es real y no se corrige con buena voluntad. Se corrige con método, y por eso el capítulo siguiente explica el nuestro antes de que empiece el recorrido.

POR QUÉ LOS NÚMEROS SON EL PRIMER HILO

Que este volumen sea el primero no responde a un orden cronológico ni a una preferencia del autor. Responde a que **los números son el mejor lugar posible para aprender a discernir**.

En ningún otro tema bíblico la tentación de sobreinterpretar es tan vívida. Un número es breve, exacto y se presta al cálculo; basta con sumar, multiplicar o descomponer para que aparezcan relaciones nuevas, y casi todas serán verdaderas como aritmética. Ningún otro material bíblico ofrece tantas maneras de encontrar lo que uno fue a buscar.

Y en ningún otro tema el fracaso está tan documentado. Hay fechas anunciadas que pasaron, identificaciones del 666 que se sucedieron durante siglos señalando a personas distintas, sistemas de correspondencias que prometían la clave de la historia y no explicaron nada. La numerología ha dejado un rastro de errores comprobables, y ese rastro es una escuela.

Quien aprenda aquí a graduar sus certezas —a distinguir lo que el texto dice de lo que nosotros inferimos, y lo hermoso de lo demostrado— podrá hacerlo después con cualquier otro hilo. Empezamos por los números porque son el campo de entrenamiento.

QUÉ ESPERAR DE LOS VOLÚMENES SIGUIENTES

El segundo será *El resto fiel*: la doctrina de la comunidad que Dios preserva purifica y vuelve a reunir en medio del juicio, desde Noé hasta el Apocalipsis. Otros temas irán apareciendo con el tiempo.

Los volúmenes son independientes: cada uno se lee solo, sin necesidad de haber leído los demás. Pero no son intercambiables. Este primero prepara para los otros, porque enseña el método sobre el material que más lo exige, y quien lo lea antes llegará a los siguientes con un instrumento que allí ya se da por conocido. No es un requisito; es una ventaja.

Lo único que todos comparten, además del propósito, es ese método: el capítulo que sigue a esta presentación se repite en cada volumen, con los mismos cinco grados de certeza y los mismos criterios de discernimiento. Quien lea dos reconocerá el instrumento; quien lea uno solo lo tendrá completo.

Todos usan el mismo texto bíblico, *La Biblia. El Libro del Pueblo de Dios*, y todos leen desde la tradición católica.

UNA NOTA SOBRE LO QUE ESTA SERIE NO ES

No es una introducción general a la Biblia. Da por supuesto un lector que ya la frecuenta, aunque no sea especialista.

No es tampoco un libro de consulta. Los capítulos están ordenados para que enseñen algo progresivamente, y quien lea solo el capítulo del 666 se llevará la información, pero no el criterio, que es lo que estos libros quieren dejar.

Y no es un catálogo de respuestas. En más de una ocasión diremos que un pasaje admite dos lecturas y que no sabemos cuál eligió el autor sagrado. Esa clase de página es más útil de lo que parece: enseña que decir «no lo sabemos» es una conclusión legítima, y a menudo la única honesta.

CÓMO SEGUIMOS EL HILO

El método de la serie

UNA PROMESA Y UNA ADVERTENCIA

Aquí no vas a encontrar claves ocultas.

No hay en estas páginas un código escondido detrás de la Biblia, ni una cifra que abra puertas cerradas, ni una revelación reservada a quienes sepan calcular. Si eso es lo que buscabas, este libro te va a decepcionar, e importa que lo sepas en la primera página y no en la ochenta.

Lo que sí vas a encontrar es otra cosa, y creemos que vale más: **cómo distinguir un símbolo de una ocurrencia.**

Porque los números de la Escritura significan. El siete acompaña la creación y el descanso. El cuarenta marca la prueba. El doce evoca al pueblo reunido. Eso es verdad y este libro lo va a mostrar despacio. Pero junto a esos significados reales circula una enorme cantidad de invención, y buena parte de ella se presenta con lenguaje piadoso, con citas bíblicas y con aire de descubrimiento.

Separar una cosa de la otra no se hace por instinto. Se hace con un método. Este capítulo lo explica, y todos los volúmenes de esta serie lo emplean sin excepción.

POR QUÉ HACE FALTA UN MÉTODO

Podría parecer que basta con leer bien y tener buen juicio. No basta, y hay que entender por qué.

El problema no es que la gente sea crédula. El problema es que **una asociación numérica falsa y una verdadera se parecen mucho por fuera.** Las dos citan la Biblia. Las dos suelen ser verdaderas en su aritmética. Las dos producen esa pequeña descarga de reconocimiento —«mira, encaja»— que confundimos con evidencia.

Un ejemplo servirá, y es de los buenos. En Juan 21, la red de los discípulos recoge ciento cincuenta y tres peces. Resulta que ciento cincuenta y tres es la suma de todos los números del uno al diecisiete: $1 + 2 + 3 + \dots + 17 = 153$. Y diecisiete puede leerse como diez más siete: la Ley y el Espíritu. De ahí, una lectura hermosa: la Iglesia reúne en su red la plenitud nacida de la Ley y de la gracia.

Es de san Agustín. Es bella. Y la operación matemática es exacta: cualquiera puede comprobarla.

Nada de eso demuestra que Juan escribiera ciento cincuenta y tres por esa razón. El Evangelio no lo dice. Podría ser; también podría ser que los peces fueran ciento cincuenta y tres porque los contaron. Que una relación matemática sea verdadera **no demuestra que fuera intencionada**, y confundir esas dos cosas es el mecanismo que produce casi toda la numerología.

Volveremos sobre este caso al final del capítulo, porque tiene una lección más.

LA ESCALA DE CERTEZA

La herramienta central de esta serie es una escala de cinco grados. Cada lectura que proponemos queda situada en uno de ellos, sin excepción y sin etiquetas intermedias.

La escala **no mide la belleza de una interpretación, ni su antigüedad, ni la autoridad de quien la propuso.** Mide una sola cosa: la firmeza con que el texto bíblico sostiene esa lectura. La pregunta es siempre la misma. ¿Lo dice el texto, o lo estamos infiriendo nosotros?

SEGURO

El texto lo establece. No hay que inferir nada: basta leerlo.

Que Israel camine cuarenta años por el desierto es seguro, porque el texto lo cuenta. Que el relato de la creación esté estructurado en siete días es seguro, porque el estribillo aparece seis veces y el séptimo se nombra aparte. Que Daniel investigue los setenta años anunciados por Jeremías es seguro: el propio libro lo dice con esas palabras. Que Mateo organice la genealogía de Jesús en tres grupos de catorce generaciones es seguro, porque Mateo lo declara. Que el Apocalipsis despliegue su visión en septenarios es seguro: están contados.

Conviene una precisión que en esta serie importa mucho. «Seguro» describe **lo que el texto dice**, y solo eso. Una regla de interpretación por buena que sea —«no debe usarse el 666 para señalar a nadie»— no es un dato del texto, sino un juicio nuestro. Esas afirmaciones no se clasifican como seguras: van al último grado, donde les corresponde. Prestarles la autoridad del primero sería exactamente el vicio que esta escala existe para impedir.

PROBABLE

La lectura está sólidamente fundada en el texto y en su contexto, pero requiere un paso de inferencia que el texto no da explícitamente.

Que las setenta personas que bajan a Egipto con Jacob evoquen la totalidad de los pueblos —también setenta en la tabla de las naciones— es probable: los dos textos pertenecen al mismo libro y comparten una misma manera de contar. Pero el Génesis no traza esa línea, y trazarla es cosa nuestra.

Lo mismo ocurre en el otro Testamento. Que los tres grupos de catorce de Mateo resuenen con el valor numérico del nombre David en hebreo es probable: el Evangelio es abiertamente davídico desde su primer versículo, y la coincidencia refuerza algo que el texto ya afirma. Pero Mateo no explica su estructura, y quien diga que la explicó está añadiendo.

SUGERENTE

La asociación es coherente, puede iluminar la contemplación, y no puede presentarse como conclusión.

Que los poemas de Lamentaciones recorran el alfabeto hebreo entero, letra por letra, y que esa forma exprese un duelo que no deja nada fuera, es una lectura hermosa y coherente. El acróstico es un hecho; que signifique eso es una lectura nuestra, buena y no obligatoria.

Aquí vive la mayor parte de la tradición espiritual sobre los números, y aquí queda —lo cual no la disminuye. Una lectura sugerente puede ser espiritualmente fecunda durante siglos. Lo que no puede es fundar una doctrina ni cerrar una discusión.

ESPECULATIVO

La lectura depende de reconstrucciones frágiles, de cadenas largas de asociaciones, o de relaciones que el texto no señala.

En el Génesis, Abraham reúne trescientos dieciocho hombres para rescatar a Lot. La tradición cristiana antigua leyó en esa cifra una referencia a Cristo y a la cruz, apoyándose en equivalencias alfabéticas griegas. Es un testimonio valioso de cómo leía la Iglesia primitiva; como explicación de lo que Génesis 14 dice, es especulativo, y depende de una lengua que el pasaje no habla.

Vale una regla práctica: **cuanto más eslabones necesita una cadena para llegar de un texto a otro, más débil es**. Si para conectar dos pasajes hay que pasar por un valor numérico, más una equivalencia alfabética, más una traducción intermedia, más una fecha calculada, lo que se tiene no es un hallazgo: es una construcción.

NO RECOMENDABLE

Lecturas que deben desecharse, no porque sean improbables, sino porque hacen daño.

Aquí van los cálculos de fechas, las identificaciones del 666 con personas concretas, el uso de un número como prueba de una doctrina, y toda lectura que convierta la Escritura en un código para iniciados. En esta serie, **ninguna ficha crítica queda sin este grado**: si un capítulo no señala qué no debe hacerse con su material, ha dejado al lector sin lo que vino a buscar.

SEIS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO

La escala dice dónde queda una lectura. Estos criterios ayudan a decidirlo. Los aplicamos en toda la serie, y el lector puede aplicarlos por su cuenta a cualquier afirmación que le llegue.

1. Ningún número prueba por sí solo una doctrina. Una cifra puede acompañar, ordenar o iluminar una verdad de fe; no puede fundarla. Si una enseñanza solo se sostiene sobre un cálculo, no se sostiene.

2. Ningún cálculo sustituye el sentido literal. Antes de preguntar qué significa un número, hay que preguntar qué hace en su pasaje: si cuenta una cantidad, si estructura un relato, si marca un ritmo litúrgico, si intensifica una imagen. El sentido simbólico, cuando existe, nace de ahí.

3. La repetición no implica simbolismo. Que un número aparezca muchas veces puede deberse a que es una cantidad frecuente. Doce no significa siempre el pueblo de Dios; a veces significa doce.

4. La belleza de una asociación no equivale a certeza. Este es el más difícil de aplicar, porque va contra el propio gusto. Una lectura que emociona pide ser verdadera. La escala existe, en buena medida, para resistir esa presión.

5. Demostrar una relación no demuestra una intención. Que 153 sea la suma de 1 a 17 es comprobable. Que Juan lo eligiera por eso, no. La aritmética prueba aritmética.

6. La lectura cristiana nace de la unidad de la Escritura, no de ocurrencias. Que un número del Antiguo Testamento apunte a Cristo puede ser legítimo cuando el Nuevo Testamento lo señala o cuando la tradición de la Iglesia lo ha leído así. No lo es cuando la conexión la inventa el intérprete y la sostiene solo el cálculo.

DESDE DÓNDE LEEMOS

Es bueno que el lector sepa de dónde viene lo que va a leer.

El texto base de toda la serie es La Biblia. El Libro del Pueblo de Dios. Todas las citas proceden de esa traducción y han sido comprobadas contra ella. Cuando una diferencia de traducción afecte al sentido, lo diremos.

Esto no es un detalle administrativo. Trabajando en este mismo volumen descubrimos que dos palabras cambiaban un argumento. Donde el griego de Apocalipsis 13,18 dice «aquí está la sabiduría», el texto base arriesga «para esto se precisa sutileza»; comprobar esa libertad nos obligó a preguntarnos qué clase de sabiduría pide ese pasaje, y la respuesta —está en el capítulo del 666— terminó de darle forma a este libro. Y donde otras traducciones distinguen el comienzo del Génesis del comienzo del Evangelio de Juan, esta los abre con las mismas dos palabras: «Al principio». Ese eco no lo pusimos nosotros. Estaba, y lo vimos al comprobar.

Leemos la Biblia católica completa. Todos sus libros se citan del mismo modo y con la misma autoridad.

Leemos desde la tradición católica, y desde ella interpretamos. Cuando la lectura de la Iglesia difiera de otra propuesta, venga de donde venga y por respetable que sea la erudición que la sostenga, prevalece la católica. La exégesis ajena puede iluminar una cuestión filológica, un dato histórico o una estructura literaria, y la citaremos con gratitud cuando lo haga; lo que no hará es funcionar como contrapeso de la lectura eclesial. Cuando haya habido pluralidad **dentro** de la tradición —y la hubo con frecuencia, también entre los Padres—, lo haremos constar, porque forma parte del patrimonio de la Iglesia y no de su discusión con nadie.

Nuestro marco es el que la Iglesia establece para leer la Escritura: el sentido literal como base, los géneros literarios, la unidad de toda la Biblia, la Tradición viva y la analogía de la fe. Los sentidos espirituales se apoyan en el literal; no lo sustituyen ni lo contradicen.

UNA LECTURA QUE TUVIMOS QUE RETIRAR

Terminamos volviendo a los ciento cincuenta y tres peces, porque este libro no habría sido honesto si solo aplicara la escala a los errores ajenos.

Cuando empezamos a trabajar sobre ese pasaje, la lectura agustiniana nos parecía más que sugerente. La suma de 1 a 17 es exacta. El 17 como 10 más 7 —Ley y Espíritu— es elegante. La conexión con Ezequiel 47, donde las aguas del Templo producen abundancia de peces, añadía una capa más. Todo encajaba, y encajaba bonito.

Aplicando los criterios, no aguanta. El Evangelio no explica el número (criterio 2). La relación matemática es real pero no prueba intención (criterio 5). La conexión con Ezequiel requiere una cadena de eslabones que Juan no da (criterio 4 y la regla de la cadena). Y la lectura del 17 como 10 más 7 es una descomposición entre varias posibles, elegida porque produce el resultado que queríamos.

Queda en **sugerente**. No en probable, que es donde nos habría gustado ponerla.

Retirla no la destruye: san Agustín sigue siendo san Agustín, y esa lectura seguirá alimentando la contemplación de muchos. Lo que cambia es su estatuto. Deja de ser una explicación del texto y pasa a ser una meditación sobre él, que es lo que siempre fue.

Y ahí está, en pequeño, lo que esta serie propone. No leer menos, sino saber qué se está leyendo. La Escritura tiene una belleza ordenada, pero no es un acertijo, y su plenitud no está escondida en una cifra: está en Cristo.

Sobre la portada.....	5
Resumen.....	7
Dedicatoria.....	9
Agradecimientos.....	11
Sobre el libro.....	13
Sobre esta serie.....	15
Hilos de la Escritura.....	15
Por qué los números son el primer hilo.....	15
Qué esperar de los volúmenes siguientes.....	15
Una nota sobre lo que esta serie no es.....	15
Cómo seguimos el hilo.....	17
El método de la serie	
Una promesa y una advertencia.....	17
Por qué hace falta un método.....	17
La escala de certeza.....	17
Seguro.....	17
Probable.....	18
Suggerente.....	18
Especulativo.....	18
No recomendable.....	18
Seis criterios de discernimiento.....	18
Desde dónde leemos.....	19
Una lectura que tuvimos que retirar.....	19
 Serie Hilos de la escritura.....	 35
 Volumen I – Numeralia bíblica.....	 35
Contar, ordenar y significar en la Escritura	
 Parte I	
Los números que la escritura establece.....	37
I. El 7 Plenitud, descanso y consumación.....	39
I. La plenitud como lenguaje bíblico.....	39
II. El 7 en la Biblia hebrea: creación, sábado y alianza.....	39

1. La creación: el mundo ordenado hacia el reposo.....	39
2. El sábado: memoria de creación y liberación.....	40
3. Culto, calendario y justicia.....	40
4. Jericó: obediencia con forma litúrgica.....	40
5. Violencia, purificación y sabiduría.....	40
6. El siete multiplicado.....	41
III. El 7 en el Nuevo Testamento.....	41
1. Jesús, Señor del sábado.....	41
2. Hebreos 4: el descanso prometido.....	41
3. Del desquite multiplicado al perdón sin medida.....	41
4. Plenitud negativa del mal.....	41
5. Iglesia, servicio y oración.....	41
IV. El Apocalipsis: la historia bajo el signo del Cordero.....	42
V. Del séptimo día al día octavo.....	43
VI. Ficha crítica del número 7.....	43
Grado de certeza.....	44

2. El 12 El pueblo convocado: Israel, los Doce y la ciudad santa.....	45
I. El número del pueblo reunido.....	45
II. Las doce tribus: el pueblo nacido de la promesa.....	45
Las listas que no cuadran.....	45
III. El 12 como memoria: Israel hecho presente ante Dios.....	46
IV. Jesús y los Doce: la esperanza de Israel restaurada.....	46
V. Judas, Matías y el 12 restaurado.....	47
VI. Los Doce y la forma apostólica de la Iglesia.....	47
VII. El 12 en el Apocalipsis: la ciudad del pueblo consumado.....	47
VIII. Ficha crítica del número 12.....	48
Grado de certeza.....	48
IX. Cristo, centro del pueblo convocado.....	48

3. El 40 Prueba, preparación y obediencia nueva.....	49
I. El tiempo que conduce al umbral.....	49
II. Cuarenta días de diluvio: juicio, preservación y alianza.....	49
III. Moisés en el Sinaí: revelación, mediación e intercesión.....	49
IV. Cuarenta años en el desierto: la libertad educada.....	50
El precio del cuarenta.....	50
V. Cuarenta días de exploración: el don visto desde el miedo.....	50
VI. Elías camino del Horeb: retorno al origen y misión renovada.....	51
VII. Cuarenta días de Nínive: el juicio que abre misericordia.....	52
El oráculo más breve de la Escritura.....	52
Y una tentación que hay que mirar de frente.....	52
VIII. Jesús en el desierto: el Hijo que atraviesa la prueba de Israel.....	53
IX. Cuarenta días del Resucitado: Reino, Espíritu y misión.....	53
X. La Cuaresma: recepción eclesial del 40.....	53
XI. Ficha crítica del número 40.....	53
Grado de certeza.....	53
XII. Cristo, que atraviesa el tiempo con nosotros.....	54

4. El 10 La libertad rescatada y ordenada por la Palabra.....	55
I. La totalidad puesta bajo la Palabra	55
II. Las diez plagas: Dios deshace la esclavitud	55
Dos cosas que el relato dice y que suelen omitirse	55
III. Las diez palabras: Dios ordena la libertad.....	56
IV. De las plagas a las palabras.....	57
V. El diezmo: reconocer que todo viene de Dios.....	57
VI. Ecos del 10 en el Nuevo Testamento.....	57
VII. Ficha crítica del número 10.....	58
Grado de certeza.....	58
VIII. Cristo, que cumple la Ley desde dentro	58
5. El 3 Manifestación, confirmación y Pascua.....	59
I. El número del umbral.....	59
II. El tercer día: espera, visión y manifestación	59
III. Tres días: descenso, prueba y retorno	59
IV. Tres testigos: confirmación y discernimiento.....	60
V. El tercer día de Cristo	60
VI. El tres y la restauración de Pedro	61
VII. El tres, la liturgia y la Trinidad	61
VIII. Ficha crítica del número 3.....	62
Grado de certeza.....	62
IX. Cristo, el que baja hasta la respuesta.....	62
6. El 70 y El 72 La amplitud de los pueblos, la misión del Reino y las setenta semanas	65
I. Los pueblos ante la mirada de Dios.....	65
II. Setenta pueblos: la humanidad dispersa	65
III. Setenta que bajan a Egipto: la promesa en germen	65
IV. Setenta ancianos: la carga compartida	66
Lo que rodea a esa escena	66
Y los dos que no fueron.....	66
V. Setenta años y setenta semanas.....	66
Una cifra que la historia no cumple exactamente.....	66
Las setenta semanas de Daniel	67
VI. Setenta veces siete.....	67
VII. Setenta o setenta y dos enviados	67
VIII. De dos en dos: comunión enviada.....	68
IX. Paz, Reino y alegría purificada.....	68
X. Ficha crítica de los números 70 y 72.....	68
Grado de certeza.....	68
XI. Cristo, centro de la humanidad reunida y enviada.....	69
Cierre de la Parte I	
Síntesis del bloque y tablas de comprobación.....	71
Síntesis: Cómo se reconoce un uso establecido.....	73
I. El texto los cuenta él mismo	73

2. Sus apariciones se parecen entre sí	73
3. Sobreviven a que los detalles cambien	73
4. El propio texto los relativiza cuando hace falta.....	73
Lo que quedó sin resolver.....	73
Recuento de hallazgos	74
Tablas de comprobación	74
Tabla 1 — Los dones del Espíritu en Isaías 11,2-3	74
Tabla 2 — Las listas de las doce tribus	74
Tabla 3 — Los grandes cuarentas y lo que viene después	75
Tabla 4 — Las tres preguntas a Pedro.....	75
Tabla 5 — El desglose de las setenta semanas	75

Parte II

Los números de la creación y la alianza 77

7. El 1 Unidad, unicidad de Dios y principio 79

I. El número de la confesión primera	79
II. Al principio: Dios uno, creación diversa	79
III. «El único Señor»: fidelidad indivisa.....	79
Lo que viene inmediatamente después	80
Pero hay que mirar los números, que es a lo que hemos venido.....	80
IV. Unidad de alianza y comunión.....	80
V. Un solo cuerpo, una sola fe, un solo bautismo	80
VI. Recapitular todas las cosas en Cristo.....	82
VII. Ficha crítica del número 1	83
Grado de certeza.....	83
VIII. Cristo, en quien todo se mantiene	83

8. El 2 Alteridad, testimonio, alianza y discernimiento 85

I. El número de la alteridad	85
II. «No conviene que el hombre esté solo»	85
III. Dos caminos, dos testigos	86
IV. Alianza inscrita, misión compartida	86
V. Dos que pueden dividir.....	86
Caín y Abel	87
Otros contrastes.....	87
VI. Ficha crítica del número 2.....	87
Grado de certeza.....	87
VII. Cristo, testigo fiel y reconciliador	88

9. El 4 Mundo creado, totalidad cósmica y extensión universal..... 89

I. El mundo creado ante Dios	89
II. Los cuatro ríos del Edén.....	89
III. Los cuatro confines: totalidad espacial	90
Y una honestidad sobre estos textos.....	90
IV. Los cuatro vientos: la historia en movimiento.....	90
V. Los cuatro Seres Vivientes.....	91
Los cuatro evangelios, o cómo un Padre razonó con un número	91

VI. Hasta los confines de la tierra.....	91
VII. Ficha crítica del número 4.....	91
Grado de certeza.....	92
VIII. Cristo, Señor de la creación entera	92
10. El 6 La obra buena ante el descanso de Dios	93
I. La criatura antes del descanso	93
II. Seis días de creación.....	93
III. Seis días de trabajo	93
IV. Seis años de cultivo, y la deuda que la tierra cobra.....	94
Lo que ocurre si el séptimo año no se cumple	94
V. Seis tinajas en Caná.....	94
VI. Seiscientos sesenta y seis	94
VII. Ficha crítica del número 6.....	95
Grado de certeza.....	95
VIII. Cristo, plenitud de la obra y verdadero descanso	96
11. El 8 El octavo día y la nueva creación.....	99
I. Una advertencia previa: cuando siete y ocho significan «unos cuantos».....	99
II. El octavo día de la circuncisión	99
Una precisión del texto que más vale no perder	99
III. Ocho personas salvadas, y todos los demás	100
Por qué son ocho.....	100
IV. El octavo día en la Ley.....	100
V. El primer día y el octavo día	101
VI. Bautismo y vida nueva	101
VII. Ficha crítica del número 8.....	102
Grado de certeza.....	102
VIII. Cristo, octavo día y nueva creación	102
12. El 49 y El 50 Siete veces siete, jubileo y Pentecostés	103
I. El tiempo que madura y se abre	103
II. Siete veces siete.....	103
III. El año jubilar.....	103
IV. El límite del jubileo.....	104
V. Siete semanas y el día cincuenta	105
VI. Pentecostés.....	106
VII. Jubileo, perdón y misión.....	106
VIII. Ficha crítica de los números 49 y 50	106
Grado de certeza.....	106
IX. Cristo, plenitud jubilar y dador del Espíritu	107
Cierre de la Parte II	
Síntesis del bloque y tablas de comprobación.....	109
Síntesis: Unidad, orden y tiempo	111
1. En este bloque, lo que más enseña está en el versículo siguiente.....	111
2. La desproporción como argumento	111

3. Los números que la propia Biblia relativiza	111
4. Un prejuicio desmontado	111
Lo que quedó sin resolver	111
Recuento de hallazgos	112
Tablas de comprobación	112
Tabla 6 — La aritmética de Éxodo 20,5-6	112
Tabla 7 — El sexto día en Génesis 1,31	112
Tabla 8 — Números consecutivos como modismo	112
Tabla 9 — El alcance del jubileo en Levítico 25	112

Parte III

Los números discutidos 113

13. El 14 David, genealogía y mesianismo..... 115

I. Una cifra discreta, una memoria decisiva	115
II. David: memoria y promesa.....	115
III. El 14 como resonancia davídica	116
Qué es y qué no es la gematría	116
Por qué aquí sí, y con qué límite.....	116
IV. Las cuentas que no cuadran.....	116
V. Una genealogía teológica	117
Las cinco mujeres.....	117
VI. De David al exilio, y del exilio a Cristo	118
VII. Ficha crítica del número 14.....	118
Grado de certeza.....	118
VIII. Cristo, hijo de David e hijo de Abraham	118
El centro no es el número: es Cristo.....	118

14. El 17 La promesa custodiada en el camino 121

I. Un número sugerente, no una clave universal	121
II. José a los diecisiete años	121
III. Diecisiete años con José.....	121
Lo que hay entre esos dos versículos	122
IV. Mal humano y providencia divina.....	122
V. Las edades de los patriarcas: una lectura que no aguanta.....	123
Lo que se sostiene	123
Lo que no se sostiene.....	123
Lo que esto enseña.....	124
VI. Hacia el 153.....	124
VII. Ficha crítica del número 17.....	124
Grado de certeza.....	124
VIII. Cristo, cumplimiento de la promesa custodiada	125

15. El 153 La red llena y la misión reunida en Cristo..... 127

I. Una cifra única en una escena pascual.....	127
II. La noche vacía y el amanecer	127
III. La red que no se rompe	128
IV. Pedro, la barca y el amor que apacienta	128

V. La comida en la orilla.....	129
VI. La lectura de san Agustín, y por qué la dejamos donde está.....	129
En qué consiste	129
Primer problema: la relación es verdadera y no prueba nada.....	129
Segundo problema: el diecisiete se descompone de ocho maneras	129
Tercer problema: Juan no dice nada.....	130
Dónde queda, entonces.....	130
VII. Otras lecturas tradicionales.....	130
VII bis. Cómo termina el capítulo de la red llena	130
VIII. Ficha crítica del número 153	131
Grado de certeza.....	131
IX. Cristo, Señor de la red llena	131

16. El 77 y El 490 Violencia multiplicada y perdón sin medida.....	133
I. El canto de Lamec	133
II. Pedro pregunta por el límite.....	134
III. La frase que Jesús toma prestada	134
Lo que dice el hebreo.....	134
Lo que hicieron los traductores griegos	134
Lo que hizo Mateo.....	135
Y lo que nuestra traducción no puede conservar	135
Qué cambia con esto.....	135
IV. Setenta y siete o cuatrocientos noventa.....	135
V. La parábola, y cómo termina	136
VI. Perdón no significa impunidad.....	136
VII. El otro Lamec, y una tentación.....	136
VIII. Ficha crítica de los números 77 y 490.....	137
Grado de certeza.....	137
IX. Cristo, medida sin medida del perdón.....	137

Cierre de la Parte III

Síntesis del bloque y tablas de comprobación	139
---	------------

Síntesis: Cuándo una lectura hermosa no puede subir de grado	141
1. El mecanismo es siempre el mismo: elegir la descomposición	141
2. Y sin embargo, aquí también se sube de grado.....	141
3. Lo que el desajuste enseña	141
Lo que quedó sin resolver.....	142
Recuento de hallazgos	142
Tablas de comprobación	142
Tabla 10 — El recuento de la genealogía de Mateo	142
Tabla 11 — Las edades de los patriarcas	142
Tabla 12 — Las propiedades del 153	142
Tabla 13 — Una fórmula, dos traducciones.....	143
La prueba del instrumento.....	143
Qué ha ocurrido.....	143
Qué significa para la escala.....	143
Lo que corregimos.....	143

Parte IV

Los números que resisten el simbolismo 145

17. Cifras que no significan Censos, cronologías y edades 147

I. Por qué este capítulo existe	147
II. Lo que la Iglesia enseña sobre esto.....	147
La inerrancia y su alcance.....	147
Cómo hay que leer, entonces.....	147
Y una advertencia contra el fundamentalismo	147
III. Los censos del desierto	148
Las cifras	148
Lo que esas cifras implican.....	148
La dificultad que está dentro del propio texto.....	148
La propuesta más discutida	148
Lo que este libro dice.....	149
IV. Las cronologías de los reinados	149
Cómo está construido el problema	150
Lo que se ha propuesto.....	150
Lo que este libro dice.....	150
V. Las edades de los patriarcas	150
Tres textos que no coinciden	150
Un ejemplo que se entiende de golpe.....	150
Qué se sabe de esas diferencias	151
El dato que aquí importa.....	151
Y una honestidad sobre el otro lado.....	151
VI. Un Padre de la Iglesia ante esta misma dificultad	151
VII. Qué hacer con las cifras que no ceden.....	152
VIII. Ficha crítica de las cifras que no significan	152
Grado de certeza.....	152
IX. Cristo, y la condescendencia de Dios.....	153

18. El 13 Un número culturalmente denso, bíblicamente discreto 155

I. Una fama que no nació en la Biblia	155
II. Dónde aparece realmente.....	155
Siete años y trece años.....	155
Y estaría leyendo mal, aunque la observación de fondo sea correcta.....	155
III. El caso de la Última Cena.....	156
IV. Cómo nacen las falsas equivalencias	156
VI. Ficha crítica del número 13.....	156
Grado de certeza.....	157
VII. Cristo libera del miedo.....	158

19. El 33 Tradición devocional y cautela histórica..... 161

I. Lo que la Escritura dice y lo que no dice	161
II. Un 33 que sí está en la Biblia.....	161
Cómo hay que leerlo.....	161
III. Qué hace la Iglesia con las tradiciones devocionales.....	162
IV. Por qué esta cautela no daña la piedad	162
V. Ficha crítica del número 33.....	163

Grado de certeza.....	163
VI. Cristo, cuya vida no se mide en años	163

20. **Números menores El 24, El 100, El 30, El 11, El 5, El 15, El 300, El 318, El 120 y El 9**

I. El 24: la base más sólida	165
II. El 100: totalidad amplia.....	166
III. El 30: cuando el mismo número sirve a cosas opuestas.....	167
Treinta monedas.....	167
La distinción que este caso enseña.....	167
IV. El 11: cuando todo el contenido es prestado	168
V. El 5: cuando la devoción da lo que el texto no da.....	168
Las cinco llagas	169
VI. El 15: el orden del tiempo	169
VII. El 300: un número que depende entero de un relato.....	169
Cómo acaba la historia de los trescientos.....	169
VIII. El 318: cuando la lectura es más antigua que la exégesis	170
IX. El 120: cuando el múltiplo parece heredar	170
X. El 9: cuando no hay nada.....	170
XI. Lo que enseña el descenso	171
XII. Ficha crítica de los números menores.....	171
Grado de certeza.....	171
XIII. Cristo, tasado en treinta monedas	172

Cierre de la Parte IV

Síntesis del bloque y tablas de comprobación

Síntesis: Dar a cada número su justo peso

1. Hay cinco maneras distintas de no significar	175
2. La pregunta que resume la Parte.....	175
3. Los finales que nadie cuenta	175
Tres de los relatos que esta Parte examina terminan mal.....	175
4. Lo que la Iglesia aporta aquí	176
Lo que quedó sin resolver.....	176
Recuento de hallazgos	176
Tablas de comprobación	176
Tabla 14 — La proporción imposible del censo.....	176
Tabla 15 — Siete años y trece años	176
Tabla 16 — La escala de firmeza	177

Parte V

Los números secuestrados

21. El 666 La cifra de la Bestia y la parodia del poder idolátrico.....

I. Dónde está el 666.....	181
II. El contexto: un poder que imita	181
III. Lo que el texto dice y casi nadie cita.....	181

La primera: la Bestia gana	181
La segunda: la marca y el pan	182
IV. «Para esto se precisa sutileza»	182
V. Ficha crítica del número 666	183
Grado de certeza	183
VI. Cristo, el Cordero degollado y de pie	184

22. El 144.000 El pueblo sellado del Cordero	185
I. Una cifra que el propio texto descompone	185
II. Los sellados antes de la tormenta	185
III. El versículo que lo desmonta todo	185
IV. Israel y las naciones	186
V. Apocalipsis 14: el canto, y una frase incómoda	186
Lo que el texto dice	187
Cómo se lee	187
Y una nota sobre las primicias	187
VI. Ficha crítica del número 144.000	187
Grado de certeza	187
VII. Cristo, que cuenta y no limita	188

23. El 1.000 La historia ensanchada ante la soberanía de Dios	189
I. Un número de anchura	189
II. Apocalipsis 20	189
III. Lo que la Iglesia ha rechazado	190
IV. Cómo termina el capítulo veinte	191
V. Ficha crítica del número 1.000	191
Grado de certeza	191
VI. Cristo, Señor del tiempo	192

Cierre de la Parte V

Síntesis del bloque y tablas de comprobación	193
---	-----

Síntesis: Por qué estos tres y no otros	195
1. Tres secuestros, tres tentaciones	195
2. El desmentido está siempre en la misma página	195
3. Lo que la Iglesia ha dicho, y lo que no	196
4. Una advertencia sobre el modo de escribir estos capítulos	196
Lo que quedó sin resolver	196
Recuento de hallazgos	196
Tablas de comprobación	196
Tabla 17 — Las dos marcas	196
Tabla 18 — El desmentido en la misma página	197

Parte VI

Casos reales	199
24. Una fecha calculada el milerismo y 1844	201
Mecanismo: convertir un número profético en cronograma.....	201
Qué afirma.....	201
De dónde viene	201
Qué hay de cierto	202
Dónde falla.....	202
Qué ocurrió	203
El mecanismo que importa reconocer	203
En qué grado queda	204
Lo que este caso enseña al lector	204
25. Un nombre encontrado Las identificaciones sucesivas del 666	205
Mecanismo: la gematría como llave.....	205
Qué afirma.....	205
De dónde viene	205
Qué hay de cierto	206
Dónde falla.....	206
Qué ocurrió después	207
El caso que este libro no va a esquivar	207
El mecanismo que conviene reconocer	208
El argumento definitivo lo pone el propio texto	208
En qué grado queda	208
Lo que este caso enseña al lector	209
26. Un censo cerrado El 144.000 como número de salvados	211
Mecanismo: leer literalmente una cifra y simbólicamente todo lo que la rodea.....	211
Qué afirma.....	211
De dónde viene	211
Qué hay de cierto	211
Dónde falla.....	211
Qué ocurre.....	212
El mecanismo que vale la pena reconocer	213
En qué grado queda	213
Lo que este caso enseña al lector	213
27. Un plazo en curso Las setenta semanas de Daniel 9, hoy	215
Mecanismo: recalcular indefinidamente desplazando el punto de partida.....	215
Qué afirma.....	215
De dónde viene	215
Qué hay de cierto	216
Dónde falla.....	216
Qué ocurre.....	217
El mecanismo que conviene reconocer	217
En qué grado queda	217
Lo que este caso enseña al lector	218

28. Un código oculto Los saltos equidistantes de letras	219
Mecanismo: buscar hasta encontrar	219
Qué afirma	219
De dónde viene	220
Qué hay de cierto	220
Dónde falla	220
La prueba que el lector puede rehacer	221
Hemos aplicado el método al texto de este mismo libro	221
Lo que también hay que decir	221
La prueba definitiva	221
Y una observación sobre lo que no apareció	222
El mecanismo que conviene reconocer	222
En qué grado queda	222
Lo que este caso enseña al lector	222
29. Una marca reconocida La Bestia y las tecnologías	223
Mecanismo: identificar una imagen apocalíptica con un objeto contemporáneo	223
Qué afirma	223
De dónde viene	223
Qué hay de cierto	223
Dónde falla	223
Qué ocurre	224
El mecanismo que hay que reconocer	224
Y la pregunta que la identificación permite esquivar	225
En qué grado queda	225
Lo que este caso enseña al lector	225
30. Una señal recibida Los números como mensajes personales	227
Mecanismo: aplicar a la providencia individual un lenguaje que la Escritura reserva a la historia de la salvación	227
Lo que hay de verdadero en el deseo	227
Qué afirma	228
De dónde viene	228
La objeción que conviene anticipar	229
Qué hay de cierto	229
Dónde falla	229
El reloj no sabe su nombre. Dios sí	230
Qué ocurre	230
En qué grado queda	230
Una cosa incómoda que hay que decir	231
Lo que este caso enseña al lector	231
Cierre de la Parte VI	
Síntesis del bloque y tabla de mecanismos	233
Síntesis: Siete maneras de equivocarse, una sola raíz	235
1. Los siete mecanismos, y qué los distingue	235
2. La raíz común	235

3. La escala de honestidad	235
4. Lo que cuestan, en orden	236
5. Y algo que importa decir al terminar	236
Tabla de mecanismos.....	236

Parte VII

El costo de equivocarse	237
--------------------------------------	------------

3 I. Lo que cuesta contar mal	239
--	------------

I. Una pregunta que no supe responder.....	239
II. Lo que me ha costado a mí.....	239
III. El año dos mil.....	240
IV. Cuando lo hace un hombre serio.....	241
<i>Quién era</i>	<i>241</i>
<i>El cálculo</i>	<i>241</i>
<i>Lo que él no hizo.....</i>	<i>241</i>
<i>Lo que hicieron con él.....</i>	<i>241</i>
<i>Lo que la Iglesia hizo.....</i>	<i>242</i>
V. Cuando lo cree un pueblo	242
VI. Cuando toca el poder	243
Londres, 1661	243
Aquí interesa lo que vino después.....	243
Waco, 1993.....	243
VII. La cifra que atraviesa todos los pisos	244
VIII. Al lector	244

Conclusión.....	247
------------------------	------------

De los signos numéricos a la plenitud en Cristo	249
--	------------

I. Lo que hemos encontrado.....	249
II. Lo que el lector se lleva.....	249
III. Lo que aprendimos escribiendo.....	249
IV. Por qué esto es un asunto de fe y no de erudición	250
V. Cristo, que no se descifra.....	251
VI. Una última cosa	252

Anexos	253
---------------------	------------

Anexo I

Índice de lecturas descartadas y graduadas.....	255
--	------------

Primera lista Lecturas no recomendadas, por capítulo	255
Parte I — Los números que la Escritura establece.....	255
Parte II — Los números de la creación y la alianza	255
Parte III — Los números discutidos.....	256
Parte IV — Los números que resisten el simbolismo	256
Parte V — Los números secuestrados.....	256
Parte VI — Casos reales.....	256

Segunda lista Lecturas que el método obligó a rebajar	256
Tercera lista Cuestiones declaradas sin resolver	257

Anexo II

Glosario básico	259
Sobre el texto bíblico	259
Sobre los géneros y la interpretación.....	259
Sobre los números	260
Sobre este libro	260
Una nota sobre los términos que no están aquí.....	260

Anexo III

Los criterios en la práctica	261
Primera pregunta: ¿qué sostiene esto además del número?	261
Criterio 1	261
Segunda pregunta: ¿qué hace ese número en su pasaje?	261
Criterio 2.....	261
Tercera pregunta: ¿aparece mucho porque significa, o significa porque aparece mucho?	262
Criterio 3.....	262
Cuarta pregunta: ¿me gusta demasiado?	262
Criterio 4.....	262
Quinta pregunta: ¿esto demuestra una relación o una intención?	262
Criterio 5.....	262
Sexta pregunta: ¿quién traza la línea entre los dos textos?.....	263
Criterio 6.....	263
La regla de la cadena.....	263
Qué hacer con el resultado	263
Un resumen para tener a mano.....	264

Anexo IV

Bibliografía básica comentada	265
I. El texto bíblico El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia.....	265
Otras traducciones consultadas	265
II. Documentos de la Iglesia.....	266
Catecismo de la Iglesia Católica	266
Concilio Vaticano II, Dei Verbum	266
Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium	266
Compendio de la doctrina social de la Iglesia	266
III. Fuentes patrísticas y teológicas.....	266
San Agustín, La ciudad de Dios	266
San Ireneo de Lyon, Contra las herejías	266
Santo Tomás de Aquino, Catena aurea	267
IV. Sobre las materias de la Parte VI	267
V. Lo que este libro no ha usado.....	268
Nota final	268

SERIE HILOS DE LA ESCRITURA
VOLUMEN I – NUMERALIA BÍBLICA
CONTAR, ORDENAR Y
SIGNIFICAR EN LA ESCRITURA

PARTE I
LOS NÚMEROS QUE
LA ESCRITURA ESTABLECE

1. EL 7 PLENITUD, DESCANSO Y CONSUMACIÓN

Empezamos por el siete, y no por casualidad.

De todos los números de la Biblia, es aquel en que el método tiene menos que corregir. Su densidad simbólica no hay que inferirla ni defenderla: está en el texto, repetida, sostenida durante siglos y en géneros que no se parecen entre sí. Importa que el lector vea primero cómo es un caso sólido, para que después reconozca por contraste los que no lo son.

Empezar por lo firme no es empezar por lo fácil. Es empezar por lo que permite calibrar.

I. LA PLENITUD COMO LENGUAJE BÍBLICO

El siete atraviesa la Escritura como una de sus cifras más densas. Desde la creación hasta el Apocalipsis aparece unido al ritmo de Dios, al descanso, al culto, a la alianza, al juicio, a la purificación y a la consumación.

Conviene, sin embargo, una precisión que gobernará todo el capítulo: el siete no significa siempre lo mismo. No es una clave fija aplicable a cualquier pasaje. Su fuerza nace del uso que recibe dentro de la arquitectura literaria y teológica de cada texto. A veces cuenta. A veces ordena. A veces estructura un rito o una visión. A veces intensifica una acción. Y en muchos contextos evoca totalidad, cumplimiento o plenitud.

Por eso preferimos no decir que el siete significa plenitud, sino que **funciona con frecuencia como número de plenitud, totalidad o consumación en contextos bíblicos significativos**. La diferencia entre las dos formulaciones parece de matiz y no lo es: la primera convierte la cifra en clave, la segunda la deja como recurso.

Y esa plenitud puede ser luminosa o no serlo. La creación llega a su reposo, el culto alcanza su integridad, la alianza recibe un ritmo santo. Pero también hay violencia multiplicada por siete, opresión demoníaca por siete, juicio derramado en siete copas. La Escritura no canoniza la cifra. La pone al servicio del sentido, y el sentido lo decide el pasaje.

En el siete se ve con especial claridad algo que este libro repetirá de muchas formas: que la Biblia puede contar, ordenar y significar al mismo tiempo, y que confundir esas tres operaciones es el origen de casi todos los errores.

II. EL 7 EN LA BIBLIA HEBREA: CREACIÓN, SÁBADO Y ALIANZA

1. LA CREACIÓN: EL MUNDO ORDENADO HACIA EL REPOSO

El punto de partida está en Génesis 1,1–2,3. Dios crea el mundo en una secuencia de seis días y descansa el séptimo.

Merece la pena detenerse en cómo está construido ese relato, porque el argumento no depende de una idea nuestra sino de una repetición que cualquiera puede contar. Seis veces aparece la misma fórmula de cierre: «Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día», y después el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto. Está en los versículos 5, 8, 13, 19, 23 y 31.

En el séptimo, esa clausura no aparece. El relato se detiene en la bendición y santificación del día, como si el descanso de Dios quedara abierto ante la creación.

Conviene además una precisión que el lector agradecerá si abre su Biblia: **el séptimo día no está en Génesis 1**, que termina en el versículo 31 con el sexto. Está en Génesis 2,1-3. La estructura septenaria atraviesa el corte de capítulos, que es posterior al texto y no siempre coincide con sus articulaciones.

Esto es literariamente importante. El séptimo día no añade una criatura más al inventario del mundo. Dios bendice y santifica el tiempo. La creación culmina no en la producción de cosas, sino en el reposo santo. El mundo está hecho para ser recibido, habitado y ofrecido.

El siete funciona aquí como estructura y como signo a la vez: organiza el relato y manifiesta que la obra de Dios alcanza su medida en el descanso.

2. EL SÁBADO: MEMORIA DE CREACIÓN Y LIBERACIÓN

El sábado, *shabbat*, es el gran signo semanal del siete.

En Éxodo 20,8-11 el mandamiento se apoya en la creación: Dios hizo el cielo y la tierra en seis días y descansó el séptimo. En Deuteronomio 5,12-15 se vincula además con la liberación de Egipto: Israel debe descansar porque fue esclavo y Dios lo rescató.

Y aquí conviene atender a las palabras exactas del Libro del Pueblo de Dios, porque dicen más de lo que suele citarse. El Decálogo se abre así:

«Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud» (Ex 20,2).

No «de la casa de servidumbre», que suena a institución antigua, sino de un lugar en esclavitud. El mandamiento del sábado no cae sobre un pueblo cualquiera: cae sobre gente que fue propiedad de otro y ya no lo es.

Así, el sábado conserva una doble memoria: Dios es Creador y Dios es Liberador.

El séptimo día enseña que el hombre no está hecho para la esclavitud del rendimiento. El tiempo pertenece a Dios. Israel descansa porque confiesa que no es dueño último de la vida, de la tierra ni de sí mismo.

El siete no funciona aquí solo como símbolo abstracto de plenitud. Funciona primero como ritmo temporal de alianza. Semana tras semana, Israel recuerda quién es Dios y quién es el hombre ante Dios. El descanso no es evasión; es confesión.

3. CULTO, CALENDARIO Y JUSTICIA

El siete estructura también la vida litúrgica de Israel. En el Levítico hay aspersiones siete veces, períodos de siete días, purificaciones al séptimo día. En Levítico 8, la consagración sacerdotal dura una semana completa.

El siete indica aquí integridad ritual: la acción cultural no queda a medias, se realiza plenamente ante el Señor. Pero esa integridad no procede de la cifra aislada. Procede del rito concreto, de la repetición prescrita y del marco de la alianza. El número acompaña; no obra.

El calendario desarrolla la misma lógica. La fiesta de las Semanas se celebra tras siete semanas desde la Pascua. Cada siete años llega el año sabático. Después de siete semanas de años —cuarenta y nueve— llega el jubileo, según Levítico 25.

Y entonces el simbolismo se vuelve social, que es donde más nos interesa. El siete no solo ordena el culto: ordena la relación con la tierra, con las deudas, con el descanso y con el pobre. El año sabático y el jubileo recuerdan que la tierra pertenece a Dios y que la alianza debe vivirse como justicia.

El siete no adorna la fe de Israel. La disciplina. Introduce en el tiempo una memoria capaz de corregir la acumulación, la explotación y el olvido.

4. JERICÓ: OBEDIENCIA CON FORMA LITÚRGICA

En Josué 6 la caída de Jericó está construida sobre una secuencia septenaria: siete sacerdotes, siete trompetas, siete días, siete vueltas el séptimo día.

El relato no se presenta como una operación militar sino como una acción obediencial con rasgos rituales. El siete funciona como estructura narrativa: ordena la espera, la marcha, el silencio y el momento de la acción.

Y es preciso decir con precisión de dónde viene la victoria, porque es exactamente el punto donde una lectura numerológica se equivocaría. Jericó no cae por la fuerza del número. Cae por la acción de Dios ante la obediencia de Israel. Si el orden de las vueltas fuera eficaz por sí mismo, estaríamos ante un conjuro, y el relato dice otra cosa.

5. VIOLENCIA, PURIFICACIÓN Y SABIDURÍA

La Biblia hebrea muestra también que el siete no siempre expresa plenitud luminosa.

En Génesis 4,15 Dios advierte que quien mate a Caín será vengado siete veces. Y unos versículos después Lamec proclama:

«Porque Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete» (Gn 4,24).

Aquí el siete queda vinculado a una violencia que se intensifica: el hombre caído toma la medida de la protección divina y la convierte en escala de venganza.

En sentido contrario, 2 Reyes 5,10-14 narra la purificación de Naamán, que debe lavarse siete veces en el Jordán por mandato de Eliseo. El número acompaña la totalidad del gesto, pero el centro del relato no es la cifra sino la obediencia humilde a una palabra que al principio le parece demasiado sencilla. Naamán no queda limpio porque descubra una técnica: queda limpio porque acepta.

También en Proverbios 9,1 la Sabiduría edifica su casa y labra sus siete columnas. La imagen sugiere estabilidad y amplitud. En lectura cristiana esa Sabiduría puede resonar con Cristo, pero el número por sí solo no basta para imponer esa lectura, y decirlo así es más honesto que insinuarlo.

6. EL SIETE MULTIPLICADO

El siete no solo se repite: se multiplica. Siete semanas de años dan el jubileo. Setenta veces siete mide el perdón. Y setenta semanas miden, en Daniel 9, la espera de Israel.

Esa última cifra ha sostenido más cálculos de fechas que ningún otro pasaje de la Biblia, y merece un tratamiento propio: lo recibe en el capítulo 6, junto al setenta y al setenta y dos. Aquí basta retener que la multiplicación del siete no cambia su lógica, sino que la extiende: donde el siete medía una semana o un rito, el siete multiplicado mide una historia.

III. EL 7 EN EL NUEVO TESTAMENTO

1. JESÚS, SEÑOR DEL SÁBADO

El Nuevo Testamento recibe el simbolismo del siete desde la tradición de Israel y lo concentra en Cristo.

Las controversias sobre el sábado son decisivas. Jesús cura en sábado, permite a sus discípulos arrancar espigas y declara:

«El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27).

El conflicto no debe reducirse a legalismo judío contra libertad cristiana. El sábado era una institución santa de Israel, memoria de creación y de liberación, y seguía siéndolo. La cuestión es más profunda: quién tiene autoridad para revelar y cumplir su sentido último.

Jesús no desprecia el sábado. Manifiesta su intención salvífica. Cuando sana en sábado muestra que el verdadero descanso no consiste en inmovilidad legal, sino en restauración del hombre ante Dios.

2. HEBREOS 4: EL DESCANSO PROMETIDO

La carta a los Hebreos ofrece una de las lecturas cristianas más hondas del sábado. En Hebreos 4,1-11 habla del descanso de Dios, del camino del pueblo y de una promesa todavía abierta.

El texto vincula tres niveles: la creación, la entrada en la tierra prometida y la esperanza definitiva. El descanso sabático se convierte en figura de una realidad mayor.

La lectura tipológica es aquí particularmente fuerte, y vale la pena decir qué significa eso. La tipología no niega la realidad histórica anterior: reconoce en ella una figura que encuentra plenitud en el designio de Dios. El sábado histórico conserva su valor. La tierra prometida fue don real y no agotó la promesa.

El siete, en esta perspectiva, no solo recuerda lo que Dios hizo. Abre la esperanza hacia lo que Dios promete.

3. DEL DESQUITE MULTIPLICADO AL PERDÓN SIN MEDIDA

En Mateo 18,22 Pedro pregunta si debe perdonar hasta siete veces. Jesús responde:

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».

La frase no establece una cantidad. Expresa un perdón sin cálculo: la misericordia cristiana no lleva contabilidad del agravio.

Es posible ver aquí un contrapunto con la desmesura de Lamec, y así lo han leído muchos. Conviene formularlo como resonancia bíblica y no como dependencia demostrada, porque el Evangelio no cita el Génesis en este punto. Con esa cautela, la resonancia es notable: donde el hombre antiguo multiplicaba la venganza, Cristo multiplica el perdón, y usa la misma cifra para invertirla.

4. PLENITUD NEGATIVA DEL MAL

Lucas la presenta entre las mujeres que acompañaban a Jesús:

«María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios» (Lc 8,2).

El dato debe leerse con sobriedad: no autoriza identificaciones legendarias ni juicios morales que el texto no hace.

El número puede indicar una opresión total, pero el centro del pasaje no es el mal que la oprimía sino la liberación obrada por Cristo.

Algo semejante ocurre en Mateo 12,45, donde siete espíritus peores vuelven a una casa vacía. Estos pasajes impiden reducir el siete a perfección santa. El mismo número que ordena el culto puede intensificar la imagen de una esclavitud.

5. IGLESIA, SERVICIO Y ORACIÓN

En Hechos 6 la elección de siete varones para atender la distribución cotidiana muestra cómo la Iglesia ordena la caridad sin abandonar la oración ni la predicación.

El número puede sugerir suficiencia para el servicio comunitario, sin que de ahí se derive por sí sola una doctrina ministerial.

El Padre Nuestro, en la forma de Mateo 6,9-13, ha sido leído tradicionalmente como oración de siete peticiones. La observación es espiritualmente fecunda, porque abraza la gloria de Dios y las necesidades del hombre. Pero su autoridad no depende del conteo, sino de Cristo, que la entregó a sus discípulos.

Algunos intérpretes señalan también una arquitectura de siete signos en el Evangelio de Juan. Importa formularla con cautela, y por una razón concreta: **quienes la proponen no coinciden en qué siete son**. Unos incluyen la pesca de Juan 21 y otros la excluyen por pertenecer al epílogo; unos cuentan como signo el caminar sobre el agua y otros no, porque el Evangelio no lo llama así. Si el patrón estuviera en el texto, el recuento sería el mismo para todos, como ocurre con los septenarios del Apocalipsis, que nadie discute. Que aquí no lo sea sugiere que el siete lo aporta en parte el lector.

Esto no invalida la observación. Juan tiene, sin duda, una arquitectura simbólica cuidada. Solo la sitúa donde corresponde: como lectura sugerente y no como dato del texto.

IV. EL APOCALIPSIS: LA HISTORIA BAJO EL SIGNO DEL CORDERO



El Apocalipsis es el gran libro cristiano del siete: siete iglesias, siete espíritus, siete candeleros, siete estrellas, siete sellos, siete trompetas, siete copas, siete bienaventuranzas.

Estos septenarios no componen un calendario cifrado del futuro. El Apocalipsis es una revelación profética y litúrgica: muestra la historia desde el trono de Dios y del Cordero.

El primer horizonte es eclesial. Las siete iglesias de Asia son comunidades históricas concretas, con luces, heridas y promesas. Y al mismo tiempo permiten contemplar a la Iglesia entera bajo la palabra del Resucitado. La tibieza, la falsa doctrina, la persecución, la pobreza fiel, la riqueza engañosa y el cansancio espiritual no pertenecen solo al pasado.

Después la visión se desplaza hacia la historia. Los siete sellos manifiestan que el sentido último de los acontecimientos solo puede abrirlo el Cordero. Las siete trompetas tienen tono de advertencia: sacuden la falsa seguridad del mundo y llaman a la conversión.

Las siete copas expresan la consumación del juicio: la paciencia de Dios no es indiferencia ante el mal.

En el centro de esta arquitectura está el Cordero. Y aquí nuestra traducción nos obliga a una precisión que más vale no esquivar. Apocalipsis 5,6 lo presenta con «siete cuernos y siete ojos, que son **los siete Espíritus de Dios** enviados a toda la tierra».

Siete Espíritus, en plural. Es una de las expresiones más discutidas del libro y aparece cuatro veces en él (Ap 1,4; 3,1; 4,5; 5,6).

Se han propuesto dos lecturas principales. La primera ve en ellos siete ángeles ante el trono, y encuentra apoyo en que los ángeles son llamados espíritus. La segunda —la que la tradición católica ha seguido mayoritariamente— ve al Espíritu Santo en la plenitud de su acción, y suele apoyarse en los dones enumerados por Isaías 11,2-3. Pesa a favor de esta segunda que en Apocalipsis 1,4 la gracia y la paz vienen del Padre, de Jesucristo y de los siete Espíritus: una bendición que no puede proceder de criaturas.

Y aquí conviene detenerse, porque el Libro del Pueblo de Dios nos obliga a una precisión que rara vez se hace.

Los dones del Espíritu se enumeran tradicionalmente como siete. Pero si el lector abre Isaías 11,2-3 en esta traducción encontrará **seis**: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia y temor del Señor. La piedad no está, y el temor del Señor aparece dos veces, al final del versículo 2 y de nuevo al comienzo del 3.

La Vulgata, en cambio, enumera siete. Su texto dice *spiritus sapientiae et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiae et pietatis; et replebit eum spiritus timoris Domini*, y de esa lista —recogida por la liturgia y por la catequesis— procede la enumeración que todos conocemos.

Ahora hay que resistir la explicación cómoda, que sería decir que la Vulgata siguió a los Setenta por haberse traducido del griego. No es así: san Jerónimo tradujo el Antiguo Testamento del hebreo, y esa decisión le costó las críticas de su tiempo, incluidas las de san Agustín, que prefería el texto griego usado por la Iglesia. Los Salmos son la excepción que confirma la regla.

De modo que estamos ante un traductor que trabajaba sobre el hebreo y cuyo resultado, en este versículo, coincide con el griego contra el hebreo que hoy conocemos. Las razones posibles son varias: que el texto hebreo que él tenía delante difiriera del que la tradición masorética nos transmitió; que leyera esa expresión de otro modo; o que conservara deliberadamente una lectura latina antigua ya asentada en el uso litúrgico. **No podemos elegir entre ellas con lo que aquí manejamos, y no vamos a hacerlo.**

Nada de esto toca la doctrina de los siete dones, que la Iglesia enseña y que no descansa en un recuento de palabras sino en la Tradición. Toca a otra cosa, y es exactamente lo que este libro quiere mostrar: **el número no funda la doctrina**. Si la fundara, la variante de un manuscrito la habría desmontado, y no la ha desmontado.

Conviene además que el lector advierta cuántos pasos ha requerido este pequeño asunto: comprobar nuestra traducción, comprobar la Vulgata, comprobar de qué lengua tradujo Jerónimo, y terminar en un «no lo sabemos con certeza». No es un fracaso. Es el método haciendo su trabajo, y es la clase de resultado que este libro prefiere a una explicación redonda.

Lo que el texto dice sin discusión posible es que los cuernos evocan poder, los ojos conocimiento, y que el siete expresa la plenitud del poder y del conocimiento del Cordero. Lo demás queda abierto, y decir que queda abierto es más fiel que cerrarlo.

V. DEL SÉPTIMO DÍA AL DÍA OCTAVO

Una lectura cristiana del siete queda abierta al domingo.

Cristo resucita el primer día de la semana. La tradición litúrgica vio en ese día no solo el comienzo de una nueva semana, sino el signo de una creación nueva. Por eso el domingo fue leído también como día octavo: el día que, sin desprestigiar el séptimo, revela hacia dónde apuntaba el descanso prometido.

Aquí la formulación debe ser delicada, y lo decimos con todas sus letras. El domingo no cancela la santidad del séptimo día en la historia de Israel. El sábado conserva su densidad bíblica como memoria de creación, liberación, alianza y descanso. La fe cristiana confiesa, desde la Pascua, que ese descanso se ha abierto de modo nuevo en Cristo resucitado.

Más que de sustitución, hablamos de cumplimiento pascual. El séptimo día recuerda la plenitud de la primera creación; el día octavo anuncia la nueva creación inaugurada por el Resucitado.

El día octavo no destruye la gramática del siete. La lleva hacia la novedad pascual.

VI. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 7

Presencia bíblica.

Muy alta. Aparece en relatos de creación, leyes culturales, calendario, narraciones históricas, literatura sapiencial, profecía, evangelios, cartas y Apocalipsis. Es uno de los pocos números bíblicos cuya densidad simbólica puede afirmarse sin reservas.

Función literaria.

Cuenta cantidades, estructura relatos, organiza ritos, marca ciclos, intensifica acciones, expresa totalidad y señala consumación. Su función depende siempre del contexto.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El siete estructura Génesis 1,1–2,3, con el estribillo repetido en 1,5.8.13.19.23.31 y el séptimo día en 2,1-3. El sábado es el signo semanal del séptimo día. Levítico y el calendario de Israel emplean estructuras septenarias. La caída de Jericó está narrada mediante una secuencia septenaria. El Apocalipsis organiza gran parte de su visión mediante septenarios. Y el siete funciona con frecuencia como número de totalidad, plenitud o consumación en contextos bíblicos relevantes.

Probable.

Que los siete varones de Hechos 6 sugieran suficiencia comunitaria. Que Mateo 18,22 resuene como inversión misericordiosa de la desmesura de Lamec: la coincidencia de cifra es llamativa y el Evangelio no la declara.

Sugereente.

Las siete peticiones del Padre Nuestro. La delimitación de siete signos en el Evangelio de Juan, que sus propios proponentes no establecen igual. La armonía entre el simbolismo del siete y los siete sacramentos. La identificación de los siete Espíritus de Apocalipsis con los dones enumerados en Isaías 11: es la lectura que la tradición católica ha seguido y no puede llamarse segura, entre otras razones porque el Libro del Pueblo de Dios enumera seis dones y no siete.

Especulativo.

Convertir los septenarios bíblicos en un sistema cerrado de correspondencias entre sí.

No recomendable.

Usar el siete para cálculos proféticos o cronologías. Deducir de él doctrinas por sí solo: la doctrina de los siete sacramentos no se funda en la belleza del número sino en la institución de Cristo. Tratarlo como clave oculta del Apocalipsis. Atribuir a la cifra un poder espiritual propio. Y oponer con él, de manera simplista, sábado judío y domingo cristiano, lectura que este capítulo ha procurado desmontar en su sección V.

Con el siete hemos visto cómo es una lectura que el texto establece. El capítulo siguiente examina otro número de la misma solidez, pero con una diferencia que es preciso anticipar: mientras el siete organiza el tiempo, el doce organiza al pueblo.

2. EL 12 EL PUEBLO CONVOCADO: ISRAEL, LOS DOCE Y LA CIUDAD SANTA

Si el siete organiza el tiempo, el doce organiza al pueblo.

Es la diferencia que conviene tener presente al pasar de un capítulo al otro. El siete daba forma a los días, a las fiestas, a los años y a la espera; ordenaba cuándo. El doce ordena a quiénes: nombres, tribus, testigos, puertas. Y por eso lo que en el siete era ritmo, aquí es rostro.

I. EL NÚMERO DEL PUEBLO REUNIDO

El doce es uno de los grandes signos bíblicos de la comunidad convocada por Dios. Su ámbito propio es comunitario: habla de una alianza que toma forma visible, de nombres reunidos, de memoria compartida y de comunión conducida.

Su línea principal atraviesa toda la Escritura: las doce tribus de Israel, los Doce elegidos por Jesús y la Jerusalén celestial edificada con doce puertas y doce cimientos (Gn 35,22-26; Mc 3,13-19; Ap 21,12-14). No aparece como clave oculta ni como cifra reservada a iniciados. Es una forma bíblica de mostrar que Dios no salva en abstracto: llama por el nombre, reúne en alianza y da forma a una comunión.

Pero el doce no habla solo de armonía. También recuerda una herida. Israel puede dividirse y dispersarse. El círculo apostólico puede quedar quebrado por la traición de uno de los suyos (1 Re 12; Mc 14,10-11; Hch 1,15-26).

Y esa doble cara —comunión y fractura— es lo que hace del doce un número más interesante de lo que parece. Un símbolo de unidad perfecta habría sido inútil para contar la historia de Israel, porque esa historia no es la de una unidad perfecta.

II. LAS DOCE TRIBUS: EL PUEBLO NACIDO DE LA PROMESA

El punto de partida está en Israel.

Dios llama a Abraham y le promete descendencia, tierra y bendición para todas las familias de la tierra (Gn 12,1-3). La promesa pasa por Isaac, por Jacob y por los hijos de Jacob. De ellos nace la memoria de las doce tribus (Gn 35,22-26; Ex 1,1-7).

El doce bíblico no nace de una geometría perfecta, sino de una familia herida y elegida. Los hijos de Jacob tienen nombres, historias, tensiones, culpas y bendiciones. La Escritura no idealiza el origen humano de Israel: muestra que la promesa de Dios atraviesa una historia concreta.

Las tribus representan la totalidad de Israel. Esa totalidad es comunitaria, no cósmica como la del siete ni moral como la del diez: es la totalidad de una comunión nacida de la promesa, elegida para vivir ante Dios y ser signo de bendición entre las naciones.

Vale la pena subrayarlo porque se olvida con facilidad. La elección de Israel no es encierro, sino misión. Dios forma un pueblo para bendecir a todos los pueblos.

LAS LISTAS QUE NO CUADRAN

Y aquí llegamos a algo que la mayoría de los tratamientos del doce menciona de pasada y casi ninguno muestra.

Las listas de las doce tribus **no son iguales entre sí**. Varían según el contexto: unas veces se cuenta a Leví y otras no, porque Leví no recibió territorio; unas veces la casa de José aparece como una y otras se despliega en Efraín y Manasés. El resultado es que hay más de doce nombres candidatos y siempre se eligen doce.

El caso más llamativo está en el Apocalipsis, y merece verse entero. Al enumerar a los sellados, Juan escribe: doce mil de la tribu de Judá, de Rubén, de Gad, de Aser, de Neftalí, de Manasés, de Simeón, de Leví, de Isacar, de Zabulón, de José y de Benjamín (Ap 7,5-8).

Son doce. Pero **falta Dan**. Y falta Efraín. En cambio aparece Leví, que no solía contarse entre las tribus territoriales, y aparecen a la vez José y Manasés, que normalmente no coexisten en una misma lista.

No vamos a explicar aquí por qué. Se han propuesto razones —desde una antigua asociación de Dan con la idolatría hasta accidentes de transmisión del texto— y ninguna es concluyente. Lo que sí podemos decir es lo que este hecho enseña sobre el número, que es bastante: **el doce se conserva aunque los nombres cambien**. La cifra no depende de un censo exacto. Depende de significar la totalidad del pueblo, y por eso el autor sagrado la mantiene incluso cuando para mantenerla debe alterar la lista.

Un lector que sostuviera que la Biblia usa el doce con precisión aritmética tendría que explicar dónde está Dan. Un lector que entienda el doce como signo de totalidad no tiene ese problema.

III. EL 12 COMO MEMORIA: ISRAEL HECHO PRESENTE ANTE DIOS

El doce acompaña también la representación de Israel.

Después del paso del Jordán, Josué manda tomar doce piedras, una por tribu, para levantar un memorial (Jos 4,1-9). Las piedras no son adorno. Recuerdan que Israel entró en la tierra por acción de Dios, y cuando los hijos pregunten qué significan, la respuesta deberá transmitir la memoria de la salvación (Jos 4,20-24).

Algo semejante ocurre en el Carmelo. Elías reconstruye el altar del Señor con doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob (1 Re 18,30-32). El gesto tiene una fuerza que importa medir: Elías actúa en el reino del norte, en un tiempo en que Israel está políticamente partido en dos, y aun así levanta un altar de doce piedras. No invoca a la mitad del pueblo que le corresponde. Invoca a la totalidad de la alianza, incluida la parte que no está allí.

También los doce panes colocados ante Dios expresan esa representación (Lv 24,5-9). El pan ofrecido no sustituye a las tribus, pero las significa: están simbólicamente presentes ante el Señor.

En estos casos el doce no sirve para especular. Sirve para recordar, representar y reunir, incluso cuando la comunidad está dividida o amenazada.

IV. JESÚS Y LOS DOCE: LA ESPERANZA DE ISRAEL RESTAURADA



En el Nuevo Testamento, el gesto decisivo es la elección de los Doce.

Jesús llama a muchos discípulos, pero constituye un grupo singular de doce (Mc 3,13-19; Mt 10,1-4; Lc 6,12-16). El número remite a las tribus y, por tanto, a la totalidad de Israel. Es una reclamación: en torno a Jesús se concentra la esperanza de restauración del pueblo.

La elección de los Doce no significa rechazo de Israel ni fundación de una comunidad sin raíces. Jesús reúne en torno a sí la vocación antigua, la conduce hacia su cumplimiento y la orienta hacia el horizonte universal prometido a Abraham (Gn 12,3; Mt 28,18-20; Hch 1,8).

Hay además una dimensión escatológica. Jesús promete a los Doce que se sentarán en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt 19,28).

Y conviene no pasar de largo por una incomodidad de ese pasaje: cuando Jesús pronuncia esa promesa, Judas está entre los oyentes. El Evangelio no lo advierte ni lo matiza. Sea cual sea la lectura que se prefiera, la escena impide entender los doce tronos como un reparto de honores garantizados.

Los Doce, por otra parte, no agotan la realidad apostólica del Nuevo Testamento. Pablo será verdaderamente apóstol del Resucitado sin pertenecer a ese círculo (1 Co 9,1; 15,8-10; Ga 1,1). Su caso muestra que la misión desborda el número sin anularlo, lo cual es un buen recordatorio de que el doce significa y no encierra.

V. JUDAS, MATÍAS Y EL 12 RESTAURADO

El doce aparece con especial fuerza después de la traición.

La desaparición de Judas no deja solo una vacante. Rompe el círculo de los Doce, signo de la restauración de Israel, y lo rompe desde dentro (Mc 14,10-11; Jn 13,21-30).

Por eso, al comienzo de los Hechos y antes de Pentecostés, Pedro propone elegir a otro que ocupe ese lugar (Hch 1,15-26). El elegido es Matías, contado desde entonces con los Once.

Este gesto es decisivo para comprender el valor bíblico del número, y merece que nos detengamos en su cronología. La comunidad podría haber esperado. Podría haber considerado el asunto secundario ante lo que estaba por venir. No lo hizo: **restauró el signo apostólico antes de recibir el Espíritu**. Primero los doce, después Pentecostés.

No es obsesión aritmética. Es conciencia teológica: la herida de la traición no tiene la última palabra, y la misión no comienza sobre un signo roto.

El doce, aquí, no expresa una perfección intacta. Expresa una comunión reparada.

VI. LOS DOCE Y LA FORMA APOSTÓLICA DE LA IGLESIA

La Iglesia nace del acontecimiento pascual y del don del Espíritu, pero no nace sin forma. Está fundada sobre el testimonio apostólico (Hch 2,42; Ef 2,19-22).

Los Doce expresan continuidad y novedad a la vez: continuidad con las tribus y las promesas hechas a los padres; novedad porque la comunidad queda reunida en torno al Mesías crucificado y resucitado.

Hay que evitar aquí un doble error, y los dos son frecuentes. El primero, separar a la Iglesia de Israel como si las promesas antiguas hubieran sido abandonadas. El segundo, encerrar el doce en una realidad puramente étnica, olvidando que la promesa hecha a Abraham incluía bendición para todas las naciones (Gn 12,3; Rm 11,17-29; Ga 3,7-14).

En Cristo, la Iglesia nace con raíz israelita y horizonte universal, sin que la fidelidad de Dios a Israel quede cancelada.

VII. EL 12 EN EL APOCALIPSIS: LA CIUDAD DEL PUEBLO CONSUMADO

El Apocalipsis lleva el simbolismo del doce a una de sus formas más luminosas.

La Jerusalén celestial tiene doce puertas, y sobre ellas los nombres de las doce tribus de Israel. Tiene doce cimientos, y sobre ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero (Ap 21,12-14).

La imagen es densa. Israel y la Iglesia apostólica aparecen integrados en la arquitectura misma de la ciudad: las tribus en las puertas, los apóstoles en los cimientos. Ninguno de los dos está fuera, y ninguno sustituye al otro. La historia de la alianza no termina en dispersión.

Las puertas sugieren acceso; los cimientos, estabilidad. Y la ciudad no es una masa anónima: tiene forma, memoria, nombres y luz.

El número 144.000 pertenece también a esta lógica —doce por doce por mil (Ap 7,4; 14,1)—, y es el doce llevado a plenitud simbólica. Tiene capítulo propio más adelante, donde se trata con el detenimiento que merece; aquí basta señalar que su construcción es multiplicativa y no censal.

Aunque hay un detalle que es preciso retener desde ahora, porque está en el mismo pasaje que acabamos de leer. Inmediatamente después de enumerar a los sellados, Juan escribe que vio

«una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas» (Ap 7,9).

El número cerrado y la muchedumbre incontable están a un versículo de distancia. Quien lea el primero sin el segundo obtendrá una lectura que el propio capítulo desmiente.

VIII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 12

Presencia bíblica.

Muy alta. Es uno de los números bíblicos más significativos para expresar al pueblo de Dios: doce tribus, Doce elegidos por Jesús, y una ciudad final con doce puertas y doce cimientos.

Función literaria.

Expresa totalidad comunitaria, representación, memoria de la alianza, restauración de lo disperso, fundamento apostólico y consumación. Su eje es siempre comunitario.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El doce representa la totalidad de Israel mediante las doce tribus. La elección de los Doce por Jesús tiene valor simbólico y teológico en relación con Israel. La comunidad restaura el número antes de Pentecostés, y el propio relato lo presenta como algo que debía hacerse. El Apocalipsis emplea el doce y sus múltiplos para expresar la forma consumada del pueblo de Dios. Y las listas tribales varían entre sí conservando la cifra: en Apocalipsis 7,5-8 falta Dan y falta Efraín.

Probable.

Que las doce piedras del Jordán, las doce del altar de Elías y los doce panes participen de una misma lógica de memoria y presencia de Israel ante Dios: los tres textos comparten la fórmula «según las tribus», aunque ninguno explica el vínculo entre ellos.

Sugereente.

Que la ausencia de Dan en la lista de Apocalipsis 7 responda a una antigua asociación de esa tribu con la idolatría. Es la explicación más difundida y ninguna fuente la establece.

Especulativo.

Deducir de la variación de las listas tribales un sistema de correspondencias entre nombres y significados espirituales.

No recomendable.

Convertir el doce en clave de cálculo apocalíptico. Usarlo para sostener que la Iglesia sustituye a Israel, cuando el Apocalipsis pone a las tribus en las puertas y a los apóstoles en los cimientos de la misma ciudad. Identificarlo sin matices con cualquier estructura eclesial posterior. Interpretar automáticamente como símbolo eclesial o escatológico toda aparición del número, que a veces cumple una función meramente narrativa u organizativa. Y separar el 144.000 del versículo que lo sigue, operación que convierte una cifra de plenitud en una cifra de exclusión.

IX. CRISTO, CENTRO DEL PUEBLO CONVOCADO

Cristo es el centro cristiano del doce.

Nace de Israel, cumple las promesas hechas a los padres y elige a los Doce como signo de restauración (Mt 1,1-17; Mc 3,13-19; Lc 1,54-55). En torno a él la historia de la alianza no queda borrada, sino reunida y abierta a todas las naciones.

No es simplemente el punto de equilibrio de la comunidad. Es quien reúne las tribus, sostiene a los apóstoles y abre las puertas de la ciudad (Mt 28,18-20; Ef 2,11-22; Ap 21,12-14).

Y el Apocalipsis añade el rasgo que lo explica todo: la ciudad no necesita sol ni luna, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero (Ap 21,23). Esa es la clave final del doce. La comunión redimida no se define por su estructura, sino por quién está en medio de ella.

Al final, el doce no encierra una clave secreta. Muestra que Dios llama, reúne, repara y consume. Desde las tribus hasta los Doce, desde las piedras del Jordán hasta los cimientos de la ciudad santa, lo disperso recibe nombre y lo herido encuentra forma.

El capítulo siguiente examina un número de naturaleza distinta. El siete ordenaba el tiempo y el doce al pueblo; el cuarenta no ordena nada. Mide una espera.

3. EL 40 PRUEBA, PREPARACIÓN Y OBEDIENCIA NUEVA

El siete ordenaba el tiempo y el doce al pueblo. El cuarenta no ordena nada: mide una espera.

Es una diferencia de naturaleza, no de grado. Un calendario septenario y una lista de doce nombres son estructuras: puede uno señalarlas con el dedo. El cuarenta, en cambio, no estructura nada. Aparece siempre en el mismo lugar de la historia —entre lo que termina y lo que todavía no empieza— y su función no es organizar sino sostener un intervalo.

Por eso su lectura es más delicada. Donde el siete y el doce dejan patrones comprobables, el cuarenta deja duraciones, y una duración es mucho más fácil de sobreinterpretar.

I. EL TIEMPO QUE CONDUCE AL UMBRAL

El cuarenta ocupa un lugar visible en la Escritura. Aparece unido a lluvias, desiertos, montañas, ayunos, peregrinaciones, reinados y tiempos de espera. Su fuerza no consiste en señalar una cantidad exacta de días o años —aunque en algunos pasajes pueda hacerlo— sino en marcar un tiempo suficiente para que algo sea probado, purificado, madurado o dispuesto para una etapa nueva.

No funciona como número de plenitud estable, al modo del siete, ni como número de pueblo configurado, al modo del doce. Su campo es más dinámico: camino, prueba, tránsito, formación.

Conviene, sin embargo, precisar el alcance del símbolo, y aquí más que en ningún otro número. No toda aparición del cuarenta tiene la misma densidad. A veces funciona como duración amplia, número redondo o medida generacional. Los reinados de David y de Salomón duran cuarenta años cada uno, y es razonable pensar que ahí la cifra significa «un reinado completo» más que otra cosa.

Retengamos esa cautela, porque el cuarenta es el número bíblico que más se presta a encontrar significado donde solo hay duración.

II. CUARENTA DÍAS DE DILUVIO: JUICIO, PRESERVACIÓN Y ALIANZA

Una de las primeras grandes apariciones está en el relato del diluvio. La lluvia cae durante cuarenta días y cuarenta noches.

El texto presenta un juicio sobre la violencia y la corrupción de la humanidad, y no se detiene en la destrucción. El agua juzga el mundo viejo y prepara una creación renovada. Noé es preservado en el arca y sale a una tierra lavada.

El diluvio no termina en ruina sino en alianza. Después de las aguas aparece el arco, memoria de que la justicia de Dios no cancela su misericordia.

Aquí el cuarenta no funciona como curiosidad cronológica sino como duración teológica del juicio. El agua no solo cae: separa un mundo de otro.

III. MOISÉS EN EL SINAÍ: REVELACIÓN, MEDIACIÓN E INTERCESIÓN

Moisés permanece cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí. Recibe allí las palabras de la alianza mientras el pueblo queda abajo.

El cuarenta aparece como tiempo de revelación y preparación. La alianza no nace de una instrucción apresurada: nace de una permanencia ante el Señor.

Pero esos mismos cuarenta días revelan el corazón impaciente de Israel. Mientras Moisés está en la montaña, el pueblo funde el becerro de oro. La duración que arriba es comunión abajo es prueba y caída.

Y hay un matiz que conviene no perder: Moisés no es solo receptor de la Ley. Es intercesor por un pueblo que acaba de herir la alianza. Su permanencia ante Dios queda unida a la mediación, de modo que el cuarenta es también tiempo de súplica y de perdón obtenido.

En el Sinaí, el cuarenta tiene dos rostros a la vez. El mismo tiempo puede ser escucha o extravío, según quién lo habite.

IV. CUARENTA AÑOS EN EL DESIERTO: LA LIBERTAD EDUCADA

El gran cuarenta de Israel es el desierto: cuarenta años entre la salida de Egipto y la entrada en la tierra.

Israel ha sido liberado, pero todavía debe aprender a vivir como pueblo libre. La salida no basta. El esclavo puede dejar atrás el lugar de su esclavitud y seguir llevando dentro el miedo, la queja y la nostalgia de las ollas de Egipto.

Deuteronomio 8 ofrece la clave: Dios condujo a Israel por el desierto para humillarlo, probarlo y conocer lo que había en su corazón; lo alimentó con el maná para enseñarle que el hombre no vive solo de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Señor.

Por eso el desierto es escuela de libertad. Allí Israel aprende a recibir el pan de cada día y a caminar sin dominar el camino.

EL PRECIO DEL CUARENTA

Los cuarenta años son formación, y también son juicio. La generación que salió de Egipto y se rebeló no entrará en la tierra.

Vale la pena decir esto con toda su dureza, porque el relato no lo suaviza y las exposiciones piadosas del cuarenta suelen hacerlo. No se trata solo de que una generación anónima quede fuera. **Moisés tampoco entra.**

El hombre que subió a la montaña, que recibió la alianza, que intercedió por el pueblo cuando Dios amenazaba destruirlo, muere en el monte Nebo viendo la tierra desde lejos y sin pisarla. Y el motivo que el texto da es un acto suyo, no ajeno.

Eso impide leer el cuarenta como un plazo que se cumple y se cobra automáticamente. La espera prepara, pero no garantiza. Quien haya atravesado el desierto no queda por ello con derecho a la tierra, y el relato pone al mediador mismo como prueba de que la gracia no se convierte en título.

El desierto revela una verdad incómoda: Dios no conduce siempre por el camino más corto, y a veces el camino termina a la vista de la meta.

V. CUARENTA DÍAS DE EXPLORACIÓN: EL DON VISTO DESDE EL MIEDO

Los exploradores enviados a Canaán recorren la tierra durante cuarenta días. Vuelven con frutos y con miedo. Han visto la fecundidad del don y no creen que Dios pueda entregárselo.

Su incredulidad contagia al pueblo, y entonces los cuarenta días de exploración se convierten en cuarenta años de peregrinación.

Aquí el número adquiere una fuerza dramática que no tiene en ningún otro sitio: **la misma cifra une la oportunidad y la consecuencia.** Cuarenta días bastaron para ver el don; cuarenta años serán necesarios para purificar la incredulidad. Y no es probable que esa correspondencia sea casual, aunque el texto no la comente.

El problema no era la tierra sino la mirada. Vieron el don y lo midieron desde su propio temor.

VI. ELÍAS CAMINO DEL HOREB: RETORNO AL ORIGEN Y MISIÓN RENOVADA



Elías camina cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb.

Llega a ese camino agotado y perseguido, e importa decir de dónde viene, porque suele omitirse y porque sin ese origen la escena se entiende al revés.

Viene del Carmelo. Allí había convocado a todo Israel y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y había propuesto una prueba pública en la que se jugaba la vida: dos novillos, dos altares, ninguno encendido, y el dios que respondiera enviando fuego sería Dios. Los profetas de Baal invocaron a su dios desde la mañana hasta el mediodía y nadie respondió. Entonces Elías empapó su altar de agua, oró, y el fuego del Señor cayó y consumió el holocausto, la leña, las piedras y hasta el agua de la zanja. El pueblo cayó con el rostro en tierra gritando: «¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!».

Y entonces Elías ordenó: «¡Agarren a los profetas de Baal! ¡Que no escape ninguno!».

 Los hizo bajar al torrente Quisón y allí los degolló.

De modo que el hombre que se sienta bajo la retama y pide morir no es un inocente perseguido. Es un profeta que había arriesgado su vida en una apuesta pública, que recibió de Dios la señal que había pedido, y que a continuación ejecutó a los vencidos conforme a lo que la ley de su tiempo prescribía contra los profetas de otros dioses.

Este libro no va a resolver esa página en un párrafo, y desconfiaría de quien lo hiciera. Registramos dos cosas y dejamos la incomodidad donde el texto la deja. La primera: la matanza no es un arrebato aislado, sino el desenlace legal de un juicio que Dios mismo había aceptado presidir con fuego. La segunda: el relato no la celebra ni la comenta, y el capítulo siguiente muestra al vencedor huyendo, agotado y pidiendo la muerte.

Retenerlo importa para entender el cuarenta que viene después. Lo que Dios sostiene con alimento durante cuarenta días no es la fatiga de un santo intachable. Es la de un hombre que ha ganado y no puede con lo que ha ganado.

Dios no le responde primero con un discurso, sino con alimento. Un ángel lo toca dos veces y le hace comer una galleta cocida sobre piedras calientes y beber agua, porque el camino es superior a sus fuerzas. Con la fuerza de ese alimento camina cuarenta días.

Vuelve al Horeb, el monte del origen de la alianza. Su camino no es una huida hacia un refugio: es un retorno al lugar donde debe escuchar de nuevo.

Y allí descubre que el Señor no está en el viento que parte las peñas, ni en el terremoto, ni en el fuego. Después del fuego se oye **el rumor de una brisa suave**, y es entonces cuando el profeta se cubre el rostro.

Aquí el cuarenta no es juicio ni educación generacional. Es recomposición de un hombre abatido y preparación para seguir sirviendo. No solo desgasta: devuelve al lugar donde se puede escuchar.

VII. CUARENTA DÍAS DE NÍNIVE: EL JUICIO QUE ABRE MISERICORDIA

Jonás recorre la ciudad proclamando:

«Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida» (Jon 3,4).

El número marca un plazo de juicio, y la ciudad vive bajo una palabra grave. Pero el anuncio no termina en destrucción. Los nínivitas creen, decretan un ayuno, se convierten, y Dios se compadece.

El plazo se convierte en tiempo de misericordia, y eso enseña algo sobre la naturaleza del juicio bíblico: la amenaza profética no es fatalismo, sino apertura de una posibilidad. Nínive no queda encerrada en su culpa; recibe tiempo para volver.

La conversión de la ciudad desenmascara además la estrechez del profeta, incapaz de alegrarse por una misericordia que no había pedido. El libro termina con Dios preguntándole si no debía compadecerse de una ciudad tan grande, y Jonás no responde. El silencio final es del profeta, no de Dios.

EL ORÁCULO MÁS BREVE DE LA ESCRITURA

Conviene reparar en algo que suele pasar inadvertido y que dice mucho sobre cómo funciona este número.

Esa frase es **el único anuncio profético de todo el libro de Jonás**. No hay otro. Isaías, Jeremías, Ezequiel y Amós predicán largamente, discuten, amenazan, suplican, vuelven una y otra vez sobre lo mismo, y son en su mayoría desoídos. Jonás dice una sola cosa, una sola vez, y ni siquiera con entusiasmo: el resto del libro deja bastante claro que habría preferido que no funcionara.

Y funcionó. Es el oráculo más breve de la Escritura y produjo la conversión más completa que la Biblia narra, desde el rey hasta los animales.

Eso confirma lo que este capítulo viene sosteniendo. El plazo no obra por su duración, y la palabra no obra por su extensión. Ninguno de los dos garantiza nada; ambos abren una posibilidad, y lo que decide es la respuesta. Cuarenta días bastaron a Nínive y cuarenta años no bastaron a una generación entera del desierto.

Y UNA TENTACIÓN QUE HAY QUE MIRAR DE FRENTE

Ahora bien: si el lector cuenta las palabras de esa frase en la página que tiene delante, encontrará **siete**. «Dentro de cuarenta días, Nínive será destruida.» Siete palabras, en un libro sobre números bíblicos, en el oráculo más eficaz de la Escritura, dentro de un capítulo dedicado al cuarenta.

La tentación es inmediata y hay que resistirla, porque el siete no está ahí.

En hebreo, el oráculo tiene **cinco** palabras. Las siete aparecen al traducir al castellano, y otra traducción daría otro número. Contarlas y encontrar un siete es contar la obra del traductor, no la del profeta.

Lo decimos porque nos ocurrió a nosotros mientras escribíamos este capítulo. La observación llegó formulada como un hallazgo —siete palabras, una sola vez, y funcionaron— y al comprobarla en el original se deshizo la mitad numérica y quedó intacta la mitad buena, que es la brevedad y la eficacia.

No hay mejor demostración del quinto criterio que ésta, y no la fuimos a buscar: **una relación numérica puede ser perfectamente verdadera y no significar nada, porque no la puso quien escribió el texto**. Las siete palabras están ahí y cualquiera puede contarlas. Simplemente no son del profeta.

VIII. JESÚS EN EL DESIERTO: EL HIJO QUE ATRAVIESA LA PRUEBA DE ISRAEL

El Nuevo Testamento lleva el cuarenta a su concentración cristológica cuando Jesús ayuna cuarenta días en el desierto.

La escena recuerda inmediatamente a Israel, y no por vaga semejanza: **las tres respuestas de Jesús proceden todas de Deuteronomio**, el libro que relee teológicamente la experiencia del desierto. Cristo vence la tentación con la palabra nacida del camino de su pueblo.

Esa coincidencia de fuente es lo que convierte la escena en algo más que un paralelo. Donde Israel murmuró por el pan, el Hijo cita el texto que explicaba el maná. Donde Israel puso a prueba a Dios, el Hijo cita la prohibición de hacerlo. La correspondencia no la construimos nosotros: la construye el Evangelio al elegir de dónde toma las respuestas.

Las tres tentaciones muestran los grandes desórdenes de la libertad: convertir el don en posesión, buscar signos sin obediencia, recibir poder sin adoración verdadera. Jesús rechaza todo atajo mesiánico.

En Cristo, el cuarenta deja de ser solo tiempo de prueba. El desierto ya no es únicamente lugar de fragilidad humana.

IX. CUARENTA DÍAS DEL RESUCITADO: REINO, ESPÍRITU Y MISIÓN

Después de la Resurrección, Jesús se aparece a sus discípulos durante cuarenta días hablándoles del Reino.

Este cuarenta no es penitencial sino pascual: tiempo de confirmación, enseñanza y preparación. Los discípulos deben aprender a vivir de una presencia nueva, pasando de la posesión sensible del Maestro a la obediencia confiada al Señor glorificado.

Hechos 1 une estos días con tres realidades: el Reino, la promesa del Espíritu y la misión hasta los confines de la tierra.

Y hay algo que merece subrayarse. La Resurrección no suprime la pedagogía. Incluso después de la victoria de Cristo, los discípulos necesitan tiempo para comprender, recibir y ser enviados. Si el cuarenta hubiera sido solo un remedio para la debilidad humana antes de la Pascua aquí sobraría. No sobra.

Este último gran cuarenta ilumina los anteriores. Después del diluvio, alianza. Después del desierto, tierra. Después del Horeb, misión. Después de Nínive, misericordia. Después del desierto de Jesús, anuncio del Reino. Después de los cuarenta días pascuales, la misión apostólica.

X. LA CUARESMA: RECEPCIÓN ECLESIAL DEL 40

La tradición cristiana ha recibido esta pedagogía en la Cuaresma: cuarenta días de conversión, ayuno, escucha y preparación pascual.

Hace falta una precisión que evita un malentendido frecuente. La Cuaresma no reproduce los cuarenta días de Jesús ni atribuye eficacia espiritual a una duración por sí misma. Introduce a la Iglesia en el camino de Cristo hacia la Pascua.

Por eso el cuarenta cuaresmal no mira hacia sí mismo: mira hacia la Pascua. Su finalidad no es prolongar la penitencia, sino preparar el corazón para recibir la vida nueva del Resucitado.

XI. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 40

Presencia bíblica.

Alta, aunque menos estructural que la del siete. Marca momentos decisivos de transición más que organizar sistemas.

Función literaria.

Puede contar una duración concreta, marcar un período completo, representar una generación o estructurar un tiempo de prueba. Su función principal no es la plenitud consumada sino el tiempo transformador.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El cuarenta aparece en contextos bíblicos mayores de prueba, espera, juicio y preparación. Es seguro que las tres respuestas de Jesús en el desierto proceden de Deuteronomio, y por tanto que el Evangelio vincula deliberadamente su ayuno con el camino de Israel. Es seguro que Hechos 1 presenta los cuarenta días del Resucitado como tiempo de enseñanza sobre el Reino y preparación para el Espíritu. Y es seguro que la generación del desierto no entra en la tierra, y que tampoco entra Moisés.

Probable.

Que el cuarenta funcione muchas veces como período completo o suficiente para una transformación. Que la correspondencia entre los cuarenta días de exploración y los cuarenta años de peregrinación sea deliberada: el texto la produce y no la comenta.

Sugerente.

Leer los grandes cuarentas bíblicos como una pedagogía unificada que culmina en Cristo y en la misión de la Iglesia. Es una lectura hermosa y de larga tradición, y sigue siendo una síntesis nuestra: ningún texto la formula.

Especulativo.

Buscar correspondencias exactas entre todos los cuarentas como si formaran un sistema cerrado. Y atribuir densidad simbólica a los cuarenta años de los reinados de David y Salomón, donde la cifra parece funcionar como medida convencional de un reinado completo.

No recomendable.

Contar las palabras de una cita en castellano y atribuir sentido al resultado: el oráculo de Jonás tiene siete palabras en nuestra traducción y cinco en hebreo. Usar el cuarenta como fórmula psicológica o calendario espiritual de eficacia garantizada. Tratarlo como garantía automática de conversión: el desierto probó a Israel y una generación entera no llegó. Interpretar como símbolo fuerte toda espera de cuarenta días o años, cuando muchas son duraciones convencionales. Y reducirlo a penitencia, cuando en la Escritura es también revelación, intercesión, restauración y victoria filial.

XII. CRISTO, QUE ATRAVIESA EL TIEMPO CON NOSOTROS

Cristo es el centro cristiano del cuarenta.

En el desierto asume la historia probada de su pueblo y la conduce a la obediencia filial. Como Resucitado, educa a sus discípulos para una presencia nueva, les habla del Reino y los prepara para la misión.

El cuarenta habla del tiempo en que Dios lleva la historia hasta un umbral. Algo queda al descubierto, algo debe terminar, algo nuevo puede comenzar. Y lo que este número enseña, mirado desde Cristo, es que Dios no ahorra ese tránsito ni siquiera a los suyos: se lo dio a Moisés, a Israel, a Elías, a Nínive, a sus discípulos, y quiso atravesarlo él mismo.

No es un número que prometa resultados. Es un número que promete compañía en la espera.

El siete ordenaba el tiempo, el doce contaba al pueblo, el cuarenta sostiene la espera. Ninguno de los tres dice qué hacer. El capítulo siguiente examina el número que sí lo dice.

4. EL 10 LA LIBERTAD RESCATADA Y ORDENADA POR LA PALABRA

Este es el número que dice qué hacer.

El siete daba ritmo al tiempo, el doce contaba al pueblo, el cuarenta sostenía la espera. Ninguno de los tres prescribe nada. El diez sí: es el número del Decálogo, y con él la Escritura pasa de estructurar la realidad a ordenar la conducta.

Tiene además una particularidad que conviene anunciar. Los otros tres aparecen dispersos por toda la Biblia; el diez se concentra casi entero en un solo libro y en dos series: las diez plagas y las diez palabras. Su densidad no viene de la frecuencia sino de dónde está.

I. LA TOTALIDAD PUESTA BAJO LA PALABRA

En la Biblia el diez aparece con una fuerza sobria. No posee la plenitud litúrgica del siete ni la forma comunitaria del doce. Su campo propio es otro: señala una totalidad básica, ordenada y responsable, una realidad completa puesta ante Dios.

Su eje está en el Éxodo. Mediante diez plagas, Dios deshace el poder opresor de Egipto; mediante diez palabras, ordena la vida de Israel en el Sinaí. El mismo Dios que libera del faraón enseña después a vivir como pueblo libre.

Por eso el diez no es clave oculta ni cifra mágica. Es una forma bíblica de mostrar que la libertad humana no se realiza en la autonomía cerrada, sino en la escucha.

II. LAS DIEZ PLAGAS: DIOS DESHACE LA ESCLAVITUD

Antes de las diez palabras del Sinaí están las diez plagas de Egipto.

El relato no presenta estos signos como demostración de fuerza. Pertenecen a una narración de juicio y liberación: Dios escucha el clamor de Israel, confronta al faraón y revela que ningún poder humano puede retener indefinidamente al pueblo que él reclama como suyo.

Egipto aparece como un lugar de esclavitud cuyo orden exterior descansa sobre una injusticia radical: el trabajo forzado y la violencia contra los hijos de Israel. Leídas en conjunto, las plagas muestran que ese orden no es definitivo. El Nilo, la tierra, los animales, el cielo, la oscuridad y la vida misma quedan implicados en una confrontación completa entre el Dios vivo y una estructura de opresión.

El número diez expresa aquí una totalidad de juicio. No se trata de contar prodigios aislados.

DOS COSAS QUE EL RELATO DICE Y QUE SUELEN OMITIRSE

Antes de seguir es preciso detenerse en dos frases del propio texto, porque quien las pase por alto acabará con una versión más cómoda que la bíblica.

La primera. Es corriente leer que el faraón endureció su corazón, como si toda la obstinación fuera suya. El texto dice también otra cosa, y la dice antes de que empiece la primera plaga. Dios anuncia a Moisés:

«Pero yo endureceré el corazón del Faraón, y así podré multiplicar mis signos y mis prodigios en Egipto» (Ex 7,3).

No vamos a resolver aquí ese versículo, que ha ocupado a la tradición durante siglos y no se despacha en un párrafo. Se ha entendido como lenguaje semítico que atribuye a Dios cuanto ocurre bajo su designio, como constatación de que la resistencia repetida endurece por sí misma a quien la practica, y de otros modos. Lo que este libro no hará es fingir que el texto solo dice que el faraón se endureció a sí mismo. Dice las dos cosas, y la primera está en boca de Dios.

La segunda. La décima plaga suele nombrarse de pasada como «la muerte de los primogénitos», y esa fórmula abstracta la vuelve soportable. El relato es más concreto: morirán desde el primogénito del faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito de la esclava que trabaja en el molino, y habrá un clamor en todo Egipto como nunca lo hubo ni volverá a haberlo.

El texto se ocupa expresamente de decir que el golpe alcanza al hijo de la esclava. No se trata de una operación quirúrgica contra los poderosos. Y este libro no va a suavizarlo, porque suavizarlo convertiría la Pascua en una fiesta sin costo, y la Escritura no la presenta así.

La Pascua nace precisamente en esa noche. La sangre del cordero, la comida apresurada, los panes sin levadura y la salida muestran que el juicio abre camino a la liberación. Antes de ordenar la vida de Israel, Dios rompe el dominio que la impedía.

III. LAS DIEZ PALABRAS: DIOS ORDENA LA LIBERTAD



Después de Egipto viene el Sinaí. La libertad, una vez recibida, debe aprender a vivir.

Y aquí aparece algo que este capítulo daba por supuesto y que vale la pena mostrar, porque es un regalo del propio texto.

La Escritura designa el Decálogo de dos maneras distintas. En Éxodo 34,28 lo llama «los diez mandamientos». En Deuteronomio 4,13 lo llama «diez Palabras». No son sinónimos exactos: un mandamiento es algo que se ordena; una palabra es algo que se dice.

Esa doble designación no es un detalle de vocabulario. Funda la lectura entera de esta sección. Israel no recibe primero un código abstracto, sino una palabra de alianza dirigida por alguien a alguien; y esa palabra, a la vez, manda. El Decálogo puede leerse como norma impuesta o como palabra dirigida, y la Biblia autoriza las dos porque emplea los dos nombres.

Que el mismo texto sostenga ambas cosas es más elocuente que cualquier argumento que pudiéramos construir sobre el número.

Y el Decálogo comienza con una memoria:

«Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud» (Ex 20,2).

Antes de mandar, Dios libera. Antes de exigir, salva. La Ley no es condición para merecer el amor de Dios: es la forma de vivir dentro de la alianza.

Las diez palabras ordenan la existencia en sus relaciones fundamentales: con Dios, con su nombre, con el tiempo consagrado, con los padres, con la vida, con el matrimonio, con los bienes, con la verdad y con el deseo.

El Decálogo no enumera todos los actos posibles. Ordena las relaciones en las que la persona se juega ante Dios y ante el prójimo. Por eso el diez expresa una totalidad moral que no es legalista ni cerrada: es la totalidad de una vida que, habiendo sido liberada, debe aprender a no regresar interiormente a Egipto.

IV. DE LAS PLAGAS A LAS PALABRAS

La relación entre las dos series ilumina el sentido del número.

Con las diez plagas, Dios deshace el orden injusto de Egipto. Con las diez palabras, edifica el orden libre de Israel. Las primeras muestran que la esclavitud no puede sostenerse ante el Señor; las segundas, que la libertad no puede sostenerse sin alianza.

Israel no es liberado para quedar abandonado a sí mismo, sino para pertenecer al Dios que lo ha rescatado. La Ley, recibida después de la liberación, no es una nueva cárcel. La cárcel era Egipto. La Ley es camino para no volver a la esclavitud bajo otra forma: idolatría, violencia, mentira, codicia o injusticia.

Conviene evitar aquí dos errores contrarios. El legalismo convierte la Ley en vía de autosalvación o en peso sin memoria de la gracia. El antinomismo la desprecia, como si la libertad recibida no necesitara ser formada por la obediencia. La Escritura rechaza ambos: Dios salva gratuitamente, y la libertad salvada debe aprender a responder.

Ahora bien, y para ser exactos: **que las dos series tengan diez elementos cada una no es lo que produce esa pedagogía.** La produce el orden de los acontecimientos —primero la liberación, después la alianza—, que sería igual de significativo si las plagas hubieran sido nueve. La coincidencia numérica subraya el paralelo; no lo funda. Distinguir esas dos cosas es exactamente lo que este libro pide.

V. EL DIEZMO: RECONOCER QUE TODO VIENE DE DIOS

De modo secundario, el diezmo participa de esta lógica.

La décima parte puede aparecer como ofrenda, reconocimiento o consagración de lo recibido. Abraham da el diezmo a Melquisedec; Jacob promete ofrecer la décima parte de lo que reciba; la Ley regula diversas formas de diezmo vinculadas al culto, a los levitas, a la tierra y al cuidado de los necesitados.

El diezmo no es el centro del simbolismo del diez, e importa decirlo porque a menudo se le hace ocupar ese lugar. Su valor bíblico es más amplio: al ofrecer una parte, el hombre reconoce que todo procede de Dios. La décima parte significa más que una fracción económica: es confesión de dependencia. Quien ofrece una parte reconoce que el todo no le pertenece de modo absoluto.

VI. ECOS DEL 10 EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento el diez no funda una doctrina nueva ni tiene la densidad que posee en el Decálogo. Sirve, en algunos relatos, para presentar una totalidad humana ante Cristo.

En la parábola de las diez vírgenes, todas esperan al esposo, todas tienen lámparas, todas pertenecen a la escena nupcial. Pero no todas están preparadas, y el desenlace no es suave: la puerta se cierra, y a las que llegan tarde el esposo les responde que no las conoce.

El número presenta al grupo convocado en su conjunto; la llegada revela la verdad interior de la espera.

En la curación de los diez leprosos, todos reciben la misericordia y solo uno vuelve a dar gracias, y ese uno es samaritano. El relato contrasta la amplitud del don con la escasez de la gratitud.

En la parábola de las diez minas, lo recibido debe fructificar. La vida aparece como encargo y no como posesión cerrada.

Podrían añadirse otros usos, pero más vale no cargar el número. En estos relatos el diez presenta un conjunto completo, y lo decisivo no es la cifra sino la respuesta que Cristo revela: velar, agradecer y fructificar.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 10

Presencia bíblica.

Alta pero concentrada. Adquiere su mayor densidad en el Éxodo; fuera de ahí aparece en el diezmo y en algunos relatos evangélicos donde un grupo completo queda puesto ante una respuesta.

Función literaria.

Puede expresar una serie completa, una totalidad básica o una medida de responsabilidad. Su valor depende del contexto.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El diez tiene importancia bíblica singular por las diez plagas y las diez palabras. El Decálogo ordena la vida de Israel dentro de la alianza y comienza con la memoria de la liberación. La Escritura designa ese conjunto de dos maneras: «los diez mandamientos» en Éxodo 34,28 y «diez Palabras» en Deuteronomio 4,13. Es seguro también que el propio texto atribuye a Dios el endurecimiento del corazón del faraón (Ex 7,3), y que la décima plaga alcanza expresamente al hijo de la esclava.

Probable.

Que el diez funcione en varios contextos como totalidad básica o grupo completo puesto ante Dios. La correspondencia deliberada entre las dos series de diez del Éxodo: el paralelo es evidente y ningún texto lo declara.

Sugere.

Que las diez vírgenes, los diez leprosos y las diez minas puedan leerse como formas evangélicas de una existencia llamada a velar, agradecer y fructificar. Es una síntesis nuestra, pero ninguno de los tres relatos comenta su propio número.

Especulativo.

Extender la lógica del diezmo al simbolismo general del número, o buscar en las diez plagas una correspondencia sistemática con los diez mandamientos.

No recomendable.

Convertir todo diez bíblico en símbolo fuerte. Usar el diezmo como argumento simplista para obligaciones cristianas sin matices. Presentar las diez plagas como demostración de poder sin su contexto de juicio y liberación, o nombrar la décima sin decir lo que dice el texto. Separar el Decálogo de la gracia y del cumplimiento en Cristo. Y atribuir la pedagogía del Éxodo a la coincidencia de las dos cifras, cuando procede del orden de los acontecimientos.

VIII. CRISTO, QUE CUMPLE LA LEY DESDE DENTRO

Cristo es el centro cristiano del diez porque cumple la Ley, revela su corazón en el amor y libera al hombre desde dentro. En él las diez palabras no quedan abolidas, sino llevadas a su plenitud viva (Mt 5,17; Mt 22,37-40; Rm 13,8-10).

Y conviene notar que hace con la Ley exactamente lo que el Éxodo había hecho con Israel. Primero la libera de aquello en que se había convertido —un peso administrado por especialistas— y después la ordena en dos palabras: amar a Dios y amar al prójimo. Liberación primero, orden después. Es la misma secuencia, y por eso el Decálogo no queda atrás.

El Catecismo desarrolla las diez palabras como estructura de la vida moral cristiana, leídas desde Cristo, desde la gracia y desde la vocación al amor.

Al final, el diez no encierra una clave. Muestra que una vida entera —su culto, su tiempo, su palabra, sus vínculos y sus bienes— puede quedar situada ante Dios sin dejar de ser libre.

El capítulo siguiente examina un número mucho más pequeño y de otra naturaleza. Donde el diez ordena una vida completa, el tres marca un instante: aquel en que algo queda confirmado.

5. EL 3 MANIFESTACIÓN, CONFIRMACIÓN Y PASCUA

Donde el diez ordena una vida completa, el tres marca un instante.

Es el más pequeño de los números que este libro trata como firmes, y también el más concentrado. No estructura calendarios ni pueblos ni esperas largas. Señala el punto en que algo queda confirmado: la espera que se abre, la palabra que queda establecida, la prueba que se resuelve, la vida que empieza a manifestarse.

Y es, para un cristiano, el número más cargado de todos, porque en él está la Pascua. Hay que precisamente por eso llevarlo con cuidado: cuanto más importa un número, más fácil resulta encontrarlo donde no está.

I. EL NÚMERO DEL UMBRAL

El tres aparece en la Escritura con una fuerza breve y esencial. Su campo es concentrado: la espera que llega a su punto decisivo, la palabra confirmada, el descenso que termina en retorno.

No es un número mágico ni tiene poder propio. Pero en muchos pasajes señala un umbral: el momento en que lo oculto se revela o la historia cruza un límite.

Es preciso distinguir sus funciones, porque no son la misma. A veces marca un tiempo de espera y manifestación: «al tercer día». Otras, un intervalo de descenso y retorno: «tres días y tres noches». En otros contextos tiene función jurídica: «dos o tres testigos». Y en la fe cristiana alcanza su centro en la Resurrección.

Reducirlo a una sola equivalencia es el modo más rápido de estropearlo.

II. EL TERCER DÍA: ESPERA, VISIÓN Y MANIFESTACIÓN

Uno de los usos más importantes aparece en la expresión «al tercer día».

En el relato del sacrificio de Isaac, Abraham camina hacia el lugar de la prueba y solo al tercer día alza los ojos y ve el monte desde lejos. El texto no convierte ese dato en explicación simbólica, pero el detalle tiene peso narrativo: la prueba no se resuelve de inmediato. Hay espera, camino y silencio. Abraham ve el lugar, y todavía no sabe cómo Dios proveerá.

Algo semejante ocurre en el Sinaí. El pueblo debe prepararse, purificarse y guardar distancia, porque al tercer día el Señor descenderá sobre el monte a la vista de todos. Aquí el vínculo con la manifestación divina es explícito.

Pero la manifestación del Sinaí no es una escena cómoda. Es santa, temible y ordenada por límites que no se pueden cruzar. El tercer día revela al Dios que se acerca, y enseña a la vez que su cercanía no se posee.

El Evangelio de Juan sitúa «al tercer día» el signo de Caná, donde Jesús transforma el agua en vino y manifiesta su gloria. El detalle temporal no debe aislarse como clave, y en Juan puede formar parte de una arquitectura inicial más amplia del relato. Con esa cautela, la resonancia es significativa: Caná inaugura los signos y abre, en clave nupcial, la manifestación de su gloria.

También Oseas emplea una expresión de gran densidad:

«Después de dos días nos hará revivir, al tercer día nos levantará, y viviremos en su presencia» (Os 6,2).

En su contexto inmediato, Oseas habla de la restauración de Israel. El sujeto es el pueblo llamado a volver a la vida de la alianza, y no se trata de una predicción aislada y directa de la Resurrección. Leído desde la fe cristiana, sin embargo, este lenguaje de vida al tercer día resuena inevitablemente con la Pascua. La Resurrección ilumina retrospectivamente las Escrituras.

Conviene ser exactos sobre lo que acabamos de hacer, porque es una operación delicada y este libro debe mostrarla cuando la ejecuta. Hemos dicho que la Iglesia, después de la Pascua, reconoce en su lenguaje una preparación.

III. TRES DÍAS: DESCENSO, PRUEBA Y RETORNO

El tres aparece también asociado a un tiempo breve e intenso de prueba.

Jonás permanece tres días y tres noches en el vientre del gran pez: descenso, encierro, oscuridad, oración y rescate. Queda como sepultado en las profundidades, pero no para desaparecer, sino para ser devuelto a la misión.

Jesús mismo recoge ese signo y lo aplica a sí mismo: como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra.

Esta comparación no debe leerse como cálculo cronológico ni como problema aritmético frente a los relatos pascuales, que sitúan la Resurrección al tercer día contando de otro modo. En el lenguaje bíblico la expresión señala un descenso al ámbito de la muerte y una salida obrada por Dios. Su fuerza es tipológica, no contable, y quien intente cuadrar las horas encontrará una dificultad que el texto no se plantea.

También la petición de Moisés al faraón de caminar tres días por el desierto para ofrecer sacrificios puede leerse como umbral narrativo: Israel debe salir del dominio del faraón para entrar en el espacio de la adoración.

El tres, en estos casos, señala tránsito.

IV. TRES TESTIGOS: CONFIRMACIÓN Y DISCERNIMIENTO

El tres no aparece solo en relatos de prueba o manifestación. Tiene también un uso jurídico, y vale la pena detenerse en él porque protege contra el resto.

El Deuteronomio establece que una causa no se decide por un solo testigo, sino por el testimonio de dos o tres. Aquí el tres no tiene sentido místico alguno: cumple una función de confirmación. Una palabra queda establecida cuando no depende de una sola voz.

El Nuevo Testamento recoge el principio. Jesús lo aplica a la corrección fraterna: si un hermano no escucha, se toma a uno o dos más, para que todo quede confirmado por la palabra de dos o tres testigos.

Fíjese el lector en un detalle que suele pasarse por alto: la norma dice **dos o tres**. No fija el tres, lo admite como suficiente. Un número que en otros pasajes parece cargado de sentido aparece aquí como umbral práctico y flexible, y eso es un dato sobre el número, no un accidente.

Esta dimensión evita reducir el simbolismo bíblico a lo poético. A veces el valor de un número nace de la vida concreta del pueblo: de la ley, del juicio y de la necesidad de discernir con justicia.

V. EL TERCER DÍA DE CRISTO



El centro cristiano del tres está en la Resurrección.

Jesús anuncia repetidas veces que padecerá, será entregado, morirá y resucitará al tercer día. Aquí el número alcanza una densidad nueva: ya no se trata de espera ni de manifestación parcial, sino del día de la victoria de Dios sobre la muerte.

San Pablo transmite esta fe como parte del núcleo apostólico: Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras.

La expresión es decisiva e importa notar su forma. Pablo no presenta una reflexión propia: dice que transmite lo que él mismo recibió. El tercer día pertenece al anuncio apostólico más antiguo del que tenemos noticia, no a una elaboración posterior.

Importa también la fórmula «según las Escrituras». No parece remitir a un solo versículo que agotara su sentido, sino al conjunto de las Escrituras leídas como testimonio de muerte, rescate y vida concedida por Dios. Jonás, Oseas, el justo sufriente y las esperanzas de restauración de Israel quedan iluminados desde la Pascua.

Desde ahí se iluminan los umbrales anteriores: el tercer día de Abraham, el del Sinaí, el signo de Caná, los tres días de Jonás. Ninguno debe forzarse como predicción mecánica. Todos pueden leerse, en la unidad de la Escritura, como parte de una pedagogía que prepara al pueblo para reconocer que Dios hace brotar vida donde parecía reinar la muerte.

VI. EL TRES Y LA RESTAURACIÓN DE PEDRO

El tres sirve también a la construcción narrativa de una conversión, y aquí el texto es más fino de lo que suele contarse.

Pedro niega tres veces a Jesús durante la Pasión. Después de la Resurrección, junto al lago, Jesús le pregunta tres veces por su amor.

La versión corriente de esta escena dice que a las tres negaciones responden tres preguntas idénticas, y que la simetría es la clave. Es una lectura limpia, y el texto es mejor.

Porque las tres preguntas **no son iguales**. Las dos primeras dicen «¿me amas?». La tercera dice «¿me quieres?». Y el Evangelio añade algo que remata la escena: Pedro «se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería».

El texto atribuye esa tristeza a la insistencia —a la tercera vez—; el cambio de verbo queda al lado, en la misma frase, y leerlos juntos es natural, aunque el Evangelio no los una expresamente. Las dos primeras veces Jesús pregunta con una palabra alta, y las dos primeras veces Pedro responde con otra más modesta —tú sabes que te quiero—. A la tercera, Jesús deja de insistir en la palabra alta y adopta la de Pedro.

No es Pedro quien sube hasta la pregunta. Es Jesús quien baja hasta la respuesta.

Una simetría de tres por tres habría sido una figura elegante. Lo que hay es algo distinto y mejor: una conversación en la que uno de los dos cede el vocabulario. Y conviene decir qué es dato y qué es lectura. Que los verbos difieren, está escrito. Que Pedro se entristeció ante la tercera pregunta, está escrito. Que le doliera el cambio de palabra y que Jesús cediera la suya es la lectura que esos datos permiten —hermosa y no obligatoria, entre otras razones porque el mismo pasaje alterna también apacentar y cuidar, corderos y ovejas, sin que nadie cargue esos cambios de sentido—.

El tres funciona aquí como forma narrativa de totalidad personal —Pedro es sanado allí donde fue quebrado— y a la vez muestra sus límites como clave interpretativa. Si nos hubiéramos quedado con el tres, no habríamos visto lo que ocurre dentro de él.

Allí donde hubo caída, hay misión: «Apacienta mis ovejas».

VII. EL TRES, LA LITURGIA Y LA TRINIDAD

Junto a estos usos, el tres aparece como intensificación litúrgica y forma de confesión.

La gran referencia es la visión de Isaías, con su triple aclamación de la santidad del Señor. En su sentido literal proclama la santidad suprema de Dios y pertenece al lenguaje de la adoración. La liturgia cristiana la ha recibido en el *Sanctus*, escuchando en ella una resonancia trinitaria, sin convertirla por ello en demostración numérica.

Para los cristianos, el tres evoca inevitablemente la Santísima Trinidad. Pero esta relación debe formularse con precisión, y es probablemente el punto donde más se ha abusado del número en toda la historia de la interpretación.

La Trinidad no se deduce del número tres. Es la Revelación del Dios trino la que da al tres cristiano su resonancia más alta, y no al revés. La fe trinitaria nace de que el Padre envía al Hijo, el Hijo revela al Padre, el Espíritu es dado a la Iglesia, y los discípulos son enviados a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y aquí la doctrina de la Iglesia es más severa de lo que un lector podría esperar. El Catecismo enseña que la Trinidad es «un misterio de fe en sentido estricto», y precisa que la intimidad del ser de Dios como Trinidad

«constituye un misterio inaccesible a la sola razón e incluso a la fe de Israel antes de la Encarnación del Hijo de Dios y el envío del Espíritu Santo» (n. 237).

Hay que leerla despacio: zanja la cuestión. Si la fe de Israel no alcanzaba el misterio trinitario, **ningún texto del Antiguo Testamento pudo enseñarlo mediante un número**. Los tres visitantes de Mambré, las tres partes del Templo y cualquier otra terna podían, a lo sumo, quedar iluminados después. Anunciarlo, no.

Si la Trinidad se dedujera del número, cualquier terna bíblica sería un indicio, y la Escritura está llena de ternas que no significan nada de eso.

Hay que evitar por ello dos errores frecuentes: decir que todo tres bíblico significa la Trinidad, o negar toda resonancia trinitaria allí donde el Nuevo Testamento habla claramente del Padre, del Hijo y del Espíritu.

VIII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 3

Presencia bíblica.

Alta. Aparece en relatos de espera, manifestación, descenso, retorno, confirmación jurídica, restauración personal y confesión paschal. Su densidad no es tan estructural como la del siete, pero su importancia cristiana es decisiva.

Función literaria.

Puede marcar un umbral narrativo, señalar una espera breve, indicar manifestación, expresar confirmación testimonial o servir como forma ternaria de adoración.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

La Resurrección de Cristo al tercer día es núcleo de la confesión apostólica más antigua conservada. El tres tiene función de confirmación testimonial en la ley de Israel y en la práctica de la Iglesia, formulada como «dos o tres». Mateo 28,19 y 2 Corintios 13,13 expresan la fe cristiana en clave ternaria. Y es seguro que las tres preguntas a Pedro no emplean el mismo verbo, y que el texto registra su tristeza ante la tercera pregunta.

Probable.

Que el tercer día funcione en varios textos como umbral de manifestación o resolución. Que Caná pueda leerse dentro de esa lógica como manifestación inaugural, con la cautela de que Juan puede estar construyendo una arquitectura temporal más amplia.

Sugere.

Que Oseas 6,2 resuene pascualmente desde la lectura cristiana de la unidad de la Escritura: la resonancia es real y la dirección va de Cristo hacia Oseas, no de Oseas hacia Cristo. Que la visita de los tres varones a Abraham en Mambré pueda contemplarse con resonancia trinitaria en la tradición cristiana, sin que ese sea el sentido literal inmediato del texto. Y que en las preguntas a Pedro el cambio de verbo sea deliberado y Jesús adopte al final la palabra de Pedro: lectura hermosa, que el pasaje permite y no declara.

Especulativo.

Buscar en cada terna bíblica —tres patriarcas, tres días, tres partes del Templo— un indicio trinitario. La Escritura contiene demasiadas ternas para que su sola presencia signifique algo.

No recomendable.

Identificar todo tres bíblico con la Trinidad, o usar el número como prueba doctrinal autónoma: la fe trinitaria nace de la Revelación y no de un recuento. Leer los tres días de Jonás como cálculo cronológico rígido enfrentado a los relatos pascales. Y presentar la triple pregunta a Pedro como si las tres fueran idénticas, lo cual produce una simetría elegante a costa de perder lo que el texto realmente narra.

IX. CRISTO, EL QUE BAJA HASTA LA RESPUESTA

El tres conduce la Escritura hacia momentos de decisión. Abraham ve el monte al tercer día. Israel espera la manifestación del Señor. Jonás desciende al abismo y vuelve a la misión. Una palabra queda confirmada por dos o tres testigos. Pedro es restaurado junto al lago.

Pero el centro cristiano está en el sepulcro abierto. Cristo no resucita como idea abstracta de inmortalidad, sino como cumplimiento de las Escrituras. El tercer día es el día en que Dios manifiesta que la muerte ha sido vencida.

Y hay algo que une el sepulcro con la orilla del lago, y que da a este número su tono propio. En los dos lugares Dios hace lo mismo: baja. Baja hasta la muerte, y de ahí vuelve. Baja hasta el verbo de un hombre que no se atreve a usar el suyo, y desde ahí lo envía.

Desde la Pascua, el tres no invita a buscar claves ocultas, sino a reconocer la forma de la acción de Dios: la espera no queda vacía, el descenso no termina en el abismo y la caída puede ser atravesada por la misericordia.

Al final, el tercer día no encierra un secreto: abre una puerta.

Con el siguiente capítulo se cierra el recorrido por los números que la Escritura establece con mayor claridad. A continuación, se examina el último de ellos, y lo hace en un terreno donde la cifra empieza a multiplicarse.

6. EL 70 Y EL 72 LA AMPLITUD DE LOS PUEBLOS, LA MISIÓN DEL REINO Y LAS SETENTA SEMANAS

Este capítulo cierra el recorrido por los números que la Escritura establece con mayor claridad, y lo hace con el único que llega acompañado.

Los cinco anteriores son cifras únicas: siete es siete. Aquí, en cambio, hay dos números próximos que la tradición manuscrita transmite alternativamente en un pasaje decisivo, y una cifra —setenta— que se multiplica y se convierte en semanas.

De modo que el capítulo trae, además de su materia, una lección de método que los anteriores no podían dar: **qué se hace cuando el texto mismo no está seguro de la cifra.**

I. LOS PUEBLOS ANTE LA MIRADA DE DIOS

El setenta y el setenta y dos deben leerse juntos, pero no confundidos.

El setenta tiene en la Biblia una resonancia amplia: aparece asociado a pueblos, familias, ancianos, exilio, semanas proféticas, perdón y misión. El setenta y dos, en cambio, tiene presencia limitada y depende sobre todo de una variante textual en el envío de los discípulos según Lucas.

Esa diferencia importa. No conviene tratarlos como idénticos ni construir sobre el setenta y dos una simbología propia. Tampoco separarlos artificialmente: en la tradición bíblica y antigua pueden funcionar como cifras próximas de representación y apertura hacia los pueblos.

El setenta contempla la historia humana en su anchura. El setenta o setenta y dos de Lucas muestra esa anchura visitada por mensajeros.

II. SETENTA PUEBLOS: LA HUMANIDAD DISPERSA

Una de las asociaciones más importantes aparece en la tabla de las naciones de Génesis 10, donde se enumeran los pueblos descendientes de los hijos de Noé después del diluvio. La tradición judía y cristiana ha visto en esa lista una representación de la humanidad dispersa sobre la tierra.

El setenta queda así vinculado a la totalidad de las naciones. No es un censo étnico sino una visión: los pueblos son diversos, están dispersos y hablan lenguas distintas, y todos quedan bajo el señorío del único Creador.

Esta asociación prepara una tensión que atraviesa la Biblia entera. Dios elige a Abraham y a Israel, y esa elección nunca se cierra sobre sí misma: desde Abraham la bendición está destinada a alcanzar a todas las familias de la tierra.

Israel es particular y la promesa tiene horizonte universal. Dios elige a uno para bendecir a muchos.

III. SETENTA QUE BAJAN A EGIPTO: LA PROMESA EN GERMEN

El Génesis dice que los descendientes de Jacob que bajaron a Egipto fueron setenta. La cifra marca un momento decisivo: la familia de la promesa entra en tierra extranjera.

Todavía no es un pueblo numeroso. Es una familia vulnerable, sostenida por el alimento que José administra. Y sin embargo en esa pequeña totalidad está contenida la historia futura: entra en Egipto como familia y saldrá como pueblo.

La escena recuerda que Dios custodia la promesa en lugares ambiguos. Egipto será refugio en tiempo de hambre y después se convertirá en lugar de esclavitud. La misma tierra que preserva la vida puede convertirse en lugar de opresión.

Conviene además notar la simetría, porque no parece casual: setenta son los pueblos de la tierra y setenta los que bajan a Egipto. La familia elegida entra en el mundo con el número del mundo entero. Y hay que decir algo que este capítulo no puede callar, porque su lección es exactamente esta: la propia cifra tiene variantes dentro del canon. La Biblia griega lee setenta y cinco, y Esteban, que la cita en su discurso dice setenta y cinco (Hch 7,14). El Nuevo Testamento y el texto hebreo dan números distintos para la misma bajada a

Egipto. A quien construya un edificio sobre el setenta exacto, ese dato se lo desmonta; a quien lea la cifra como totalidad representativa no le quita nada: setenta o setenta y cinco, la familia entra con el número de una totalidad pequeña que contiene a un pueblo.

IV. SETENTA ANCIANOS: LA CARGA COMPARTIDA

En el desierto, Moisés no puede llevar solo el peso del pueblo. Dios manda reunir a setenta ancianos y le dice:

«tomaré algo del espíritu que tú posees, para comunicárselo a ellos. Así podrán compartir contigo el peso de este pueblo, y no tendrás que soportarlo tú solo» (Nm 11,17).

El número expresa una totalidad representativa. Los setenta no sustituyen a Moisés: participan de su servicio. El gobierno del pueblo deja de ser el esfuerzo solitario de un hombre.

LO QUE RODEA A ESA ESCENA

Hay que decir en qué momento ocurre, porque el capítulo la presentaba como una tranquila reforma administrativa y no lo es.

Ocorre en medio de una crisis. El pueblo se ha cansado del maná y reclama carne, recordando con nostalgia los pescados de Egipto. Moisés, agotado, se queja ante Dios de una carga que no puede llevar. Y el episodio no termina bien: Dios envía codornices en abundancia y a continuación una plaga que mata a muchos.

Los setenta ancianos nacen ahí, entre una murmuración y un castigo. La responsabilidad compartida no es en la Escritura un principio de buena organización: es un remedio de emergencia para un hombre que está a punto de quebrarse.

Y LOS DOS QUE NO FUERON

Hay además un detalle que es lo mejor del pasaje.

Dos de los inscritos, Eldad y Medad, no acudieron a la Carpa del Encuentro y se quedaron en el campamento. El espíritu descendió también sobre ellos y se pusieron a profetizar allí, fuera del sitio previsto. Un joven corrió a avisar, y Josué pidió a Moisés que lo impidiera.

La respuesta de Moisés desarma la escena:

«¿Acaso estás celoso a causa de mí? ¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu!» (Nm 11,29).

El hombre que acaba de recibir setenta colaboradores porque no podía más, dice que ojalá fueran todos. **La cifra que el relato acaba de establecer es relativizada por su propio protagonista en el mismo capítulo.** No hay mejor advertencia contra tomar el setenta como número cerrado, y viene del texto.

V. SETENTA AÑOS Y SETENTA SEMANAS

Jeremías anuncia que Babilonia dominará y que el exilio durará setenta años. La cifra señala un tiempo largo, completo, suficiente para que el juicio llegue a su cumplimiento.

El setenta adquiere aquí un tono grave. Jerusalén ha sido herida por su infidelidad; Israel pierde la tierra, el templo y la realeza. Pero los setenta años no son eternos: el juicio tiene límite, y Dios promete después visitar a su pueblo y hacerlo volver.

El setenta del exilio no es desesperación, sino disciplina histórica.

UNA CIFRA QUE LA HISTORIA NO CUMPLE EXACTAMENTE

Y aquí hay que decir algo con honestidad.

Si uno intenta hacer las cuentas, los setenta años no cuadran del todo. Según se tome como punto de partida la primera deportación o la destrucción del Templo, y como término el decreto de retorno, el resultado se acerca a setenta sin alcanzarlo exactamente. Las fechas se discuten y no vamos a zanjarlas aquí.

Lo importante es qué se hace con eso. Un lector que espere del texto precisión cronológica se encontrará con un problema. Un lector que entienda el setenta como cifra redonda de un tiempo completo no tiene ninguno: la Escritura está diciendo «una vida entera», no «setenta ejercicios contables».

Y esto vale como aviso para lo que viene, porque el pasaje siguiente es el más calculado de la Biblia.

LAS SETENTA SEMANAS DE DANIEL

El libro de Daniel retoma el tema y lo transforma al hablar de setenta semanas. La expresión es difícil y densamente simbólica, y ha sostenido más cálculos de fechas que ningún otro texto bíblico.

La fuerza del pasaje está en mostrar que el exilio no termina solo con un regreso geográfico. Israel puede volver a la tierra y seguir necesitando una restauración más profunda: el pecado debe ser expiado y la historia sanada desde dentro.

Y hay una observación tomada del propio texto que suele pasarse por alto y que dice bastante.

El oráculo no presenta las setenta semanas como un bloque uniforme. Las desglosa en tramos desiguales: siete semanas hasta un Jefe ungido, sesenta y dos después, y una última tratada aparte. Si estuviéramos ante un cronograma literal, esa asimetría exigiría una explicación cronológica que nadie ha logrado dar de manera convincente. Leída como estructura simbólica, se entiende sin forzar nada.

Quien quiera usar Daniel 9 como calendario tiene que explicar primero por qué el propio texto parte la cifra en tres pedazos que no se corresponden con nada verificable. Nosotros no tenemos que explicarlo, porque no leemos ahí un calendario.

Su sentido principal es teológico: el tiempo de Dios no alimenta la ansiedad calculadora, sino la esperanza perseverante.

VI. SETENTA VECES SIETE



En el Evangelio, Pedro pregunta si debe perdonar hasta siete veces, y Jesús responde que no hasta siete, sino hasta setenta veces siete.

Aquí el setenta se une al siete para expresar una misericordia que desborda la medida. Jesús no propone una contabilidad más generosa: rompe la lógica misma del límite.

Este pasaje tiene tratamiento propio en el capítulo dedicado al 77 y al 490, donde se examina junto a la desmesura de Lamec. Baste retener aquí que el setenta, en labios de Jesús, deja de ser medida y se convierte en signo.

VII. SETENTA O SETENTA Y DOS ENVIADOS

El texto decisivo para relacionar ambas cifras es el envío de los discípulos en Lucas. Jesús designa un grupo numeroso y los envía de dos en dos delante de él.

Y aquí aparece la dificultad anunciada al principio del capítulo: **algunos manuscritos transmiten setenta y otros setenta y dos.**

Es preciso decir con claridad qué significa eso y qué no. No significa que el pasaje sea dudoso: el envío, el número de dos en dos, las instrucciones y el regreso están firmemente transmitidos. Significa que la cifra exacta no puede establecerse con seguridad, y por tanto **que ninguna interpretación puede descansar sobre ella.**

Es un caso instructivo. Si el sentido del pasaje dependiera de que sean exactamente setenta —o exactamente setenta y dos—, tendríamos un texto cuyo mensaje se perdió en la copia. Como no depende, el mensaje está intacto. La variante, lejos de ser un problema, demuestra dónde estaba realmente el peso.

La tradición antigua sobre los traductores de la Biblia griega oscila también entre setenta y setenta y dos. Sin convertir ese dato en prueba del sentido de Lucas, ayuda a entender que ambas cifras podían funcionar como números próximos de representación y apertura hacia los pueblos.

La fuerza principal está en el gesto: Cristo amplía el círculo de la misión.

VIII. DE DOS EN DOS: COMUNIÓN ENVIADA

Lucas dice que Jesús los envía de dos en dos, y el detalle es más importante de lo que parece. La misión no nace como aventura individual, sino en forma de comunión y responsabilidad mutua.

Y hay una conexión que conviene hacer, porque une este capítulo con el del tres: en la tradición bíblica, el testimonio de dos tiene fuerza jurídica —una palabra queda establecida por dos o tres testigos—. Los discípulos no van de dos en dos por compañía, sino porque lo que anuncian debe poder ser confirmado.

IX. PAZ, REINO Y ALEGRÍA PURIFICADA

El envío no tiene tono de conquista. Jesús no los manda con poder ni riqueza: los envía pobres, dependientes de la hospitalidad y portadores de una palabra de paz.

Al entrar en una casa deben decir: «Paz a esta casa». La misión comienza ofreciendo, no imponiendo. Los discípulos curan enfermos y proclaman que el Reino se ha acercado; donde son recibidos, la paz reposa; donde son rechazados, el anuncio no queda cancelado.

Regresan llenos de alegría porque incluso los demonios se les someten. Y Jesús purifica esa alegría: que no se alegren por el poder recibido, sino porque sus nombres están escritos en el cielo.

Es una corrección delicada y vale para todo lo que este libro trata. La misión puede tentar al enviado con una forma sutil de apropiación: alegrarse más por lo que logra que por la gracia de haber sido llamado. Y quien estudia los números de la Escritura conoce bien esa tentación en su versión propia: alegrarse más por lo que descubre que por lo que recibe.

X. FICHA CRÍTICA DE LOS NÚMEROS 70 Y 72

Presencia bíblica.

El setenta tiene presencia amplia: pueblos, descendientes de Jacob, ancianos, exilio, semanas proféticas, perdón y misión. El setenta y dos es limitado y depende de una variante textual.

Función literaria.

El setenta suele expresar amplitud representativa. El setenta y dos puede funcionar como cifra próxima en contextos de representación y misión, sin absorberse en el setenta.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El setenta posee resonancia bíblica fuerte como número de amplitud representativa. Los setenta ancianos comparten con Moisés el peso del pueblo, y el propio Moisés desea inmediatamente que todos profeticen. Los setenta años de Jeremías y las setenta semanas de Daniel pertenecen a un lenguaje de juicio, tiempo medido y restauración. Daniel 9,25 desglosa las setenta semanas en siete, sesenta y dos y una al final. Lucas 10 presenta una misión ampliada, y su tradición manuscrita transmite dos cifras distintas.

Probable.

Que el envío de los setenta o setenta y dos resuene con la tradición de las naciones y la universalidad de la misión: la conexión es antigua y ningún texto la declara. Que la coincidencia entre los setenta pueblos y los setenta que bajan a Egipto sea deliberada.

Sugerente.

Que la cercanía entre las cifras de Lucas y las tradiciones sobre los traductores de la Biblia griega ilumine un ambiente simbólico de representación y apertura lingüística. Es sugerente y no prueba nada sobre el sentido de Lucas.

Especulativo.

Establecer correspondencias entre los setenta pueblos de Génesis 10 y los enviados de Lucas como si formaran un sistema. Y todo intento de hacer coincidir los setenta años del exilio con un cómputo exacto de fechas.

No recomendable.

Tratar el setenta y el setenta y dos como idénticos. Construir doctrina sobre la cifra aislada, cuando el propio Lucas se transmite con dos. Convertir Daniel 9 en calendario, olvidando que el texto parte la cifra en tres tramos desiguales. Y usar Lucas 10 como base de una numerología misionera, cuando el pasaje termina pidiendo que los enviados no se alegren de sus resultados.

XI. CRISTO, CENTRO DE LA HUMANIDAD REUNIDA Y ENVIADA

Estos números encuentran su centro cristiano en la misión universal de Cristo.

Él es descendiente de Israel y no viene solo para Israel. En él, la promesa hecha a Abraham se abre a las naciones que Génesis 10 había enumerado, la misericordia supera la lógica de la venganza, y la historia medida por el juicio recibe esperanza.

El setenta había contemplado a los pueblos desde lejos, como una lista. El envío de Lucas los alcanza uno por uno, en sus casas, con una palabra de paz. Entre una cosa y otra está Cristo, y esa distancia —de la enumeración a la visita— es lo que este número acaba enseñando.

Aquí termina el recorrido por los números que la Escritura establece con mayor claridad. Los seis vistos hasta ahora comparten un rasgo: su simbolismo puede comprobarse siguiendo el texto. La Parte siguiente entra en el terreno donde la Biblia ordena el mundo y el tiempo, y donde esa comprobación sigue siendo posible, pero requiere más cuidado.

CIERRE DE LA PARTE I
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y TABLAS DE
COMPROBACIÓN

SÍNTESIS: CÓMO SE RECONOCE UN USO ESTABLECIDO

Hemos recorrido seis números y vale la pena detenerse a preguntar qué tienen en común, porque la respuesta no es la que uno esperaría.

No es la frecuencia. El tres aparece menos que el diez y pesa más. No es la antigüedad, ni la belleza de las asociaciones que permiten. Lo que estos seis comparten es algo más modesto y más útil: **se puede seguir su rastro sin salir del texto.**

Cuatro rasgos concretos, aprendidos en el camino.

1. EL TEXTO LOS CUENTA ÉL MISMO

En los casos firmes no hace falta que nosotros contemos: el autor ya contó.

El estribillo de la creación aparece seis veces —Génesis 1,5.8.13.19.23.31— y el séptimo día se nombra aparte. Los septenarios del Apocalipsis están enumerados. Los doce apóstoles son designados como doce. Nadie tiene que reunir apariciones dispersas para producir el patrón: el patrón está en la superficie.

Cuando en cambio hay que rastrear, sumar y seleccionar para que un número aparezca, casi siempre el número lo estamos poniendo nosotros.

2. SUS APARICIONES SE PARECEN ENTRE SÍ

Un número significa cuando sus usos comparten familia. El doce evoca al pueblo en las tribus, en los apóstoles y en las puertas de la ciudad, y esos tres contextos están emparentados. El cuarenta aparece siempre en el mismo lugar de la historia: entre lo que termina y lo que aún no empieza.

Cuando las apariciones no tienen nada en común salvo la cifra, la cifra es una cantidad.

3. SOBREVIVEN A QUE LOS DETALLES CAMBIEN

Este es el rasgo que ninguno de los seis capítulos podía mostrar por sí solo, y es el más importante de la Parte.

El doce se conserva en Apocalipsis 7 aunque falten Dan y Efraín y aparezcan Leví, José y Manasés: el autor altera los nombres para mantener la cifra. El envío de Lucas se transmite con dos cifras distintas, setenta y setenta y dos, y el pasaje conserva íntegro su sentido. Los setenta años del exilio no cuadran con ningún cómputo exacto de fechas, y siguen diciendo lo que dicen.

Un símbolo firme es aquel que sobrevive a que los detalles cambien. Uno inventado se rompe en cuanto se toca una pieza, porque la pieza era todo lo que había.

Esto tiene una consecuencia práctica que importa retener: cuando alguien nos presente una lectura numérica, vale la pena preguntar qué pasaría si el número fuera uno más o uno menos. Si la lectura se desploma, no estaba apoyada en el texto.

4. EL PROPIO TEXTO LOS RELATIVIZA CUANDO HACE FALTA

Y aquí está lo que más nos ha sorprendido en esta Parte.

Los libros bíblicos no defienden sus cifras. Moisés recibe setenta ancianos y en el mismo capítulo desea que profeticen todos. La ley fija «dos o tres testigos» sin decidirse. Lucas se transmite con dos números. Génesis 1 termina en el sexto día y deja el séptimo para el capítulo siguiente.

Ningún autor sagrado se comporta como quien custodia una clave. Se comportan como quien usa una herramienta y la suelta cuando ya no la necesita. Esa despreocupación es, paradójicamente, la mejor prueba de que los números significan algo real: nadie protege lo que no teme perder.

LO QUE QUEDÓ SIN RESOLVER

Esta síntesis registra también lo que no cerramos, porque un bloque sin excepciones declaradas sería sospechoso.

Los siete Espíritus de Apocalipsis 5,6, en plural. Enunciamos las dos lecturas principales y no elegimos.

El endurecimiento del corazón del faraón, que Éxodo 7,3 pone en boca de Dios antes de la primera plaga. Enumeramos las explicaciones propuestas y declaramos que no se resuelven en un capítulo.

Los seis dones del hebreo y los siete de la Vulgata. La mecánica del pasaje está documentada y no es misteriosa: el hebreo repite *yir'at YHWH* al cierre del v. 2 y al inicio del v. 3, arrojando seis términos; la Septuaginta vertió la primera ocurrencia por *εὐσέβεια* y reservó *φόβος θεοῦ* para la segunda, elevando la serie a siete; Jerónimo, que en Isaías traducía del hebreo, conservó sin embargo la lectura griega. Lo que no está documentado es la razón. Cabe suponer deferencia a un septenario ya asentado en la Vetus Latina y en la catequesis, pero es reconstrucción nuestra: quien no dudó en enfrentarse al uso recibido en otros libros —y en soportar por ello el reproche de Agustín— no dejó aquí explicación alguna de su reserva. Y queda un segundo cabo suelto, anterior: no es posible determinar si la lectura griega originó el septenario o si un septenario previo orientó la lectura griega. Los testimonios no se dejan ordenar cronológicamente. Nada de esto afecta a la doctrina —los siete dones se sostienen en la tradición viva de la Iglesia (CIC 1831), no en la aritmética de un versículo—, pero sí desmiente la idea de que el número siete provenga sin más del texto de Isaías, y esa precisión debía quedar consignada.

Los setenta años del exilio, que no coinciden exactamente con ningún cómputo de fechas.

Cuatro cuestiones abiertas en seis capítulos. Un libro sobre números que cerrara todas sus cuentas estaría, casi con seguridad, cerrando algunas por la fuerza.

RECUESTO DE HALLAZGOS

Los seis capítulos declararon hallazgo. Los más consistentes: la doble designación del Decálogo; las tres preguntas a Pedro con distinto verbo; la lista tribal de Apocalipsis 7 sin Dan; la relativización del setenta por el propio Moisés; y el oráculo de cinco palabras de Jonás, que llegó como un siete y no lo era.

TABLAS DE COMPROBACIÓN

Cinco tablas para seis capítulos. El capítulo del 10 no lleva ninguna: su dato —las dos designaciones del Decálogo— se dice mejor en una frase que en una cuadrícula, y una tabla que no facilita nada sobra.

TABLA 1 — LOS DONES DEL ESPÍRITU EN ISAÍAS 11,2-3

Capítulo 1. Verificable abriendo Isaías 11 en la propia Biblia.

Nuestra traducción	Vulgata
sabiduría	sapientia
inteligencia	intellectus
consejo	consilium
fortaleza	fortitudo
ciencia	scientia
—	pietas
temor del Señor (el temor del Señor se repite en el v. 3)	timor Domini
Total: 6	Total: 7

TABLA 2 — LAS LISTAS DE LAS DOCE TRIBUS

Capítulo 2. Verificable comparando Génesis 35, Números 1 y Apocalipsis 7.

	Génesis 35	Números 1	Apocalipsis 7
Rubén	sí	sí	sí
Simeón	sí	sí	sí
Leví	sí	no cuenta	sí
Judá	sí	sí	sí

	Génesis 35	Números 1	Apocalipsis 7
Dan	sí	sí	ausente
Neftalí	sí	sí	sí
Gad	sí	sí	sí
Aser	sí	sí	sí
Isacar	sí	sí	sí
Zabulón	sí	sí	sí
José	sí	dividido	sí
Efraín	—	sí	ausente
Manasés	—	sí	sí
Benjamín	sí	sí	sí
Total	12	12	12

Los nombres cambian; la cifra no.

TABLA 3 — LOS GRANDES CUARENTAS Y LO QUE VIENE DESPUÉS

Capítulo 3. Verificable siguiendo cada pasaje hasta su desenlace.

Pasaje	Duración	Lo que sigue
Diluvio	40 días de lluvia	Alianza y arco
Moisés en el Sinaí	40 días en el monte	La alianza recibida, y el becerro abajo
Israel en el desierto	40 años	La tierra, y una generación que no entra
Exploradores en Canaán	40 días	40 años de peregrinación
Elías hacia el Horeb	40 días de camino	Misión renovada
Nínive	40 días de plazo	Conversión y misericordia
Jesús en el desierto	40 días de ayuno	Comienzo del ministerio
El Resucitado	40 días	Espíritu y misión

TABLA 4 — LAS TRES PREGUNTAS A PEDRO

Capítulo 5. Verificable en Juan 21,15-17.

	Pregunta de Jesús	Respuesta de Pedro	Encargo
Primera	¿me amas más que estos?	sabes que te quiero	Apacienta mis corderos
Segunda	¿me amas ?	sabes que te quiero	Apacienta mis ovejas
Tercera	¿me quieres ?	tú lo sabes todo; sabes que te quiero	Apacienta mis ovejas

El texto añade que Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería.

TABLA 5 — EL DESGLOSE DE LAS SETENTA SEMANAS

Capítulo 6. Verificable en Daniel 9,25-27.

Tramo	Semanas	Lo que el texto sitúa ahí
Primero	7	Hasta un Jefe ungido
Segundo	62	Reconstrucción en tiempos difíciles
Tercero	1	Alianza, cesación del sacrificio
Total	70	

Un cronograma literal tendría que explicar por qué la cifra se parte en tramos tan desiguales.

PARTE II
LOS NÚMEROS DE LA CREACIÓN
Y LA ALIANZA

7. EL 1 UNIDAD, UNICIDAD DE DIOS Y PRINCIPIO

La Parte anterior recorrió los números que la Escritura establece con mayor claridad. Esta sigue en el mismo terreno, pero desde otro ángulo: aquí están las cifras con las que la Biblia ordena el mundo y el tiempo.

Y empezamos por la más pequeña, que es también la más exigente. Porque el uno no es propiamente un símbolo entre otros: es la condición de todos los demás. Si Dios no fuera uno, contar en la Biblia no significaría nada.

I. EL NÚMERO DE LA CONFESIÓN PRIMERA

El uno ocupa un lugar singular y exige prudencia, porque no todo uso del «uno» funciona como símbolo. Muchas veces indica cantidad: una persona, un día, una ciudad, un camino.

Pero cuando aparece unido al principio, a la confesión del Dios único, a la alianza, a la comunión del pueblo o a la recapitulación final, el uno adquiere una densidad particular.

Su fuerza no nace de una teoría del número sino de una confesión:

«Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor» (Dt 6,4).

Esta frase sostiene la fe bíblica. Dios no es uno entre muchos. No es la primera pieza de una serie ni el más alto de un conjunto de poderes. Es el único Señor, creador del cielo y de la tierra.

II. AL PRINCIPIO: DIOS UNO, CREACIÓN DIVERSA

La Biblia abre con una afirmación radical:

«Al principio Dios creó el cielo y la tierra» (Gn 1,1).

Antes de toda multiplicidad creada está Dios. Antes de los días, de los astros, de los pueblos y de la historia, está el acto libre del Creador. La creación no nace del azar ni de la lucha entre divinidades ni de una materia eterna que limite a Dios.

Conviene reparar en un detalle que nuestra traducción deja ver con nitidez y que otras difuminan. El cuarto Evangelio comienza con **las mismas dos palabras**:

«Al principio existía la Palabra» (Jn 1,1).

No es un parecido ni una alusión lejana: es la fórmula del Génesis repetida sin cambiar una letra.

Juan no anuncia que Cristo aparece dentro de una historia ya empezada. Afirma que allí donde el Génesis situó el acto creador del único Dios, estaba la Palabra. La unidad que Génesis 1 confiesa y la que Juan 1 revela no son dos unidades: son la misma, dicha dos veces con las mismas palabras.

El número uno puede asociarse aquí al principio, pero con cuidado: Génesis no propone una especulación sobre la unidad, confiesa que toda la realidad depende de Dios.

Y la multiplicidad del mundo no contradice esa unidad. Al contrario, la manifiesta. Dios crea separando y ordenando: luz y tinieblas, aguas y tierra, astros, plantas, animales, varón y mujer. El uno bíblico no debe imaginarse como uniformidad. La unidad verdadera no destruye la diferencia: le da origen.

III. «EL ÚNICO SEÑOR»: FIDELIDAD INDIVISA

El centro teológico del uno está en la confesión de la unicidad divina:

«Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,4-5).

La unidad de Dios no es aquí una idea fría, sino una exigencia de amor total. Porque Dios es uno, el corazón no debe dividirse. Porque el Señor es único, Israel no puede vivir con una fidelidad partida.

Por eso el primer mandamiento no es solo prohibición: es liberación.

«Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí» (Ex 20,2-3).

Dios no exige exclusividad como un tirano celoso de su poder. La exige porque solo él libera. Los ídolos dividen y esclavizan; el Dios único unifica la vida porque la rescata.

LO QUE VIENE INMEDIATAMENTE DESPUÉS

Y aquí hay que hacer algo que las exposiciones piadosas de este mandamiento suelen evitar: seguir leyendo.

Dos versículos más adelante, el mismo pasaje dice:

«porque yo soy el Señor, tu Dios, un Dios celoso, que castigo la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, si ellos me aborrecen; y tengo misericordia a lo largo de mil generaciones, si me aman y cumplen mis mandamientos» (Ex 20,5-6).

La primera mitad de esa frase es dura y no vamos a suavizarla. Un castigo que alcanza a hijos y nietos choca con nuestra idea de responsabilidad personal, y choca además con otros textos de la propia Escritura: el Deuteronomio establece que nadie muera por la culpa de otro, y Ezequiel dedica un capítulo entero a negar que el hijo cargue con el pecado del padre.

La tradición ha entendido esa tensión de varias maneras —lenguaje de la solidaridad familiar antigua, constatación de que las consecuencias del mal se heredan de hecho, corrección progresiva dentro de la misma Escritura— y no vamos a elegir entre ellas aquí.

PERO HAY QUE MIRAR LOS NÚMEROS, QUE ES A LO QUE HEMOS VENIDO.

Tres o cuatro generaciones de castigo. **Mil generaciones de misericordia.**

La desproporción es el mensaje, y está construida con cifras. No se trata de un Dios equilibrado que reparte premio y pena en dosis simétricas: la frase misma, con su aritmética, declara de qué lado se inclina. Y esto no lo estamos deduciendo nosotros; está en el versículo, contado.

Un lector que se quede en la primera mitad obtiene un Dios severo. Un lector que llegue al final del versículo obtiene otra cosa, y la obtiene del texto.

El uno, en este nivel, no es cantidad. Es fidelidad indivisa, pedida por alguien cuya misericordia dura cientos de veces más que su castigo.

IV. UNIDAD DE ALIANZA Y COMUNIÓN

La unidad de Dios llama a la unidad del pueblo. Israel no es una masa sin rostro, sino un pueblo convocado por la alianza: existe porque Dios lo ha llamado, lo ha liberado y lo ha unido a sí.

La Escritura sabe, sin embargo, que esa comunión es frágil. Las tribus pueden dividirse, el reino puede partirse, el corazón del pueblo puede dispersarse. Después de Salomón, Israel y Judá quedan separados, y los profetas leen esa ruptura como herida espiritual antes que como crisis política.

Por eso la esperanza bíblica incluye una promesa de reunificación. Ezequiel anuncia que Dios tomará los dos leños —Judá e Israel— y hará de ellos una sola nación en su mano, con un solo pastor.

La unidad se manifiesta también en la comunión humana. Varón y mujer son llamados a una unión tan profunda que la Escritura puede decir que «los dos llegan a ser una sola carne» (Gn 2,24), palabra que Jesús retomará al hablar del matrimonio.

Esta unidad no elimina la alteridad: la presupone. Hay diferencia y encuentro, don y fidelidad. La unidad verdadera no devora al otro: lo recibe.

V. UN SOLO CUERPO, UNA SOLA FE, UN SOLO BAUTISMO

En el Nuevo Testamento, la unidad del pueblo de Dios aparece con fuerza en la vida de la primera comunidad, descrita como si tuviera un solo corazón y una sola alma.

No se trata de uniformidad psicológica, sino de una comunión nacida de la fe en Cristo resucitado y del don del Espíritu. La Iglesia no aparece como suma de individuos espiritualmente aislados.

San Pablo lo formula con una imagen decisiva: judíos y griegos, esclavos y libres, fueron bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y en el mismo capítulo insiste en que ese cuerpo tiene muchos miembros con funciones distintas. La unidad cristiana es comunión orgánica, no uniformidad plana.

La Carta a los Efesios ofrece la síntesis más densa: un solo cuerpo y un solo Espíritu, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos.

Es preciso establecer algo importante, porque es la objeción que un lector atento formulará solo. **La confesión cristiana de la Trinidad no contradice el «Dios es uno» de Israel.**

El Catecismo lo formula sin ambigüedad:

«La Trinidad es una. No confesamos tres dioses sino un solo Dios en tres personas: la Trinidad consubstancial.

Las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios» (n. 253).

Nótese la precisión de esa última frase, porque desactiva la objeción más común. **No hay reparto.** Si las tres Personas se distribuyeran la divinidad en partes, el «Dios es uno» de Israel quedaría en entredicho. Lo que la Iglesia confiesa es lo contrario: cada una es enteramente Dios, y la unidad no se fracciona.

Y hay una fórmula antiquísima que el Catecismo recoge y que dice en pocas palabras lo que este capítulo viene sosteniendo:

«Dios es único, pero no solitario» (n. 254).

El uno cristiano no es, por tanto, una unidad solitaria. Es la unidad viva del único Dios, que se revela como comunión.

VI. RECAPITULAR TODAS LAS COSAS EN CRISTO



El Nuevo Testamento lleva la unidad hacia su cumplimiento cristológico. Dios no solo crea todas las cosas: quiere recapitularlas en Cristo, reunir bajo una cabeza las del cielo y las de la tierra.

La historia no queda abandonada a la dispersión. Las promesas, la alianza, el pueblo, las naciones y el cosmos encuentran su centro en aquel por quien y para quien todo fue creado, y en quien todo se mantiene.

Aquí el uno alcanza su sentido cristiano más profundo. No se trata de reducir todo a una cifra, sino de contemplar la unidad final del diseño de Dios. Lo que el pecado dispersa, Cristo lo reúne. Lo que la idolatría divide, Cristo lo reconcilia.

En Cristo, la unidad no es regreso a lo indiferenciado. Es comunión reconciliada.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO I

Presencia bíblica.

Constante, pero no siempre simbólica. Muchas veces el uno indica cantidad. Su densidad teológica aparece cuando se vincula al principio, al Dios único, a la alianza, a la comunión y a la recapitulación en Cristo.

Función literaria.

Puede expresar principio, unicidad, fidelidad indivisa, comunión, restauración y cumplimiento. No debe interpretarse cada aparición del «uno» como símbolo.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El centro bíblico del uno está en la confesión del Dios único (Dt 6,4-5). Nuestra traducción abre el Génesis y el Evangelio de Juan con la misma fórmula, «Al principio». El primer mandamiento se funda en la memoria de la liberación (Ex 20,2-3). Y Éxodo 20,5-6 contrapone tres o cuatro generaciones de castigo a mil generaciones de misericordia.

Probable.

Que la coincidencia literal entre Génesis 1,1 y Juan 1,1 sea deliberada por parte del evangelista: la repetición es evidente y Juan no la comenta, aunque toda su prosa inicial trabaja sobre el Génesis. Que la promesa de Ezequiel sobre los dos leños funcione como imagen de restauración de la unidad perdida.

Sugerente.

Leer las fórmulas de unidad de la Carta a los Efesios como despliegue del mismo simbolismo del uno. Es una síntesis nuestra: el texto enumera unidades sin comentar el número.

Especulativo.

Buscar en cada aparición del «uno» bíblico una resonancia con la unicidad divina, o construir una doctrina de la unidad de la Iglesia sobre el recuento de las fórmulas de Efesios 4.

No recomendable.

Presentar el uno como prueba filosófica de la existencia de un Dios único: la confesión de Israel nace de una revelación y de una historia de liberación, no de una deducción sobre el número. Usarlo para sostener que la unidad cristiana exige uniformidad, cuando el propio Pablo insiste en la diversidad de miembros y funciones. Y citar Éxodo 20,5 sin el versículo 6, operación frecuente que produce un Dios que no es el del texto.

VIII. CRISTO, EN QUIEN TODO SE MANTIENE

Cristo es el centro cristiano del uno.

En él, la unidad no se impone desde fuera como quien fuerza a coincidir. Se ofrece desde dentro, como quien sostiene. Por eso la Escritura no dice que en él todo quede igualado, sino que en él todo se mantiene: cada cosa siendo la que es, y ninguna sola.

Al final, el uno no encierra una clave. Muestra que la dispersión no es el estado natural del mundo, sino su herida, y que hay alguien capaz de reunir sin borrar.

El capítulo siguiente examina el número que aparece cuando el uno deja de estar solo, y descubre que el dos no es la mitad de nada: es la condición del encuentro.

8. EL 2 ALTERIDAD, TESTIMONIO, ALIANZA Y DISCERNIMIENTO

Si el uno confiesa que Dios no está acompañado, el dos descubre que el hombre no puede estarlo.

Y es el número más difícil de este bloque, porque no tiene un sentido sino dos contrarios. A veces expresa comunión; otras, contraste. Puede hablar de alianza y de testimonio, y también de división y de rivalidad. No basta encontrar dos personajes o dos escenas para deducir un símbolo.

Su valor no está en la cifra sino en una pregunta que la cifra plantea: **¿la diferencia se convertirá en comunión o en división?**

I. EL NÚMERO DE LA ALTERIDAD

Allí donde hay dos aparece el otro: alguien que puede ser recibido como don, escuchado como testigo, enviado como compañero, o enfrentado como contraste.

El uno remitía al principio y a la confesión del Dios único. El dos introduce la diferencia. La creación no queda encerrada en una unidad solitaria: se abre a la relación, al vínculo y también a la posibilidad del conflicto.

El dos bíblico, por tanto, no es simple duplicación. Es alteridad puesta ante Dios.

II. «NO CONVIENE QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO»



Una de las primeras grandes escenas de alteridad aparece en la creación del ser humano. Después de afirmar la bondad de lo creado, Dios dice algo que rompe la serie:

«No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada» (Gn 2,18).

La soledad no aparece aquí como plenitud. El ser humano no ha sido creado para una existencia cerrada sobre sí misma.

Vale la pena detenerse un momento en la palabra «ayuda», porque se malinterpreta con facilidad y la Escritura no autoriza esa lectura. En castellano, «ayuda» sugiere asistencia subordinada, alguien que colabora en la tarea de otro. Pero el mismo término se aplica en los Salmos a Dios mismo cuando se dice que es la ayuda de Israel, y nadie entiende ahí una posición inferior. Lo que la palabra designa es a quien socorre en aquello que uno no puede solo.

El varón reconoce en la mujer una cercanía profunda:

«¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (Gn 2,23).

La exclamación tiene júbilo, y ese júbilo es parte del sentido: no está describiendo un hallazgo útil, está reconociendo a alguien.

Por eso el relato concluye que «los dos llegan a ser una sola carne» (Gn 2,24), palabra que Jesús retomará al hablar del matrimonio.

La unidad matrimonial no elimina el dos: lo lleva a una comunión más honda. Y ahí se ve una ley del simbolismo bíblico que vale para todo este capítulo: **la unidad verdadera no nace de borrar la diferencia, sino de recibirla.**

III. DOS CAMINOS, DOS TESTIGOS

El dos puede expresar alternativa. La Escritura coloca al ser humano ante caminos opuestos: vida o muerte, bendición o maldición.

Moisés pone ante Israel la vida y el bien, la muerte y el mal, y le pide que elija la vida. Los salmos contraponen el camino de los justos y el de los malvados. Jesús hablará de dos puertas y dos caminos, uno ancho que lleva a la perdición y otro estrecho que lleva a la vida.

Aquí el dos no expresa comunión sino discernimiento, y revela la seriedad de la libertad: no toda diferencia es complementaria, y algunas exigen conversión.

Pero el dos también confirma. El Deuteronomio establece que una causa no se decida por un solo testigo, sino por la declaración de dos o tres. Aquí el número no tiene sentido místico: tiene función de justicia. Una acusación no debe depender de una sola voz.

El Nuevo Testamento recoge el principio en la corrección fraterna, en el discernimiento apostólico y en el cuidado de las acusaciones contra un presbítero.

Merece notarse la coherencia: el mismo número que en el matrimonio significa comunión, en el tribunal significa garantía. En los dos casos hace lo mismo, aunque no lo parezca — **impide que uno solo se baste a sí mismo.**

IV. ALIANZA INSCRITA, MISIÓN COMPARTIDA

La alianza del Sinaí aparece vinculada a una forma doble: las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios.

No conviene construir aquí una simbología excesiva; el texto no invita a buscar un significado secreto en el número de tablas. Pero las dos tablas expresan algo importante: la alianza queda inscrita, testificada, entregada al pueblo como palabra que debe custodiarse.

Cuando Israel rompe la alianza con el becerro, Moisés rompe las tablas. Después Dios manda preparar otras dos, y la alianza es renovada. La duplicidad material queda así unida a una historia de don, ruptura y restauración.

Y la palabra recibida en la alianza se convierte, en el Evangelio, en palabra enviada. Jesús envía a sus discípulos de dos en dos, y el detalle se repite en Marcos y en Lucas.

Este rasgo une el capítulo con lo anterior. Los discípulos no van de dos en dos por compañía, sino porque la ley del testimonio exige que una palabra sería no dependa de una voz sola. La misión cristiana tiene forma eclesial desde su origen, y esa forma es jurídica antes que sentimental.

Jesús no envía ideas. Envía testigos, y los envía en número suficiente para que su palabra pueda ser confirmada.

V. DOS QUE PUEDEN DIVIDIR

El dos no siempre expresa armonía. La Biblia conoce pares enfrentados que revelan respuestas distintas ante Dios.

CAÍN Y ABEL

El caso más antiguo es también el más incómodo.

Caín presenta como ofrenda algunos frutos del suelo; Abel ofrece las primicias y lo mejor de su rebaño. Y entonces:

«El Señor miró con agrado a Abel y su ofrenda, pero no miró a Caín ni su ofrenda» (Gn 4,4-5).

El texto no explica la razón de esa preferencia. Cualquier lector honesto siente ahí una dificultad, y más vale no fingir que no existe: si la diferencia entre los hermanos empieza con una elección divina que el relato no motiva, parece que la envidia de Caín deja de ser gratuita.

Nuestra traducción, sin embargo, ofrece un matiz que otras difuminan y que importa señalar. Dice que Caín presentó **algunos** frutos del suelo, mientras Abel ofreció **las primicias y lo mejor** de su rebaño. La asimetría no está solo en la mirada de Dios: está también en lo que cada uno trajo. No es una explicación completa —el texto sigue sin declararla— pero es un dato, y está en la página.

Hay además algo que cambia el tono de la escena. **Dios habla con Caín antes del crimen.** Le pregunta por qué está resentido, le dice que si obra bien podrá mantener la cabeza erguida, y le advierte que el pecado está agazapado a la puerta y lo acecha, pero que él debe dominarlo.

Es decir: el rechazo de la ofrenda no es una condena. Es el comienzo de una conversación que Dios abre y que Caín cierra. Y lo que Caín hace a continuación tiene la frialdad de lo premeditado: «Vamos afuera», le dice a su hermano.

El dos se vuelve fractura no cuando aparece la diferencia, sino cuando se rechaza la palabra que venía a repararla.

OTROS CONTRASTES

Jesús muestra dos formas de orar en el fariseo y el publicano: ambos están en el templo y no se sitúan del mismo modo ante Dios.

En el Calvario, dos malhechores son crucificados junto a Jesús. Uno se burla; el otro reconoce su culpa y suplica ser recordado. La cercanía física al Crucificado no produce automáticamente la fe.

Aquí el dos se vuelve dramático: dos personas pueden estar ante el mismo misterio y responder de modo contrario.

VI. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 2

Presencia bíblica.

Constante, pero rara vez simbólica por sí misma. Su densidad surge cuando expresa alteridad, testimonio, alianza, discernimiento o contraste.

Función literaria.

Puede indicar relación, diferencia, confirmación, comunión, elección o conflicto. No tiene sentido único.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El dos cumple una función establecida en la ley del testimonio: dos o tres testigos fijan una palabra en justicia. El envío de dos en dos expresa una forma comunitaria de la misión. Génesis 2,18-24 presenta la alteridad de varón y mujer orientada a la comunión. Y en Génesis 4, Dios advierte a Caín antes del crimen y le dice que puede dominar el pecado que lo acecha.

Probable.

Que el envío de dos en dos se apoye en la ley del testimonio: los dos textos usan la misma lógica y ningún evangelista traza el vínculo. Que la asimetría de las ofrendas —algunos frutos frente a las primicias y lo mejor— sea parte de la explicación del relato: nuestra traducción lo sugiere y el texto no lo declara.

Sugerente.

Leer las dos tablas del Testimonio como signo de una alianza que debe ser custodiada por dos partes. Es una lectura antigua y hermosa, y el texto solo dice que eran dos.

Especulativo.

Establecer un sistema de parejas bíblicas —Caín y Abel, Isaac e Ismael, Jacob y Esaú, los dos malhechores— como si formaran una serie con significado propio. Los contrastes existen; la serie la construimos nosotros.

No recomendable.

Afirmar que todo par bíblico tiene valor simbólico. Convertir el dos en símbolo fijo de comunión o de división, cuando es exactamente el número que no admite sentido fijo. Deducir doctrinas de simples duplicaciones narrativas. Y leer «ayuda adecuada» como subordinación, cuando el mismo término se aplica a Dios en los Salmos.

VII. CRISTO, TESTIGO FIEL Y RECONCILIADOR

El dos encuentra su centro cristiano no como cifra, sino en el modo en que Cristo ilumina la relación y el testimonio.

Él es el Testigo fiel. Jesús da testimonio del Padre y el Padre da testimonio del Hijo: la verdad cristiana no nace de una opinión solitaria, sino de una comunión.

Y Cristo reconcilia lo dividido. Los que estaban lejos y los que estaban cerca son llamados a formar un solo pueblo; san Pablo dice que derribó el muro de separación y creó de los dos un solo hombre nuevo.

Conviene notar la fórmula, porque es exactamente lo contrario de lo que suele entenderse por unidad. No dice que de los dos hiciera uno eliminando a uno de ellos. Dice que hizo un hombre **nuevo**: algo que ninguno de los dos era antes y que ninguno pierde al entrar.

La alteridad no queda abolida en Cristo. Queda reconciliada, que es una operación mucho más difícil.

El capítulo siguiente examina el número con que la Escritura abarca el mundo entero: no ya la relación entre dos, sino los confines de la tierra.

9. EL 4 MUNDO CREADO, TOTALIDAD CÓSMICA Y EXTENSIÓN UNIVERSAL

Del encuentro entre dos pasamos a la anchura del mundo.

El cuatro es el número con que la Escritura abarca la tierra entera: sus confines, sus vientos, las criaturas que la habitan. Y es, de todos los que este libro trata como firmes, el más sobrio. No tiene la densidad del siete ni la carga comunitaria del doce. Su trabajo es más modesto y consiste en ensanchar la mirada.

Hay que decirlo desde el principio porque protege contra el abuso: **el cuatro no revela un secreto del universo**. Ayuda a contemplar la creación delante de Dios, que es otra cosa.

I. EL MUNDO CREADO ANTE DIOS

Allí donde aparecen cuatro ríos, cuatro confines, cuatro vientos o cuatro vivientes, la Biblia suele ensanchar la mirada hacia el mundo entero ante su Creador. El mundo aparece extendido pero no deshecho; diverso pero no fuera de la providencia.

Antes de recorrer esos usos, una advertencia sobre nuestra propia traducción que es preciso tener presente en todo el capítulo.

La imagen que en castellano solemos llamar «los cuatro confines de la tierra» no se vierte siempre con las mismas palabras. En Isaías 11,12 leemos que el Señor congregará a los dispersos de Judá «desde los cuatro puntos cardinales». En Apocalipsis 20,8 leemos «los cuatro extremos de la tierra». Son expresiones distintas para una misma imagen, y la variación pertenece al traductor, no al texto original.

Esto no es una pega: es un aviso. Quien construya un argumento sobre la repetición exacta de una fórmula castellana estará contando decisiones de traducción. La imagen es la misma; las palabras, no.

II. LOS CUATRO RÍOS DEL EDÉN

El primer uso significativo aparece en el relato del Edén, donde un río sale del jardín y se divide en cuatro brazos: Pisón, Guijón, Tigris y Éufrates.

El texto no debe convertirse en mapa simbólico cerrado ni leerse con mentalidad cartográfica. El relato presenta el jardín como lugar de vida y comunión originaria, y desde allí brota un agua que no queda encerrada, sino que se abre hacia la tierra habitada.

Aquí el valor simbólico del cuatro debe formularse con prudencia especial, y este libro prefiere decirlo antes de que el lector se entusiasme: **no estamos ante el caso más firme del capítulo**. Los cuatro brazos pueden sugerir la expansión de la vida desde el lugar de la bendición hacia la tierra conocida. Es una lectura posible y bella, subordinada al sentido principal del pasaje.

Y hay un dato que conviene retener: dos de esos cuatro ríos —el Tigris y el Éufrates— son perfectamente identificables, y los otros dos no lo son con seguridad. El relato mezcla geografía reconocible con nombres que no podemos situar. Quien lea el pasaje como mapa se encontrará con que falta la mitad del mapa.

III. LOS CUATRO CONFINES: TOTALIDAD ESPACIAL



El uso más firme aparece en las expresiones sobre los extremos, ángulos o puntos cardinales de la tierra.

Estas imágenes no describen científicamente el mundo: expresan su totalidad visible. Isaías anuncia que el Señor reunirá a los dispersos desde los cuatro puntos cardinales. El Apocalipsis presenta cuatro ángeles en los cuatro extremos de la tierra reteniendo los cuatro vientos, y más adelante sitúa allí a las naciones.

El sentido es claro y sobrio: **nada queda fuera de la mirada de Dios**. Lo que para el ser humano aparece disperso o inabarcable permanece ante el Señor como una sola realidad.

Y UNA HONESTIDAD SOBRE ESTOS TEXTOS

Vale la pena notar, sin embargo, algo que las exposiciones del cuatro suelen callar: **buena parte de estos pasajes son oráculos de juicio**.

Cuando Ezequiel habla de los cuatro confines, no está contemplando serenamente la anchura del mundo. Está anunciando que ha llegado el fin. Cuando Jeremías menciona los cuatro vientos, es para dispersar a un pueblo. Cuando el Apocalipsis coloca a los cuatro ángeles en los extremos, esos ángeles han recibido poder para dañar la tierra y el mar, y están reteniendo el desastre hasta que los siervos de Dios sean marcados.

Citar esos versículos como ilustraciones neutras de «totalidad espacial» es quedarse con la geometría y tirar el contenido. La totalidad que expresan es real, y lo que la recorre, en la mayoría de los casos, es el juicio.

Esto no debilita la lectura: la precisa. El cuatro dice que **toda la tierra está ante Dios**, y estar ante Dios no es siempre una escena tranquila.

IV. LOS CUATRO VIENTOS: LA HISTORIA EN MOVIMIENTO

Los vientos añaden dinamismo a la imagen espacial. Ya no se trata solo de la tierra extendida, sino de fuerzas que la recorren.

Daniel contempla los cuatro vientos del cielo agitando el gran mar antes de la aparición de las bestias. En el Evangelio, el Hijo del hombre enviará a sus ángeles para reunir a los elegidos desde los cuatro vientos.

La imagen une totalidad y movimiento, y puede expresar sacudida, dispersión, juicio o reunión. Pero los vientos nunca aparecen como poderes autónomos frente a Dios. La Biblia no presenta un cosmos dominado por fuerzas impersonales.

Así, el cuatro no señala solo un espacio estático. Permite contemplar el drama de la historia: pueblos dispersos, imperios agitados, elegidos reunidos. Lo creado no está inmóvil ante Dios.

V. LOS CUATRO SERES VIVIENTES

En la visión de Ezequiel aparecen cuatro seres vivientes junto a la gloria de Dios, con rostros, alas, ruedas y fuego. No estamos ante una descripción zoológica sino ante una visión de la majestad divina.

El Apocalipsis retoma esa imaginería en los cuatro Seres Vivientes que rodean el trono y proclaman sin cesar la santidad de Dios. Importa evitar la reducción simplista según la cual «significan» únicamente la creación: las visiones bíblicas son más ricas que cualquier fórmula. Con prudencia puede decirse que evocan la creación animada, elevada y orientada hacia la gloria.

LOS CUATRO EVANGELIOS, O CÓMO UN PADRE RAZONÓ CON UN NÚMERO

La tradición cristiana aplicó más tarde estos cuatro vivientes a los cuatro evangelistas, y conviene detenerse aquí porque el caso es instructivo y toca de cerca lo que este libro enseña.

San Ireneo defendió en el siglo II que los Evangelios no pueden ser más ni menos de cuatro, y el argumento que dio fue numérico: hay cuatro zonas del mundo y cuatro vientos principales, luego el Evangelio debe ser cuadriforme.

Le debemos a Ireneo una defensa decisiva del canon frente a quienes querían un solo evangelio o muchos más, y su conclusión es la de la Iglesia. Pero **el argumento con el que la sostuvo no la sostiene**, y decirlo no es faltarle al respeto: es aplicar el criterio que este libro aplica a todos, empezando por sí mismo.

Si los Evangelios fueran cuatro porque hay cuatro vientos, entonces un mundo con tres vientos habría exigido tres Evangelios. La razón por la que son cuatro es que cuatro fueron recibidos como apostólicos y cuatro reconoció la Iglesia. El número no funda la doctrina; la acompaña.

Lo que sí conserva Ireneo, y es lo valioso, es la intuición que expresó con esa imagen: no cuatro mensajes distintos, sino un solo Cristo anunciado con cuádruple testimonio. Esa afirmación no depende del número, y por eso ha resistido.

En nuestra escala, la aplicación de los vivientes a los evangelistas queda como **sugere**: una lectura antigua, fecunda y venerable, que ilumina la contemplación y no demuestra nada. Es exactamente el lugar que le corresponde, y ponerla ahí no la disminuye.

VI. HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

En el Nuevo Testamento, la misión de Cristo resucitado se abre a todos los pueblos. Los discípulos son enviados a hacer discípulos de todas las naciones y a ser testigos hasta los confines de la tierra.

Aquí el cuatro no aparece explícitamente: su presencia es una resonancia. La misión cristiana cumple y ensancha el lenguaje bíblico de la totalidad espacial. El Evangelio no queda encerrado en una tierra, una lengua o una nación.

Y hay que notar el cambio de dirección, que es el sentido cristiano de este número. En el Antiguo Testamento, los cuatro confines eran de donde Dios reunía a los dispersos: el movimiento iba de fuera hacia el centro. En Hechos, los confines son hacia donde los discípulos salen. El mismo espacio, recorrido en sentido contrario.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 4

Presencia bíblica.

Sobria y localizada, especialmente en imágenes de totalidad espacial, mundo creado, vientos, confines y vivientes ante el trono.

Función literaria.

Puede expresar amplitud cósmica, totalidad terrestre, orden visible de la creación e historia en movimiento. No revela un secreto del universo: ensancha la mirada.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El cuatro expresa totalidad espacial en las imágenes de confines, extremos, puntos cardinales y vientos. Los cuatro vientos pueden expresar alcance universal, juicio, dispersión o reunión según el contexto. Y la mayoría de esos pasajes son oráculos de juicio, no descripciones neutras del mundo.

Probable.

Que los cuatro ríos del Edén sugieran la expansión de la vida desde el lugar de la bendición hacia la tierra habitada: es lectura razonable y el texto no la declara.

Sugere.

Que los cuatro Seres Vivientes evoquen la creación animada orientada a la adoración. Y la aplicación de esos vivientes a los cuatro evangelistas, lectura antigua y fecunda que ilumina sin demostrar.

Especulativo.

Buscar en los cuatro brazos del río del Edén una geografía descifrable, cuando dos de los cuatro no pueden identificarse con seguridad. Y establecer correspondencias fijas entre cada viviente y cada evangelista como si el texto las asignara.

No recomendable.

Convertir el cuatro en clave cósmica. Deducir doctrinas de su aparición, incluido el argumento numérico con que san Ireneo defendió el número de los Evangelios: la conclusión es de la Iglesia y el número no la funda. Citar los pasajes de los cuatro confines como ilustraciones serenas de amplitud, cuando la mayoría anuncian juicio. Y construir argumentos sobre la repetición de una fórmula castellana, cuando nuestra traducción vierte la misma imagen de maneras distintas.

VIII. CRISTO, SEÑOR DE LA CREACIÓN ENTERA

El cuatro encuentra su centro cristiano no en una fórmula, sino en Cristo, Señor de todo lo creado.

Él no salva al margen del mundo: entra en la historia, asume la carne y envía a los suyos hasta los confines. En él la creación no es despreciada ni divinizada. Es reconciliada.

La anchura del mundo no se absolutiza ni se disuelve: queda reunida bajo aquel por quien fue hecha. Y los confines de la tierra dejan de ser lejanía sin sentido para convertirse en destino de una visita.

El capítulo siguiente trata el número que está justo antes del descanso, y que por eso ha cargado con una fama que la Escritura no le da.

10. EL 6 LA OBRA BUENA ANTE EL DESCANSO DE DIOS

Este es el número que carga con una fama que la Escritura no le da.

Casi todo el mundo ha oído que el seis es el número del hombre imperfecto, o del mal, o de lo que se queda a un paso de la perfección. Esa idea circula mucho y viene enteramente de un solo versículo del Apocalipsis, leído hacia atrás y proyectado sobre todo lo demás.

La Biblia dice otra cosa. En ella, el seis es el número de la obra buena: los días en que Dios crea, los días en que el hombre trabaja, los años en que la tierra se cultiva. Antes de cualquier asociación negativa, el seis pertenece a lo que Dios hizo y llamó muy bueno.

Empezamos, pues, deshaciendo un prejuicio, que es un modo distinto de trabajar que el de los capítulos anteriores.

I. LA CRIATURA ANTES DEL DESCANSO

El seis se comprende en relación con el siete. El seis es tiempo de obra; el siete, día de descanso, bendición y consagración. Por eso el seis puede sugerir lo creado en camino hacia su plenitud: no una realidad defectuosa, sino una obra buena abierta al descanso de Dios.

Esta precisión es fundamental y es preciso fijarla antes de seguir. El seis no significa maldad. Habla de criatura, trabajo, límite, preparación e incompletud relativa —relativa, porque solo lo es respecto de un descanso que aún no ha llegado, no respecto de una perfección que le falte—.

II. SEIS DÍAS DE CREACIÓN

El uso fundamental aparece en el relato de la creación. Dios realiza su obra en seis días, y el séptimo descansa, bendice y santifica.

Los seis días no son negativos: pertenecen a la obra buena de Dios. Más aún, el sexto día culmina con la creación del ser humano:

«Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer» (Gn 1,27).

Y al final de ese mismo día —del sexto, no del séptimo— llega la valoración más alta del relato entero:

«Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día» (Gn 1,31).

Conviene reparar en la construcción de ese versículo, porque dice más de lo que parece. El «muy bueno» y el «este fue el sexto día» están en la misma frase, separados por un punto. La Escritura no aparta la valoración suprema del número que la acompaña: los pone juntos.

Ese dato basta para desmontar el prejuicio. Si el seis fuera el número de lo defectuoso, «muy bueno» estaría en el sitio equivocado —y estaría, además, en la misma línea que lo desmiente—.

El séptimo día no corrige una creación fallida: corona una creación buena. El seis recuerda que la obra es buena; el siete, que encuentra su plenitud en Dios.

III. SEIS DÍAS DE TRABAJO

El Decálogo retoma el ritmo de la creación:

«Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas; pero el séptimo es día de descanso en honor del Señor, tu Dios» (Ex 20,9-10).

Aquí el seis entra en la vida ordinaria. El hombre trabaja, cultiva, ordena y transforma el mundo. La Escritura no desprecia el trabajo: lo integra en la alianza. Pero tampoco absolutiza la producción, y le pone un límite santo.

El Éxodo vincula el sábado con la creación. El Deuteronomio añade otra razón: Israel debe descansar porque fue esclavo en Egipto y el Señor lo liberó. El descanso no solo corona la obra; también proclama la libertad.

Y vale la pena sacar la consecuencia, porque es la que hace vivo este número. El ser humano no es una máquina de producir. Cuando el trabajo pierde su orientación, puede volverse servidumbre —una servidumbre que no necesita capataz, porque se administra uno mismo—. El seis expresa la medida de la actividad humana: tiempo de tarea, no de autosuficiencia.

IV. SEIS AÑOS DE CULTIVO, Y LA DEUDA QUE LA TIERRA COBRA

La Ley aplica el mismo ritmo al campo: durante seis años se siembra y se recoge, y el séptimo la tierra descansa como sábado para el Señor.

El mandato muestra que la productividad tiene límite. La tierra puede ser trabajada, pero no poseída como dominio absoluto. Su descanso protege a los pobres, recuerda la dignidad de la creación y confiesa que la fecundidad última viene de Dios.

Hasta aquí, el capítulo podría cerrarse con una moraleja amable. Pero el Levítico no lo deja así, y lo que añade es de las páginas más duras de la Ley.

LO QUE OCURRE SI EL SÉPTIMO AÑO NO SE CUMPLE

Entre las maldiciones de la alianza, Dios anuncia la dispersión del pueblo y la desolación del país. Y entonces dice esto:

«durante todo el tiempo en que estará desolada, mientras ustedes vivan en el país de sus enemigos, la tierra pagará los años sabáticos que adeuda. En todo el tiempo de la desolación, ella observará por fin el descanso que no observó en sus años sabáticos, cuando ustedes la habitaban» (Lv 26,34-35).

Nuestra traducción emplea un lenguaje deliberadamente contable: la tierra **paga** los años sabáticos que **adeuda**. El descanso negado no se pierde: se acumula. Y se cobra.

Es una imagen severa y más vale no suavizarla. El destierro aparece aquí no solo como castigo por la idolatría, sino como el momento en que la tierra recupera un descanso que se le fue arrebatado durante generaciones. Los seis años de cultivo, repetidos sin la interrupción del séptimo, generan una deuda que alguien acaba saldando.

Esto da al ritmo del seis una seriedad que la sección anterior no alcanzaba. No estamos ante un consejo de higiene espiritual. La Escritura sostiene que un pueblo que no deja descansar la tierra termina siendo apartado de ella.

Y hay un dato que conecta este pasaje con el capítulo del setenta, y no hay que inferirlo: la Escritura lo declara. Al narrar la deportación, el segundo libro de las Crónicas dice que la tierra quedó desolada «hasta que pagó sus sábados», para que se cumplieran los setenta años anunciados por Jeremías (2 Cr 36,21). La cifra del destierro no es arbitraria: es una cuenta pendiente, y la cuenta la hace el texto.

Conviene añadir cómo termina el pasaje, porque el Levítico no cierra con la deuda. Unos versículos después, Dios dice que aun entonces, en la tierra de sus enemigos, no los rechazará hasta el punto de aniquilarlos ni anulará su alianza, y que se acordará en favor de ellos de la alianza establecida con sus antepasados.

La misma estructura que encontramos en el Decálogo: la severidad se enuncia y después se declara su límite. El castigo se cuenta en años; la alianza, no se cuenta.

V. SEIS TINAJAS EN CANÁ

En las bodas de Caná, san Juan menciona seis tinajas de piedra destinadas a las purificaciones. Jesús manda llenarlas de agua, y el agua se convierte en vino.

La cifra no debe tratarse como enigma. El centro del signo está en la manifestación de la gloria de Jesús, en la abundancia del vino nuevo y en la alegría nupcial, y el propio Juan dice que allí manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

Dicho esto, en el cuarto Evangelio los detalles suelen tener densidad teológica. Las seis tinajas pertenecen al ámbito de las purificaciones, y en el signo de Jesús esa realidad buena queda introducida en una plenitud nueva: el agua destinada a purificar se convierte en vino de bodas.

El signo no desprecia la antigua economía: la asume y la sobrepasa. Aquí el seis puede leerse, con prudencia, como preparación —una realidad verdadera en su lugar, abierta a una plenitud que solo Cristo da—.

E importa decir con franqueza cuánta prudencia. Esa lectura es coherente con el estilo de Juan y no está en el texto. Juan no comenta el número de tinajas, y quien afirme que las eligió por ser seis está añadiendo. Nosotros la ofrecemos como sugerente, y no la usaremos para probar nada.

VI. SEISCIENTOS SESENTA Y SEIS

El caso más conocido y más delicado aparece en el Apocalipsis, donde la cifra de la Bestia es 666.

Ese pasaje tiene capítulo propio más adelante, y además un caso desarrollado en la parte final del libro, dedicada a las afirmaciones

numerológicas concretas. Aquí solo señalamos su relación con el seis, y evitamos deliberadamente adelantar lo que allí se examina.

Teológicamente, el 666 puede leerse como falsa plenitud: seis, seis, seis. La criatura que imita la consumación pero no alcanza el descanso; el poder que se presenta como absoluto y no puede dar vida.

Y aquí está la única conexión legítima con el resto del capítulo. Si el seis es la obra buena que espera el séptimo día, el 666 es la obra que **se niega a esperarlo**: no un número malo, sino un número que se queda donde estaba y declara que allí ya está todo.

Lo que hay que evitar es el camino inverso, que es el que ha producido la fama del seis: partir del 666 y proyectar hacia atrás una sombra sobre los seis días de la creación y sobre el trabajo humano. Ese trayecto no lo autoriza ningún texto, y contradice la valoración que el propio Génesis pronuncia el sexto día.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 6

Presencia bíblica.

Vinculada al ritmo de la creación, al trabajo, al cultivo de la tierra, a la preparación ritual y, de modo intensificado, al 666 del Apocalipsis.

Función literaria.

Expresa obra, actividad, preparación, límite y tensión hacia el descanso. Su sentido más prudente no es la maldad, sino la criatura en camino hacia la plenitud.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

Los seis días de creación y los seis días de trabajo forman un ritmo orientado al descanso sabático. El seis no es malo por sí mismo: la creación del ser humano y la valoración «muy bueno» pertenecen al sexto día. Y Levítico 26,34-35 anuncia que la tierra pagará durante la desolación los años sabáticos que se le adeudan, cuenta que 2 Crónicas 36,21 declara saldada en los setenta años del exilio.

Probable.

Que Levítico 26 y el final de las Crónicas respondan a una misma teología de la tierra —el descanso negado que se cobra— madurada en el exilio: los textos coinciden y ninguno declara su dependencia del otro.

Sugerente.

Que las seis tinajas de Caná puedan leerse como preparación introducida en la plenitud mesiánica: coherente con el estilo de Juan, y no declarada por él. Que el 666 exprese una falsa plenitud o triple insuficiencia del poder idolátrico.

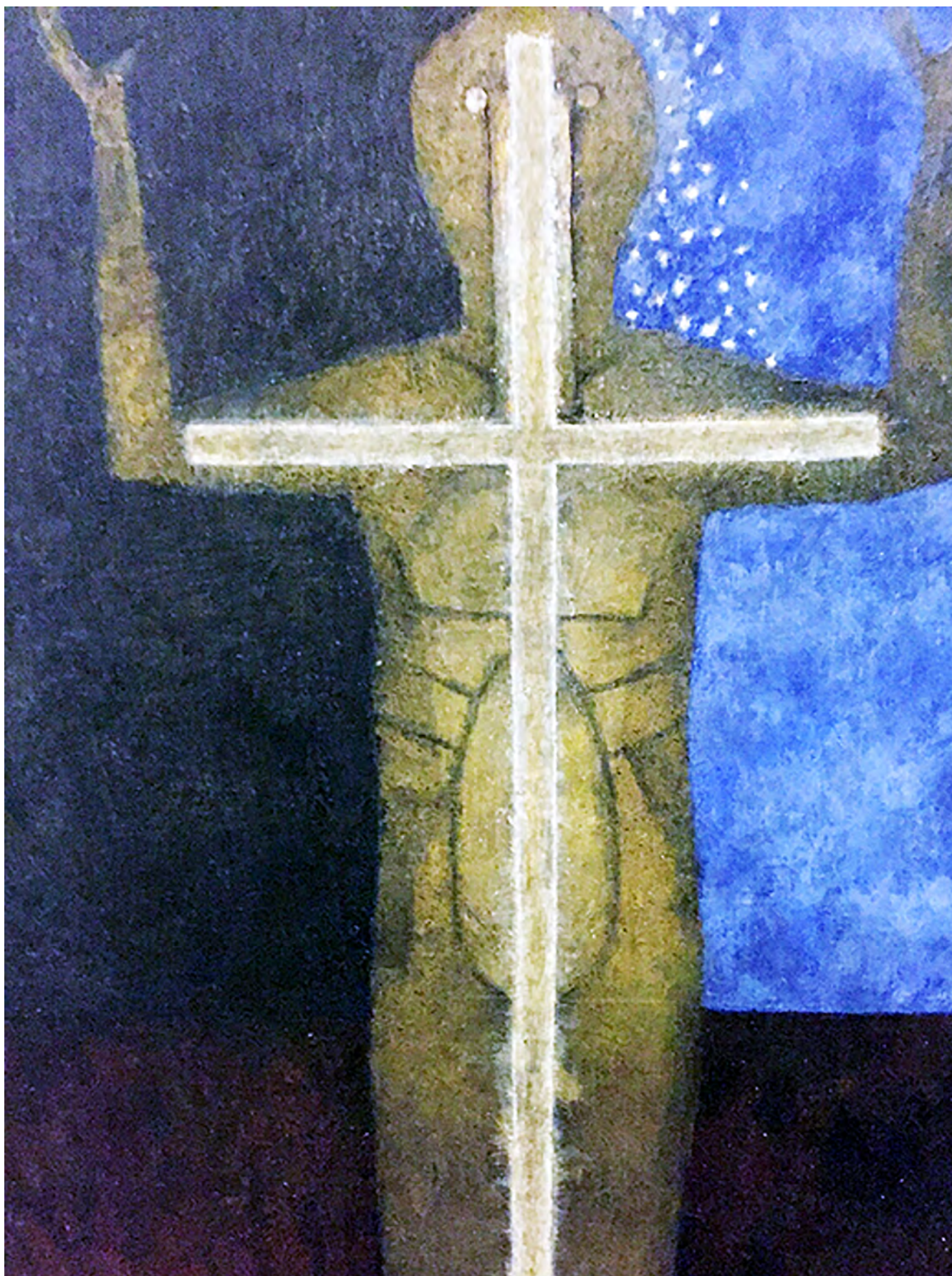
Especulativo.

Buscar en cada aparición de seis objetos o seis días una intención simbólica del autor.

No recomendable.

Afirmar que «seis igual a mal». Proyectar el 666 hacia atrás sobre los seis días de la creación y sobre el trabajo humano, trayecto que ningún texto autoriza y que contradice la valoración del sexto día. Convertir el número en superstición o en fatalismo. Y usar el ritmo sabático como consejo de higiene espiritual, cuando el Levítico lo presenta con consecuencias que alcanzan a la posesión misma de la tierra.

VIII. CRISTO, PLENITUD DE LA OBRA Y VERDADERO DESCANSO



El seis encuentra su sentido cristiano en Cristo, que lleva la obra humana hacia su plenitud.

Él entra en el mundo del trabajo, del cansancio y del límite. En Caná transforma el agua de las seis tinajas en vino nuevo. En la cruz consuma la obra que el Padre le encargó.

La clave se vuelve entonces pascual, y hay que mirarla despacio. Cristo entrega su vida, entra en el silencio del sepulcro y descansa allí durante el sábado, después de haber cumplido su obra. Es exactamente la secuencia del Génesis: obra primero, descanso después. Solo que aquí el descanso ocurre en una tumba.

Y al tercer día inaugura el día nuevo, la creación que ya no termina en el cansancio.

Cristo no destruye la obra buena de la creación: la asume y la conduce a su descanso verdadero. En él, el trabajo deja de ser esclavitud y el límite deja de ser desesperación. La criatura aprende a recibir de Dios la plenitud que no puede darse a sí misma.

El seis no revela un secreto oscuro. Recuerda que la obra, por buena que sea, no se basta a sí misma.

El capítulo siguiente trata el número que viene inmediatamente después del descanso, y que la tradición cristiana asoció desde muy pronto al día de la Resurrección.

11. EL 8 EL OCTAVO DÍA Y LA NUEVA CREACIÓN

El capítulo anterior terminaba en el descanso. Este empieza al día siguiente.

El ocho viene después del siete, y esa posición es todo su contenido. Si el siete expresa plenitud y consumación del ciclo, el ocho sugiere comienzo nuevo: no la repetición del ciclo, sino algo que se abre cuando el ciclo ya está completo.

Conviene decir de entrada lo que no es. **No es una cifra automática de regeneración**, y su sentido depende siempre del contexto. Pero leído con prudencia permite contemplar una verdad bíblica profunda: Dios no solo lleva su obra al descanso; en Cristo resucitado inaugura la creación nueva.

I. UNA ADVERTENCIA PREVIA: CUANDO SIETE Y OCHO SIGNIFICAN «UNOS CUANTOS»

Antes de recorrer los usos del ocho hace falta una cautela que este libro no puede omitir, porque el propio texto bíblico la ofrece.

El Eclesiastés aconseja:

«Da una parte a siete, y aun a ocho personas, porque ignoras qué calamidades pueden venir sobre la tierra» (Ecl 11,2).

Nadie sostendría que ahí el siete significa plenitud y el ocho creación nueva. La fórmula «a siete, y aun a ocho» es un modo hebreo de decir *a unos cuantos, y aún a más*. El hebreo bíblico construye con frecuencia estas parejas graduadas —dos números consecutivos— para expresar una cantidad indeterminada y generosa. Proverbios usa «seis cosas, y aun siete»; Amós, «por tres crímenes, y por cuatro».

Es un recordatorio saludable justo antes de un capítulo sobre el ocho: **la Escritura también usa los números para decir «bastantes»**. Cuando aparezcan juntos un número y su siguiente, la primera hipótesis debe ser el modismo, no el símbolo.

II. EL OCTAVO DÍA DE LA CIRCUNCISIÓN

Uno de los usos más importantes aparece en el mandato dado a Abraham:

«A los ocho días, serán circuncidados todos los varones de cada generación, tanto los nacidos en la casa como los que hayan sido comprados a un extranjero, a alguien que no es de tu sangre» (Gn 17,12).

Levítico lo repite con brevedad de rúbrica:

«Al octavo día será circuncidado el prepucio del niño» (Lv 12,3).

El número no debe aislarse del rito. Lo decisivo no es una aritmética sagrada, sino la alianza: Dios marca a su pueblo y lo introduce en una historia de promesa.

UNA PRECISIÓN DEL TEXTO QUE MÁS VALE NO PERDER

Fíjese el lector en a quiénes alcanza el mandato. No solo a los nacidos en la casa, sino también a los comprados a un extranjero, **a alguien que no es de tu sangre**. El texto se ocupa de decirlo dos veces en el mismo pasaje.

Es un dato notable. La señal de pertenencia al pueblo de la alianza nunca estuvo limitada por la sangre: desde el primer mandato incluye a quien entró en la casa por otra vía. Quien quiera leer la circuncisión como frontera étnica tendrá que explicar ese versículo.

Y el texto añade la consecuencia de omitirla:

«el incircunciso, aquel a quien no se haya cortado la carne de su prepucio, será excluido de su familia, porque ha quebrantado mi alianza» (Gn 17,14).

La señal no es un adorno cultural. Es una pertenencia con consecuencias, y el relato lo dice sin suavizar.

El mismo Jesús entra en esta obediencia de Israel:

«Ocho días después, llegó el tiempo de circuncidar al niño, y se le puso el nombre de Jesús, nombre que le había sido dado por el Ángel antes de su concepción» (Lc 2,21).

El signo antiguo no queda despreciado, sino asumido en la historia del Verbo encarnado. Cristo no llega desde fuera de Israel: entra en la alianza y recibe su señal.

San Pablo hablará más tarde de otra circuncisión:

«En él fueron circuncidados, no por mano de hombre, sino por una circuncisión que los despoja del cuerpo carnal, la circuncisión de Cristo. En el bautismo ustedes fueron sepultados con él, y con él resucitaron» (Col 2,11-12).

La relación cristiana con Dios no depende de una equivalencia numérica entre circuncisión y bautismo, sino de la incorporación al Hijo muerto y resucitado.

III. OCHO PERSONAS SALVADAS, Y TODOS LOS DEMÁS

La Primera Carta de Pedro dice que en el arca «unos pocos, ocho en total, se salvaron a través del agua» (1 P 3,20), y lee ese paso en relación con el bautismo.

Aquí la cifra tiene un apoyo neotestamentario particularmente fuerte: es el propio Nuevo Testamento el que la señala y la interpreta. No estamos ante una asociación nuestra.

Y tampoco ante una lectura marginal. El Catecismo la recoge expresamente al enumerar las prefiguraciones del bautismo en la Antigua Alianza:

«La Iglesia ha visto en el Arca de Noé una prefiguración de la salvación por el bautismo» (n. 1219).

Y añade el principio que ordena todas ellas:

«Todas las prefiguraciones de la Antigua Alianza culminan en Cristo Jesús» (n. 1223).

Conviene notar qué autoriza esa doctrina y qué no. Autoriza a leer el arca como figura del bautismo, que es lo que la Iglesia hace en la bendición del agua bautismal de la Vigilia Pascual. **No autoriza a leer el número ocho como figura de nada.** La prefiguración está en el paso a través de las aguas, no en cuántos lo atravesaron.

POR QUÉ SON OCHO

Ahora bien, es preciso decir por qué son ocho ya que cambia el tono de todo el pasaje.

Son ocho **porque los demás se ahogaron.**

«Ocho personas salvadas» suena a rescate afortunado. El texto habla de otra cosa: de un mundo destruido del que quedó una familia. El ocho de Noé no es un número de abundancia sino de reducción extrema, y su fuerza viene precisamente de ahí. Es lo que queda cuando ya no queda nada.

Leerlo sin el diluvio convierte una catástrofe en una anécdota de salvamento. Y con el diluvio, la lectura bautismal gana en vez de perder: el bautismo no se compara con un paseo por el agua, sino con atravesar un juicio.

Añadamos una clarificación más. El versículo inmediatamente anterior dice que Cristo «fue a hacer su anuncio a los espíritus que estaban prisioneros, a los que se resistieron a creer cuando Dios esperaba pacientemente, en los días en que Noé construía el arca» (1 P 3,19-20). Es uno de los pasajes más oscuros del Nuevo Testamento y ha recibido explicaciones muy diversas. No lo resolvemos aquí, y lo mencionamos porque quien vaya a leer el versículo veinte se encontrará con el diecinueve, y merece saber que la dificultad existe y que no es culpa suya.

IV. EL OCTAVO DÍA EN LA LEY

En diversos textos levíticos, el octavo día aparece ligado a ritos de purificación, reintegración o consagración. El leproso purificado presenta sus ofrendas al octavo día; ciertos ritos relacionados con impurezas corporales concluyen también entonces; y en la consagración sacerdotal, después de siete días de rito, al octavo comienza el ministerio ante el Señor.

Estos textos no deben agruparse mecánicamente como si el ocho significara siempre lo mismo. Pero muestran una lógica ritual común: después de un tiempo completo de espera o preparación, el octavo día marca una presentación nueva ante Dios.

En los ritos de purificación señala reintegración: quien estaba apartado vuelve a presentarse. En la consagración sacerdotal el movimiento es más fuerte: al octavo día Aarón y sus hijos comienzan su servicio, y la gloria del Señor se manifiesta ante el pueblo.

El octavo día no elimina el tiempo anterior: lo recoge y abre una etapa nueva. No es reinicio, sino paso desde la preparación hacia la presencia.

V. EL PRIMER DÍA Y EL OCTAVO DÍA

El centro cristiano del simbolismo del ocho está en la Resurrección. Los evangelios anuncian que Jesús resucita el primer día de la semana, después del sábado.

Aquí vale la pena distinguir con precisión dos afirmaciones que suelen presentarse juntas y que no tienen el mismo estatuto.

Que Cristo resucitó el primer día de la semana es un dato de los cuatro evangelios. No hay nada que inferir.

Que ese primer día sea también el octavo es una lectura de la tradición cristiana, no una afirmación del Nuevo Testamento. Ningún autor neotestamentario llama octavo día al domingo. La lectura nace después, en la reflexión de los Padres, al contemplar el domingo como día que sigue al sábado y anuncia una creación renovada.

Decirlo así no debilita la tradición: la sitúa. Es una comprensión pascual del tiempo, no un cálculo oculto, y ha resultado extraordinariamente fecunda. Pero pertenece a la recepción eclesial y no al texto, y este libro está obligado a distinguir esas dos cosas incluso —sobre todo— cuando la lectura le gusta.

Con esa distinción hecha, la lectura es hermosa. El domingo puede llamarse primer día porque recuerda el comienzo de la creación, y octavo porque sigue al sábado y anuncia una vida que desborda el ciclo antiguo. En Cristo, el tiempo no solo se repite: es renovado desde dentro.

VI. BAUTISMO Y VIDA NUEVA



Por su relación con Noé, la circuncisión, la purificación y sobre todo la Resurrección, el ocho adquirió en la tradición cristiana una fuerte resonancia bautismal. No pocos baptisterios antiguos fueron contruidos con forma octogonal.

Esta tradición es teológicamente bella y debe entenderse correctamente. La forma octogonal no produce gracia ni contiene poder oculto: es un signo arquitectónico que remite al octavo día y al nacimiento bautismal.

La forma sirve al misterio; no lo produce. El bautismo no se funda en el número ocho, sino en la muerte y resurrección de Cristo.

Y aquí vale la pena una observación sobre el modo en que la tradición usa los números, porque es distinto del modo en que los usa la numerología. **El octógono de un baptisterio no afirma nada: recuerda.** No pretende que la forma cause un efecto, sino que quien entre allí sepa dónde está. La numerología, en cambio, atribuye siempre alguna eficacia a la cifra. Es una diferencia de intención, y se nota en los resultados.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 8

Presencia bíblica.

Concentrada: circuncisión al octavo día, ocho personas salvadas en el arca, ciertos ritos de purificación y consagración, y la lectura cristiana del domingo.

Función literaria.

Puede expresar ingreso en la alianza, paso por las aguas, reintegración, comienzo del servicio y novedad. Su sentido depende del rito o acontecimiento al que está unido.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

La circuncisión al octavo día pertenece al ámbito bíblico de la alianza, y su omisión tiene por consecuencia la exclusión de la propia familia. El mandato alcanza también a los comprados a un extranjero, a quien no es de la sangre de Abraham. La Primera Carta de Pedro vincula explícitamente las ocho personas del arca con una lectura bautismal. La Resurrección de Cristo ocurre el primer día de la semana. Y la Escritura emplea parejas de números consecutivos —siete y ocho, seis y siete, tres y cuatro— como fórmula de cantidad indeterminada.

Probable.

Que los ritos levíticos del octavo día compartan una lógica de purificación, reintegración o comienzo de servicio, aunque no todos tengan idéntico sentido.

Sugere.

La lectura del domingo como octavo día: pertenece a la tradición patrística y litúrgica, y ningún autor del Nuevo Testamento la formula. La arquitectura octogonal de los baptisterios, que expresa una recepción litúrgica y no una necesidad sacramental.

Especulativo.

Buscar en cada grupo de ocho elementos una intención simbólica del autor. Y unificar los distintos octavos días de la Ley en un solo significado.

No recomendable.

Leer la circuncisión como frontera étnica, cuando el mandato incluye desde el principio a quien no es de la sangre. Afirmar que todo ocho bíblico significa resurrección. Usarlo como cifra de suerte, prosperidad o energía espiritual. Atribuir poder al número separado de Cristo y de los sacramentos. Presentar el octavo día como enseñanza del Nuevo Testamento, cuando es lectura de la tradición. Y citar las ocho personas del arca sin el diluvio, operación que convierte una catástrofe en un rescate.

VIII. CRISTO, OCTAVO DÍA Y NUEVA CREACIÓN

El ocho encuentra su centro cristiano en la Resurrección.

Cristo cumple el sábado y lo desborda. No lo niega ni lo desprecia: lo atraviesa desde dentro. Entra en el descanso del sepulcro y, al resucitar el primer día de la semana, abre el día que la tradición cristiana contemplará como octavo.

En él, la pertenencia antigua se abre hacia la comunión del bautismo; las aguas de Noé se iluminan como figura del paso hacia la vida; los ritos de purificación apuntan a la presentación plena ante Dios.

El ocho no revela un secreto reservado a iniciados. Recuerda que Dios no solo termina una obra: puede inaugurar una vida nueva. Y esa novedad no es un reinicio del ciclo —el ciclo se reinicia solo, cada semana, sin necesidad de Pascua—. Es una vida que atraviesa la muerte y ya no vuelve a quedar bajo su dominio.

Con este capítulo cerramos la serie de los números pequeños. El siguiente trata dos cifras que nacen de multiplicar el siete por sí mismo, y que la Ley convirtió en un modo de organizar la propiedad, la deuda y la libertad.

12. EL 49 Y EL 50 SIETE VECES SIETE, JUBILEO Y PENTECOSTÉS

Con este capítulo se cierra la Parte, y lo hace con los dos números que nacen de multiplicar el siete por sí mismo.

El cuarenta y nueve es siete veces siete: plenitud sabática intensificada, tiempo llevado a madurez. El cincuenta es lo que viene después de esa plenitud, y no la niega: la abre.

Es una lógica hermosa y conviene decir desde ahora que el capítulo no terminará donde suele terminar. La ley del jubileo contiene, en el mismo capítulo que proclama la liberación, un límite que casi nadie cita. Llegaremos a él.

I. EL TIEMPO QUE MADURA Y SE ABRE

Estos dos números forman una unidad. El cuarenta y nueve expresa el tiempo cumplido según el ritmo del siete; el cincuenta, el desbordamiento de ese cumplimiento: el año jubilar después de siete semanas de años, la fiesta de las Semanas después de siete semanas de días, y en el Nuevo Testamento Pentecostés como fruto de la Pascua.

El cincuenta no aparece nunca aislado. Nace de una maduración: viene después de un tiempo trabajado, contado y esperado. Por eso no habla de novedad barata ni de reinicio superficial.

II. SIETE VECES SIETE

La lógica aparece en Levítico de manera explícita:

«Deberás contar siete semanas de años —siete veces siete años— de manera que el período de las siete semanas de años sume un total de cuarenta y nueve años» (Lv 25,8).

El cuarenta y nueve no es todavía el jubileo: lo prepara. Es el tiempo que debe cumplirse antes de que suene la trompeta de la liberación, y ese orden importa. La libertad jubilar no irrumpe como capricho, sino como culminación de un tiempo ordenado.

Algo semejante ocurre en la fiesta de las Semanas: se cuentan siete semanas completas desde la ofrenda de la primera gavilla, y después llega el día cincuenta. El tiempo agrícola se convierte en tiempo litúrgico.

Así, el cuarenta y nueve enseña que la plenitud bíblica no es mera acumulación. Es preparación.

III. EL AÑO JUBILAR

El uso más importante aparece en la ley del jubileo. Después de cuarenta y nueve años, el año siguiente debía proclamarse santo:

«Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país. Este será para ustedes un jubileo: cada uno recobrará su propiedad y regresará a su familia» (Lv 25,10).

Más allá de la discusión sobre si llegó a practicarse con regularidad, el jubileo expresa una verdad teológica central: la tierra pertenece a Dios y el pueblo no debe quedar atrapado para siempre en la deuda, la pérdida o la esclavitud.

No es una metáfora espiritual desencarnada. Toca posesión, deuda, tierra, esclavitud, familia y pobreza. Y lo funda en una declaración de propiedad que desarma cualquier absolutismo:

«La tierra no podrá venderse definitivamente, porque la tierra es mía, y ustedes son para mí como extranjeros y huéspedes» (Lv 25,23).

Importa decir qué peso da la Iglesia a estas páginas, porque es mayor del que un lector supondría. El *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* afirma que **los preceptos del año sabático y del año jubilar constituyen una doctrina social «in nuce»** —en germen— y explica por qué: muestran que los principios de la justicia y de la solidaridad social «están inspirados por la gratuidad del evento de salvación realizado por Dios».

Esa razón invierte lo que uno esperaría. La justicia del jubileo no se funda en un cálculo de equidad ni en un pacto social. **Se funda en que Dios liberó primero.** Israel debe soltar porque fue soltado, y perdonar deudas porque le fue perdonada la esclavitud.

Y el Compendio añade algo que impide leer el jubileo como una curiosidad antigua: no es solo un correctivo de prácticas egoístas, sino **referencia normativa** a la que todas las generaciones de Israel debían conformarse.

Israel no es dueño de la tierra. Es huésped en ella. Y quien es huésped no puede tratar a otro huésped como propiedad.

El capítulo desarrolla esa lógica con detalle notable: prohíbe el préstamo con interés al hermano empobrecido, ordena sostenerlo, prohíbe imponerle trabajos de esclavo, y establece que en el año jubilar quede libre junto con sus hijos. La razón que da es teológica y no económica: los israelitas son servidores de Dios, y por eso no deben ser vendidos como esclavos.

IV. EL LÍMITE DEL JUBILEO

Y aquí llegamos a lo que anunciamos al comenzar.

Ese mismo capítulo, unos versículos después de proclamar la liberación, dice esto: los esclavos que ustedes tengan provendrán de las naciones vecinas; podrán adquirirlos también entre los extranjeros residentes; serán propiedad de ustedes, y podrán dejarlos como herencia a sus hijos, para que los posean **como propiedad perpetua**. Y concluye: a estos podrán tenerlos como esclavos, pero nadie podrá ejercer un poder despótico sobre sus hermanos israelitas (cf. Lv 25,44-46).

De modo que la liberación proclamada «para todos los habitantes del país» tiene, en el propio texto, un destinatario definido: el hermano israelita. El extranjero comprado no entra en el jubileo. Su esclavitud es hereditaria y perpetua.

Este libro no va a esconder ese versículo detrás del anterior, y tampoco va a resolverlo con una fórmula. Registramos tres cosas y dejamos la incomodidad donde el texto la deja.

La primera: el jubileo es una institución de justicia real y limitada. Real, porque interrumpe de verdad los mecanismos de acumulación y devuelve tierra y libertad. Limitada, porque su horizonte es el hermano de sangre.

La segunda: esa limitación no es una lectura hostil que traigamos de fuera. Está en el mismo capítulo, a treinta versículos de distancia, y quien cite el diez sin los cuarenta y cuatro está eligiendo.

La tercera, y es la que da sentido al recorrido de este libro: cuando el Nuevo Testamento afirme que ya no hay esclavo ni libre (Ga 3,28), no estará decretando una emancipación exterior —la carta a Filemón devuelve un esclavo a su dueño rogando por él, y Pablo no organizó manumisiones—. Hace algo más lento y más hondo: borra dentro de la comunidad la frontera que el jubileo dejaba en pie, de modo que el extranjero ya no queda fuera de la hermandad, y planta una igualdad bautismal cuyas consecuencias exteriores tardarían siglos en cobrarse. El jubileo liberaba al hermano; el Evangelio ensancha quién es hermano, y deja a la historia la tarea de que la libertad alcance los cuerpos.

Leído así, el jubileo no queda desacreditado. Queda situado: es un paso enorme y no es el último.

V. SIETE SEMANAS Y EL DÍA CINCUENTA



La fiesta de las Semanas nace en el calendario bíblico como fiesta de cosecha y ofrenda de primicias. Se cuentan siete semanas completas y luego se celebra el día cincuenta.

Lo decisivo es el tiempo que madura: la cosecha se recoge, las primicias se ofrecen y el pueblo reconoce que la fecundidad viene de Dios. Lo recibido de la tierra no se encierra como posesión autosuficiente.

Y aquí el Deuteronomio hace algo que hay que notar, porque corrige por adelantado el peligro de esta fiesta: vincula la celebración con los hijos, los siervos, los levitas, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. La cosecha no debe cerrarse sobre el propietario. La alegría de tener se mide por con quién se tiene.

La tradición judía posterior vinculará también esta fiesta al don de la Ley en el Sinaí. La asociación permite percibir una resonancia importante —el pueblo vive de lo que recibe, tanto de la tierra como de la Palabra— y conviene señalar que es tradición posterior, no dato del texto.

VI. PENTECOSTÉS

En el Nuevo Testamento, el cincuenta alcanza su centro cristiano en Pentecostés. Después de la Pascua, cuando los discípulos están reunidos, el Espíritu desciende sobre ellos como viento y fuego.

Pentecostés no es un episodio aislado ni una fiesta añadida desde fuera al misterio pascual. Es la Pascua comunicada como don. El Resucitado no solo vence la muerte: derrama el Espíritu, reúne a los dispersos y capacita a la Iglesia para anunciar.

Si Babel había mostrado la dispersión de las lenguas, Pentecostés manifiesta una unidad nueva que no borra la diversidad: cada uno oye en su propia lengua las grandezas de Dios.

Y la libertad adquiere aquí una profundidad nueva. No es solo restitución social, como en el jubileo, ni solo gratitud por la cosecha, como en la fiesta de las Semanas. Es libertad pascual: el Espíritu libera del miedo, abre la boca de los testigos y envía hacia las naciones —hacia todas, sin la frontera que Levítico había mantenido—.

VII. JUBILEO, PERDÓN Y MISIÓN

La relación entre jubileo y Pentecostés es teológicamente fecunda, siempre que se formule con prudencia.

No debe decirse que Pentecostés sea «el jubileo espiritual», como si ambos textos fueran equivalentes. La conexión no es equivalencia literal sino convergencia desde Cristo: Dios libera, restituye, reúne y abre un tiempo nuevo de gracia.

Esa línea ilumina la predicación de Jesús en Nazaret, cuando proclama el año de gracia del Señor leyendo a Isaías. En Cristo, la promesa jubilar alcanza su profundidad más plena.

Pero la lectura cristiana no espiritualiza el jubileo hasta volverlo inofensivo. Sería la operación más cómoda del mundo y este libro no la hará. La libertad recibida de Cristo exige justicia, misericordia y responsabilidad hacia el hermano; quien ha sido liberado no puede vivir como dueño absoluto de los bienes, del tiempo o del prójimo.

VIII. FICHA CRÍTICA DE LOS NÚMEROS 49 Y 50

Presencia bíblica.

Concentrada pero teológicamente importante: el jubileo de Levítico 25, la fiesta de las Semanas, Pentecostés y la cincuentena pascual de la tradición cristiana.

Función literaria.

El cuarenta y nueve expresa plenitud sabática intensificada; el cincuenta, apertura después de esa plenitud: liberación, restitución, cosecha, gratitud, misión.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

Levítico 25 vincula siete semanas de años, cuarenta y nueve años y el quincuagésimo con el jubileo. La fiesta de las Semanas se celebra en el día cincuenta después de siete semanas completas. Hechos 2 sitúa Pentecostés como acontecimiento decisivo del Espíritu. Y el mismo capítulo 25 de Levítico que proclama la liberación establece que los esclavos adquiridos de las naciones vecinas son propiedad perpetua y hereditaria.

Probable.

Que la relación entre jubileo y Pentecostés pueda leerse como convergencia cristológica de liberación, perdón, comunión y misión.

Sugerente.

La cincuentena pascual como despliegue litúrgico del cincuenta: pertenece a la recepción cristiana y no al texto. La vinculación de la fiesta de las Semanas con el don de la Ley en el Sinaí, que es tradición judía posterior.

Especulativo.

Buscar correspondencias sistemáticas entre los distintos cincuenta bíblicos, o derivar del número un calendario espiritual.

No recomendable.

Identificar sin matices Pentecostés con el jubileo. Convertir el cincuenta en cifra de prosperidad. Usarlo para calendarios ocultos. Y **citar Levítico 25,10 sin Levítico 25,44-46**, operación que presenta como universal una liberación que el propio texto limita al hermano israelita.

IX. CRISTO, PLENITUD JUBILAR Y DADOR DEL ESPÍRITU

Estos números encuentran su centro cristiano en Cristo resucitado, que cumple la Pascua y comunica el Espíritu.

En él la promesa jubilar alcanza su profundidad más plena: los cautivos son llamados a la libertad, los pobres reciben la Buena Noticia, la dignidad perdida es restaurada. Cristo no proclama una libertad abstracta: se acerca a los pobres, perdona y abre el tiempo favorable de la misericordia.

Y hace con el jubileo lo que el jubileo no podía hacer consigo mismo: le quita el límite. Donde Levítico distinguía entre el hermano y el extranjero, Pentecostés reúne a partos, medos, elamitas y a cuantos habían venido de todas partes, y cada uno oye en su lengua. La liberación deja de tener frontera.

El cuarenta y nueve y el cincuenta no revelan un secreto reservado a iniciados. Recuerdan que Dios sabe llevar el tiempo a su plenitud y abrirlo hacia la libertad. Y que esa libertad, cuando es la suya, no se detiene en la puerta de casa.

Aquí termina el recorrido por los números que la Escritura ordena con claridad. La Parte siguiente entra en el terreno donde las lecturas se discuten, y donde el instrumento que hemos venido usando empieza a ganarse su sueldo.

CIERRE DE LA PARTE II
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y TABLAS DE
COMPROBACIÓN

SÍNTESIS: UNIDAD, ORDEN Y TIEMPO

La Parte anterior reunía los números que la Escritura establece con más claridad. Esta ha recorrido aquellos con los que ordena el mundo y el tiempo: el uno y el dos, el cuatro y el seis, el ocho, el cuarenta y nueve y el cincuenta.

Y ha ocurrido algo que es preciso nombrar, porque no lo esperábamos al empezar.

1. EN ESTE BLOQUE, LO QUE MÁS ENSEÑA ESTÁ EN EL VERSÍCULO SIGUIENTE

Seis capítulos, y en cinco de ellos el hallazgo apareció al no detenerse donde el capítulo se detenía.

El primer mandamiento se cita hasta «no tendrás otros dioses delante de mí», y dos versículos después está el Dios celoso que castiga hasta la tercera y cuarta generación —y, en la misma frase, las mil generaciones de misericordia—. El año sabático se explica como límite de la productividad, y el Levítico añade que la tierra cobrará los años que se le adeudan. El jubileo proclama liberación para todos los habitantes del país, y treinta versículos después excluye al esclavo extranjero. Las ocho personas del arca se salvan, y se salvan porque las demás se ahogaron. Caín mata a su hermano, y antes Dios había hablado con él.

No es casualidad que ocurra aquí. Estos son los números con que la Biblia **ordena**, y todo orden bíblico viene acompañado de su condición, su límite o su precio. Quien cita solo la parte que ordena obtiene una Escritura administrativa y amable. La que hay es más exigente.

De ahí la regla práctica que este bloque deja: **cundo un texto establezca un orden, siga leyendo hasta encontrar lo que ese orden cuesta**. Casi siempre está a pocos versículos.

2. LA DESPROPORCIÓN COMO ARGUMENTO

Dos veces hemos encontrado que la propia Escritura contrapone cifras, y que la contraposición es el mensaje.

Tres o cuatro generaciones de castigo frente a mil de misericordia. Y el cuarenta y nueve que prepara frente al cincuenta que libera: cuarenta y nueve años de acumulación deshechos en uno.

En los dos casos, el argumento no lo ponemos nosotros: está contado. Es el mejor uso posible de un número en teología, y es exactamente lo contrario de la numerología. Aquí las cifras no esconden un mensaje: **lo hacen visible por comparación**.

3. LOS NÚMEROS QUE LA PROPIA BIBLIA RELATIVIZA

El bloque anterior mostraba que los autores sagrados no defienden sus cifras. Este añade un modo más de hacerlo, y es el más útil para el lector.

El Eclesiastés aconseja dar «a siete, y aun a ocho personas», donde ninguno de los dos números significa nada: la fórmula quiere decir *a unos cuantos*. Proverbios usa «seis cosas, y aun siete»; Amós, «por tres crímenes, y por cuatro».

Cuando aparezcan juntos un número y su siguiente, la primera hipótesis debe ser el modismo. La advertencia la da la Escritura, no nosotros.

4. UN PREJUICIO DESMONTADO

El seis no es el número del mal. Esa fama procede de un solo versículo del Apocalipsis leído hacia atrás, y el Génesis la desmiente en una sola línea:

«Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día».

La valoración más alta del relato y el número que la acompaña están en la misma frase.

LO QUE QUEDÓ SIN RESOLVER

Los espíritus en prisión de 1 Pedro 3,19, uno de los pasajes más oscuros del Nuevo Testamento.

Por qué el Señor prefirió la ofrenda de Abel. Nuestra traducción aligera la dificultad —Caín trajo algunos frutos, Abel las

primicias y lo mejor— y no la resuelve: el texto no declara la razón.

El límite del jubileo. La liberación proclamada para todos los habitantes excluye al esclavo extranjero, y el texto no explica la asimetría. Cuatro más en esta Parte. Que la cuenta salga otra vez redonda es azar de la escritura y no un patrón; en un libro como este, más vale decirlo antes de que un lector lo cuente.

RECuento DE HALLAZGOS

Los seis capítulos declararon hallazgo. Los más consistentes: el eco literal de «Al principio» entre Génesis 1,1 y Juan 1,1; las mil generaciones de misericordia frente a tres o cuatro de castigo; la conversación de Dios con Caín antes del crimen; la deuda de años sabáticos que la tierra cobra durante el destierro; el modismo de los números consecutivos; la extensión de la circuncisión a quien no es de la sangre de Abraham; y el límite étnico del jubileo.

TABLAS DE COMPROBACIÓN

Cuatro tablas para seis capítulos. Los del 2 y del 4 no llevan: sus hallazgos se dicen mejor en prosa.

TABLA 6 — LA ARITMÉTICA DE ÉXODO 20,5-6

Capítulo 7. Verificable en dos versículos consecutivos.

	Alcance	Condición
Castigo	3 o 4 generaciones	«si ellos me aborrecen»
Misericordia	1.000 generaciones	«si me aman y cumplen mis mandamientos»

La desproporción está en el texto, contada.

TABLA 7 — EL SEXTO DÍA EN GÉNESIS 1,31

Capítulo 10. Verificable en una sola línea.

Lo que dice el versículo	
«Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno.»	valoración suprema
«Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día.»	el número que la acompaña

Misma frase, separadas por un punto.

TABLA 8 — NÚMEROS CONSECUTIVOS COMO MODISMO

Capítulo 11. Verificable en tres libros distintos.

Pasaje	Fórmula	Significado
Eclesiastés 11,2	«a siete, y aun a ocho personas»	a unos cuantos, y aún a más
Proverbios 6,16	«seis cosas, y aun siete»	varias
Amós 1,3 y siguientes	«por tres crímenes, y por cuatro»	por crímenes repetidos

Ninguno de esos números es simbólico.

TABLA 9 — EL ALCANCE DEL JUBILEO EN LEVÍTICO 25

Capítulo 12. Verificable dentro de un mismo capítulo.

Versículo	A quién alcanza	Qué establece
10	«todos los habitantes del país»	liberación, recobro de la propiedad
39-43	el hermano israelita empobrecido	queda libre en el año jubilar, con sus hijos
44-46	el esclavo adquirido de las naciones	propiedad perpetua, transmisible en herencia

El límite está a treinta versículos de la proclamación.

PARTE III
LOS NÚMEROS DISCUTIDOS

13. EL 14 DAVID, GENEALOGÍA Y MESIANISMO

Aquí cambia el terreno.

Las dos Partes anteriores recorrieron números cuyo simbolismo puede seguirse sin salir del texto. En esta entramos en las lecturas que se discuten, donde hay que distinguir lo probable de lo sugerente y decidir cuánto peso soporta cada asociación.

El catorce es el primero, y es un caso excelente para empezar. Su campo es discreto —no organiza ritmos de creación, alianza o pueblo— y sostiene, sin embargo, una de las estructuras más comentadas del Nuevo Testamento. Además, reúne los dos problemas típicos de este bloque: una lectura basada en valores numéricos de letras, y unas cuentas que no salen.

I. UNA CIFRA DISCRETA, UNA MEMORIA DECISIVA

El catorce no debe convertirse en número universal de plenitud ni en clave para descifrar la Escritura. Su fuerza no está en una supuesta magia de la cifra, sino en el lugar concreto donde Mateo la coloca.

El primer Evangelio se abre así:

«Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1,1).

Y organiza lo que sigue en tres series de catorce generaciones: de Abraham a David, de David al destierro de Babilonia, y del destierro a Cristo.

Esa estructura no solo recuerda a David. Muestra que la promesa davídica no se perdió en la caída del reino ni en la noche del exilio.

II. DAVID: MEMORIA Y PROMESA



El punto de partida no es el número, sino David.

Aparece en la Escritura como pastor elegido, rey ungido, poeta, pecador arrepentido y receptor de una promesa decisiva. No es una figura plana: su grandeza no consiste en una perfección sin sombra, sino en haber sido elegido y en haber recibido una palabra.

Esa palabra, transmitida por el profeta Natán, dice:

«Tu casa y tu reino durarán eternamente delante de mí, y su trono será estable para siempre» (2 S 7,16).

Vale la pena notar algo de esa formulación que suele pasarse por alto. La promesa no dice que David reinará siempre: dice que su casa durará y que **el trono de su descendiente** será estable. Desde el primer momento, la promesa apunta más allá del hombre que la recibe.

Desde entonces la esperanza de Israel queda marcada por la espera de un rey justo, un ungido fiel, un pastor que gobierne según el corazón de Dios. Cuando los evangelios llaman a Jesús hijo de David no ofrecen un dato familiar: lo colocan dentro de esa esperanza.

El catorce solo se entiende desde ahí. **La cifra no explica a David; David explica la resonancia de la cifra.**

III. EL 14 COMO RESONANCIA DAVIDICA

La relación entre el número y David se apoya en una observación lingüística conocida, y conviene examinarla despacio porque es el ejemplo más importante de gematría que este libro trata.

QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA GEMATRÍA

En hebreo, las letras del alfabeto tienen también valor numérico: la primera vale uno, la segunda dos, y así sucesivamente. Cualquier palabra escrita en hebreo puede, por tanto, sumarse. Es un rasgo del sistema de escritura, no una propiedad oculta del idioma.

El nombre David se escribe con tres letras —dálet, vav, dálet— cuyos valores son cuatro, seis y cuatro. La suma es catorce.

Ahora bien, antes de entusiasmarse importa recordar lo que ya vimos al hablar de los criterios: **encontrar una relación numérica no es un hallazgo, es lo esperable**. Toda palabra hebrea suma algo. La pregunta nunca es si suma, sino si esa suma hace algún trabajo en el texto.

POR QUÉ AQUÍ SÍ, Y CON QUÉ LÍMITE

En Mateo el contexto la sostiene, y lo hace de una manera que puede comprobarse.

Primero, el Evangelio declara su interés davídico en el versículo uno, antes de cualquier cálculo. Segundo, el propio Mateo declara su estructura en el versículo diecisiete: no hay que descubrirla, la anuncia él. Y tercero, el número catorce no aparece en ningún otro lugar del Evangelio como cifra significativa, de modo que no estamos ante un patrón que hayamos ido a buscar.

Con esos tres apoyos, la resonancia es razonable. Pero hay que fijar su papel con exactitud, porque aquí se juega todo el capítulo.

Jesús no es Mesías porque el nombre David suma catorce. El catorce importa porque Mateo ya está anunciando abiertamente que Jesús es el Cristo, hijo de David. La gematría no funciona como llave secreta: funciona como eco literario.

Y hay una prueba de que es así, que el lector puede hacer solo. Si la gematría fuera el fundamento, el argumento se derrumbaría al traducir: en castellano, «David» no suma nada. Como el texto sobrevive intacto a la traducción y lo único que se pierde es el subrayado, sabemos qué papel juega la cifra.

Esa es exactamente la diferencia entre un eco y un cimiento. **Un cimiento no se puede quitar; un eco sí, y el edificio sigue en pie.**

IV. LAS CUENTAS QUE NO CUADRAN

Y ahora el segundo problema, que las exposiciones de este número casi nunca mencionan y que es el más instructivo.

Mateo afirma expresamente:

«El total de las generaciones es, por lo tanto: desde Abraham hasta David, catorce generaciones; desde David hasta el destierro en Babilonia, catorce generaciones; desde el destierro en Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones» (Mt 1,17).

Contemos con él.

De Abraham a David. Abraham, Isaac, Jacob, Judá, Fares, Esrón, Aram, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed, Jesé, David. Catorce exactos.

De David al destierro. Salomón, Roboam, Abías, Asá, Josafat, Joram, Ozías, Joatam, Acáz, Ezequías, Manasés, Amón, Josías, Jeconías. Otros catorce.

Del destierro a Cristo. Salatiel, Zorobabel, Abiud, Eliacim, Azor, Sadoc, Aquim, Eliud, Eleazar, Matán, Jacob, José, Jesús. **Trece.**

Trece. La explicación más natural de cómo se llega a catorce es que Jeconías se cuente dos veces, cerrando el segundo grupo y abriendo el tercero: es la única operación que puede seguirse sobre los nombres que la propia página da, aunque no la única que se ha propuesto —hay quien cuenta la deportación como una generación, o supone un nombre caído en la transmisión—. La consecuencia es que el total de generaciones distintas no es cuarenta y dos, sino cuarenta y una.

Conviene resistir aquí dos tentaciones opuestas.

La primera es tratarlo como un error que hay que salvar. No lo es: Mateo enumera los nombres y declara los totales en la misma página, de modo que cualquier lector de su tiempo podía contar igual que nosotros. Nadie oculta una suma que él mismo publica.

La segunda es convertirlo en enigma. Tampoco lo es: no hay nada cifrado en repetir un nombre.

Lo que hay es una decisión, y tiene sentido. Jeconías es el rey deportado. Está a la vez al final de lo que se perdió y al principio de lo que empieza después, y Mateo nombra el destierro dos veces —al cerrar un grupo y al abrir el siguiente— como quien pasa por la misma puerta al salir y al entrar. Contarlo dos veces es decir que la bisagra pertenece a los dos lados.

Debemos precisar el alcance de esa lectura: el desajuste es seguro, el procedimiento es probable, el motivo es inferido. Que el tercer grupo enumera trece nombres está en la página. Que Mateo llegue a catorce contando dos veces a Jeconías es la explicación más económica, no la única posible. Y por qué lo haría, no lo explica él.

Y de aquí sale lo que este dato enseña, que es mucho.

Un autor que estuviera registrando generaciones no habría repetido un nombre para cuadrar una serie: habría dicho que eran trece. Un autor que está **componiendo** una memoria teológica organiza el material para que suene el catorce, y la repetición no le estorba porque no está haciendo un censo.

Es decir: la irregularidad aritmética no debilita la lectura simbólica. **La confirma.** Si las cuentas cuadraran sin repetir a nadie, cabría pensar que Mateo registra; como para que cuadren hay que contar dos veces al hombre del destierro, sabemos que está significando.

Es la forma más nítida de algo que venimos repitiendo: en la Biblia, contar y significar son operaciones distintas, y a veces la segunda se impone a la primera.

V. UNA GENEALOGÍA TEOLÓGICA

Lo anterior se entiende mejor atendiendo al género.

Las genealogías bíblicas no son registros civiles. Ordenan memoria, identidad y vocación. Seleccionan nombres, omiten generaciones, agrupan etapas y subrayan líneas significativas. Su finalidad no es una lista exhaustiva según criterios modernos, sino mostrar una continuidad.

Mateo no engaña al lector: interpreta la historia desde Cristo y lo hace a la vista de todos, declarando su estructura en el versículo diecisiete. **Un falsificador no anuncia su método.**

LAS CINCO MUJERES

Y hay un rasgo de esa genealogía que merece más atención de la que suele recibir.

En una lista de padres, Mateo se detiene cinco veces a nombrar a una madre. Judá fue padre de Fares y de Zará, «y la madre de estos fue Tamar». Salmón fue padre de Booz, «y la madre de este fue Rahab». Booz fue padre de Obed, «y la madre de este fue Rut». David fue padre de Salomón, «y la madre de este fue la que había sido mujer de Urías». Y al final, José, «el esposo de María, de la cual nació Jesús».

Cuatro de esas cinco menciones señalan extranjería o situaciones irregulares. Tamar se hace pasar por prostituta para obtener del suegro el hijo que le corresponde. Rahab es cananea y ejercía la prostitución en Jericó. Rut es moabita. Y la cuarta ni siquiera recibe nombre propio: Mateo la designa por el marido a quien David hizo matar.

La línea mesiánica no aparece como una cadena pura según criterios humanos de prestigio. Aparece como una historia real, atravesada por episodios que un genealogista cortesano habría suprimido. Mateo no oculta la fragilidad: la incorpora al anuncio.

Y es preciso notar cómo lo hace con la cuarta. Podía haber escrito «Betsabé». Escribe «la que había sido mujer de Urías», y con esas seis palabras deja constancia del peor episodio de la vida de David dentro de la genealogía del Mesías. No es un descuido. Es una decisión.

VI. DE DAVID AL EXILIO, Y DEL EXILIO A CRISTO

La fuerza del catorce en Mateo no está solo en David. Está en el camino que va de David al destierro, y del destierro a Cristo.

Si el catorce evocara únicamente la gloria davídica, podría alimentar una nostalgia política del reino perdido. Pero Mateo lo coloca dentro de una historia quebrada.

El segundo grupo de catorce termina en el destierro, y es una decisión notable: Mateo dedica un tercio de su arquitectura a contar cómo se perdió lo que Dios había prometido, y no lo disimula. Lo nombra dos veces, al final del segundo grupo y al comienzo del tercero: el destierro es el único umbral que su arquitectura cruza dos veces.

Por eso la genealogía no es un pedigrí. Es una confesión: la promesa sobrevivió a lo que debería haberla destruido.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 14

Presencia bíblica.

Discreta y localizada. Su relevancia procede casi enteramente de la genealogía de Mateo.

Función literaria.

Organiza una memoria teológica de la historia de Israel en tres tiempos: promesa, quiebra y cumplimiento.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

Mateo organiza expresamente la genealogía en tres grupos de catorce generaciones y lo declara él mismo (Mt 1,17). Los dos primeros grupos dan catorce nombres distintos; el tercero solo alcanza esa cifra contando a Jeconías por segunda vez, de modo que las generaciones distintas son cuarenta y una. El Evangelio se abre presentando a Jesús como hijo de David e hijo de Abraham (Mt 1,1). La promesa de 2 Samuel 7,16 anuncia una casa duradera y un trono estable para el descendiente. La genealogía nombra a cinco mujeres, cuatro de ellas en situaciones de extranjería o irregularidad. Y el recuento de los nombres enumerados no produce los tres catorces sin contar a alguien dos veces.

Probable.

Que el catorce resuene con el valor numérico del nombre David en hebreo. Tres datos lo apoyan: el interés davídico declarado en el versículo uno, la estructura declarada en el diecisiete, y la ausencia del catorce como cifra significativa en el resto del Evangelio. Mateo, sin embargo, no explica su estructura, y por eso no pasa de probable.

Sugere.

Que el segundo grupo termine deliberadamente en el destierro para significar la quiebra de la promesa. Que la razón de contar a Jeconías dos veces sea su condición de bisagra: es la explicación más natural y Mateo no la declara.

Especulativa.

Cualquier reconstrucción que pretenda resolver el desajuste del recuento y presentarla como *la* solución. Y toda extensión de la gemetría del catorce a otros pasajes donde el contexto no la sostiene.

No recomendable.

Presentar la gemetría como fundamento del mesianismo de Jesús: el orden es el inverso, y el texto sobrevive a la traducción precisamente porque la cifra subraya y no funda. Usar el catorce como clave para descifrar otras genealogías o cifras bíblicas. Presentar la genealogía como registro exhaustivo, lectura que el propio Mateo desmiente. Tratar la doble cuenta de Jeconías como un error que hay que salvar, cuando Mateo publica los nombres y los totales en la misma página. Y convertirla en enigma, cuando no hay nada cifrado en repetir un nombre.

VIII. CRISTO, HIJO DE DAVID E HIJO DE ABRAHAM

EL CENTRO NO ES EL NÚMERO: ES CRISTO.

En él la memoria de David se purifica y se cumple. La realeza deja de ser ambición de poder y se revela como servicio obediente. Y el Hijo de David es también hijo de Abraham: la realeza mesiánica no cancela la promesa de bendición para todas las naciones, sino que la lleva a cumplimiento.

Vale la pena reparar en el orden de esos dos títulos, porque Mateo los coloca en el mismo versículo y en ese orden. David es el rey de Israel; Abraham es aquel por quien serían benditas todas las familias de la tierra. El Evangelio empieza nombrando la particularidad y termina, veintiocho capítulos después, enviando a hacer discípulos a todas las naciones. La genealogía contenía ya ese movimiento.

Y hay algo que este capítulo deja como enseñanza para todo el bloque que ahora empieza. Mateo pudo elegir entre una aritmética impecable y una arquitectura elocuente, y eligió la segunda. No porque no supiera contar, sino porque estaba diciendo algo que las cuentas exactas no habrían dicho: que la historia de Israel tiene tres tiempos, que el segundo termina en ruina y que el tercero termina en Cristo.

El catorce no es una llave. Es un compás.

El capítulo siguiente trata un número cuya lectura tradicional es antigua, hermosa y bastante más frágil de lo que suele reconocerse.

14. EL 17 LA PROMESA CUSTODIADA EN EL CAMINO

Este capítulo va a hacer algo que ninguno de los anteriores ha hecho: **desmontar delante del lector una lectura que circula en libros piadosos y que parece muy sólida.**

El diecisiete es un número de presencia discreta. No organiza ritmos de creación, alianza o pueblo. Tiene un anclaje narrativo real y bastante hermoso, y tiene además una observación aritmética sobre las edades de los patriarcas que se repite en muchos sitios como si fuera un descubrimiento.

Veremos las dos, y el contraste entre ellas enseña más que cualquiera por separado.

I. UN NÚMERO SUGERENTE, NO UNA CLAVE UNIVERSAL

El diecisiete exige más cautela que el siete, el diez, el doce o el cuarenta. No posee una simbología estable, repetida ni evidente.

Su punto de apoyo más firme no está en un cálculo, sino en una historia: la de José.

José tiene diecisiete años cuando comienza el drama que lo separará de su padre y de sus hermanos. Y Jacob vivirá sus últimos diecisiete años en Egipto, reunido de nuevo con él. El número aparece así como marco posible de una historia de pérdida y reencuentro.

Con esa cautela, el diecisiete puede entenderse como número de la promesa custodiada en el camino. No proclama la plenitud: puede sugerir una fidelidad que actúa en la pérdida y en la espera.

II. JOSÉ A LOS DIECISIETE AÑOS

La historia de José empieza con una edad precisa, y con una escena doméstica:

«José tenía diecisiete años, y apacentaba el rebaño, ayudando a sus hermanos, los hijos de Bilhá y Zilpá, las mujeres de su padre. En cierta ocasión, refirió a Jacob lo mal que se hablaba de ellos» (Gn 37,2).

Conviene no idealizar al muchacho. La primera cosa que el texto nos cuenta de él, después de su edad, es que llevó a su padre un informe desfavorable sobre sus hermanos. Y lo segundo es que su padre lo prefería y se lo hizo saber a todos con una túnica de mangas largas.

Después vienen los sueños, y con ellos el odio. Los hermanos preguntan si pretende reinar sobre ellos, y el relato anota que lo odiaron más todavía.

Lo que sucede a continuación no admite suavizarse. Cuando lo ven venir de lejos, ya se han confabulado para darle muerte:

«Ahí viene ese soñador», se dicen unos a otros. «¿Por qué no lo matamos y lo arrojamos en una de esas cisternas? Después diremos que lo devoró una fiera. ¡Veremos entonces en qué terminan sus sueños!» (Gn 37,19-20).

Rubén interviene para salvarlo, y su salida es que lo arrojen vivo a la cisterna en lugar de matarlo. Esa es la mejor propuesta que sale de aquella conversación.

De modo que el diecisiete aparece, en el umbral de esta historia, no como signo de una promesa luminosa sino como la edad de un chico al que su familia quiso matar. La promesa queda custodiada bajo forma de pérdida, y no se ve todavía su sentido: solo se ve la herida.

El número no explica la historia. La acompaña.

III. DIECISIETE AÑOS CON JOSÉ

La misma cifra vuelve al final del camino de Jacob:

«Jacob vivió diecisiete años en Egipto, y en total vivió ciento cuarenta y siete años» (Gn 47,28).

El mismo versículo da las dos cifras, e importa notarlo porque las dos entrarán después en este capítulo: los diecisiete de Egipto y los ciento cuarenta y siete de toda su vida.

La simetría con el comienzo es significativa y debe leerse con prudencia. La historia se abre con los diecisiete años de José en Canaán y se cierra con los diecisiete de Jacob junto a él en Egipto.

Hay que decir con exactitud qué tenemos aquí. **Tenemos una simetría, y no tenemos un comentario del texto sobre ella.** El Génesis da las dos edades y no las relaciona. Somos nosotros quienes advertimos que se corresponden.

Eso no invalida la lectura: la sitúa. Es una observación literaria razonable sobre un relato compuesto con cuidado, y no una afirmación del autor sagrado.

LO QUE HAY ENTRE ESOS DOS VERSÍCULOS

Y aquí conviene hacer algo que las exposiciones del diecisiete nunca hacen: leer los versículos anteriores.

Porque el mismo capítulo que registra los diecisiete años de Jacob en Egipto cuenta, unas líneas antes, cómo José administró el hambre.

Primero recaudó todo el dinero que circulaba en Egipto y en Canaán como pago por los víveres. Cuando el dinero se acabó, tomó el ganado. Y cuando ya no quedaba ganado, tomó lo demás:

«De esa manera, José adquirió para el Faraón todas las tierras de Egipto, porque los egipcios, acosados por el hambre, vendieron cada uno su campo. La tierra pasó a ser propiedad del Faraón, y el pueblo quedó sometido a servidumbre de un extremo al otro del territorio egipcio» (Gn 47,20-21).

José se lo dice a la gente sin rodeos:

«Ahora ustedes y sus tierras pertenecen al Faraón, porque yo los he comprado» (Gn 47,23).

Y la respuesta del pueblo es la frase más desconcertante del pasaje:

«Tú nos salvaste la vida. Te agradecemos que nos hayas puesto al servicio del Faraón» (Gn 47,25).

Este libro no va a resolver esa página. Registra tres cosas.

La primera: José salvó vidas de verdad. El hambre era real y sin su administración habrían muerto muchos. El agradecimiento de los egipcios no es ironía del narrador.

La segunda: salvó vidas convirtiendo a un pueblo entero en siervos del faraón, y el texto lo dice con esas palabras, sin atenuarlo y sin comentarlo. El Génesis no aplaude ni condena: informa.

Y la tercera, que es la que produce escalofrío. Los descendientes de Jacob acabarán siendo esclavos en Egipto, y el Éxodo empezará con el clamor de un pueblo sometido a trabajos forzados. El hombre que estableció que en Egipto todo y todos pertenecían al faraón fue el antepasado de quienes padecerían esa lógica.

El Génesis no traza esa línea. Nosotros solo advertimos que los dos extremos están en el mismo libro.

Y esto obliga a matizar la lectura consoladora del diecisiete. Sí: entre los dos extremos la promesa queda preservada. Pero el instrumento de esa preservación es un hombre que hizo lo que hizo, y la Escritura coloca su hazaña administrativa a dos versículos de los años apacibles de su padre. Quien lea el veintiocho sin el veinte se lleva una historia más limpia que la que hay.

IV. MAL HUMANO Y PROVIDENCIA DIVINA

La clave teológica de la historia no está en el número, sino en la confesión final de José, y nuestra traducción la formula de un modo que merece atención:

«El designio de Dios ha transformado en bien el mal que ustedes pensaron hacerme, a fin de cumplir lo que hoy se realiza: salvar la vida a un pueblo numeroso» (Gn 50,20).

Fíjese el lector en el sujeto de la frase. No dice «ustedes hicieron el mal y Dios lo arregló». Dice que **el designio de Dios ha transformado el mal**. La iniciativa está en Dios desde el principio de la oración, no como reacción a lo ocurrido.

Y no por eso queda embellecida la injusticia. José no niega el mal cometido: lo nombra —«el mal que ustedes pensaron hacerme»— y lo deja nombrado. La venta sigue siendo venta y la traición sigue siendo traición.

Aquí el diecisiete encuentra su mejor sentido posible: no como cifra con poder, sino como marco discreto de una historia donde Dios guarda la promesa bajo apariencias contrarias.

La promesa es herida y no destruida. La familia es quebrada y no abandonada. José es rechazado y llegará a ser instrumento de vida.

V. LAS EDADES DE LOS PATRIARCAS: UNA LECTURA QUE NO AGUANTA



Y ahora la otra parte, que es la que da su valor a este capítulo.

Circula desde hace mucho una observación sobre las edades de los tres patriarcas. Abraham vive ciento setenta y cinco años; Isaac, ciento ochenta; Jacob, ciento cuarenta y siete. Y se dice que los tres números pueden descomponerse así:

$175 = 5 \times 5 \times 7$, y $5 + 5 + 7 = 17$ $180 = 6 \times 6 \times 5$, y $6 + 6 + 5 = 17$ $147 = 7 \times 7 \times 3$, y $7 + 7 + 3 = 17$

La presentación es elegante. Las tres edades dan diecisiete, el factor repetido asciende —cinco, seis, siete— y el otro desciende —siete, cinco, tres—. Parece una arquitectura deliberada, y quien la encuentra por primera vez siente esa pequeña descarga de reconocimiento que en este libro hemos aprendido a desconfiar.

Vamos a comprobarla, porque puede comprobarse.

LO QUE SE SOSTIENE

Las multiplicaciones son correctas. Cinco por cinco por siete son ciento setenta y cinco; seis por seis por cinco, ciento ochenta; siete por siete por tres, ciento cuarenta y siete. Y las sumas también. Nadie ha hecho trampas con la aritmética.

Más aún: en dos de los tres casos, esa descomposición es **la única posible en números primos**. Ciento setenta y cinco solo puede descomponerse como cinco por cinco por siete. Ciento cuarenta y siete, solo como siete por siete por tres. En esos dos, el diecisiete no se busca: sale.

LO QUE NO SE SOSTIENE

El tercero no funciona igual, y esa diferencia lo decide todo.

Ciento ochenta, descompuesto en números primos, es **dos por dos por tres por tres por cinco**. Súmelo el lector: dos más dos más tres más tres más cinco es **quince**, no diecisiete.

Para obtener diecisiete hay que agrupar esos factores de una manera concreta —dos por tres igual a seis, dos por tres igual a seis, y queda el cinco— y presentar el resultado como «seis por seis por cinco». Es una agrupación legítima aritméticamente, y es **una**

entre muchas. Ciento ochenta admite también cuatro por cinco por nueve, que suma dieciocho; tres por seis por diez, que suma diecinueve; tres por cinco por doce, que suma veinte; dos por nueve por diez, que suma veintiuno.

De todas ellas se eligió la que da diecisiete.

LO QUE ESTO ENSEÑA

Y aquí está la lección, que vale para todo el libro.

Dos de los tres números daban diecisiete por sí solos. El tercero hubo que ayudarlo. Y en cuanto se ayuda a uno, el patrón deja de ser un descubrimiento y pasa a ser una construcción: quien buscó esa agrupación ya sabía qué resultado quería obtener.

Es exactamente el mecanismo que describimos al hablar de los criterios: cualquier número suficientemente grande admite muchas descomposiciones, de modo que encontrar una que dé el resultado deseado no es un hallazgo, es lo esperable. La coincidencia de los dos primeros es real y quizá notable. La del tercero la puso el intérprete.

Es preciso añadir un segundo problema, que es aún más serio y que trataremos en su lugar: **las edades de los patriarcas no son estables en la transmisión del texto.** El hebreo, la versión griega y el Pentateuco samaritano difieren en varias de ellas. Un argumento construido sobre cifras que varían según el manuscrito descansa sobre un suelo que se mueve.

Por todo ello, esta observación queda en **especulativa**. No decimos que sea absurda ni que quien la propone actúe de mala fe: decimos que no soporta el peso que se le pone encima, y que el capítulo del diecisiete no la necesita para nada.

VI. HACIA EL 153

Existe una relación matemática entre el diecisiete y el ciento cincuenta y tres: este último es la suma de todos los números del uno al diecisiete.

Algunos intérpretes la han relacionado con la pesca de los ciento cincuenta y tres peces del Evangelio de Juan. La discusión pertenece al capítulo siguiente, que está dedicado a ese número, y allí la examinaremos con el mismo cuidado que acabamos de aplicar a las edades de los patriarcas.

Baste anticipar que la relación aritmética es exacta y que eso, como hemos visto, no basta.

VII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 17

Presencia bíblica.

Discreta. El dato más firme es doble: José tiene diecisiete años al comienzo de su historia y Jacob vive diecisiete años en Egipto junto a él.

Función literaria.

Puede enmarcar el arco de José y Jacob: separación y reencuentro, pérdida y preservación, mal humano y providencia divina.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

José tiene diecisiete años al inicio de su ciclo (Gn 37,2). Jacob vive diecisiete años en Egipto y ciento cuarenta y siete en total, y el mismo versículo da ambas cifras (Gn 47,28). Los hermanos se confabulan para darle muerte antes de venderlo (Gn 37,18-20). José adquiere para el faraón todas las tierras de Egipto y el pueblo queda sometido a servidumbre de un extremo al otro del territorio (Gn 47,20-21.23.25). Y Génesis 50,20 atribuye al designio de Dios la transformación en bien del mal que los hermanos pensaron hacer.

Probable.

Que ambos datos enmarquen narrativamente una historia de pérdida, preservación y reencuentro. La simetría existe; el texto no la comenta.

Sugere.

Que el diecisiete pueda leerse como número de la promesa custodiada bajo apariencias contrarias. Es una síntesis nuestra sobre el relato, no una afirmación del Génesis.

Especulativa.

Las descomposiciones de las edades patriarcales que suman diecisiete: dos de las tres salen solas y la tercera requiere elegir una agrupación entre muchas posibles, y además las edades varían según el manuscrito. La relación entre diecisiete y ciento cincuenta y tres por suma triangular, que se examina en el capítulo siguiente.

No recomendable.

Presentar el diecisiete como símbolo bíblico universal, clave secreta o estructura oculta. Presentar la descomposición de las edades patriarcales como prueba de una intención del autor: la operación es aritméticamente correcta y no demuestra nada, y su tercer caso está construido. Y citar los diecisiete años de Jacob en Egipto sin los versículos que los preceden, que cuentan cómo José redujo a servidumbre a todo un pueblo: la omisión produce una historia más limpia que la que el Génesis narra.

VIII. CRISTO, CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA CUSTODIADA

El diecisiete encuentra su centro cristiano no por sí mismo, sino por la promesa que puede evocar.

Cristo es el descendiente prometido a Abraham y el hermano rechazado que salva a los suyos. Como José, es entregado por los suyos y, precisamente a través de esa entrega, se convierte en salvación para muchos.

Y hay una diferencia que vale la pena señalar, porque el paralelo se cita mucho y se examina poco. José interpreta el sentido de lo ocurrido **después**, cuando ya está en el trono y todo ha salido bien. Cristo lo anuncia **antes**, cuando todavía no ha ocurrido nada y el resultado no está a la vista.

José entiende su historia mirando hacia atrás. Cristo entrega la suya mirando hacia adelante.

Por eso este número, si algo enseña, no es que Dios arregle las cosas al final. Es que la promesa puede estar viva precisamente donde parece perdida, y que esa vida no se demuestra con cálculos: se reconoce después, o se cree antes.

El capítulo siguiente trata el número donde este libro tuvo que retirar una lectura que le gustaba, y donde tendremos que aplicar a san Agustín el mismo rasero que acabamos de aplicar a las edades de los patriarcas.

15. EL 153 LA RED LLENA Y LA MISIÓN REUNIDA EN CRISTO

Este es el capítulo donde tenemos que aplicarnos a nosotros mismos lo que en el anterior aplicamos a las edades de los patriarcas.

El ciento cincuenta y tres aparece una sola vez en toda la Escritura, y sobre esa única aparición se ha construido una de las lecturas espirituales más hermosas y más difundidas de la tradición cristiana. La firma san Agustín, la han repetido siglos de predicadores, y a nosotros nos gusta.

Vamos a examinarla con el mismo rasero que aplicamos a lo demás. Y adelantamos el resultado para que el lector sepa a qué atenerse: **no aguanta el peso que se le pone encima**, y sin embargo el capítulo no pierde nada por decirlo.

I. UNA CIFRA ÚNICA EN UNA ESCENA PASCUAL

El número aparece en la pesca posterior a la Resurrección, en el capítulo final del Evangelio de Juan.

Los discípulos han trabajado toda la noche sin fruto. Al amanecer obedecen la palabra de Jesús y la red se llena:

«Simón Pedro subió a la barca y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: eran ciento cincuenta y tres y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió» (Jn 21,11).

El Evangelio no explica por qué son ciento cincuenta y tres. Y ese silencio es el dato con el que hay que trabajar: **no es que Juan dé una razón que discutamos, es que no da ninguna.**

Eso no convierte la cifra en indiferente. Juan escribe con densidad simbólica y el número aparece dentro de una escena cargada de signos: noche, amanecer, palabra del Resucitado, obediencia, abundancia, red, comida y misión.

Pero sí determina lo que podemos decir. **El ciento cincuenta y tres no explica la escena; es una cifra dentro de una escena que ya habla por sí sola.**

II. LA NOCHE VACÍA Y EL AMANECER

El contexto es decisivo. La pesca no ocurre al comienzo del ministerio sino después de la Resurrección.

Los discípulos están junto al mar de Tiberíades. Pedro dice: «Voy a pescar», y los demás lo acompañan. Trabajan toda la noche y no pescan nada.

Al amanecer, Jesús está en la orilla y no lo reconocen. Les pregunta si tienen algo de comer, y ante la respuesta negativa les manda echar la red a la derecha de la barca. Obedecen, y ya no pueden arrastrarla.

La fuerza pascual de la escena es evidente y no depende de ningún cálculo. La noche sin fruto da paso al amanecer. La esterilidad de los discípulos se transforma por la palabra del Resucitado.

Sin él, la noche queda vacía. Con él, la red se llena.

III. LA RED QUE NO SE ROMPE



Uno de los detalles más importantes es que la red, aunque estaba llena de peces grandes, no se rompió. Juan se ocupa de decirlo, y añade la razón por la que resulta notable: «a pesar de ser tantos».

Es una observación del narrador sobre lo que cabría esperar. Una red así debería haberse roto.

Este detalle invita a una lectura eclesial que el propio texto sostiene mejor que el número. La red puede evocar la misión de la Iglesia: una misión que recoge una gran abundancia sin destruir la comunión. La fecundidad no rompe la unidad.

Conviene notar que **esta lectura no necesita que los peces sean ciento cincuenta y tres**. Necesita que sean muchos y que la red aguante, y las dos cosas están dichas. Si fueran ciento cuarenta, la enseñanza sería idéntica.

Esa es, dicho sea de paso, la mejor manera de saber qué trabajo hace un número en un texto: preguntarse qué se perdería si fuera otro.

IV. PEDRO, LA BARCA Y EL AMOR QUE APACIENTA

En la escena Pedro ocupa un lugar destacado. Es él quien dice que va a pescar, quien se arroja al mar al reconocer al Señor, y quien sube a la barca y arrastra la red hasta tierra.

Y Juan no deja que la pesca se lea como éxito apostólico. El mismo capítulo culmina en el diálogo donde Jesús pregunta tres veces a Pedro por su amor y le confía el rebaño.

Ese diálogo tiene su propio tratamiento en el capítulo dedicado al número tres, donde se examina con detalle porque el texto reserva ahí una sorpresa. Aquí basta retener su efecto sobre la lectura de la pesca: **la red llena no celebra la habilidad de los discípulos**. Está dentro de un relato donde el amor a Cristo funda el servicio pastoral, y donde a Pedro no se le da una autoridad de dominio sino un encargo de cuidado.

V. LA COMIDA EN LA ORILLA

El relato no termina con la red:

«Al bajar a tierra vieron que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan» (Jn 21,9).

Importa detenerse en el orden de los acontecimientos, porque es exactamente el inverso del que uno esperaría. El fuego ya está encendido. El pescado ya está asándose. El pan ya está allí. Y solo entonces Jesús dice:

«Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar» (Jn 21,10).

La comida estaba hecha antes de que la red se llenara. Lo que los discípulos aportan no es lo necesario: es lo suyo.

Después viene una frase extraña y hermosa:

«Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Quién eres”, porque sabían que era el Señor» (Jn 21,12)?

No callan por duda, callan por certeza. Es de los pocos lugares del Evangelio donde el silencio se explica por saber demasiado y no por saber poco.

Y entonces

«Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, e hizo lo mismo con el pescado» (Jn 21,13).

La misión no desemboca en una estadística sino en una comida. Los peces son contados —el texto lo dice— y el relato no culmina en el número.

Hay que subrayarlo porque es la respuesta más limpia a cualquier lectura numerológica de este pasaje. **Juan cuenta los peces y después los olvida.** No vuelve a mencionarlos. Lo que ocupa el resto del capítulo es una conversación entre Jesús y Pedro.

Si el número fuera la clave del relato, Juan no lo habría abandonado en el versículo once.

VI. LA LECTURA DE SAN AGUSTÍN, Y POR QUÉ LA DEJAMOS DONDE ESTÁ

Llegamos a la interpretación más influyente, y le debemos un examen serio precisamente porque nos gusta.

EN QUÉ CONSISTE

San Agustín observó que ciento cincuenta y tres es la suma de todos los números del uno al diecisiete. Puede comprobarlo el lector: uno más dos más tres, y así sucesivamente hasta diecisiete, da exactamente ciento cincuenta y tres.

Después descompuso el diecisiete en diez más siete, y leyó el diez como la Ley —el Decálogo— y el siete como el Espíritu Santo o la plenitud de la gracia. De ahí: el ciento cincuenta y tres significaría la plenitud nacida de la Ley y de la gracia, reunida por Cristo en la Iglesia.

Es una lectura elegante, teológicamente rica y de una tradición venerable. Y tiene tres problemas.

PRIMER PROBLEMA: LA RELACIÓN ES VERDADERA Y NO PRUEBA NADA

La suma es exacta y cualquiera puede verificarla. Pero, como venimos repitiendo, una relación aritmética verdadera no demuestra una intención.

Y en este caso el punto se agrava, porque el ciento cincuenta y tres es un número con **muchas** propiedades notables. Es la suma de los números del uno al diecisiete, sí. Pero también es la suma de los cubos de sus propias cifras: uno al cubo más cinco al cubo más tres al cubo da ciento cincuenta y tres. Y también es la suma de los factoriales del uno al cinco. Y es nueve por diecisiete.

Cuatro propiedades llamativas en un número de tres cifras. **Encontrar una que admita lectura teológica no es un hallazgo: es lo esperable.** Si Juan hubiera escrito otro número, también habríamos encontrado algo.

SEGUNDO PROBLEMA: EL DIECISIETE SE DESCOMPONE DE OCHO MANERAS

Concedamos la primera relación. Aun así, el paso siguiente es el que decide.

Diecisiete se descompone en dos sumandos de ocho maneras: uno y dieciséis, dos y quince, tres y catorce, cuatro y trece, cinco y doce, seis y once, siete y diez, ocho y nueve.

De las ocho se eligió siete y diez. ¿Por qué? Porque produce el resultado buscado con dos números de significado disponible. Y no es la única que lo tendría: doce y cinco podría glosarse con las tribus y los libros de la Ley; catorce y tres, con David y el tercer día. Que más de una descomposición admita lectura es precisamente lo que delata la operación.

Es exactamente el mecanismo que desmontamos en el capítulo anterior con las edades de los patriarcas, donde ciento ochenta hubo que agrupar como seis por seis por cinco para que diera diecisiete. **La descomposición no se descubre: se elige, y se elige la que produce el resultado que se busca.**

TERCER PROBLEMA: JUAN NO DICE NADA

Y el más simple de todos. El Evangelio no explica el número, no menciona el diecisiete, no habla de la Ley ni de la gracia en ese pasaje, y no vuelve sobre la cifra.

Toda la construcción se levanta sobre un silencio.

DÓNDE QUEDA, ENTONCES

Queda en **sugerente**. Y conviene decir con precisión qué significa eso, porque no es una descalificación.

Significa que es una lectura espiritualmente fecunda, que ha alimentado la contemplación de la Iglesia durante mil seiscientos años, y que puede seguir haciéndolo. Significa que no es una explicación del texto de Juan, sino una meditación sobre él. Y significa que no puede usarse para demostrar nada ni para cerrar ninguna discusión.

Al empezar a trabajar sobre este pasaje nos parecía más que sugerente, y así lo dijimos al presentar el método. Todo invitaba a subirla de grado: la firma, la antigüedad, la belleza, la exactitud de la suma. La escala no lo permite, y una escala que cediera ante esas cuatro cosas no serviría para nada.

Retirla no destruye nada. San Agustín sigue siendo san Agustín. Lo que cambia es el estatuto de la lectura: deja de ser una explicación y vuelve a ser lo que siempre fue, una meditación.

VII. OTRAS LECTURAS TRADICIONALES

Circula también, atribuida a san Jerónimo, la idea de que los ciento cincuenta y tres peces representarían la totalidad de las especies conocidas, de modo que la red simbolizaría la catolicidad de la Iglesia.

No hace falta discutir la zoología antigua para ver el problema: **si los antiguos hubieran contado ciento cincuenta y dos especies, el argumento se vendría abajo**. Un razonamiento que depende de que un dato externo coincida exactamente no está apoyado en el texto, sino en una coincidencia.

Lo valioso de esa tradición no es el recuento, sino la intuición que expresa: los peces son muchos, la red es una. Esa intuición está en el relato y no necesita apoyo de fuera.

También se ha relacionado la pesca con la visión de Ezequiel, donde las aguas que brotan del Templo sanan las aguas muertas y producen abundancia de peces. Juan no cita a Ezequiel en esta escena. La convergencia de imágenes —agua, vida, peces, templo, abundancia— es real y fecunda, y no autoriza a leer el número como clave de la profecía.

VII BIS. CÓMO TERMINA EL CAPÍTULO DE LA RED LLENA

Y ahora lo que este capítulo callaba, y que cambia el tono de todo.

Juan 21 no termina en la comida ni en el encargo pastoral. Después de decirle tres veces que apaciente sus ovejas, Jesús añade:

«Te aseguro que cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras» (Jn 21,18).

Y el evangelista aclara lo que esas palabras significan, para que nadie las suavice:

«De esta manera, indicaba con qué muerte Pedro debía glorificar a Dios» (Jn 21,19).

Después de eso, y solo después, viene el «Sígueme».

De modo que el capítulo de la red llena, la misión fecunda y la abundancia reunida es el mismo que anuncia el martirio del pescador. Están a siete versículos de distancia.

Esto obliga a corregir la lectura optimista que suele hacerse del pasaje, y este libro la había hecho. **La abundancia de la red no es una promesa de resultados para quien pesca**. Al hombre que arrastró los ciento cincuenta y tres peces se le anuncia que acabará atado y llevado adonde no quiera.

Conviene además notar la forma del anuncio. No dice «serás martirizado»: dice que extenderá los brazos y que otro lo atará y lo llevará. Es la descripción de alguien que ha perdido el gobierno de su propio cuerpo, y contrasta expresamente con el joven que se vestía solo e iba donde quería. La pérdida que se anuncia no es solo la de la vida: es la de la autonomía.

Y sin embargo el evangelista llama a eso «glorificar a Dios». No lo explica ni lo endulza.

Si alguien buscara en este capítulo una cifra de éxito apostólico, el propio Juan se la desmiente antes de terminar la página.

VIII. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 153

Presencia bíblica.

Una sola aparición, en Juan 21,11, dentro de la pesca posterior a la Resurrección.

Contexto.

Escena pascual: noche estéril, amanecer, palabra del Resucitado, obediencia, red llena, peces grandes, red que no se rompe y comida preparada por Jesús.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El ciento cincuenta y tres aparece en Juan 21,11. Juan no explica el sentido del número. La red llena no se rompe, y el narrador señala que resulta notable. El fuego, el pescado y el pan están preparados antes de que la red llegue a tierra. Y el relato no vuelve sobre la cifra: el resto del capítulo es el diálogo con Pedro, que termina anunciando con qué muerte glorificará a Dios.

Probable.

Que el número exprese una plenitud concreta y contada, frente a una abundancia genérica: Juan pudo escribir «muchos» y escribió una cifra.

Sugerente.

La lectura agustiniana del ciento cincuenta y tres como número triangular del diecisiete, con el diecisiete leído como Ley y gracia. La lectura de la red como imagen de catolicidad. La convergencia con la visión de Ezequiel.

Especulativa.

Cualquier construcción que combine varias de esas lecturas como si se reforzaran entre sí, cuando cada una depende de una elección propia.

No recomendable.

Convertir el número en clave secreta, prueba doctrinal o acertijo autónomo. Leer la red llena como promesa de resultados para quien evangeliza, cuando el mismo capítulo anuncia al pescador que acabará atado y llevado adonde no quiera. Apoyar una lectura en el número de especies de peces conocidas en la antigüedad, dato externo que no puede verificarse y que, de variar en una unidad, invalidaría el argumento. Y presentar la lectura agustiniana como explicación del Evangelio: es meditación de la Iglesia sobre el texto, no exégesis del texto.

IX. CRISTO, SEÑOR DE LA RED LLENA

El ciento cincuenta y tres encuentra su centro en Jesús resucitado.

Él está en la orilla cuando los discípulos no han pescado nada. Habla cuando la noche ha sido estéril. Manda echar la red. Prepara el fuego, el pan y el pescado. Reúne la abundancia y alimenta a los suyos.

Y hay un detalle en esa escena que dice más que cualquier cálculo. Cuando los discípulos llegan a tierra, **ya hay brasas encendidas con pescado y pan**. Jesús no esperaba a que ellos trajeran la pesca: la comida estaba hecha antes de que la red se llenara.

Después les dice que traigan algunos de los peces que acaban de sacar. No los necesita. Los pide.

Ahí está, si en algún sitio, el sentido de este capítulo. La misión no consiste en aportar a Dios lo que le falta, sino en ser llamados a una mesa que ya estaba puesta. Los peces se cuentan porque son reales y porque el trabajo fue real; y el número, cualquiera que sea, no es lo que hace del encuentro lo que es.

Juan contó los peces. Después miró a Pedro.

El capítulo siguiente trata dos cifras que nacen de multiplicar el siete, y que la Escritura usa para medir dos cosas opuestas: la venganza y el perdón.

16. EL 77 Y EL 490 VIOLENCIA MULTIPLICADA Y PERDÓN SIN MEDIDA

Este capítulo cierra el bloque de los números discutidos, y lo hace con un caso distinto de los anteriores.

En el catorce, el diecisiete y el ciento cincuenta y tres, la discusión era si una lectura hermosa podía sostenerse. Aquí no. Aquí la conexión entre dos pasajes es mucho más firme de lo que suele decirse, y el problema es el contrario: **nuestra traducción la vuelve invisible.**

Es uno de los pocos lugares del volumen donde tendremos que acudir al griego —volverá a ocurrir con el 318 y con el 666—, y conviene decir por qué antes de hacerlo. La regla que nos dimos es que un término original se introduce cuando la traducción castellana une lo que el original distinguía, o distingue lo que el original unía. Este es el segundo caso, y en su forma más nítida.

I. EL CANTO DE LAMEC

El punto de partida está en Génesis 4, poco después del fratricidio.

Caín ha matado a Abel y ha sido marcado por Dios con una protección: quien lo mate será vengado siete veces. Es un límite, no un permiso. La venganza queda medida y puesta fuera de las manos humanas.

Cinco generaciones después aparece Lamec, y lo primero que el texto cuenta de él es que tomó dos mujeres. Después viene su canto:

«¡Adá y Silá, escuchen mi voz: mujeres de Lamec, oigan mi palabra! Yo maté a un hombre por una herida, y a un muchacho por una contusión. Porque Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete» (Gn 4,23-24).

Es preciso medir lo que hay en esas dos frases, porque es más de lo que parece.

Lamec no confiesa: presume. El canto es un poema, con paralelismo y destinatarias convocadas a escuchar. Ha compuesto su crimen.

La desproporción está declarada por él mismo. Mató a un hombre por una herida y a un muchacho por una contusión —un golpe, un moretón—. No alega defensa propia ni justicia: alega que le hicieron daño y que él respondió con la muerte.

Y se apropia de una palabra de Dios. La protección de siete veces se la había concedido Dios a Caín. Lamec no la recibe: la toma, la multiplica y se la aplica solo. Donde Dios había puesto un límite a la venganza, el hombre pone una escala.

En su primera aparición significativa, el setenta y siete no es número de perdón. Es el número de una violencia que ha aprendido a multiplicarse y a cantarse.

II. PEDRO PREGUNTA POR EL LÍMITE



Siglos después, en un contexto que no podría ser más distinto, reaparece la cifra.

Mateo sitúa la escena dentro de un discurso sobre la vida de la comunidad: la corrección fraterna, la búsqueda del hermano que se pierde, la oración común. Y entonces:

«Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?» (Mt 18,21).

La pregunta de Pedro no es mezquina, y vale la pena defenderlo. Siete veces ya es mucho. Está proponiendo una generosidad considerable y espera, razonablemente, que Jesús le diga que basta con eso.

La respuesta desborda la pregunta:

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,22).

Pedro preguntaba por una frontera. Jesús no la mueve más lejos: la suprime.

III. LA FRASE QUE JESÚS TOMA PRESTADA

Y aquí está lo que este capítulo no decía, y que cambia el peso de todo lo anterior.

La relación entre Lamec y Jesús suele presentarse como una «resonancia» que no conviene formular como dependencia. Es una cautela prudente, y resulta insuficiente: la relación es bastante más estrecha, y puede comprobarse.

LO QUE DICE EL HEBREO

El texto hebreo de Génesis 4,24 no es ambiguo. Dice *shivim veshivah*: setenta y siete. Así lo vierte nuestra traducción, y así lo vierten todas.

LO QUE HICIERON LOS TRADUCTORES GRIEGOS

Cuando los judíos de Alejandría tradujeron el Génesis al griego, en la versión que llamamos de los Setenta, rindieron esa expresión como *ἑβδομηκοντάκις ἑπτὰ*, *hebdomekontákis heptá*.

Esa fórmula griega es ambigua de un modo que el hebreo no era. Puede leerse como «setenta y siete» o como «setenta veces siete», es decir, cuatrocientos noventa. La ambigüedad no está en Génesis: la introdujo el griego.

LO QUE HIZO MATEO

Y Mateo, escribiendo en griego, pone en boca de Jesús **exactamente esa misma expresión**: *hebdomekontákis heptá*. No una parecida. La misma.

De modo que no estamos ante dos textos que se parezcan porque ambos multiplican el siete. Estamos ante una fórmula de dos palabras que aparece dos veces en toda la Biblia griega: en el canto de un asesino que se jacta, y en la respuesta de Jesús a Pedro.

Importa decir con exactitud sobre qué se apoya esta afirmación y sobre qué no.

El dato filológico —que la Septuaginta vierte Génesis 4,24 con esa fórmula y que Mateo emplea la misma— está bien atestiguado y es comprobable por quien tenga acceso a una edición griega. No es una conjetura piadosa.

Y la lectura que de ahí se sigue no es una ocurrencia nuestra: **la tradición católica lee desde antiguo la respuesta de Jesús como alusión al canto de Lamec**, y los comentaristas la formulan con esa misma prudencia, diciendo que la escena parece remitir al antiguo pasaje sobre la venganza.

Lo que este libro no hará es presentar como establecido que Mateo cite deliberadamente. La coincidencia verbal es exacta; la intención no está declarada, y esa distinción se refleja en la ficha crítica.

Y LO QUE NUESTRA TRADUCCIÓN NO PUEDE CONSERVAR

Aquí llega la consecuencia que obliga a este capítulo a existir.

Nuestra traducción vierte Génesis 4,24 como «**setenta y siete**» y Mateo 18,22 como «**setenta veces siete**». Dos expresiones castellanas distintas para una única fórmula griega.

Ninguna de las dos decisiones es errónea: el traductor de Génesis sigue el hebreo, que dice setenta y siete; el de Mateo elige una de las dos lecturas posibles del griego. Cada elección es defendible por separado.

Pero el resultado es que **el lector castellano no puede ver que Jesús está repitiendo las palabras de Lamec**. Ve dos cifras parecidas y sospecha una relación; el lector griego oía una cita.

Esto es exactamente lo que la sección sobre el criterio filológico anunciaba: hay ocasiones en que la traducción, sin equivocarse, distingue lo que el original unía. Cuando eso ocurre, y solo entonces, hay que decirlo.

Y conviene decirlo también sin alarmar. **Ninguna traducción puede conservarlo todo**, y esta pérdida no es un defecto de la nuestra: cualquier versión castellana se encuentra ante la misma disyuntiva, porque el hebreo y el griego no dicen exactamente lo mismo en el pasaje de Génesis, y el traductor debe elegir a cuál servir. Quien traduce Génesis desde el hebreo no puede a la vez preparar el eco de un Evangelio escrito siglos después en otra lengua.

Lo que un libro como este puede hacer, y por eso lo hace aquí una sola vez, es señalar el punto exacto donde la pérdida ocurre.

QUÉ CAMBIA CON ESTO

Cambia el grado. La inversión de Lamec por Jesús deja de ser una lectura sugerente que proponemos nosotros y pasa a ser una relación fundada en el texto griego, con la reserva —importante— de que Mateo no explica que esté citando y de que el hebreo de Génesis no contiene la ambigüedad.

Y cambia la lectura. Si Jesús usa la frase de Lamec, no está proponiendo una cifra alta de perdones. Está tomando la fórmula con que un hombre midió su venganza y aplicándola a la misericordia. **La escala es la misma; lo que se multiplica es lo contrario.**

IV. SETENTA Y SIETE O CUATROCIENTOS NOVENTA

Una consecuencia práctica de lo anterior: la duda sobre si Jesús dijo setenta y siete o setenta veces siete no puede resolverse desde el griego, porque la fórmula admite las dos.

Y es preciso notar que la enseñanza no depende de cuál sea. Con cualquiera de las dos, nadie lleva la cuenta hasta el final: quien contara setenta y siete perdones ya habría dejado de perdonar mucho antes, porque el que cuenta no perdona, archiva.

Este libro emplea la doble designación —77 y 490— precisamente para no dar por resuelto lo que el texto deja abierto. **Es un caso donde la ambigüedad no perjudica al sentido**, y por eso mismo es un buen ejemplo de que no toda incertidumbre textual es un problema.

V. LA PARÁBOLA, Y CÓMO TERMINA

Jesús no deja la respuesta en una cifra. Inmediatamente cuenta una parábola, y de ella suele resumirse todo menos el final.

Un rey ajusta cuentas con sus servidores. Le presentan a uno que debe diez mil talentos: una cantidad deliberadamente absurda, imposible de pagar en varias vidas. El rey ordena venderlo con su mujer, sus hijos y todo lo que tiene. El servidor se arroja a sus pies y pide un plazo, prometiendo pagarlo todo —lo cual, dada la suma, es una promesa vacía—. El rey, compadecido, no le da el plazo: le perdona la deuda entera.

Al salir, ese mismo servidor encuentra a un compañero que le debe cien denarios, una cantidad pequeña y real. Lo toma del cuello hasta ahogarlo. El otro le suplica con las mismas palabras que él había usado: dame un plazo y te pagaré. Y no quiere: lo hace encarcelar.

Hasta aquí, la parábola es una lección transparente sobre la desproporción entre lo recibido y lo negado.

Pero no termina ahí.

Los demás servidores lo cuentan al rey, que lo manda llamar y le dice:

«¡Miserable! Me suplicaste, y te perdoné la deuda. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?» (Mt 18,32-33).

Y entonces:

«E indignado, el rey lo entregó en manos de los verdugos hasta que pagara todo lo que debía. Lo mismo hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos» (Mt 18,34-35).

Este libro no va a suavizar ese final, y vale la pena decir por qué importa.

Un discurso sobre el perdón sin límite **termina con una amenaza**, y la amenaza la pronuncia Jesús, y la aplica expresamente al Padre. La misma página que suprime la contabilidad de los agravios advierte que hay una cuenta que sí se pasa: la de quien, habiendo sido perdonado, no perdona.

No lo resolvemos. Registramos que quien cite «setenta veces siete» como enseñanza sobre la benignidad de Dios está citando la primera mitad de un pasaje cuya segunda mitad es severa. Y que la severidad no recae sobre el deudor, sino sobre el acreedor implacable.

VI. PERDÓN NO SIGNIFICA IMPUNIDAD

Conviene una distinción necesaria, y este capítulo la mantiene porque es la que más falta hace en la práctica.

El perdón evangélico no equivale a negar la justicia, encubrir el daño o permitir que el agresor siga destruyendo. Perdonar no significa llamar bien al mal ni suprimir la responsabilidad.

El contexto lo confirma. Estas palabras están dentro de un discurso sobre la corrección fraterna: unos versículos antes, Jesús ha explicado qué hacer cuando un hermano peca, cómo buscarlo, cómo llamar testigos y cómo proceder si no escucha. El perdón ilimitado no sustituye ese procedimiento: convive con él.

Por eso «setenta veces siete» no debe emplearse para cargar sobre una víctima la obligación de exponerse indefinidamente al abuso. La misericordia cristiana no destruye la verdad ni la prudencia, y puede coexistir con límites, reparación, distancia y exigencia de justicia.

Lo que Jesús suprime no es la justicia. Es la venganza como forma de identidad: la costumbre de conservar la ofensa como un tesoro y hacer de ella el centro de la propia vida.

Entendido así, el perdón cristiano es más exigente que la venganza, no menos.

VII. EL OTRO LAMEC, Y UNA TENTACIÓN

Hay un dato que importa poner sobre la mesa, porque cualquier lector atento lo encontrará y porque es exactamente el tipo de coincidencia que este libro enseña a manejar.

En el capítulo siguiente del Génesis aparece **otro** Lamec, de la descendencia de Set, que será el padre de Noé. Y de él se dice:

«Lamec vivió en total setecientos setenta y siete años, y al cabo de ellos murió» (Gn 5,31).

Setecientos setenta y siete. En un capítulo sobre el setenta y siete, con un Lamec que lo proclamó como escala de venganza.

La tentación de unir las dos cosas es inmediata, y hay que resistirla por tres razones.

Son dos personas distintas. Uno descende de Caín; el otro, de Set. El Génesis presenta dos genealogías paralelas con nombres que se repiten, y esa repetición es un rasgo conocido del relato.

Las edades de Génesis 5 siguen un patrón formulario. Todo el capítulo está construido con la misma fórmula, y las cifras varían además entre el texto hebreo, la versión griega y el Pentateuco samaritano, como veremos en su lugar. Un argumento levantado sobre una de esas cifras descansa sobre suelo movedizo.

Y el texto no dice nada. No relaciona a los dos Lamec, no comenta la cifra y no vuelve sobre ella.

Queda, pues, en **especulativa**. Lo decimos aquí y no en la ficha solamente, porque el lector merece ver el razonamiento y no solo el veredicto: así podrá aplicarlo la próxima vez que una coincidencia le salte a la vista.

VIII. FICHA CRÍTICA DE LOS NÚMEROS 77 Y 490

Presencia bíblica.

Concentrada. Sus textos decisivos son el canto de Lamec (Gn 4,23-24) y la respuesta de Jesús a Pedro (Mt 18,21-22).

Función literaria.

Intensificación. En Génesis expresa venganza multiplicada; en Mateo, la misma lógica de multiplicación invertida hacia el perdón.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

Génesis 4,24 presenta una intensificación de la venganza en boca de Lamec, que se apropia y multiplica una protección concedida por Dios a Caín. Mateo 18,22 emplea una expresión numérica intensificada para enseñar un perdón que desborda la contabilidad, y Jesús no establece un límite matemático de perdones. La versión griega de Génesis 4,24 y Mateo 18,22 emplean **la misma fórmula**, *hebdomēkontákis heptá*, ambigua entre setenta y siete y cuatrocientos noventa. Nuestra traducción las vierte de dos maneras distintas. Y el discurso termina con el rey entregando al servidor a los verdugos y con la advertencia de que así hará el Padre con quien no perdona de corazón.

Probable.

Que Mateo emplee deliberadamente la fórmula de la versión griega de Génesis para presentar la enseñanza de Jesús como inversión del canto de Lamec. Tres cosas lo apoyan: la coincidencia verbal es exacta; la tradición católica lee desde antiguo la escena como alusión a Lamec; y el contexto —una pregunta sobre el límite de la respuesta ante la ofensa— es el mismo que el del canto. No pasa de probable porque el evangelista no declara que esté citando.

Sugere.

Que la lógica de la parábola —deuda impagable perdonada, deuda pequeña negada— desarrolle el mismo contraste que la cifra enuncia.

Especulativa.

Relacionar los setecientos setenta y siete años del Lamec de Génesis 5 con el setenta y siete del canto: son personas distintas, las edades siguen un patrón formulario y varían entre tradiciones textuales, y el texto no traza ninguna conexión. Y relacionar el cuatrocientos noventa con las setenta semanas de Daniel, que pertenece a otro registro y tiene su propio tratamiento.

No recomendable.

Convertir el setenta y siete o el cuatrocientos noventa en cifra con poder propio. Usar el texto para exigir a una víctima que permanezca indefinidamente expuesta al abuso. Reducir el perdón cristiano a un cálculo psicológico o a un sentimiento. Y citar «setenta veces siete» sin el final del discurso, que es severo y que recae sobre quien, habiendo sido perdonado, no perdona.

IX. CRISTO, MEDIDA SIN MEDIDA DEL PERDÓN

Estos números encuentran su centro en Jesús, que revela la misericordia del Padre y la lleva hasta la cruz.

No enseña a llevar una cuenta más larga de los agravios: enseña a vivir desde una misericordia que ha llegado primero. El discípulo perdona no porque el mal sea pequeño, sino porque Dios ha abierto una libertad mayor que el resentimiento.

Y hay que volver, para terminar, a lo que descubrimos en el griego, porque de ahí sale la mejor formulación de este capítulo.

Jesús no inventó una cifra para el perdón. **Tomó la de Lamec.** Eligió las palabras exactas con que un hombre había medido su venganza y las puso a medir otra cosa. No corrigió el número: corrigió lo que se cuenta con él.

Eso dice algo sobre cómo obra la redención, y dice también algo sobre este libro. La cifra no cambió. Lo que cambió fue quién la pronunciaba y para qué.

La cruz revela hasta dónde llega esa lógica. Allí la violencia humana se despliega contra el Justo, y Cristo no responde desde la venganza. Su entrega manifiesta que la misericordia de Dios no es impotencia, sino poder de redención.

El setenta y siete no enseña a contar. Enseña a dejar de contar.

Aquí termina el bloque de los números discutidos. La Parte siguiente entra en el terreno más difícil de este libro: las cifras que resisten el simbolismo, y donde lo que hay que aprender es cuándo callar.

CIERRE DE LA PARTE III
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y
TABLAS DE COMPROBACIÓN

SÍNTESIS: CUÁNDO UNA LECTURA HERMOSA NO PUEDE SUBIR DE GRADO

Las dos primeras Partes recorrieron números que la Escritura establece. Esta ha recorrido cuatro casos donde la lectura se discute, y donde el instrumento tenía que demostrar que sirve para algo.

Ha demostrado dos cosas, y no son las que esperábamos al empezar.

1. EL MECANISMO ES SIEMPRE EL MISMO: ELEGIR LA DESCOMPOSICIÓN

Los tres casos numerológicos que hemos desmontado en este bloque funcionan de manera idéntica, y verlo tres veces seguidas vale más que cualquier advertencia.

Las edades de los patriarcas. Ciento setenta y cinco y ciento cuarenta y siete dan diecisiete por su descomposición en primos, que es única. Ciento ochenta, en primos, da quince. Para llegar a diecisiete hay que agruparlo como seis por seis por cinco, que es una entre once posibilidades.

Los ciento cincuenta y tres peces. El número es triangular de diecisiete, y también suma de los cubos de sus cifras, y también suma de los factoriales del uno al cinco. Se eligió la primera propiedad. Y después el diecisiete se descompuso en diez más siete, que es una entre ocho maneras: la mejor con significado teológico disponible.

Los setecientos setenta y siete años del otro Lamec. Cifra real, dentro de una serie formularia, en un capítulo distinto y referida a otra persona.

En los tres, la operación aritmética es correcta. En los tres, lo que se presenta como descubrimiento es en realidad una **elección entre alternativas**, hecha por alguien que ya sabía qué resultado quería obtener.

De ahí la pregunta que este bloque deja al lector, y que sirve para cualquier cálculo que le llegue: **¿cuántas otras descomposiciones había, y por qué se eligió esta?** Si la respuesta es «porque es la que significa algo», el hallazgo lo puso el intérprete.

2. Y SIN EMBARGO, AQUÍ TAMBIÉN SE SUBE DE GRADO

La sorpresa del bloque es que la escala no solo baja lecturas. En el capítulo del setenta y siete ha subido una.

La relación entre el canto de Lamec y la respuesta de Jesús estaba formulada como resonancia prudente. Comprobada, resultó que la versión griega de Génesis y el Evangelio de Mateo emplean la misma fórmula de dos palabras, y que la tradición católica lee desde antiguo esa alusión. La lectura subió de *sugerente* a *probable*.

Esto importa más de lo que parece. Un instrumento que solo descartara sería un instrumento de sospecha, no de discernimiento. La escala sirve porque puede mover en las dos direcciones, y en este bloque lo ha hecho: bajó las edades patriarcales a *especulativa*, dejó el ciento cincuenta y tres agustiniano en *sugerente*, y subió a *probable* la inversión de Lamec.

3. LO QUE EL DESAJUSTE ENSEÑA

Y hay un tercer hallazgo, que ninguno de los capítulos podía dar solo.

En dos de los cuatro, la irregularidad numérica **confirma** la lectura simbólica en lugar de debilitarla.

Mateo declara tres catorces y su lista solo los produce contando a Jeconías dos veces. Un autor que registrara habría dicho trece; uno que compone repite al hombre del destierro. La cuenta que no sale es la prueba de que no estaba contando.

Y la fórmula de Mateo 18,22 es ambigua entre setenta y siete y cuatrocientos noventa, sin que la enseñanza dependa de cuál sea. La ambigüedad que en un cronograma sería fatal, aquí no molesta.

En la Escritura, la imprecisión numérica suele ser señal de que el número está haciendo otro trabajo. Quien exige exactitud a una cifra bíblica está pidiéndole algo que a menudo no vino a dar.

LO QUE QUEDÓ SIN RESOLVER

El desajuste de la genealogía de Mateo. Sabemos qué hace el texto —contar a Jeconías dos veces— y no sabemos por qué. El motivo es inferido.

Si Jesús dijo setenta y siete o cuatrocientos noventa. El griego admite las dos y la enseñanza no depende de la respuesta.

Si Mateo cita deliberadamente el canto de Lamec. La coincidencia verbal es exacta y el evangelista no lo declara.

El final de la parábola del servidor implacable, donde un discurso sobre el perdón sin límite termina con el rey entregando al deudor a los verdugos y con la advertencia de que así hará el Padre.

Cuatro más en esta Parte.

RECuento DE HALLAZGOS

Los cuatro capítulos declararon hallazgo. Los dos de más peso: la doble cuenta de Jeconías en la genealogía de Mateo, y **la fórmula que Jesús toma del canto de Lamec**, invisible en castellano porque nuestra traducción la vierte de dos maneras.

A ellos se suman las once agrupaciones posibles del ciento ochenta, las cuatro propiedades notables del ciento cincuenta y tres, el anuncio del martirio de Pedro a siete versículos de la red llena, y la servidumbre general de Egipto a ocho versículos de los años apacibles de Jacob.

TABLAS DE COMPROBACIÓN

Cuatro tablas para cuatro capítulos. Es el único bloque donde todos la llevan, porque todos discuten un cálculo y el lector debe poder rehacerlo.

TABLA 10 — EL RECuento DE LA GENEALOGÍA DE MATEO

Capítulo 13. Verificable contando los nombres de Mateo 1,2-16.

Grupo	Desde	Hasta	Nombres distintos
Primero	Abraham	David	14
Segundo	Salomón	Jeconías	14
Tercero	Salatiel	Jesús	13
		Total distintos	41

El tercero llega a catorce contando a Jeconías por segunda vez.

TABLA 11 — LAS EDADES DE LOS PATRIARCAS

Capítulo 14. Verificable con una calculadora.

Edad	Descomposición propuesta	Suma	¿Es la descomposición en primos?
175	$5 \times 5 \times 7$	17	Sí, y única
147	$7 \times 7 \times 3$	17	Sí, y única
180	$6 \times 6 \times 5$	17	No. En primos es $2 \times 2 \times 3 \times 3 \times 5$, que suma 15

Otras agrupaciones de 180 en tres factores: $4 \times 5 \times 9$ suma 18; $3 \times 6 \times 10$ suma 19; $3 \times 5 \times 12$ suma 20; $2 \times 9 \times 10$ suma 21. Se eligió la que da 17.

TABLA 12 — LAS PROPIEDADES DEL 153

Capítulo 15. Verificable con una calculadora.

Propiedad	Operación	¿La usa alguna lectura?
Triangular de 17	$1 + 2 + \dots + 17$	Sí, la agustiniana
Suma de cubos de sus cifras	$1^3 + 5^3 + 3^3$	No
Suma de factoriales	$1! + 2! + 3! + 4! + 5!$	No
Producto	9×17	No

Cuatro propiedades notables en un número de tres cifras. Encontrar una que admita lectura teológica es lo esperable.

TABLA 13 — UNA FÓRMULA, DOS TRADUCCIONES

Capítulo 16. Verificable comparando dos versículos de la propia Biblia.

	Lo que dice el original	Nuestra traducción
Génesis 4,24	El hebreo dice inequívocamente <i>setenta y siete</i> . La versión griega lo vierte con una fórmula ambigua.	«setenta y siete »
Mateo 18,22	La misma fórmula griega , ambigua entre setenta y siete y cuatrocientos noventa.	«setenta veces siete»

Una sola fórmula griega, dos expresiones castellanas. El eco resulta invisible en castellano, y ninguna de las dos decisiones del traductor es errónea: cada una sirve al texto que traduce.

LA PRUEBA DEL INSTRUMENTO

Al cerrar la Parte I dejamos escrito que las lecturas *seguras* debían disminuir en las Partes siguientes, y que si no disminuían habría que sospechar del clasificador antes que del material. Al cerrar la Parte II observamos un descenso leve y dijimos que la prueba de verdad llegaría aquí.

Ha llegado, y **no ha salido como esperábamos**. Al repasar las fichas de este bloque, las entradas en el grado *seguro* no han disminuido: si acaso, han aumentado.

Conviene detenerse, porque nos habíamos comprometido a hacerlo.

QUÉ HA OCURRIDO

Al examinar esas entradas, la explicación aparece enseguida.

Lo que ha crecido en el grado *seguro* de esta Parte **no son lecturas simbólicas, sino constataciones de dificultad**. Que el recuento de Mateo no cuadre sin repetir a Jeconías es seguro. Que ciento ochenta no dé diecisiete en su descomposición en primos es seguro. Que la versión griega emplee la misma fórmula en los dos pasajes es seguro. Que la parábola termine con los verdugos es seguro.

Es decir: al examinar con detalle lecturas discutibles, hemos ido acumulando hechos verificables **sobre por qué son discutibles**. Cuanto más a fondo se desmonta un cálculo, más datos duros quedan registrados.

QUÉ SIGNIFICA PARA LA ESCALA

Significa que la comprobación estaba mal planteada. **Fijarse en cuántas lecturas quedan como seguras no mide la prudencia del intérprete: mide cuánta comprobación se ha hecho**. Un capítulo expositivo y un capítulo que desmonta un cálculo acumulan entradas seguras de naturaleza completamente distinta.

Lo que sí puede observarse, y se observa leyendo las fichas de este bloque una tras otra, es otra cosa: **de las lecturas que aquí se gradúan, una proporción notablemente mayor que en los bloques anteriores ha terminado en los grados bajos**. Las edades de los patriarcas quedaron en *especulativa*; la lectura agustiniana del ciento cincuenta y tres, en *sugere*; los setecientos setenta y siete años del otro Lamec, en *especulativa*; la relación entre el cuatrocientos noventa y las setenta semanas, en *especulativa*.

Ese es el efecto que buscábamos, y está ahí. Solo que no se ve contando entradas seguras, sino mirando dónde caen las que se discuten.

LO QUE CORREGIMOS

No modificamos la escala, que ha funcionado. Modificamos el modo de vigilarla, y queda escrito por qué.

El grado *seguro* no distingue entre dos cosas que es preciso distinguir: la constatación de un dato del texto y la afirmación de una lectura simbólica firme. Las dos son seguras y no son lo mismo. En un capítulo expositivo casi todas las entradas seguras son del segundo tipo; en uno que desmonta un cálculo, casi todas son del primero.

Por eso, de aquí en adelante, lo que este libro vigilará al cerrar cada Parte no es un recuento, sino una pregunta cualitativa: **¿hacia dónde han caído las lecturas que hubo que graduar?** Si en un bloque de material discutible las lecturas discutibles terminan mayoritariamente arriba, el problema está en quien clasifica.

Y una nota sobre por qué renunciamos a los porcentajes. Los teníamos calculados y los hemos retirado. La razón es coherente con todo lo que este libro sostiene: **una entrada de ficha no es una unidad natural**. Puede contener dos afirmaciones o media, y

dónde poner la raya es una decisión nuestra que ningún lector puede rehacer. Construir porcentajes sobre una base así, y comparar bloques con ellos, habría sido exactamente la operación que en estas páginas hemos desmontado tres veces: presentar como dato lo que es una construcción.

El argumento no mejora por llevar decimales.

PARTE IV
LOS NÚMEROS QUE RESISTEN
EL SIMBOLISMO

17. CIFRAS QUE NO SIGNIFICAN CENSOS, CRONOLOGÍAS Y EDADES

Hasta aquí este libro ha explicado números que significan. Los que la Escritura establece, los que ordenan el mundo y el tiempo, los que se discuten. En todos ellos la pregunta era **qué quiere decir esta cifra**.

Esta Parte hace lo contrario, y empieza por el capítulo más incómodo del volumen.

Porque en la Biblia hay muchísimos números que no quieren decir nada. Cifras de censos, duraciones de reinados, edades de patriarcas, medidas, pesos, sumas de tributos. Aparecen por miles y la inmensa mayoría son exactamente lo que parecen: cantidades.

Y entre ellas hay un grupo especial, que es el que nos ocupa: **cifras que además presentan dificultades reales**. No significan, y tampoco cuadran del todo. Son las que cualquier lector serio se encuentra tarde o temprano, las que los libros de divulgación esquivan, y las que un tratado sobre los números bíblicos no puede dejar fuera sin quedar cojo.

Vamos a mirar tres casos. Y vale la pena decir desde ahora cómo termina el capítulo: **sin resolverlos**.

I. POR QUÉ ESTE CAPÍTULO EXISTE

Un libro que solo explique los números que significan produce en el lector una impresión falsa: que la Biblia es un texto donde cada cifra guarda un sentido, y que basta el método adecuado para encontrarlo.

Esa impresión es precisamente el suelo del que crece la numerología. Quien crea que todos los números significan buscará significado en todos, y lo encontrará, porque siempre se encuentra.

De modo que este capítulo hace por el lector algo que ningún otro puede hacer: **le enseña a reconocer cuándo no hay nada que buscar**. Y le muestra, de paso, que la Escritura contiene dificultades que la fe no necesita disolver.

II. LO QUE LA IGLESIA ENSEÑA SOBRE ESTO

Antes de mirar un solo caso conviene decir desde dónde los miramos, porque la Iglesia tiene sobre esta cuestión una doctrina precisa y no siempre conocida.

LA INERRANCIA Y SU ALCANCE

El Concilio Vaticano II formuló la enseñanza en una frase que importa leer despacio, porque cada palabra está medida: los libros de la Escritura «enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, **la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación**» (*Dei Verbum* 11).

Fíjese el lector en el final. La Escritura enseña sin error, y lo que enseña sin error es *la verdad que Dios quiso consignar para nuestra salvación*. No se afirma que la Biblia sea un manual exacto de demografía, de cronología o de astronomía, porque no vino a serlo.

Esto no rebaja la inerrancia: la sitúa. Un texto se juzga por lo que afirma, y para saber qué afirma hay que saber qué pretendía afirmar.

CÓMO HAY QUE LEER, ENTONCES

El mismo Concilio da la regla en el número siguiente. Habiendo hablado Dios en la Escritura «por medio de hombres y a la manera humana», el intérprete debe investigar **qué pretendieron expresar realmente los autores sagrados**, atendiendo entre otras cosas a los géneros literarios (*Dei Verbum* 12).

Aplicado a nuestro asunto, eso significa una pregunta muy concreta ante cada cifra difícil: *¿qué pretendía afirmar quien la escribió?* Si un censo pretendía mostrar que la promesa de una descendencia incontable se había cumplido, es eso lo que enseña sin error. Si además nos permite o no reconstruir una demografía es otra cuestión, y de rango distinto.

Y UNA ADVERTENCIA CONTRA EL FUNDAMENTALISMO

La Comisión Bíblica Pontificia ha señalado el peligro de la lectura que rechaza tener en cuenta el carácter histórico de la revelación y que, por eso mismo, **se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación**: rehúye la estrecha relación de lo divino y lo humano.

La observación es exacta y vale para todo este capítulo. Quien exija que las cifras bíblicas se comporten como un registro moderno está pidiendo una Escritura que no se haya encarnado en un tiempo, una lengua y una manera de contar.

Con esto delante, podemos mirar los casos sin ansiedad.

III. LOS CENSOS DEL DESIERTO

LAS CIFRAS

El libro de los Números empieza con un censo. Dios ordena a Moisés contar a los varones de veinte años en adelante, aptos para la guerra, tribu por tribu. El resultado total es **603.550**.

La cifra es firme en el texto: reaparece en el Éxodo al calcular la plata recaudada para el Santuario, «medio siclo por cada uno de los incluidos en el censo de los seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres de veinte años para arriba» (Ex 38,26).

Treinta y ocho capítulos después hay un segundo censo, ya al final de los cuarenta años, y da **601.730**. La cercanía entre ambas cifras es notable: después de una generación entera, de plagas, guerras y castigos, el pueblo está prácticamente igual de numeroso.

LO QUE ESAS CIFRAS IMPLICAN

Si 603.550 son solo los varones de veinte años en adelante, hay que añadir las mujeres, los niños, los ancianos y la tribu de Leví, que se cuenta aparte. El total ronda los dos millones de personas.

Dos millones de personas caminando cuarenta años por el desierto del Sinaí. Con sus rebaños. Formando, según algunos cálculos, una columna que tardaría días enteros en cruzar cualquier punto.

No es una cifra imposible de imaginar. Es una cifra difícil de sostener, y el lector que se la encuentra por primera vez lo nota solo.

LA DIFICULTAD QUE ESTÁ DENTRO DEL PROPIO TEXTO

Pero el problema más serio no viene de la geografía ni de la logística. Viene del mismo libro de los Números, tres capítulos más adelante, y ese sí puede comprobarse sin salir de la Biblia.

Dios ordena contar a los primogénitos varones de Israel, de un mes en adelante, para sustituirlos por los levitas. Y el resultado es:

«Los primogénitos varones de un mes en adelante que fueron registrados eran en total 22.273 hombres» (Nm 3,43).

Veintidós mil doscientos setenta y tres primogénitos.

Hagamos la cuenta que el texto invita a hacer. Si hay 603.550 varones mayores de veinte años, y solo 22.273 primogénitos varones de un mes en adelante, la proporción es de un primogénito por cada veintisiete varones adultos. Como cada familia tiene un solo primogénito vivo, la cuenta obliga a suponer familias con casi treinta varones adultos de promedio, algo que ninguna población conocida alcanza.

Las dos cifras no pueden ser ambas censales. Están en el mismo libro, a dos capítulos de distancia, y no encajan entre sí.

Hay un dato más en la misma dirección. La tribu de Leví, contada entera y desde el mes de vida, da **22.000**. Las demás tribus, contando solo varones adultos, dan entre cuarenta y setenta mil cada una. Leví resulta ser, contando bebés incluidos, la mitad de pequeña que cualquier otra contando solo hombres.

LA PROPUESTA MÁS DISCUTIDA

La explicación que más atención ha recibido se apoya en una particularidad del hebreo. La palabra que traducimos «mil», *élef*, designa también en otros pasajes de la Biblia una unidad social o militar: un clan, una familia extensa, un contingente.

Si en las listas del censo esa palabra significara «unidad» y no «mil», las cifras se transformarían por completo. «Cuarenta y seis mil quinientos» podría leerse como «cuarenta y seis unidades, quinientos hombres», y el total del pueblo bajaría de dos millones a unas decenas de miles.

La propuesta tiene a su favor que resolvería a la vez el problema de los primogénitos, el de la logística y el del tamaño de Leví.

Y tiene en contra dos cosas serias. La primera: **el propio texto no lo entiende así**, porque cuando suma los totales lo hace tratando la palabra como «mil», y el cálculo del Éxodo sobre la plata recaudada también. La segunda: aplicada con rigor, la reconstrucción no cuadra igual de bien en todas las tribus.

Es una hipótesis respetable, no una solución.

LO QUE ESTE LIBRO DICE

No lo sabemos.

Y hay que decir por qué eso no es una evasiva. Las cifras están en el texto y el texto las trata como cifras. Su función narrativa es clara: mostrar que la promesa hecha a Abraham —una descendencia incontable— se ha cumplido, y que el pueblo que sale de Egipto ya no es la familia de setenta que bajó a él.

Esa función se cumple con cualquiera de las lecturas posibles. Si eran dos millones, la promesa se cumplió espectacularmente; si eran decenas de miles, también, porque de setenta a decenas de miles hay un abismo.

Lo que no puede hacerse es lo contrario: usar las cifras para reconstruir una demografía y después defender esa reconstrucción como si la fe dependiera de ella.

IV. LAS CRONOLOGÍAS DE LOS REINADOS



CÓMO ESTÁ CONSTRUIDO EL PROBLEMA

Los libros de los Reyes cuentan dos historias en paralelo: la del reino del norte y la del sur, después de la división. Y lo hacen con un sistema que a primera vista parece muy preciso.

De cada rey se dice cuántos años reinó. Y además se fecha su subida al trono por referencia al otro reino: tal rey de Judá empezó a reinar en el año tantos de tal rey de Israel. Cada dato se puede cruzar con otro.

El resultado es una red de sincronismos que permite, en teoría, construir una cronología exacta.

En la práctica, **las cuentas no cierran**. Si se suman los años de los reyes de Judá desde la división hasta un punto fijo, y se hace lo mismo con los de Israel, los dos totales no coinciden. Y varios sincronismos concretos se contradicen con las duraciones que el propio texto atribuye.

Cualquier lector con paciencia puede comprobarlo con lápiz y papel. No hace falta erudición: hace falta sumar.

LO QUE SE HA PROPUESTO

Los intentos de armonización son antiguos y algunos son ingeniosos.

Se ha propuesto que hubo **correïnados**: que un rey asociara al trono a su hijo en vida, de modo que unos años se cuenten dos veces. Se ha propuesto que los dos reinos usaran **calendarios distintos**, con el año nuevo en meses diferentes. Y que contaran de modo distinto el año de acceso al trono: unos incluyéndolo y otros no.

Combinando esos tres recursos pueden construirse sistemas que funcionan. Y ahí está el problema: **funcionan porque se les permite ajustar tres variables que el texto nunca menciona**.

Un sistema que cuadra después de introducir tres supuestos no verificables no ha resuelto el problema: lo ha absorbido.

LO QUE ESTE LIBRO DICE

Tampoco lo sabemos, y aquí con menos consuelo que en el caso anterior.

Lo que sí puede afirmarse es que **el propósito de estos libros no es cronológico**. Los Reyes no están escritos para fechar acontecimientos, sino para juzgarlos: de cada monarca se dice, sobre todo, si hizo lo que es bueno o lo que es malo a los ojos del Señor. Las cifras dan armazón a una evaluación teológica.

Quien busque en ellos una cronología encontrará dificultades. Quien busque el juicio que el texto pronuncia sobre cada reinado, no.

V. LAS EDADES DE LOS PATRIARCAS

El tercer caso es el más grave de los tres, porque aquí la dificultad no está solo en que los números no cuadren: está en que **no sabemos con seguridad cuáles son los números**.

TRES TEXTOS QUE NO COINCIDEN

El Génesis da, en sus capítulos cinco y once, una serie de edades: cuántos años tenía cada patriarca cuando nació su hijo, cuántos vivió después y cuántos en total. Sumándolas se obtiene una cronología continua desde Adán hasta Abraham.

El problema es que esas edades **difieren entre las tres grandes tradiciones textuales** del Pentateuco: el texto hebreo que nos ha llegado por vía masorética —el que sigue nuestra traducción—, la versión griega de los Setenta, y el Pentateuco samaritano.

Y no difieren en detalles. Desde la creación hasta el diluvio, el hebreo suma alrededor de mil seiscientos cincuenta años; el samaritano, alrededor de mil trescientos; y la versión griega, más de dos mil doscientos. Desde el diluvio hasta Abraham, las diferencias son aún mayores, y van de unos trescientos cincuenta años en el hebreo a más de mil doscientos en el griego.

UN EJEMPLO QUE SE ENTIENDE DE GOLPE

La consecuencia se ve mejor con un caso concreto.

Según las cifras del texto hebreo, Noé seguía vivo cuando nació Abraham, y murió cuando este tenía casi sesenta años. Los dos hombres fueron contemporáneos durante medio siglo.

Según las cifras de la versión griega, entre la muerte de uno y el nacimiento del otro pasaron más de setecientos años.

Las dos cosas no pueden ser verdad, y las dos proceden de tradiciones textuales veneradas por comunidades creyentes durante siglos.

QUÉ SE SABE DE ESAS DIFERENCIAS

Se han propuesto explicaciones. La más sobria es el error acumulado de copia, que en listas de cifras es especialmente fácil. Se ha sugerido también que alguna de las tradiciones ajustó deliberadamente los números para encajar con cronologías de otras culturas conocidas. Ninguna explicación se impone, y este libro no va a elegir entre ellas.

EL DATO QUE AQUÍ IMPORTA

Lo importante para nosotros es la consecuencia, y es tajante.

Cualquier argumento construido sobre una edad patriarcal concreta descansa sobre una cifra que varía según el manuscrito.

Recuérdese lo que vimos en el capítulo del diecisiete: la lectura que descompone ciento setenta y cinco, ciento ochenta y ciento cuarenta y siete para hacerlas sumar diecisiete. Ya la habíamos dejado en el grado especulativo porque una de las tres descomposiciones estaba forzada. Ahora podemos añadir la razón de fondo: **esas tres cifras no son las mismas en las tres tradiciones**, de modo que el patrón existiría o no según qué Biblia se tuviera delante.

Un simbolismo que depende de qué manuscrito use el lector no es un simbolismo del texto.

Y UNA HONESTIDAD SOBRE EL OTRO LADO

Dicho lo cual, hay que reconocer algo que juega en dirección contraria y que sería deshonesto callar.

Las edades del Génesis 5 **presentan patrones**. Enoc vive trescientos sesenta y cinco años, exactamente los días del año solar, y es además el único que no muere. Lamec vive setecientos setenta y siete. Otras cifras muestran regularidades semejantes.

Esos patrones existen y son reales. Y llevan a algunos a concluir que las edades no son datos sino construcciones, elaboradas con un simbolismo numérico deliberado.

Es una lectura razonable, y este libro la clasifica como **sugere**, no más. Dos razones. La primera: los patrones no cubren toda la lista, y una serie larga de números redondos produce coincidencias por sí sola. La segunda, que ya conocemos: **si las cifras varían entre tradiciones, los patrones que se observan en una pueden no estar en las otras**.

Es decir: la misma dificultad que impide usar las edades como dato histórico impide usarlas como sistema simbólico. En los dos casos, por el mismo motivo.

VI. UN PADRE DE LA IGLESIA ANTE ESTA MISMA DIFICULTAD

Podría pensarse que este problema es moderno, nacido de la crítica textual de los últimos siglos. No lo es, y conviene que el lector lo sepa.

San Agustín le dedica buena parte del libro XV de *La ciudad de Dios*. No de pasada: capítulo tras capítulo.

Y lo que hace allí merece leerse, porque es exactamente el procedimiento que este libro intenta seguir.

Primero constata la diferencia. Reconoce que los números del texto hebreo y los del que él usaba —la versión griega— no coinciden, y no lo disimula ante sus lectores.

Después observa el patrón. Advierte que la discrepancia no es caótica: en varias generaciones, la versión griega añade cien años antes del nacimiento del hijo y los quita después, de modo que el total coincide. Y anota que esa regularidad «más que casualidad, parece respirar una premeditación».

Es una observación aguda y verificable, hecha en el siglo quinto.

Después considera las explicaciones. Sopesa el error de copia, y lo considera especialmente probable en un caso concreto: el de la vida de Matusalén, donde las cifras griegas producen el resultado absurdo de que sobreviviera al diluvio. Y admite que un error en un código primitivo pudo difundirse ampliamente.

Y finalmente decide qué hacer con lo que no puede resolver. Sostiene que la diferencia no afecta a lo que el pasaje enseña sobre la longevidad de los antiguos, y observa que la autoridad apostólica, al citar la Escritura, se sirvió tanto del texto hebreo como del griego.

Es decir: **un Padre de la Iglesia, doctor de la Iglesia, encontró exactamente la dificultad que este capítulo expone, la describió con precisión, no la resolvió, y siguió adelante sin que su fe ni la de la Iglesia se vieran afectadas**.

Conviene además decir algo sobre sus límites, porque este libro no idealiza a nadie. Agustín no sabía hebreo y trabajaba sobre una versión latina antigua derivada del griego, de modo que su acceso al problema era parcial. Su preferencia por la versión griega frente al hebreo de san Jerónimo fue objeto de discusión entre ambos, y la Iglesia acabó recibiendo la Vulgata.

Nada de eso disminuye lo que aquí nos importa. La lección no está en su solución, que no dio, sino en su manera de mirar: **describir el problema con exactitud, resistir la explicación cómoda, y no confundir una dificultad textual con una amenaza a la fe.**

Dieciséis siglos después, no tenemos nada mejor que ofrecer. Y eso, lejos de ser un fracaso, es un dato tranquilizador: si la dificultad hubiera podido resolverse, alguien de esa talla lo habría hecho.

VII. QUÉ HACER CON LAS CIFRAS QUE NO CEDEN

Reunidos los tres casos, es preciso extraer lo que enseñan, porque no es poco.

Primero: la Escritura no es un texto sin costuras, y no necesita serlo. Los censos no encajan con los primogénitos, los reinados no suman, las edades varían entre manuscritos. Esas dificultades son antiguas, están documentadas, y la fe de la Iglesia ha convivido con ellas durante siglos sin sentirse amenazada.

Segundo: el problema aparece cuando se le pide al texto lo que no vino a dar. Los censos no vinieron a censar, los Reyes no vinieron a fechar, las genealogías no vinieron a cronometrar. Todas esas cifras sirven a otra cosa —mostrar el cumplimiento de una promesa, estructurar un juicio moral, tender un puente entre el principio del mundo y la elección de Abraham— y esa otra cosa se cumple aunque las cuentas no cierren.

Tercero, y es lo que este capítulo aporta al método: no lo sabemos es una conclusión. No un paso previo a la conclusión, ni una manera educada de rendirse.

Un lector que termine este capítulo sabiendo que hay cifras bíblicas sin explicación satisfactoria estará mejor preparado que uno que haya recibido una explicación tranquilizadora. Porque el segundo, el día que descubra la dificultad —y la descubrirá—, se sentirá engañado. El primero ya la conocía.

Y cuarto: la próxima vez que alguien le presente un cálculo apoyado en una edad patriarcal, en una cifra de censo o en una cronología de los reyes, el lector de este capítulo tendrá una pregunta que hacer antes que ninguna otra: *¿en qué texto?*

VIII. FICHA CRÍTICA DE LAS CIFRAS QUE NO SIGNIFICAN

Presencia bíblica.

Enorme. Los censos, las cronologías, las edades, las medidas y los pesos ocupan más versículos que todos los números simbólicos de este libro juntos.

Función literaria.

Cuantificar. Y, en los casos aquí examinados, sostener una afirmación teológica: el cumplimiento de la promesa, el juicio sobre los reinados, la continuidad entre la creación y la elección.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

La Iglesia enseña que los libros de la Escritura transmiten sin error «la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (*Dei Verbum* 11), y que el intérprete debe investigar qué pretendieron expresar los autores sagrados (*Dei Verbum* 12). San Agustín constató la divergencia entre las cifras hebreas y griegas de las edades patriarcales, observó su regularidad y no la resolvió (*La ciudad de Dios*, libro XV). El primer censo de Números da 603.550 varones de veinte años en adelante, cifra que el Éxodo confirma al calcular la plata del Santuario. El segundo da 601.730. Los primogénitos varones de un mes en adelante son 22.273, y la tribu de Leví contada desde el mes de vida da 22.000. Las duraciones y los sincronismos de los reinados no producen totales coincidentes. Y las edades de Génesis 5 y 11 difieren entre el texto hebreo, la versión griega y el Pentateuco samaritano, con diferencias de siglos.

Probable.

Que la función de las cifras del censo sea mostrar el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, y no registrar una demografía. **Sugere.**

Que las edades de Génesis 5 estén construidas con un simbolismo numérico deliberado, como sugieren los trescientos sesenta y cinco años de Enoc y los setecientos setenta y siete de Lamec. Los patrones existen; no cubren toda la lista y varían entre tradiciones.

Especulativa.

La lectura de la palabra hebrea *élef* como «unidad» y no como «mil» en las listas del censo: resolvería varios problemas a la vez, y el propio texto no la sostiene al sumar los totales. Los sistemas cronológicos que armonizan los reinados combinando correinados,

calendarios distintos y modos distintos de contar el año de acceso: funcionan porque ajustan tres variables que el texto no menciona. **No recomendable.**

Presentar estas dificultades como si amenazaran la inspiración o la inerrancia, cuando la doctrina de la Iglesia sitúa una y otra en lo que Dios quiso consignar para nuestra salvación. Presentarlas también como si fueran un descubrimiento reciente, cuando un doctor de la Iglesia las expuso en el siglo quinto. Reconstruir una demografía del éxodo a partir de los censos y defenderla como si la fe dependiera de ella. Usar las cronologías de los Reyes para fechar acontecimientos con precisión de año. Construir cualquier argumento simbólico sobre una edad patriarcal concreta, dado que varía entre tradiciones textuales. Y presentar como resuelto lo que no lo está: las tres dificultades de este capítulo siguen abiertas, y decirlo es más útil que cerrarlas.

IX. CRISTO, Y LA CONDESCENDENCIA DE DIOS

Los capítulos anteriores terminaban señalando un número que apunta a Cristo. Este no puede hacerlo, porque aquí no hay tal número. Y sin embargo tiene un cierre cristológico, y lo da el propio Concilio.

Al hablar de cómo Dios se comunica en la Escritura, *Dei Verbum* dice esto: en la Sagrada Escritura se manifiesta la admirable **condescendencia** de la Sabiduría eterna, para que conozcamos la inefable benignidad de Dios y cuánta comprensión ha usado al hablar. Y añade la comparación decisiva: **las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, como en otro tiempo el Verbo del Padre eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres.**

Léase de nuevo esa última frase, porque contiene la respuesta a todo este capítulo.

La Palabra de Dios se abaja al lenguaje de los hombres del mismo modo que el Verbo se abajó a la carne. Y abajarse al lenguaje de los hombres significa abajarse a **su manera de contar**: a sus censos aproximados, a sus cronologías construidas por sincronismos, a sus genealogías que agrupan y omiten, a sus cifras redondas y a sus números que quieren decir «muchos».

Quien exige a la Escritura una exactitud aritmética que su tiempo no conocía está pidiendo, sin advertirlo, una revelación que no se hubiera encarnado del todo. Una Palabra que hablara desde fuera de la historia, con la precisión de un archivo moderno, sería una Palabra que no habría asumido nada.

Y hay una analogía más que vale la pena notar, porque cierra el argumento.

Los cristianos confesamos que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y que su humanidad fue real: tuvo hambre, se cansó, lloró, ignoró la hora. Ninguna de esas limitaciones disminuye su divinidad; prueban que asumió de verdad nuestra naturaleza.

Del mismo modo, que la Escritura cuente como contaban los antiguos no disminuye su inspiración. Es la prueba de que Dios habló de verdad **a través de hombres**, y no dictando por encima de ellos.

Las cuentas que no cierran no amenazan nada. Nos recuerdan qué clase de libro tenemos entre manos —no un archivo, sino un testimonio— y, sobre todo, qué clase de Dios lo dio: uno que prefiere hablar el idioma de sus criaturas, con sus imprecisiones, antes que hablarles desde una distancia perfecta.

18. EL 13 UN NÚMERO CULTURALMENTE DENSO, BÍBLICAMENTE DISCRETO

El capítulo anterior trataba cifras que no significan porque son cantidades. Este trata un número que **sí significa mucho** —fuera de la Biblia— y casi nada dentro de ella.

Es el caso inverso de todos los anteriores. Hasta aquí la pregunta era si una cifra bíblica significa lo que se le atribuye. Aquí la pregunta es otra: qué hacer cuando la carga viene de fuera y se proyecta sobre el texto.

I. UNA FAMA QUE NO NACIÓ EN LA BIBLIA

El trece arrastra en muchos ambientes una carga que no necesita explicación: mala suerte, presagio, sospecha. Hay edificios sin decimotercer piso y personas que no viajan ese día.

Conviene decir de entrada lo que un lector podría no esperar: **esa fama no procede del mundo bíblico**. Y hay un dato que lo muestra con claridad. En la tradición judía —la que produjo la Escritura— el trece no es un número temido. Es la edad en que un joven asume las obligaciones de la Ley, y la tradición rabínica enumera trece atributos de misericordia divina a partir de la revelación del nombre en el Éxodo.

Es decir: en el ambiente donde la Biblia nació, el trece está asociado a la madurez religiosa y a la misericordia de Dios. Lo contrario de lo que hoy se le atribuye.

La superstición del trece es occidental y posterior. No hay que buscarla en la Escritura porque no está.

II. DÓNDE APARECE REALMENTE

Y ahora hagamos lo que las exposiciones de este número casi nunca hacen: mirar dónde aparece el trece en la Biblia.

Aparece, y de manera perfectamente ordinaria. Cuenta ciudades asignadas a una tribu. Cuenta novillos en una ofrenda de la fiesta de las Tiendas. Señala el año en que estalló una rebelión, tras doce de servidumbre. Cuenta la edad a la que Ismael fue circuncidado.

En todos esos casos, el trece hace exactamente lo que hace cualquier número en un inventario: contar. Ningún texto lo comenta, ninguno lo destaca, ninguno construye nada sobre él.

Y hay un lugar donde parece que sí. Vale la pena detenerse, porque es el único caso de este capítulo que puede engañar.

SIETE AÑOS Y TRECE AÑOS

El primer libro de los Reyes narra la construcción del Templo de Jerusalén y termina anotando cuánto duró: siete años.

El capítulo siguiente empieza así:

*«Salomón edificó también su casa, y tardó **trece años** en terminarla» (1 R 7,1).*

Siete años para la casa de Dios. Trece para la suya.

La contraposición es real, deliberada y devastadora, y el texto la construye sin decir una palabra de juicio: solo pone las dos cifras una detrás de otra y deja que el lector saque la cuenta. Salomón dedicó a su propio palacio casi el doble de tiempo que al Templo.

Un numerólogo se detendría aquí y diría: ahí está, el siete es de Dios y el trece es del hombre que se prefiere a sí mismo.

Y ESTARÍA LEYENDO MAL, AUNQUE LA OBSERVACIÓN DE FONDO SEA CORRECTA.

Porque el reproche no viene del trece. Viene de la comparación. Si Salomón hubiera tardado doce años, o catorce, o quince, el texto diría exactamente lo mismo: que empleó mucho más en su casa que en la de Dios. La fuerza está en la desproporción, no en la cifra.

Aplíquese la prueba que este libro viene proponiendo: **¿qué se perdería si el número fuera otro?** Nada. El trece aquí no significa; mide.

Y conviene además notar lo que sí hace el pasaje, porque es más interesante que cualquier simbolismo: el autor sagrado critica al rey más sabio de Israel **sin decir una sola palabra crítica**. Le basta con poner dos duraciones seguidas. Esa es la clase de cosa que se pierde cuando uno va buscando cifras mágicas.

III. EL CASO DE LA ÚLTIMA CENA

La aplicación más difundida de la superstición consiste en relacionarla con la Última Cena: Jesús y los Doce serían trece a la mesa, y la presencia de Judas confirmaría el mal presagio.

Es popular, y es bíblicamente insostenible.

Ningún evangelio presenta la escena como «trece a la mesa». No dan esa cifra, no la comentan, no la usan. La atención del texto está puesta en otras cosas: la Pascua, la entrega de Jesús, la institución de la Eucaristía, el anuncio de la traición, el mandamiento nuevo.

El número lo pone quien cuenta las sillas.

Y hay una objeción más, que importa formular porque desarma el argumento desde dentro. Si alguien quiere razonar por el número de comensales, tendrá que reconocer que el centro de esa mesa **es Cristo**, no Judas. Permitir que la presencia del traidor determine el sentido de una escena dominada por la entrega libre del Señor es una inversión notable.

La traición de Judas es real y grave. No convierte el trece en número de maldición.

IV. CÓMO NACEN LAS FALSAS EQUIVALENCIAS

Este número sirve, mejor que ningún otro de este libro, para mostrar un procedimiento completo.

Primero, una cultura carga un número de miedo, por razones que nada tienen que ver con la Escritura.

Segundo, el lector busca en la Biblia casos que parezcan confirmarlo.

Tercero, encuentra alguno —siempre se encuentra— y lo presenta como si fuera enseñanza bíblica.

Eso no es exégesis: es proyección. Y su marca distintiva es la dirección del movimiento. La lectura bíblica va del texto al sentido; la proyección va del sentido al texto, y usa la Escritura como cantera de confirmaciones para una convicción previa.

Para que haya simbolismo bíblico legítimo hacen falta indicios: repetición significativa, contexto literario, función narrativa, valor teológico, recepción sólida en la tradición. En el trece, esa base sencillamente no existe.

Aquí la prudencia consiste en decir poco. **Y decir poco, cuando el texto no sostiene más, es una forma de fidelidad.**

V. Lo que la Iglesia enseña sobre esto

Hay que decir con claridad que aquí no estamos ante una simple imprecisión intelectual. Para la fe católica, la superstición es cosa más seria.

El Catecismo la sitúa donde el lector quizá no espera: entre las faltas contra el **primer mandamiento**. «El primer mandamiento prohíbe honrar a dioses distintos del único Señor que se reveló a su pueblo. Proscribe la superstición y la irreligión. La superstición representa en cierta manera un exceso perverso de religión» (n. 2110).

Y define:

«La superstición es la desviación del sentimiento religioso y de las prácticas que impone. Puede afectar también al culto que damos al verdadero Dios, por ejemplo, cuando se atribuye una importancia, de algún modo, mágica a ciertas prácticas, por otra parte, legítimas o necesarias» (n. 2111).

Dos cosas merecen subrayarse de esa formulación.

La primera: la superstición no es incredulidad, es un exceso de religión mal orientado. No procede de creer poco, sino de creer de más y en dirección equivocada. Por eso afecta más a personas religiosas que a indiferentes.

Y la segunda, que es la incómoda: el Catecismo advierte que la superstición «puede afectar también al culto que damos al verdadero Dios». No habla solo de gatos negros y escaleras. Habla de atribuir eficacia mágica a prácticas legítimas —oraciones, sacramentales, devociones— cuando se separan de las disposiciones interiores que exigen.

Aplicado a nuestro asunto: quien teme al trece está más cerca de quien reza una novena como si fuera una fórmula que de quien no cree en nada. **La superstición numérica es una enfermedad de creyentes**, y por eso un libro sobre números bíblicos tiene la obligación de tratarla.

VI. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 13

Presencia bíblica.

El trece aparece en la Escritura contando ciudades, ofrendas, años y edades. No construye en ningún caso una función simbólica.

Peso cultural posterior.

Muy fuerte en muchas culturas occidentales, y ajeno al mundo bíblico. En la tradición judía el trece se asocia a la madurez religiosa y a los atributos de misericordia divina.

Función en este libro.

Caso de advertencia: muestra cómo se lee la Biblia desde una convicción previa y después se buscan textos que la confirmen.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El trece no ocupa un lugar simbólico comparable al del siete, el doce, el cuarenta o el diez. La Biblia no enseña que sea número de mala suerte ni de maldición. Ningún evangelio presenta la Última Cena como «trece a la mesa». Y 1 Reyes contrapone los siete años del Templo con los trece de la casa de Salomón.

Probable.

Que esa contraposición de duraciones constituya un reproche implícito al rey: el texto la construye y no la comenta.

Sugerente.

Nada de este capítulo se sostiene en este grado, y conviene decirlo: donde el material es escaso, inventar lecturas sugerentes sería precisamente el defecto que el capítulo denuncia.

Especulativa.

Cualquier intento de dotar al trece de contenido simbólico bíblico reuniendo sus apariciones dispersas.

No recomendable.

Convertir el trece en símbolo de desgracia, número demoníaco o presagio. Usar la Última Cena como confirmación bíblica de esa superstición. Leer el trece de 1 Reyes 7,1 como cifra significativa por sí misma, cuando el reproche procede de la comparación con el siete y sería idéntico con cualquier otra duración mayor. Y, en general, proyectar sobre la Escritura una carga cultural posterior y presentar el resultado como enseñanza bíblica.

VII. CRISTO LIBERA DEL MIEDO



Este número no tiene un sentido cristiano propio, y sería deshonesto fabricárselo. Lo que tiene es una consecuencia, y no es pequeña.

La fe cristiana no vive sometida a cifras amenazantes. El creyente no discierne la voluntad de Dios por temor a números, fechas o coincidencias, sino por la Palabra, los sacramentos, la caridad y la prudencia.

Y es preciso ver por qué eso es una liberación y no solo una corrección intelectual.

Quien vive atento a los presagios vive vigilando: el número del cuarto, la fecha del viaje, la coincidencia inquietante. Es una forma de esclavitud discreta que consume atención y produce miedo. La fe no añade una lista de signos que temer: **quita la que había.**

Cristo no entrega a su Iglesia una aritmética del miedo. Entrega su vida, y con ella la libertad de los hijos de Dios, que no está sujeta a los elementos del mundo.

Al trece, en la Escritura, no le pasa nada. Y eso, para el lector que llega a este capítulo con alguna aprensión heredada, es probablemente la mejor noticia que este libro puede darle.

El capítulo siguiente trata un número al que la devoción cristiana ha dado un peso enorme, y que la Escritura no menciona ni una sola vez.

19. EL 33 TRADICIÓN DEVOCIONAL Y CAUTELA HISTÓRICA

El capítulo anterior trataba un número al que la cultura dio un peso que la Escritura no le da. Este trata un caso más delicado, porque el peso se lo dio **la devoción cristiana**, y quien lo cuestiona parece estar cuestionando la piedad de generaciones de creyentes.

No es así, y este capítulo intentará mostrar por qué.

I. LO QUE LA ESCRITURA DICE Y LO QUE NO DICE

Empecemos por lo único que puede afirmarse sin discusión.

El Nuevo Testamento no dice en ningún lugar que Jesús muriera a los treinta y tres años. No lo dice Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ni Juan. No aparece la cifra, ni un cálculo que la produzca, ni una alusión.

Lo que sí hay es un dato aproximado. San Lucas escribe:

«Cuando comenzó su ministerio, Jesús tenía unos treinta años» (Lc 3,23).

Fíjese el lector en la palabra **unos**. Lucas, que es el más atento de los evangelistas a las referencias temporales —fecha el comienzo del Bautista por el año de Tiberio y los gobernantes de la región—, cuando llega a la edad de Jesús escribe una aproximación. Y no vuelve sobre ella.

A eso se añade que el Evangelio de Juan menciona varias Pascuas durante el ministerio público. De ahí muchos intérpretes han deducido, razonablemente, una vida pública de unos tres años.

Treinta más tres. La suma es sencilla y la conclusión, comprensible.

Pero comprensible no es lo mismo que afirmado. La cifra tradicional resulta de sumar una aproximación con una inferencia, y ese resultado no puede presentarse como dato del Evangelio.

II. UN 33 QUE SÍ ESTÁ EN LA BIBLIA

Y ahora vale la pena mirar dónde aparece realmente el treinta y tres en la Escritura, porque aparece, y el lugar es de los que hacen pensar.

El segundo libro de Samuel dice de David:

*«David tenía **treinta años** cuando comenzó a reinar y reinó cuarenta años. En Hebrón reinó siete años y seis meses sobre Judá, y en Jerusalén, **treinta y tres años** sobre todo Israel y Judá» (2 S 5,4-5).*

Aquí hay dos coincidencias, y no una.

David tenía treinta años cuando comenzó a reinar. Jesús tenía «unos treinta» cuando comenzó su ministerio.

David reinó treinta y tres años en Jerusalén. La tradición cristiana atribuye treinta y tres años a la vida de Cristo, que muere en Jerusalén.

Un numerólogo consideraría esto una confirmación espectacular. Y conviene tomárselo en serio antes de descartarlo, porque el paralelo es real y está en el texto.

CÓMO HAY QUE LEERLO

Vamos por partes, y con los criterios de siempre.

La primera coincidencia es la más interesante, y no puede descartarse a la ligera. Lucas es el evangelista que más insiste en la filiación davídica de Jesús: lo anuncia el ángel, lo canta Zacarías, lo repite el ciego del camino. Que al fechar el comienzo del ministerio escriba «unos treinta años» —la edad exacta en que David empezó a reinar— podría no ser casual.

Pero Lucas no lo dice. No cita a Samuel, no menciona a David en ese versículo, no invita a la comparación. Y la expresión que usa es aproximada, cuando el texto de Samuel es preciso. **Queda en sugere**: una resonancia posible que el texto no declara.

La segunda coincidencia es de otra naturaleza, y aquí hay que ser más severos.

El treinta y tres de David es un dato bíblico. El treinta y tres de Cristo no lo es: es el resultado de una suma que hacemos nosotros. Comparar ambos es comparar un dato con una inferencia, y presentarlo como confirmación mutua sería un círculo.

Y hay algo más incómodo, que importa poner sobre la mesa, aunque no podamos resolverlo. Si la tradición de los treinta y tres años se formó, consciente o inconscientemente, bajo la influencia del modelo davídico, entonces **la coincidencia no confirma la cifra: explica su origen**. Sería un caso donde el paralelo, en vez de reforzar, debilita.

Hay que decir de dónde sale esa observación: **es una hipótesis de este libro**, y no la hemos encontrado formulada en la literatura que hemos consultado. No afirmamos que fuera así, y no tenemos con qué sostenerlo. Lo que decimos es que la posibilidad existe, y que quien use la coincidencia como prueba tendría que descartarla primero.

Esa es, por lo demás, la razón por la que la mencionamos. Un argumento no vale más porque a uno le guste su conclusión: vale lo que valga después de que se hayan considerado las alternativas.

Queda en especulativa, y el lector puede ver por qué: el argumento tira en las dos direcciones a la vez, y un argumento reversible no prueba nada.

III. QUÉ HACE LA IGLESIA CON LAS TRADICIONES DEVOCIONALES

Llegamos a la cuestión de fondo, y aquí conviene apoyarse en la doctrina y no en el buen criterio de nadie.

La Iglesia no desprecia las tradiciones devocionales del pueblo cristiano. Al contrario: el Concilio dice que «**se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano**», con tal que sean conformes a las leyes y normas de la Iglesia (*Sacrosanctum Concilium* 13).

Y a continuación pone la condición que a nosotros nos interesa. Esos ejercicios deben organizarse de modo que vayan de acuerdo con la sagrada Liturgia, «**en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos**».

Hay ahí una jerarquía clara, y sirve exactamente para nuestro caso.

La devoción es recomendada, no meramente tolerada. El Concilio no la aguanta: la encarece.

Y la devoción está subordinada. No se sostiene por sí misma ni compite con lo que la Iglesia celebra y con lo que la Escritura enseña. Deriva de ahí y conduce hacia ahí.

Aplicado al treinta y tres, el criterio se vuelve muy concreto.

Contemplar la vida de Cristo bajo el signo de los treinta y tres años es una tradición legítima y fecunda. Ayuda a abarcar de una mirada la infancia, los años ocultos de Nazaret, el trabajo, la vida pública, la pasión y la cruz. Es una manera de decir *toda una vida entregada*, y a muchos les ha ayudado a rezar.

Lo que esa tradición no puede hacer es presentarse como dato revelado. En cuanto lo hace, deja de derivar de la Escritura y empieza a corregirla, que es exactamente lo contrario de lo que el Concilio pide.

La devoción no necesita fingir una certeza que no tiene. Puede decir con toda humildad: la tradición cristiana ha contemplado la vida terrena del Señor bajo el signo de los treinta y tres años. Eso es verdad, y es suficiente.

IV. POR QUÉ ESTA CAUTELA NO DAÑA LA PIEDAD

Un lector podría sentir que este capítulo le quita algo. Es preciso explicar por qué ocurre lo contrario.

Una devoción que descansa sobre un dato falso está construida sobre arena, y el día que el creyente descubre que el Evangelio no dice lo que él creía, la caída afecta a más cosas que a una cifra. Empieza a preguntarse qué más le contaron mal.

Una devoción que sabe lo que es —contemplación de la Iglesia sobre el misterio de Cristo, no información sobre su acta de defunción— no tiene nada que perder. No puede ser desmentida porque no afirma nada que pueda desmentirse.

Y hay algo más, que este libro viene sosteniendo desde el capítulo de método. **La Escritura es sobria precisamente donde nuestra curiosidad querría detalle**. No sabemos cómo era físicamente Jesús, ni qué hizo entre los doce y los treinta años, ni la fecha de su nacimiento, ni su edad exacta al morir.

Esa sobriedad no es una carencia de los Evangelios: es una decisión. Los evangelistas no escribieron biografías porque no venían a satisfacer una curiosidad, sino a suscitar la fe.

Quien acepta esa sobriedad recibe algo mejor que un dato: recibe el criterio para reconocer, cada vez que alguien le ofrezca una precisión que el Evangelio no da, que se la están ofreciendo desde fuera.

V. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 33

Presencia bíblica.

El treinta y tres aparece en la Escritura como duración del reinado de David en Jerusalén. **No aparece** como edad de Cristo al morir.

Base de la tradición.

Lucas 3,23 sitúa el comienzo del ministerio de Jesús en «unos treinta años»; el Evangelio de Juan menciona varias Pascuas durante la vida pública. La suma de una aproximación y una inferencia produce la cifra tradicional.

Valor devocional.

Real y legítimo, en el lugar que le corresponde.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El Nuevo Testamento no afirma que Jesús muriera a los treinta y tres años. Lucas escribe «unos treinta años» al comenzar su ministerio, con expresión deliberadamente aproximada. Y 2 Samuel 5,4-5 dice que David tenía treinta años cuando comenzó a reinar y que reinó treinta y tres en Jerusalén.

Probable.

Que el ministerio público de Jesús se extendiera durante varios años, según las Pascuas mencionadas por Juan.

Sugereente.

Que el «unos treinta años» de Lucas resuene con la edad de David al comenzar a reinar. Lucas es el evangelista más insistente en la filiación davídica, y no traza el vínculo ni cita a Samuel.

Especulativa.

Usar los treinta y tres años del reinado davídico en Jerusalén como confirmación de la edad tradicional de Cristo: sería comparar un dato bíblico con una inferencia nuestra, y el argumento se vuelve reversible, porque esa misma coincidencia podría explicar el origen de la tradición en lugar de confirmarla.

No recomendable.

Presentar la edad de treinta y tres años como afirmación explícita del Nuevo Testamento. Convertirla en cifra con contenido propio, medida de perfección o base de cálculos. Y despreciar la tradición devocional por no ser dato bíblico: el Concilio recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos, y lo que pide es que deriven de la liturgia y conduzcan a ella, no que desaparezcan.

VI. CRISTO, CUYA VIDA NO SE MIDE EN AÑOS

El treinta y tres no tiene un contenido simbólico propio en la Escritura. Lo que tiene es una historia: la de creyentes que quisieron abarcar de una mirada la vida entera del Señor y encontraron una cifra para hacerlo.

Ese impulso es bueno, y merece ser entendido antes que corregido. Quien dice «treinta y tres años» no está haciendo aritmética: está diciendo que Cristo vivió una vida humana completa, con infancia, oficio, amigos, cansancio y muerte. Está diciendo que no pasó por el mundo de visita.

Lo que este capítulo pide es que esa afirmación —que es verdadera y central— no dependa de una cifra que el Evangelio no da.

Porque la vida de Cristo no se mide en años. Se mide en entrega, y de esa hay testimonio abundante: los Evangelios cuentan con detalle lo que hizo, a quién buscó, qué enseñó y cómo murió. Sobre eso no hay aproximaciones.

Puede que nunca sepamos su edad exacta. Sabemos lo que hizo con el tiempo que tuvo, y eso es lo que el Evangelio vino a decirnos.

El capítulo siguiente reúne los números menores del libro, diez cifras sin capítulo propio ordenadas por la firmeza de su base, y lo hace por una razón que vale la pena anticipar: separados, cada uno daría un capítulo hueco.



20. NÚMEROS MENORES

EL 24, EL 100, EL 30, EL 11, EL 5, EL 15, EL 300, EL 318, EL 120 Y EL 9

Este capítulo reúne diez números que no dieron para capítulo propio, y los ordena a propósito: **de mayor a menor firmeza**. Empezamos por el que tiene la base más sólida y terminamos por uno que no tiene ninguna.

Por separado, varios de ellos darían capítulos huecos: unas páginas que reunirían apariciones dispersas, señalarían que ninguna sostiene un simbolismo firme y terminarían recomendando prudencia. La misma conclusión, repetida. Juntos hacen algo que ninguno podía hacer solo: cada uno ilustra una manera distinta de parecer significativo sin serlo, y puestos en fila permiten ver de un tirón cómo se degrada una base hasta desaparecer.

Ese orden es la enseñanza. Hasta aquí el libro ha ido clasificando lecturas dentro de cada capítulo; aquí clasifica los números entre sí.

I. EL 24: LA BASE MÁS SÓLIDA

De los diez, el veinticuatro es el único que se acerca a los números de la Parte I.

Tiene dos anclajes, y hay que mirar cada uno con cuidado porque no son iguales.

En el Antiguo Testamento, David organiza a los descendientes de Aarón en clases para el servicio del templo. Y aquí hay una precisión que suele omitirse: **el texto no escribe el cardinal «veinticuatro»**. Dice que los jefes de familia fueron dieciséis entre los hijos de Eleazar y ocho entre los de Itamar, y que unos y otros fueron divididos por sorteo.

Dieciséis y ocho son veinticuatro, y la lista de los sorteos llega, ordinal por ordinal, hasta «el vigésimo cuarto» (1 Cr 24,18): la cifra está en el texto, aunque nunca como suma escrita. Queda unida al orden del culto y a la continuidad del servicio —siempre hay turno, la adoración no depende de la disponibilidad de nadie—.

Y en el Apocalipsis:

«Y alrededor de él, había otros veinticuatro tronos, donde estaban sentados veinticuatro Ancianos, con túnicas blancas y coronas de oro en la cabeza» (Ap 4,4).

La lectura cristiana ha visto ahí, con frecuencia, doce y doce: las tribus de Israel y los apóstoles del Cordero, la Antigua y la Nueva Alianza reunidas en una sola adoración.

Es una lectura coherente con el lenguaje del Apocalipsis, que en la ciudad santa pone precisamente a las tribus en las puertas y a los apóstoles en los cimientos. Y vale la pena notar por qué esto es más firme que las descomposiciones que hemos desmontado en capítulos anteriores: **aquí no elegimos la descomposición entre varias**. El propio libro trabaja con doces por todas partes —doce puertas, doce cimientos, doce tribus, doce apóstoles— y doce más doce es la lectura que su vocabulario impone, no una que nosotros prefiramos.

Con una diferencia importante respecto del anclaje anterior: aquí el veinticuatro sí está escrito.

Aun así, el texto no lo dice. Queda en **probable**, que es bastante para un número de este bloque.

II. EL 100: TOTALIDAD AMPLIA



El cien funciona con frecuencia como cifra de totalidad o abundancia, y sus usos se parecen entre sí, que es el rasgo que buscamos.

La oveja perdida sale de un rebaño de cien: una totalidad de la que no debe faltar ninguna. Y el acento del relato no está en la aritmética sino en la lógica de la misericordia, porque el pastor no conserva la totalidad quedándose con las noventa y nueve, sino saliendo tras la que falta.

La semilla en tierra buena da «ciento, sesenta o treinta»: fecundidad que desborda lo razonable.

Y Abraham tiene cien años cuando nace Isaac. El dato subraya que la promesa se cumple cuando la capacidad humana parece agotada.

Los tres usos comparten familia —totalidad, abundancia, fecundidad recibida— y por eso el cien puede leerse así con prudencia. Lo que no puede es convertirse en clave: en muchos otros pasajes, cien son cien.

III. EL 30: CUANDO EL MISMO NÚMERO SIRVE A COSAS OPUESTAS

El treinta aparece en umbrales de responsabilidad pública. José entra al servicio del faraón a los treinta años. David comienza a reinar a los treinta. Los levitas son contados desde los treinta para determinadas funciones del santuario. Jesús comienza su ministerio con «unos treinta años».

Es una serie sugerente, y la tentación de convertir el treinta en «número de la madurez para la misión» es inmediata.

Hasta que uno sigue leyendo.

TREINTA MONEDAS

Porque el treinta aparece también en el peor lugar del Evangelio. Judas va a los sumos sacerdotes y pregunta cuánto le darán por entregarlo:

«Y resolvieron darle treinta monedas de plata» (Mt 26,15).

Aquí el número no señala madurez ni servicio. Señala un precio.

Y hay que detenerse, porque este es el caso más interesante de todo el capítulo. **Esas treinta monedas sí significan algo, y no por simbolismo.**

El libro del Éxodo lo establece sin ambigüedad:

«Y si el buey embiste a un esclavo o una esclava, el dueño del animal pagará 30 siclos de plata al dueño del esclavo, y el buey será muerto a pedradas» (Ex 21,32).

Treinta es, en la ley de Israel, **la compensación tasada por un esclavo**. Y nótese quién cobra: no el esclavo ni su familia, sino su dueño. La ley no indemniza una muerte; repara un daño patrimonial.

De modo que la cifra que los sacerdotes acuerdan no es una suma cualquiera ni una cantidad simbólica: es el precio legal de un esclavo. El Hijo de Dios es tasado en lo que valía la pérdida de un siervo ajeno.

Zacarías había usado antes la misma cifra, y con amargura. El profeta, actuando como pastor del pueblo, pide su paga:

«Yo les dije: “Si les parece bien, páguenme mi salario; y si no, déjenlo”. Ellos pesaron mi salario: treinta siclos de plata» (Za 11,12).

El desprecio está en la cantidad. Al pastor que ha cuidado del rebaño le pagan lo que la ley tasa por un esclavo muerto, y él lo entiende perfectamente: el versículo siguiente registra lo que hace con ese dinero, y no es guardarlo.

Y el vínculo entre los tres pasajes no es inferencia nuestra: Mateo mismo, al narrar el final de Judas, cita el oráculo de las treinta monedas del pastor (Mt 27,9-10), con la curiosidad de que lo atribuye a Jeremías siendo palabras que están en Zacarías.

Una precisión sobre el vocabulario, porque el lector que abra los tres pasajes la notará. El Éxodo y Zacarías dicen **siclos**; Mateo dice **monedas de plata**. Nuestra traducción respeta esa diferencia, que está en los originales: el Evangelio, escrito en griego para lectores que no manejaban la unidad hebrea, emplea un término general. La cifra es la misma; la unidad se nombra de dos maneras.

LA DISTINCIÓN QUE ESTE CASO ENSEÑA

Fíjese el lector en lo que acaba de ocurrir, porque es importante para todo el libro.

Las treinta monedas **significan**. Pero no significan como significa el siete o el doce. Significan porque **una ley fija ese importe para un caso concreto**, y el lector antiguo lo sabía.

Es decir: un número puede tener sentido pleno en un pasaje sin ser un símbolo. Puede tenerlo por referencia jurídica, por convención económica, por uso administrativo. Y quien busque ahí una simbología del treinta se perderá lo que el texto realmente está diciendo, que es mucho más duro.

Una manera de parecer significativo sin serlo: un número que aparece en contextos nobles y en contextos infames no puede idealizarse, y a veces su sentido más fuerte no es simbólico sino legal.

IV. EL 11: CUANDO TODO EL CONTENIDO ES PRESTADO



El once tiene un uso claro en el Nuevo Testamento. Después de la traición de Judas, y antes de la elección de Matías, los discípulos son llamados **los Once**.

Es un uso real y significativo. Pero hay que ver de dónde le viene el significado.

El once no dice nada por sí mismo. Dice algo únicamente **porque hay un doce detrás**. Sin el doce, once es once. Con el doce, once es una falta visible, un hueco que el propio nombre del grupo señala cada vez que se pronuncia.

Los evangelistas podrían haber escrito «los discípulos». Escriben «los Once», y con esas dos palabras mantienen presente la ausencia. El grupo lleva su herida en el nombre.

Y no es una identidad definitiva. El libro de los Hechos muestra a la comunidad restaurando el número antes de Pentecostés, de modo que el once es un estado de tránsito: el tiempo entre la herida y la reparación.

Por eso hay que rechazar con claridad la lectura que convierte el once en número de imperfección o de desorden. No lo es. Es un doce al que le falta uno, y el propio relato se ocupa de que esa falta no dure.

Otra manera: un número puede tener contenido real y tenerlo todo prestado del número vecino. Eso no lo convierte en símbolo autónomo.

V. EL 5: CUANDO LA DEVOCIÓN DA LO QUE EL TEXTO NO DA

El cinco aparece en lugares mayores. Los cinco libros de la Ley. Los cinco panes de la multiplicación. Las cinco vírgenes prudentes y las cinco necias. Los cinco talentos del primer siervo.

Y en ninguno de esos casos el texto dice nada sobre el número.

En las vírgenes, el cinco es un recurso narrativo: dividir el grupo en dos mitades iguales intensifica el contraste entre dos modos de esperar. Si hubieran sido cuatro y cuatro, la parábola diría lo mismo. En los talentos, lo decisivo no es la cantidad sino que el don

no quede enterrado, y el propio relato lo dice al juzgar a los tres siervos por su fidelidad y no por su rendimiento.

LAS CINCO LLAGAS

Pero hay un uso del cinco que merece tratamiento aparte, porque es el que más peso tiene en la piedad cristiana.

La tradición ha contemplado con veneración las **cinco llagas** del Señor: las manos, los pies y el costado abierto. Hay devociones, oraciones e himnos contruidos sobre ellas.

Y aquí vale la misma distinción que hicimos con los treinta y tres años, porque el caso es idéntico en su estructura.

Los Evangelios no presentan las llagas como cifra. Muestran al Resucitado que conserva las señales de su entrega: enseña las manos y el costado a los discípulos, e invita a Tomás a tocarlas. El número lo cuenta la tradición al contemplar, no el evangelista al narrar.

Eso no invalida la devoción: la sitúa. **Al hablar de cinco llagas, la tradición no descubre un código: contempla un cuerpo.** Y contemplar un cuerpo entregado hasta el extremo, que conserva glorificadas las marcas de esa entrega, es algo bastante más hondo que encontrar un número.

Otra más: que la devoción cristiana haya contado algo con amor no convierte esa cuenta en enseñanza bíblica.

VI. EL 15: EL ORDEN DEL TIEMPO

El quince aparece en contextos litúrgicos y no permite hablar de simbología propia. Los quince salmos llamados cánticos de las subidas se han vinculado tradicionalmente con la peregrinación hacia Jerusalén, y el sentido no está en la cifra sino en el movimiento del conjunto. Y el quince marca el comienzo de dos fiestas en el calendario de Israel.

Aquí basta una observación, que además vale para muchas otras cifras del libro. **Estas fechas pertenecen al orden del tiempo litúrgico, no al simbolismo.** Un calendario necesita números para funcionar, e Israel recuerda dentro de un calendario recibido. Que una fiesta caiga el día quince dice tanto sobre el quince como que una reunión sea el martes dice sobre el martes.

VII. EL 300: UN NÚMERO QUE DEPENDE ENTERO DE UN RELATO

El trescientos no tiene existencia simbólica fuera de Jueces 7, y por eso es uno de los casos más instructivos del capítulo.

El relato es célebre. Gedeón reúne un ejército y Dios lo reduce dos veces, hasta dejarlo en trescientos hombres:

«Yo los voy a salvar con estos trescientos hombres y pondré a Madián en tus manos» (Jc 7,7).

La razón que el texto da es explícita: el pueblo es demasiado numeroso, y si venciera así podría atribuirse la victoria a sí mismo. La reducción no es táctica; es teológica.

Y funciona. Los trescientos rodean el campamento de noche con trompetas, cántaros y antorchas, y el Señor hace que los enemigos vuelvan la espada unos contra otros.

De ahí la lectura habitual: el trescientos como cifra de la desproporción entre los medios humanos y la acción de Dios. Pocos frente a muchos, obediencia frente a cálculo.

Esa lectura es correcta. Y está incompleta, porque el relato no termina en el capítulo siete.

CÓMO ACABA LA HISTORIA DE LOS TRESCIENTOS

Después de la victoria, los israelitas piden a Gedeón que los gobierne él, su hijo y su nieto. Y él responde con una de las frases más limpias del libro:

«Ni yo los gobernaré ni tampoco mi hijo; sólo el Señor los gobernará» (Jc 8,23).

Es exactamente la conclusión que el episodio de los trescientos exigía. El hombre que fue reducido a nada para que Dios se llevara la gloria rechaza la corona.

Y a continuación, en el versículo siguiente, pide algo: que cada uno le dé un anillo del botín. Recoge mil setecientos siclos de oro. Y con ese oro fabrica un efod, que instala en su ciudad.

El texto anota lo que ocurre después: aquel objeto se convirtió en ocasión de idolatría para Israel y en trampa para Gedeón y su casa.

El hombre que rehusó reinar en nombre del Señor fabricó, con el oro de la victoria del Señor, un objeto que desvió al pueblo del Señor. Y lo hizo en el mismo capítulo, a cuatro versículos de distancia.

Este libro no resuelve esa página. La registra, porque cambia lo que puede decirse del número.

La lección de los trescientos no es que la pequeñez garantice nada. Gedeón fue reducido a trescientos precisamente para que no se glo-

riara, ganó, y se glorió de todas formas —no pidiendo la corona, que rechazó, sino construyéndose un santuario propio con los despojos—.

De modo que el trescientos enseña dos cosas y no una. Que Dios vence con pocos. Y que haber sido instrumento de esa victoria no protege de nada.

VIII. EL 318: CUANDO LA LECTURA ES MÁS ANTIGUA QUE LA EXÉGESIS

El Génesis lo cuenta así:

«Al enterarse de que su pariente Lot había sido llevado cautivo, Abram reclutó a la gente que estaba a su servicio —trescientos dieciocho hombres nacidos en su casa— y persiguió a los invasores hasta Dan» (Gn 14,14).

La cifra es extrañamente precisa para un relato de este tipo, y esa precisión llamó la atención muy pronto.

Ya en la literatura cristiana antigua se leyó en el trescientos dieciocho una referencia a Cristo y a la cruz, apoyándose en los valores numéricos de las letras griegas. Es una lectura venerable y muy temprana.

Y no se sostiene como exégesis del Génesis, por una razón que a estas alturas el lector puede formular solo: **el pasaje está escrito en hebreo y la lectura depende del griego**. Un cálculo hecho sobre una lengua que el texto no habla no puede revelar la intención de quien lo escribió.

Este libro ya clasificó esa lectura en el capítulo del número cuatro, y la mantiene en el mismo grado: **especulativa**. Y hay que repetir lo que allí se dijo, porque este es el segundo caso patrístico del volumen y podría parecer una insistencia. No lo es. Que una lectura sea antigua, cristiana y bienintencionada no la exime del examen; y que no pase el examen no la vuelve despreciable. Es testimonio de cómo leía la Iglesia primitiva, y como testimonio vale mucho.

Lo que no es, es una explicación de lo que Génesis 14 dice.

IX. EL 120: CUANDO EL MÚLTIPLO PARECE HEREDAR

El ciento veinte aparece en tres lugares dispares. Es el límite de años que Dios fija en el Génesis antes del diluvio. Es la edad a la que muere Moisés. Y es el número de personas reunidas en Jerusalén cuando Pedro propone elegir a un sustituto de Judas.

Este último es el que interesa, y por una razón muy concreta: **ciento veinte es doce por diez**.

La tentación es inmediata y elegante. Doce es el pueblo convocado; diez es la totalidad ordenada; luego ciento veinte sería la comunidad completa en el umbral de Pentecostés, el Israel restaurado multiplicado por su medida.

Es bonito. Y hay que resistirlo.

Primero, porque el texto no lo dice. Lucas da la cifra y no la comenta.

Segundo, porque **todo número compuesto puede descomponerse de varias maneras**, y el lector de este libro ya conoce el mecanismo: ciento veinte es doce por diez, y también seis por veinte, y también ocho por quince, y también cuarenta por tres. Se eligió la descomposición que tiene significado disponible, exactamente como ocurría con las edades de los patriarcas y con el diecisiete de los ciento cincuenta y tres peces.

Y tercero, porque hay una explicación más sencilla que nadie considera: la tradición judía fijaba en ciento veinte el número mínimo de varones para constituir una comunidad con consejo propio. Si eso es así, Lucas estaría anotando un dato jurídico —que había gente suficiente para actuar como asamblea— y no un símbolo.

No lo afirmamos. Señalamos que existe una explicación llana, que el texto no elige entre ellas, y que preferir la simbólica sin razón es hacer lo que este libro pide no hacer.

Y otra más: un múltiplo de un número simbólico no hereda automáticamente el simbolismo, y menos aún cuando la descomposición la elegimos nosotros.

X. EL 9: CUANDO NO HAY NADA

Llegamos al final del descenso.

El nueve aparece en la Biblia. Cuenta cosas. No sostiene, que hayamos podido encontrar, ninguna lectura simbólica firme, ni probable, ni siquiera sugerente.

Y aquí este capítulo hace algo que ningún otro ha hecho: **se detiene**.

Podríamos alargar esta sección. Reunir las apariciones del nueve, buscar un contexto que las relacione, proponer una lectura cauta y clasificarla como sugerente. Nos llevaría una página y el lector no notaría nada raro.

Sería exactamente lo que este libro combate, hecho por nosotros y en el capítulo dedicado a los números que resisten el simbolismo.

De modo que la entrada del nueve en este libro es esta: **el nueve aparece y no significa**. Dos candidatos que el lector piadoso conocerá quedan examinados y fuera: la hora nona de la muerte del Señor es un ordinal del horario de oración judío, no una cifra cargada; y los frutos del Espíritu de Gálatas 5,22-23 son una enumeración abierta, que la tradición ha contado de más de una manera y que Pablo no cuenta. Si algún lector encuentra una base que se nos haya escapado, tanto mejor. Nosotros no la hemos encontrado, y decirlo cuesta menos que inventarla.

XI. LO QUE ENSEÑA EL DESCENSO

Puestos en fila, los diez dibujan una escala completa.

El veinticuatro tiene dos anclajes y un vocabulario que lo sostiene. El cien tiene usos que se parecen entre sí. El treinta debe su sentido más fuerte a una ley, no a un símbolo. El once lo tiene todo prestado del doce. El cinco lo cuenta la devoción, no el texto. El quince pertenece al orden del calendario. El trescientos depende entero de un relato. El trescientos dieciocho depende de una lengua que el texto no habla. El ciento veinte, de una descomposición que elegimos nosotros. Y el nueve no depende de nada.

Ese descenso es lo que un lector necesita tener en el oído. Porque la numerología no distingue: trata todos los números como si tuvieran la misma clase de fundamento, y ese aplanamiento es su procedimiento característico.

Hay además una lección que este capítulo demuestra por acumulación: **aparecer en un pasaje importante no convierte a un número en importante**. La multiplicación de los panes, la restauración del colegio apostólico, el comienzo del ministerio de Jesús, la traición, la víspera de Pentecostés: no hay pasajes menores en esa lista, y ninguno de estos números adquiere por eso un contenido propio. Esa desproporción entre la importancia del pasaje y la del número es exactamente lo que la numerología no sabe ver. Quien piense que un número situado en una escena decisiva tiene que significar algo decisivo, buscará hasta encontrarlo.

Quien haya seguido este capítulo tiene ahora una escala mental para preguntarse, ante cualquier cifra: ¿de qué depende esto? ¿De un vocabulario que el libro entero usa, de una familia de pasajes parecidos, de una ley, de un número vecino, de la devoción, de un calendario, de un solo relato, de una lengua ajena, de una descomposición elegida, o de nada?

XII. FICHA CRÍTICA DE LOS NÚMEROS MENORES

Presencia bíblica.

Los diez aparecen en la Escritura con funciones diversas: ordenan el culto, marcan el calendario, tasan un daño, refuerzan un relato o simplemente cuentan. Ninguno construye una simbología propia.

Función.

Narrativa, contable, jurídica, litúrgica o relacional según el caso. En ninguno es primariamente simbólica.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El Apocalipsis sitúa veinticuatro Ancianos en veinticuatro tronos alrededor del trono de Dios (Ap 4,4). En 1 Crónicas 24, David divide a los descendientes de Aarón en clases, con dieciséis jefes de familia entre los hijos de Eleazar y ocho entre los de Itamar, y la lista de los sorteos llega, ordinal por ordinal, hasta «el vigésimo cuarto» (1 Cr 24,18). La oveja perdida sale de un rebaño de cien y la semilla en tierra buena da ciento, sesenta o treinta. El cinco organiza la parábola de las vírgenes en dos grupos iguales, y los Evangelios no presentan las llagas del Señor como cifra. Los discípulos son llamados «los Once» tras la traición, y la comunidad restaura el número antes de Pentecostés. José, David y los levitas se asocian al umbral de los treinta años, y Judas es pagado con treinta monedas de plata (Mt 26,15); Mateo mismo, al narrar su final, cita el oráculo de las treinta monedas del pastor (Mt 27,9-10), de modo que el vínculo con Zacarías no es inferencia nuestra: está declarado, con la curiosidad de que lo atribuye a Jeremías. El Éxodo fija en treinta ciclos la compensación por un esclavo. Las fiestas de los Ázimos y de las Tiendas comienzan el día quince de su mes. Dios reduce el ejército de Gedeón a trescientos hombres para que Israel no se atribuya la victoria (Jc 7,7). Gedeón rehúsa la realeza —«sólo el Señor los gobernará» (Jc 8,23)— y a continuación fabrica con el oro del botín un efod que se vuelve ocasión de idolatría. Abram arma a trescientos dieciocho hombres de su casa. Y en Hechos hay ciento veinte personas reunidas antes de la elección de Matías.

Probable.

Que los veinticuatro ancianos del Apocalipsis reúnan a las doce tribus y a los doce apóstoles: el vocabulario del libro lo impone y el texto no lo declara. Que el cien exprese totalidad amplia, abundancia o fecundidad recibida. Que las treinta monedas remitan además, deliberadamente, al precio del esclavo fijado por la Ley (Ex 21,32): la coincidencia de importe es exacta, y ese segundo eco

Mateo no lo declara. Y que el once exprese una comunidad herida y en tránsito, por su contraste con el doce.

Sugere.

Que el treinta funcione en varios pasajes como umbral de responsabilidad pública. La contemplación cristiana de las cinco llagas como memoria del amor redentor, que pertenece a la recepción devocional y no a la exégesis. Que el quince de los cánticos de las subidas guarde relación con la peregrinación hacia Jerusalén. Y que el trescientos de Jueces exprese la desproporción entre los medios humanos y la acción divina, lectura correcta y que el desenlace de Jueces 8 obliga a matizar.

Espectativa.

Leer el ciento veinte de Hechos como doce por diez: la descomposición la elegimos nosotros entre varias posibles, y existe una explicación jurídica más llana. La lectura cristológica del trescientos dieciocho por valores alfabéticos griegos, en un pasaje escrito en hebreo. Reunir los cinco bíblicos dispersos para construir una simbología del número. Y cualquier reconstrucción del nueve como número simbólico.

No recomendable.

Tratar estos números como si tuvieran la misma clase de fundamento: el aplanamiento de las diferencias es el procedimiento característico de la numerología. Convertir el once en cifra de imperfección o desorden. Idealizar el treinta como número de madurez, cuando la misma cifra tasa al Justo como a un esclavo. Presentar las cinco llagas como enseñanza numérica del Nuevo Testamento. Leer los trescientos de Gedeón como garantía de que la pequeñez protege de algo, cuando el propio relato muestra lo contrario. Deducir simbolismo de que un número aparezca en un pasaje importante: la importancia del pasaje no se transmite a la cifra. Y construir una simbología del nueve: **no la hay, y este libro declara expresamente que no la ha encontrado.**

XIII. CRISTO, TASADO EN TREINTA MONEDAS

De los diez números de este capítulo, el que más dice sobre Cristo es el que menos simbolismo tiene.

Treinta monedas de plata. El precio que la Ley fijaba por un esclavo muerto a cuernos de un buey. Eso es lo que pesaron los sumos sacerdotes cuando Judas preguntó cuánto le darían.

No hay aquí ningún misterio numérico que descifrar. Hay una tarifa.

Y sin embargo esa tarifa dice algo que ningún símbolo diría mejor: que aquel a quien la Escritura llama Señor fue puesto en el mercado y valorado en lo que valía la vida de un siervo. Que quien no tiene precio recibió uno, y bajo.

San Pablo escribiría después que Cristo, siendo de condición divina, tomó la condición de esclavo. En Mateo, esa condición no es una figura teológica: es una cifra en la mano de un traidor.

Y hay en este capítulo un segundo espejo, que mira la misma verdad desde el otro lado. Gedeón fue reducido a nada para que la victoria fuera de Dios. Venció. Rehusó la corona con una frase que ningún rey de Israel mejoraría. Y con el oro de esa misma victoria se fabricó un objeto que apartó al pueblo de aquel a quien acababa de atribuirle todo. Es una historia inquietante y hay que dejarla serlo, porque enseña algo que la piedad tiende a olvidar: **haber sido instrumento de Dios no inmuniza contra nada.** La gracia recibida no se convierte en propiedad del que la recibió.

Cristo es el único que atraviesa esa prueba entera. También él fue reducido: no a trescientos hombres, sino a ninguno, cuando los suyos huyeron. También a él le ofrecieron un reino, y lo rechazó. Y a diferencia de Gedeón, no se quedó con nada del botín. No hubo oro, no hubo efod, no hubo santuario propio. Hubo un precio de esclavo, y lo aceptó.

El número no salva. Solo Cristo salva, y este capítulo termina donde empezó: los números de la Escritura sirven, y no reinan.

Aquí termina la Parte dedicada a los números que resisten el simbolismo. La siguiente entra en el terreno donde el simbolismo existe y ha sido secuestrado.

CIERRE DE LA PARTE IV
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y TABLAS DE
COMPROBACIÓN

SÍNTESIS: DAR A CADA NÚMERO SU JUSTO PESO

Esta Parte ha sido la más incómoda del libro, y era su cometido.

Las tres anteriores explicaban números que significan. Esta ha recorrido cuatro capítulos dedicados a números que no significan, o que significan menos de lo que se les atribuye, o que no significan nada en absoluto. Es el bloque donde había más riesgo de rellenar, y conviene decir qué se ha aprendido.

1. HAY CINCO MANERAS DISTINTAS DE NO SIGNIFICAR

No todos los casos son iguales, y confundirlos es un error tan grave como el de la numerología.

Una cifra puede no significar porque es una cantidad, sencillamente. Los censos del desierto, las duraciones de los reinados, las edades de los patriarcas. Cuentan.

Puede no significar porque su sentido es jurídico y no simbólico. Las treinta monedas de plata dicen algo terrible —el precio legal de un esclavo— y no lo dicen por simbolismo, sino porque una ley fija esa tarifa.

Puede no significar porque la carga viene de fuera. El trece no arrastra en la Biblia ninguna sombra; la trae el lector desde su propia cultura.

Puede no significar porque su contenido es prestado. Los Once solo dicen algo porque hay un Doce detrás.

Y puede sencillamente no haber nada, como en el nueve.

Un lector que distinga estas cinco situaciones tiene ya casi todo lo que este libro puede darle.

2. LA PREGUNTA QUE RESUME LA PARTE

De los cuatro capítulos sale una sola pregunta, y es la más útil del volumen: **¿de qué depende lo que se afirma de este número?**

¿De un vocabulario que el libro entero usa? ¿De una familia de pasajes que se parecen? ¿De un calendario? ¿De un solo relato? ¿De una ley? ¿De una lengua que el texto no habla? ¿De una devoción posterior? ¿De una cultura ajena? ¿O de nada?

La numerología no hace esa pregunta, y ese es exactamente su método: **tratar todas las cifras como si tuvieran la misma clase de fundamento**. El aplanamiento es la operación, y reconocerlo basta para desarmar la mayoría de los cálculos que circulan.

3. LOS FINALES QUE NADIE CUENTA

Y hay un hallazgo que ninguno de los cuatro capítulos podía dar solo, porque aparece al ponerlos en fila.

TRES DE LOS RELATOS QUE ESTA PARTE EXAMINA TERMINAN MAL.

Gedeón es reducido a trescientos hombres para que Israel no se gloríe, vence, rehúsa la corona con una frase perfecta, y a cuatro versículos de distancia fabrica con el oro del botín un objeto que desvía al pueblo.

Salomón construye el Templo en siete años y su propio palacio en trece, y el texto no añade una sola palabra de reproche porque no le hace falta.

Y Judas, que fue uno de los Doce, es pagado con la tarifa que la Ley fija por un esclavo muerto.

No es casualidad que las tres omisiones estuvieran en esta Parte. Cuando un número no ofrece simbolismo, la exposición tiende a compensar con edificación, y la edificación necesita finales limpios. **Los números que no significan son, paradójicamente, los que más invitan a maquillar el relato.**

4. LO QUE LA IGLESIA APORTA AQUÍ

Esta Parte ha sido también la que más ha necesitado apoyarse en la doctrina, y hay que registrarlo. Sin *Dei Verbum* 11 y 12, el capítulo de las cifras que no significan habría sido una lista de dificultades sin marco. Sin el Catecismo sobre la superstición, el capítulo del trece habría sido una corrección intelectual. Sin *Sacrosanctum Concilium* 13, el del treinta y tres habría parecido una descalificación de la piedad popular. En los tres casos, la enseñanza de la Iglesia no cerró la dificultad: **le dio su lugar**. Que es exactamente lo que este libro necesita, y lo que la numerología nunca busca, porque prefiere resolver.

LO QUE QUEDÓ SIN RESOLVER

Las cifras de los censos del desierto, que no encajan con el número de primogénitos ni con el tamaño de Leví.
Las cronologías de los reinados, que no cierran sin introducir supuestos que el texto no menciona.
Las edades de los patriarcas, que difieren entre las tres grandes tradiciones textuales.
Por qué el Señor prefirió la ofrenda de Abel —arrastrado desde la Parte II— y **por qué Mateo cuenta a Jeconías dos veces**, arrastrado desde la III.
Se acumulan, y es sano que se vean acumuladas.

RECUESTO DE HALLAZGOS

Los cuatro capítulos declararon hallazgo, salvo en las secciones donde se declaró expresamente que no lo había. Los mejores del bloque: la contraposición de los siete y los trece años de Salomón; las treinta monedas como precio legal de un esclavo, con el matiz de que la ley indemniza al dueño y no a la víctima; el desenlace de Gedeón; los treinta y tres años del reinado de David en Jerusalén; y la proporción imposible entre los 603.550 varones y los 22.273 primogénitos.
Y dos declaraciones de vacío, que en este bloque cuentan como hallazgo: el nueve, que no sostiene ninguna lectura, y el grado *sugere* del capítulo del trece, dejado expresamente sin entradas.

TABLAS DE COMPROBACIÓN

Tres tablas para cuatro capítulos. El del 33 no lleva: sus hallazgos se dicen mejor en prosa.

TABLA 14 — LA PROPORCIÓN IMPOSIBLE DEL CENSO

Capítulo 17. Verificable con una calculadora.

Dato	Cifra	Referencia
Varones de veinte años en adelante	603.550	Nm 1,46; Ex 38,26
Primogénitos varones desde un mes	22.273	Nm 3,43
Tribu de Leví entera, desde un mes	22.000	Nm 3,39

Un primogénito por cada veintisiete varones adultos. Las dos primeras cifras no pueden ser ambas censales.

TABLA 15 — SIETE AÑOS Y TRECE AÑOS

Capítulo 18. Verificable en dos versículos consecutivos.

Obra	Duración	Referencia
El Templo del Señor	7 años	1 R 6,38
La casa de Salomón	13 años	1 R 7,1

El texto pone las dos cifras seguidas y no añade comentario.

TABLA 16 — LA ESCALA DE FIRMEZA

Capítulo 20. Los números menores, ordenados por aquello de lo que depende su lectura.

Número	Su lectura depende de...
24	Un vocabulario que el libro entero usa, más una cifra escrita en Ap 4,4 y otra que hay que sumar en 1 Cr 24
100	Una familia de pasajes que se parecen entre sí
30	Una ley, no un símbolo: el importe que la Ley tasa por un esclavo (Ex 21,32), citado por el propio Mateo (Mt 27,9-10)
11	El número vecino: sin el doce detrás, once es solo once
5	La devoción que cuenta al contemplar; el texto no cuenta
15	El calendario litúrgico
300	Un solo relato, cuyo desenlace obliga a matizarla
318	Una lengua que el pasaje no habla
120	Una descomposición que elegimos nosotros entre varias posibles
9	Nada

Este descenso es la enseñanza del capítulo.

PARTE V
LOS NÚMEROS SECUESTRADOS

21. EL 666 LA CIFRA DE LA BESTIA Y LA PARODIA DEL PODER IDOLÁTRICO

Llegamos al número por el que muchos lectores abrieron este libro.

Y es preciso decir desde el principio qué va a encontrar aquí y qué no. **En este capítulo no hay ninguna identificación.** No se propone ningún nombre, ni antiguo ni moderno. La historia de las identificaciones sucesivas —que es larga, instructiva y en buena parte vergonzosa— tiene su lugar en la parte final del libro, dedicada a las afirmaciones numerológicas concretas.

Aquí se trata lo que el texto dice. Que es bastante más de lo que suele contarse, y bastante más incómodo.

I. DÓNDE ESTÁ EL 666

Como número de la Bestia, la cifra aparece una sola vez, al final de Apocalipsis 13, y conviene leer el versículo entero antes de cualquier otra cosa:

«Para esto se precisa sutileza. El que tenga inteligencia calcule la cifra de la Bestia, porque es una cifra humana: 666» (Ap 13,18).

Dos palabras de ese versículo merecen atención inmediata, y las dos suelen perderse.

«**Sutileza**». Volveremos sobre ella, porque es la llave del capítulo.

«**Humana**». El texto no dice que la cifra sea diabólica, ni oculta, ni sobrenatural. Dice que es humana. El griego admite dos lecturas —«cifra de un hombre», que es la puerta por donde entran los cálculos de nombres, o «cifra humana», como la «medida humana» con que se mide la ciudad santa (Ap 21,17)—, y la gramática sola no zanja entre ellas. Lo que la segunda subraya, la primera no lo niega: toda la construcción del capítulo —la Bestia que sube del mar, el poder que recibe autoridad del dragón, la adoración universal— termina recordando que aquello, al final, es cosa de hombres.

II. EL CONTEXTO: UN PODER QUE IMITA

El Apocalipsis no es un libro escrito para satisfacer curiosidades sobre el futuro, sino para sostener la fidelidad de la Iglesia en la prueba. Su lenguaje es simbólico, litúrgico y profético.

En ese horizonte aparece la Bestia que sube del mar. No es solo un monstruo: es una figura del poder histórico cuando se vuelve idolátrico. Dominio, persecución, propaganda, falsa sacralidad, exigencia de adoración.

Y su rasgo más inquietante no es la violencia, sino **la imitación**.

La Bestia recibe autoridad, suscita admiración, parece invencible, exige culto. Tiene una imagen que se venera. Tiene un profeta que hace prodigios en su favor. Tiene una marca que sus fieles llevan encima. Tiene, en suma, una liturgia completa.

El mal del Apocalipsis no se presenta como caos visible. Se presenta como orden, como esplendor, como aquello a lo que vale la pena sumarse.

Y aquí es donde el 666 encuentra su lugar. Si el siete sugiere plenitud y consumación, el seis repetido tres veces puede leerse como **parodia de esa plenitud**: una totalidad falsa, una perfección aparente, algo que se queda siempre a un paso y proclama haber llegado.

Importa formular esa lectura como lo que es. No es una demostración matemática: es una interpretación simbólica coherente con el lenguaje del libro, que trabaja con setes por todas partes. La clasificamos como **sugerente**, y a estas alturas el lector sabe que eso no es poco.

III. LO QUE EL TEXTO DICE Y CASI NADIE CITA

Ahora conviene leer los versículos que rodean a la cifra, porque contienen dos cosas duras que las exposiciones del 666 suelen omitir.

LA PRIMERA: LA BESTIA GANA

*«También le fue permitido combatir contra los santos **hasta vencerlos**, y se le dio poder sobre toda familia, pueblo, lengua y nación» (Ap 13,7).*

Léase despacio. No dice que la Bestia lo intente. Dice que **vence**. Y no dice que se salga con la suya a pesar de Dios: dice que **le fue permitido**.

Este libro no va a suavizar ese versículo. El Apocalipsis, que es el gran libro de la esperanza cristiana, informa a sus lectores de que el poder idolátrico derrotará a los santos, y que esa derrota entra en lo que Dios permite.

No lo explicamos, porque no sabríamos. Registramos que está escrito, y que quien presente el Apocalipsis como la promesa de que los fieles no sufrirán daño no lo ha leído.

Y hay que notar dónde está el consuelo, porque lo hay y no es donde uno lo buscaría. No está en que los santos no sean vencidos. Está en el versículo que sigue a esa advertencia, cuando el texto llama a la perseverancia: la victoria de la Bestia es real y es temporal, y lo que se pide a los santos no es que la eviten, sino que la atraviesen sin adorar.

LA SEGUNDA: LA MARCA Y EL PAN

*«Así consiguió que todos —pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos— se dejaran poner una marca en su mano derecha o sobre su frente, de manera que **nadie podía comprar o vender**, si no llevaba marcado el nombre de la Bestia o la cifra que corresponde a su nombre» (Ap 13,16-17).*

Aquí el texto dice algo muy concreto y muy actual: la idolatría no se impone solo con violencia. Se impone **por el mercado**.

El que no lleva la marca no es ejecutado en esa frase: es excluido de comprar y vender. No puede trabajar, ni alimentarse, ni existir económicamente. La presión no es el martirio sino la ruina.

Y es preciso notar a quiénes alcanza: pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos. El texto se ocupa de decir que no hay categoría social exenta.

Esta es, con diferencia, la página del Apocalipsis con más capacidad de interpelar a un lector de hoy, y es también la que más se ha malgastado. Quien dedica su atención a averiguar qué tecnología es la marca ha dejado de preguntarse **qué le pediría hoy el mercado a cambio de dejarle comprar y vender**.

IV. «PARA ESTO SE PRECISA SUTILEZA»

Y llegamos al centro del capítulo.

Muchas exposiciones de este pasaje se apoyan en una frase: *aquí está la sabiduría*. Y sobre ella construyen la idea de que al lector se le encomienda descifrar.

Esa frase está en el original. El griego de Apocalipsis 13,18 dice, literalmente, «aquí está la sabiduría»; nuestra traducción arriesga otra cosa: «Para esto se precisa sutileza». Y este libro debe hacer con su texto base lo que hace con todo lo demás: decir qué es letra y qué es opción. La letra es «sabiduría». «Sutileza» es una libertad de los traductores, y no vamos a presentarla como si fuera el texto.

¿Por qué conservarla entonces, y por qué este capítulo la agradece? Porque esa libertad hace visible una distinción que la palabra «sabiduría», leída a la ligera, esconde —y que sí está en el pasaje.

Porque «sabiduría», leída a la ligera, suena a tarea elevada: descifrar. A competencia superior, a acceso privilegiado, a saber más que los demás. Es exactamente el registro que la numerología ofrece a sus adeptos. Pero la sophia bíblica nunca es eso: en la Escritura, sabio no es el que resuelve acertijos, sino el que distingue, teme a Dios y no confunde las cosas parecidas.

Sutileza dice eso mismo con menos riesgo de equívoco: percibir distinciones finas, no ser tosco. No promete acceso: pide finura. El traductor que la eligió no corrigió al original: lo protegió de la lectura tosca.

Y esa es la virtud que el pasaje reclama, porque la lectura numerológica del 666 es, antes que falsa, **tosca**. Quiere un nombre. Quiere una fecha. Quiere una identificación que pueda pronunciarse y señalarse con el dedo. Es lo contrario de la sutileza: es la aplicación de una regla mecánica a un texto que pide discernimiento.

Dicho de otro modo: el numerólogo cree que la sabiduría que el versículo pide es la del que descifra, y el versículo la pide precisamente para no leer así.

¿Qué sería, entonces, calcular con sutileza? Preguntarse dónde aparece hoy una pretensión de poder absoluto. Dónde se exige adoración con otro nombre. Dónde la economía se convierte en instrumento de sometimiento. Dónde la imagen del poder ocupa el lugar del Dios vivo. Dónde se persigue a quien no se suma.

Eso no da nombres. Da criterios, que es lo que sirve.

Y hay un límite que este libro repite y que aquí es más necesario que en ningún otro sitio: **el 666 no autoriza a deshumanizar a nadie**. La denuncia bíblica del poder idolátrico nunca es permiso para odiar, etiquetar o destruir personas. En el momento en que el discernimiento produce una lista de enemigos, ha dejado de ser discernimiento.

No todo poder fuerte es la Bestia. Pero todo poder que se absolutiza, exige culto y aplasta la conciencia fiel participa de su lógica.

V. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 666

Presencia bíblica.

Una sola aparición en referencia a la Bestia: Apocalipsis 13,18. Está unida a un contexto de poder idolátrico, persecución, falsa adoración, marca de pertenencia y control económico.

Función.

No alimentar el miedo, sino revelar la lógica del poder que se hace ídolo.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El 666 aparece en Apocalipsis 13,18 como cifra de la Bestia, y el texto la llama «cifra humana», expresión que el griego permite leer también como «cifra de un hombre». El versículo pide sabiduría para el cálculo: la *sophia* del original, que nuestra traducción vierte como «sutileza». Apocalipsis 13,7 afirma que a la Bestia le fue permitido combatir contra los santos hasta vencerlos. Y 13,16-17 vincula la marca con la imposibilidad de comprar o vender, alcanzando a pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos.

Probable.

Que la Bestia funcione como parodia del Cordero: recibe autoridad, tiene imagen, profeta, marca y culto propio, en correspondencia invertida con lo que el libro atribuye al Cordero.

Sugere.

Que el seis repetido tres veces exprese una plenitud falsa o triple insuficiencia, por contraste con el siete. Es coherente con el lenguaje del libro y ningún texto lo declara.

Especulativa.

Todo cálculo que pretenda derivar de la cifra una identificación cerrada. Las reconstrucciones que combinan la cifra con datos externos para señalar a un poder concreto.

No recomendable.

Usar el 666 para identificar personas, instituciones o tecnologías: el capítulo dedicado a los casos reales muestra adónde ha llevado eso en diecinueve siglos. Tratarlo como amuleto, código secreto o instrumento de miedo. Presentar el Apocalipsis como promesa de que los fieles no sufrirán daño, cuando 13,7 dice lo contrario. Y leer «aquí está la sabiduría» —que es la letra del original— como si encomendara un descifrado: la sabiduría que el versículo pide es discernimiento, y quien la invoque para calcular nombres la está contradiciendo.

VI. CRISTO, EL CORDERO DEGOLLADO Y DE PIE



El centro del Apocalipsis no es la Bestia. Es el Cordero, y el contraste entre ambos es lo que da sentido a la cifra.

La Bestia tiene poder recibido del dragón; el Cordero tiene autoridad porque fue inmolado. La Bestia exige adoración; el Cordero es adorado por lo que entregó. La Bestia marca a los suyos en la mano o en la frente para que puedan comerciar; los sellados del Cordero llevan escrito en la frente un nombre que no les permite comprar nada.

Y hay una diferencia final que resuelve el problema del versículo siete.

A la Bestia le fue permitido vencer a los santos. Al Cordero lo vencieron: fue muerto, y el libro lo presenta para siempre como **degollado**. Sus heridas no desaparecen.

Pero está de pie.

Aquí está la respuesta cristiana al 666, y no es un cálculo. La Bestia gana batallas y sigue siendo criatura, y su cifra —el propio texto lo dice— es humana. El Cordero pierde la suya y está de pie ante el trono.

El 666 no fue escrito para que averigüemos quién es la Bestia. Fue escrito para que, cuando la reconozcamos, sepamos que no es Dios.

El capítulo siguiente trata la otra gran cifra secuestrada del Apocalipsis, y con un problema añadido: esta ha sido usada para decir quiénes se salvan y cuántos.

22. EL 144.000 EL PUEBLO SELLADO DEL CORDERO

Este número comparte con el anterior la condición de haber sido secuestrado, pero el secuestro es de otra clase.

Al 666 se le ha usado para señalar enemigos. Al 144.000 se le ha usado para algo más grave: **decir quiénes se salvan y cuántos**. Ha servido para cerrar puertas, para fundar exclusividades y para producir en creyentes sinceros la angustia de no saber si están dentro del cupo.

El uso concreto y su historia pertenecen a la parte final del libro, donde se examinan los casos reales. Aquí trataremos el texto, y el texto desmiente esa lectura en el mismo capítulo donde da la cifra.

I. UNA CIFRA QUE EL PROPIO TEXTO DESCOMPONE

El número aparece en Apocalipsis 7,4 y vuelve en Apocalipsis 14,1.

Y su composición no hay que deducirla: **el texto la escribe**. Después de dar el total, el libro enumera doce mil sellados por cada una de doce tribus, tribu por tribu, con sus nombres.

Doce mil por doce tribus. Ciento cuarenta y cuatro mil.

Conviene detenerse en esto porque este libro ha sido severo, unos capítulos atrás, con las descomposiciones. Allí dijimos que un múltiplo no hereda el sentido del factor, y clasificamos como especulativa la lectura del ciento veinte de los Hechos como doce por diez.

La diferencia entre los dos casos es precisamente la que este libro viene sosteniendo. En Hechos, nadie descompone el ciento veinte: la descomposición la hacemos nosotros, eligiéndola entre siete posibles. En Apocalipsis 7, el descompuesto es el propio texto, que enumera los doce grupos uno por uno y dice cuántos hay en cada uno.

Cuando el autor sagrado muestra su aritmética, no estamos infringiendo: estamos leyendo. Lo que el texto escribe es doce mil por doce tribus, y eso es seguro. Descomponer además cada doce mil en doce por mil —el pueblo multiplicado por una cifra de multitud— es un paso que el texto ya no da: lo damos nosotros, y queda en probable, apoyado en el uso del mil como número de anchura en el resto del libro. La diferencia con el ciento veinte de los Hechos sigue en pie: allí ni el primer paso estaba escrito.

Y el sentido resultante es sobrio: el pueblo de la alianza, contado tribu por tribu en miles llenos. Plenitud ordenada, no cupo.

II. LOS SELLADOS ANTES DE LA TORMENTA

El contexto de Apocalipsis 7 importa. Cuatro ángeles retienen los vientos para que no dañen la tierra, y otro ángel les ordena esperar hasta que los siervos de Dios queden marcados en la frente.

El sello no es un premio ni una lista de admitidos. Es una señal de pertenencia puesta **antes** de la prueba, para que los que la atraviesen sepan de quién son.

Aquí hace falta el contraste con el capítulo anterior, porque el libro lo construye deliberadamente. También la Bestia marca a los suyos, y también en la frente. Pero su marca sirve para poder comprar y vender; la del Cordero no sirve para nada práctico. No abre mercados: identifica.

Dos marcas, dos pertenencias, dos economías. Una permite vivir en el sistema; la otra permite atravesarlo.

III. EL VERSÍCULO QUE LO DESMONTA TODO

Y entonces, inmediatamente después de la enumeración de las tribus, viene el versículo que decide la cuestión.

Juan escribe que vio «una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas» (Ap 7,9), de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de blanco y con palmas en las manos.

Una cifra exacta, y a un versículo de distancia, una multitud que nadie puede contar.

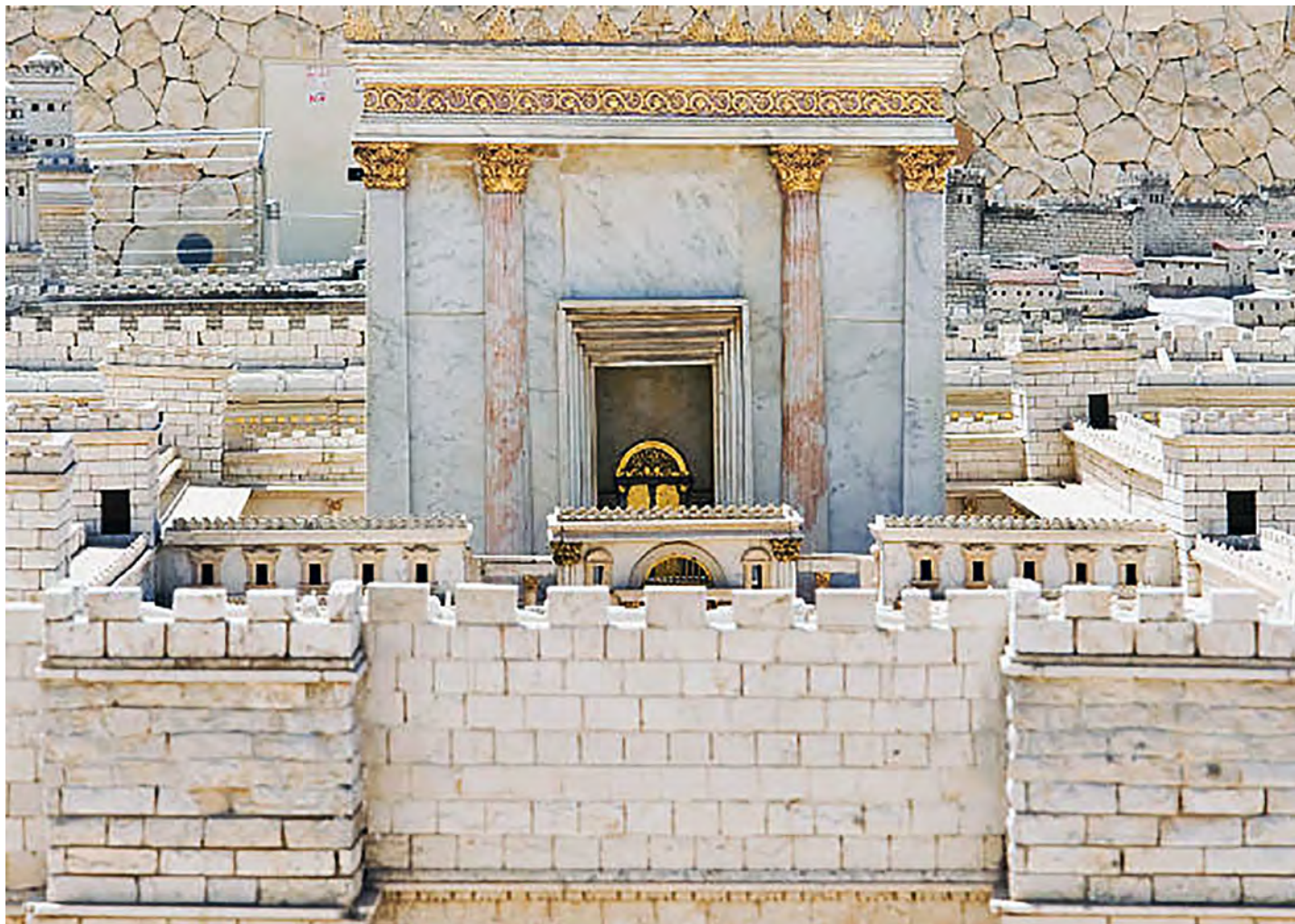
Si el ciento cuarenta y cuatro mil fuera un límite cerrado, esa muchedumbre no tendría explicación. El Apocalipsis no opone precisión divina y amplitud universal: **las pone juntas y en ese orden**.

Y el orden importa. Primero el número contado, que dice que Dios conoce a los suyos uno por uno. Después la multitud incontable, que dice que su misericordia desborda cualquier cálculo humano.

Quien lea el versículo cuatro sin llegar al nueve obtiene una lectura que el propio capítulo desmiente cinco versículos después. No hace falta ir a buscar el argumento fuera: está en la misma página.

Se añade además que esos redimidos «han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero», paradoja profundamente cristiana: la blancura de la victoria viene de la sangre del sacrificio.

IV. ISRAEL Y LAS NACIONES



La enumeración por tribus tiene valor teológico y no es un padrón. El pueblo de Dios conserva memoria de Israel: la salvación cristiana no es abstracta ni desarraigada, viene de una historia, de una alianza y de una promesa hecha a los padres.

Esa lista presenta particularidades notables —falta una tribu y otras aparecen de modo irregular—, que este libro examinó al tratar el número doce y que allí vale la pena consultar. Baste retener su consecuencia: **la lista funciona teológicamente y no como registro**, y el propio autor la construye para que sume doce.

Lo decisivo es que, en el mismo capítulo, esa memoria de Israel se abre a una multitud de todas las naciones. Las dos verdades se sostienen juntas: Dios es fiel a Israel, y en Cristo la bendición alcanza a todos los pueblos.

La elección no se cierra. Se cumple abriéndose.

V. APOCALIPSIS 14: EL CANTO, Y UNA FRASE INCÓMODA

El número vuelve en el capítulo catorce, y el arco se completa. En el siete, los sellados esperan la tormenta; en el catorce están con el Cordero sobre el monte Sión, con el nombre del Cordero y del Padre escrito en la frente, cantando un cántico nuevo.

Sellados para resistir, reunidos para cantar.

Y entonces el texto dice de ellos algo que las exposiciones de este número suelen parafrasear sin citar.

LO QUE EL TEXTO DICE

«*Estos son los que **no se han contaminado con mujeres y son vírgenes***» (Ap 14,4).

Este libro va a mostrar esa frase antes de interpretarla, porque es la única manera de que el lector pueda juzgar si lo que sigue es una lectura del texto o un rescate del texto.

La frase es áspera. Presenta el contacto con mujeres como contaminación, y lo hace sin matizar. Un lector de hoy siente ahí una dificultad, y tiene razón en sentirla.

CÓMO SE LEE

La interpretación que la tradición cristiana ha sostenido, y que este libro comparte, es que **la virginidad funciona aquí como lenguaje de fidelidad cultural**. En los profetas, la infidelidad a Dios se describe una y otra vez como adulterio y prostitución, y la fidelidad como virginidad o desposorio. El Apocalipsis emplea ese registro, y lo emplea contra Babilonia, que aparece en el mismo libro como la gran prostituta.

Leído así, no contaminarse con mujeres significa no haberse acostado con la idolatría. Y el versículo siguiente lo confirma al hablar de seguir al Cordero dondequiera que vaya: la clave es el seguimiento, no la biología.

Esa lectura es sólida y antigua, y conviene añadir tres cosas que la protegen de usos abusivos.

No autoriza a despreciar el matrimonio, que la Escritura presenta desde el Génesis como bendición y que Cristo confirma.

No define una élite. Los ciento cuarenta y cuatro mil no son un grupo superior de cristianos: son el pueblo sellado.

Y no resuelve del todo la aspereza de la frase. Este libro no dirá que el problema desaparece con la lectura simbólica. Dirá que la lectura simbólica es la correcta, que está bien fundada en el lenguaje profético, y que aun así el versículo emplea una imagen que hoy incomoda. Las dos cosas son verdad.

Y UNA NOTA SOBRE LAS PRIMICIAS

Se llama también a estos sellados **primicias** para Dios y para el Cordero.

La palabra es litúrgica y evoca los primeros frutos ofrecidos. Y contiene, casi sin ruido, otro desmentido de la lectura restrictiva: **las primicias no cierran la cosecha, la anuncian**. Nadie ofrece las primicias de una recolección que no va a continuar.

VI. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 144.000

Presencia bíblica.

Apocalipsis 7,4 y 14,1. En ambos textos está unido al pueblo que pertenece a Dios y al Cordero: sellado antes de la prueba, reunido en Sión, fiel frente a la idolatría.

Función.

Símbolo de plenitud ordenada.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

La cifra resulta de doce mil por cada una de doce tribus, y **el propio texto hace la enumeración**. El sello se pone en la frente antes de la prueba y expresa pertenencia. Inmediatamente después de la enumeración, Juan ve una muchedumbre imposible de contar de todas las naciones (Ap 7,9). Los redimidos han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Y Apocalipsis 14,4 dice de los sellados que no se han contaminado con mujeres y son vírgenes, y que siguen al Cordero dondequiera que va.

Probable.

Que la marca del Cordero en la frente se contraponga deliberadamente a la marca de la Bestia: el libro construye ambas y no declara el contraste.

Sugere.

Que llamarlos primicias implique una cosecha mayor por venir. La imagen lo permite y el texto no lo dice.

Especulativa.

Toda reconstrucción que combine el ciento cuarenta y cuatro mil con otras cifras del libro para obtener cálculos de salvados o cronologías.

No recomendable.

Leer la cifra como número cerrado de salvados: la muchedumbre incontable está cinco versículos después y no admite esa lectura. Usarla para fundar la pertenencia a un grupo exclusivo. Interpretar la virginidad de Apocalipsis 14,4 en clave biológica o como desprecio del matrimonio. Y **parafrasear ese versículo sin citarlo**, operación frecuente que impide al lector juzgar si lo que recibe es una lectura del texto o un rescate del texto.

VII. CRISTO, QUE CUENTA Y NO LIMITA

El centro no es el número: es el Cordero.

Él sella a los suyos antes de la tormenta, los reúne en Sión y les da un cántico que solo ellos pueden aprender. No los cuenta para poner un tope: los cuenta porque los conoce.

Y ahí está la diferencia entre contar y limitar, que este capítulo enseña mejor que ningún otro del libro.

Un censo cuenta para excluir a los que no están. Un pastor cuenta para saber si falta alguno. El Apocalipsis presenta a Dios contando de la segunda manera, y por eso el número exacto y la multitud incontable pueden estar en la misma página sin contradecirse.

El ciento cuarenta y cuatro mil no dice cuántos caben. Dice que ninguno se pierde en la muchedumbre.

El capítulo siguiente cierra este bloque con la cifra que más lecturas cronológicas ha producido en la historia cristiana.

23. EL 1.000 LA HISTORIA ENSANCHADA ANTE LA SOBERANÍA DE DIOS

Este capítulo cierra la Parte, y trata la cifra que más lecturas cronológicas ha producido en la historia cristiana.

Y tiene una particularidad que importa anunciar: **es el único número de este libro sobre el que la Iglesia se ha pronunciado expresamente**, condenando una manera de leerlo. No una lectura numerológica marginal, sino una que ha tenido peso doctrinal, seguidores y consecuencias históricas.

Llegaremos ahí. Pero antes hay que ver qué hace el mil en el resto de la Biblia, porque la fama de Apocalipsis 20 ha oscurecido todo lo demás.

I. UN NÚMERO DE ANCHURA

El mil funciona con frecuencia como cifra de amplitud: una grandeza que supera la medida ordinaria. No es un cálculo, es un gesto de la mano abarcando el horizonte.

En la alianza, expresa una fidelidad que desborda la memoria humana. Ya lo encontramos al tratar el número uno: el Decálogo contrapone tres o cuatro generaciones de castigo a **mil generaciones** de misericordia, y la desproporción está construida con cifras.

Nadie cuenta mil generaciones. La cifra no mide: declara que no hay medida.

En la meditación sobre el tiempo, el salmo lo dice así:

«Porque mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó, como una vigilia de la noche» (Sal 90,4).

Conviene notar la segunda comparación, que suele perderse. No dice solo que mil años sean como un día: dice que son **como una vigilia de la noche**, es decir, como uno de los turnos en que se dividía la guardia nocturna. Unas horas de alguien que vela mientras los demás duermen.

La Segunda Carta de Pedro retoma esa idea y la usa contra la impaciencia de quienes preguntan por qué tarda la promesa.

Es preciso notar el uso: en los dos casos, el mil sirve para **desactivar el cálculo**, no para permitirlo. Es la cifra que se emplea cuando se quiere decir que los números humanos no alcanzan.

En la alabanza y en la visión, expresa multitud: los millares que sirven ante el Anciano de días, los animales de mil montes que pertenecen al Señor.

En todos estos usos el mil ensancha la mirada. Y ninguno de ellos ha producido jamás un cálculo.

II. APOCALIPSIS 20

Y entonces está el capítulo veinte del Apocalipsis, que ha producido casi todos.

Allí un ángel encadena al Dragón por mil años, y los que dieron testimonio de Jesús reviven y reinan con Cristo durante mil años. Después el Dragón es liberado por un tiempo, viene la derrota definitiva, y el juicio.

Este pasaje ha sostenido, a lo largo de veinte siglos, reconstrucciones cronológicas, fechas anunciadas, movimientos enteros y no pocas decepciones.

Y vale la pena decir por qué el texto no las sostiene. Adelantamos la razón principal, porque es la que gobierna a las demás: **la Iglesia ha rechazado expresamente esa manera de leer el pasaje**, y lo veremos con su texto en la sección siguiente. Lo que sigue no es un análisis que llegue por su cuenta a la conclusión de la Iglesia: es la exposición de las razones que la sostienen.

Primero, por su género. El Apocalipsis es un libro de visiones, no una crónica anticipada. Sus cifras funcionan como el resto de sus imágenes —bestias, copas, sellos, una mujer vestida de sol— y nadie propone leer literalmente que un dragón tenga siete cabezas.

Segundo, por el uso del propio número. Si el mil sirve en toda la Biblia para expresar amplitud que desborda el cálculo, no hay razón para que aquí, y solo aquí, se convierta en una duración exacta.

Y tercero, porque el pasaje no da un punto de partida. Una cronología necesita dos extremos, y el texto no ofrece ninguno: no dice cuándo empiezan esos mil años ni desde qué acontecimiento contarlos. Toda cronología construida sobre él tiene que aportar de fuera el dato que el texto no da, y esa aportación es la que produce la variedad de resultados.

III. LO QUE LA IGLESIA HA RECHAZADO



Aquí conviene apoyarse en la doctrina, porque este es el punto donde el libro puede ser más útil a un lector católico.

El Catecismo trata la cuestión al hablar de la última prueba de la Iglesia, y dice esto:

*«Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de **milenarismo**, sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, “intrínsecamente perverso”» (n. 676).*

Tres cosas de esa formulación merecen subrayarse, y la tercera es la que casi nadie espera.

La primera: qué se rechaza exactamente. No la esperanza del Reino, que es cristiana, sino la pretensión de realizarlo **dentro de la historia**. El error no está en esperar: está en creer que la consumación puede alcanzarse antes del juicio.

La segunda: «incluso en su forma mitigada». El Catecismo no se limita a las versiones extremas. Alcanza también a las formas moderadas, a las que solo insinúan un tiempo de plenitud terrena antes del fin.

Y la tercera, que es la que este libro quiere destacar. El texto dice «sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado».

Es decir: **el milenarismo que más preocupa al Catecismo no es el religioso, sino el político**. No la secta que anuncia una fecha, sino la ideología que promete el paraíso en la tierra y exige lo que haga falta para construirlo.

Eso ensancha considerablemente el alcance de este capítulo. Quien crea que el peligro del mil se limita a algunos grupos que calculan fechas ha leído solo la mitad. La otra mitad no habla de cifras: habla de cualquier proyecto que prometa la consumación dentro del tiempo, y de lo que ese proyecto está dispuesto a cobrar por ella.

IV. CÓMO TERMINA EL CAPÍTULO VEINTE

Y ahora importa leer hasta el final, porque las exposiciones del milenio suelen detenerse en el reinado.

Apocalipsis 20 no termina con los mil años:

«Después vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. Ante su presencia, el cielo y la tierra desaparecieron sin dejar rastros. Y vi a los que habían muerto, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Fueron abiertos los libros, y también fue abierto el Libro de la Vida; y los que habían muerto fueron juzgados de acuerdo con el contenido de los libros; cada uno según sus obras» (Ap 20,11-12).

Y termina así:

«Y los que no estaban inscritos en el Libro de la Vida fueron arrojados al estanque de fuego» (Ap 20,15).

Ese es el desenlace del capítulo del que tanto se habla.

Hay que notar además un detalle de la escena que suele perderse: **se abren dos clases de libro**. Los libros, donde está lo que cada uno hizo, y el Libro de la Vida, donde está el nombre. Los muertos son juzgados según sus obras, y la última frase no habla de obras sino de estar inscrito.

Ese doble registro no puede dejarse en el aire, porque el hueco tiene consecuencias. Quien concluya que basta con estar inscrito y que las obras no cuentan estará leyendo el pasaje contra la fe de la Iglesia; y quien concluya lo contrario, que la salvación se gana con obras, también.

La doctrina católica sostiene las dos cosas juntas y sin contradicción. La justificación es enteramente don de Dios, que nadie merece ni puede procurarse; y las obras del justificado, hechas con la gracia recibida y por caridad, son verdadero fruto de esa gracia y cuentan de verdad ante Dios. **No son una alternativa al don: son lo que el don produce cuando es acogido.**

Por eso el Apocalipsis puede abrir los dos libros sin incoherencia. Uno recuerda que el nombre está escrito por pura misericordia. El otro, que una vida acogida por la misericordia deja huella. Quien resume el pasaje se queda casi siempre con uno de los dos, y ninguno de los dos resúmenes es el texto.

No lo desarrollamos aquí, porque pertenece a la escatología y no a los números. Pero lo registramos por dos razones.

Porque quien cite Apocalipsis 20 como capítulo de esperanza está citando la mitad. Es un capítulo de esperanza y de juicio, y el juicio es lo último que dice.

Y porque ahí está la razón de fondo por la que el milenarismo es un error y no solo una imprecisión. El texto no ofrece un reinado terreno como meta: lo sitúa dentro de un arco que desemboca en el juicio. Quien convierte el milenio en el objetivo se queda con el penúltimo capítulo de una historia y lo trata como final.

V. FICHA CRÍTICA DEL NÚMERO 1.000

Presencia bíblica.

Amplia. Aparece en la alianza, en la meditación sobre el tiempo, en la alabanza, en las visiones y en Apocalipsis 20.

Función.

Ensanchar la mirada. Expresa una grandeza que supera la medida ordinaria.

GRADO DE CERTEZA

Seguro.

El mil funciona en la Biblia como cifra de amplitud, abundancia, duración extensa o multitud. Las mil generaciones del Decálogo expresan una fidelidad sin medida, contrapuesta a las tres o cuatro del castigo. Los mil años como un día relativizan el tiempo humano ante Dios. Apocalipsis 20 habla de un reinado de mil años en lenguaje visionario, y el capítulo termina ante un gran trono blanco, con dos clases de libro abiertos: los libros de las obras y el Libro de la Vida (Ap 20,11-15). Y **la Iglesia ha rechazado el milenarismo, incluso en su forma mitigada, y en particular su forma política de mesianismo secularizado** (Catecismo, n. 676).

Probable.

Que los mil años de Apocalipsis 20 expresen la victoria real de Cristo, la participación de los santos en su reinado y la limitación del poder del mal.

Sugereente.

Que la liberación temporal del Dragón después de los mil años exprese que el mal, aun vencido, conserva una capacidad de daño hasta el final.

Especulativa.

Toda reconstrucción que asigne a los mil años un punto de partida histórico, dado que el texto no lo proporciona.

No recomendable.

Usar el mil para calcular fechas del fin o construir cronologías. Leer Apocalipsis 20 como calendario. Alimentar expectativas de una plenitud terrena antes de la consumación, en cualquiera de sus formas. Y citar el capítulo veinte como texto de esperanza sin llegar a su desenlace, que es el juicio.

VI. CRISTO, SEÑOR DEL TIEMPO

El mil no revela una clave del calendario. Dice que la historia es más ancha que nuestras cuentas y que pertenece a Dios.

Y hay algo que este número enseña mejor que ningún otro del libro, precisamente por lo mucho que se ha abusado de él.

Quien calcula fechas del fin no está esperando: está intentando **controlar la espera**. Poner un plazo al tiempo de Dios es una manera de no soportarlo. Por eso las fechas anunciadas se suceden y por eso, cuando pasan, aparece otra: lo insostenible no era la incertidumbre sobre el día, sino la incertidumbre misma.

La Segunda Carta de Pedro responde a esa impaciencia con el mil años como un día, y añade la razón: si el Señor no aprieta el paso, es porque quiere que nadie se pierda, sino que todos lleguen a la conversión.

Conviene leer esa razón entera, porque la mitad de ella se cita mucho y la otra mitad poco. **Dios espera para que todos se conviertan**, no en lugar de que se conviertan. Su paciencia no suprime el juicio que el mismo libro acaba de describir: abre el tiempo en que aún puede evitarse.

Ahí está invertida toda la lógica del cálculo. Lo que al impaciente le parece tardanza, el texto lo llama paciencia; y lo que el numerólogo quiere cerrar en una fecha, la Escritura lo mantiene abierto porque cada día que pasa alguien más puede volver. Pero volver hay que volver.

Cristo es Señor del tiempo, y su señorío no consiste en tener el calendario sino en sostenerlo. El mil no nos dice cuánto falta. Nos dice de quién es el tiempo que queda.

Aquí termina la Parte de los números secuestrados. La siguiente abandona la exposición y hace algo que este libro no ha hecho todavía: poner delante del lector afirmaciones numerológicas concretas y desmontarlas una por una.

CIERRE DE LA PARTE V
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y TABLAS DE
COMPROBACIÓN

SÍNTESIS: POR QUÉ ESTOS TRES Y NO OTROS

Los tres números de esta Parte tienen algo en común que es preciso nombrar antes que nada: **los tres están en el Apocalipsis**, y los tres han sido usados para hacerle algo a alguien.

No es casualidad. El Apocalipsis es el libro bíblico con más cifras significativas y el único cuyo género —la visión profética— permite que casi cualquier lectura parezca posible. Es, por tanto, el terreno natural del secuestro.

1. TRES SECUESTROS, TRES TENTACIONES

Y los tres responden a tentaciones distintas, que vale la pena distinguir porque se combaten de manera distinta.

El 666 sirve para señalar. Su tentación es el poder: saber quién es el enemigo, tener un nombre que pronunciar. Quien lo usa así obtiene la satisfacción de estar del lado correcto de una frontera que él mismo ha trazado.

El 144.000 sirve para pertenecer. Su tentación es la seguridad: estar dentro del número, formar parte del grupo contado. Y produce su reverso, que es la angustia de no saber si uno cabe.

El 1.000 sirve para calcular. Su tentación es el tiempo: poner fecha, controlar la espera, dejar de soportar la incertidumbre.

Señalar, pertenecer, calcular. Las tres son maneras de convertir un texto que pide fidelidad en un instrumento que da ventaja.

2. EL DESMENTIDO ESTÁ SIEMPRE EN LA MISMA PÁGINA

Y aquí está el hallazgo del bloque, que ninguno de los tres capítulos podía dar solo.

En los tres casos, el propio texto contiene el desmentido, y a pocos versículos de distancia.

Al 666 le sigue —en el mismo versículo— la aclaración de que es una **cifra humana**. Toda la construcción del poder idolátrico termina recordando que aquello, al final, es cosa de hombres. Quien lo trata como cifra diabólica u oculta contradice la frase que la contiene.

Al 144.000 le sigue, cinco versículos después, **una muchedumbre imposible de contar**. Quien lo lee como cupo cerrado ha dejado de leer justo antes del versículo que lo impide.

Y a los mil años les sigue, en el mismo capítulo, **el juicio ante el trono blanco**. Quien convierte el milenio en meta se ha quedado con el penúltimo tramo de una historia.

De aquí sale la regla más práctica de esta Parte, y quizá del libro: **cuando alguien le presente una lectura numerológica del Apocalipsis, siga leyendo unos versículos más**. No hace falta erudición ni discutir. El desmentido suele estar ahí.

Y hay una razón por la que esto funciona. El Apocalipsis no es un libro descuidado: coloca sus correctivos junto a sus imágenes fuertes. Es el lector el que se detiene donde le conviene.

3. LO QUE LA IGLESIA HA DICHO, Y LO QUE NO

De los tres números, solo sobre uno hemos encontrado un pronunciamiento expreso de la Iglesia, y conviene decirlo con esa cautela.

Sobre el 1.000 el pronunciamiento existe y es claro: el Catecismo rechaza el milenarismo incluso en su forma mitigada, y señala como principal su forma política de mesianismo secularizado. Lo hemos citado con su redacción.

Sobre el 666 y sobre el 144.000 no hemos encontrado ninguna definición magisterial que imponga una lectura determinada. Hay, en ambos casos, una tradición interpretativa amplia y bien fundada, y en el primero una advertencia constante contra su uso acusatorio.

Importa formular esa segunda parte como lo que es: un límite de nuestra búsqueda y no una afirmación sobre el Magiste-rio. Sostener que algo no ha sido definido exige haber recorrido un cuerpo doctrinal entero, y este libro no está en condiciones de garantizarlo. Decimos lo que hemos encontrado, y quien sepa más puede corregirnos.

Con esa cautela hecha, la asimetría sigue siendo instructiva. La Iglesia no define lo que no hace falta definir. Interviene donde una lectura errónea produjo consecuencias doctrinales e históricas graves, y deja al buen sentido y a la tradición lo demás.

Un lector que confunda las tres situaciones —tratando como definido lo que es opinión común, o como opinable lo que está rechazado— se equivocará en las dos direcciones.

4. UNA ADVERTENCIA SOBRE EL MODO DE ESCRIBIR ESTOS CAPÍTULOS

Al revisar esta Parte apareció un riesgo que hay que registrar, porque nos afectó.

En materia escatológica, callar una tensión no es prudencia: es dejar una puerta abierta. El capítulo del mil dejaba sin resolver la relación entre las obras y la inscripción en el Libro de la Vida, con el argumento de que pertenecía a otra disciplina. Ese silencio, en ese lugar, permitía una lectura que no es la de la Iglesia.

La regla que de ahí se deriva vale para lo que queda de libro: cuando un pasaje plantee una cuestión doctrinalmente delicada, o se trata o se declara expresamente que no se trata y por qué. Lo que no puede hacerse es dejarla insinuada.

LO QUE QUEDÓ SIN RESOLVER

Por qué a la Bestia le fue permitido vencer a los santos (Ap 13,7). Se muestra y no se explica.

La aspereza de la imagen de Apocalipsis 14,4, que la lectura simbólica sitúa correctamente y no elimina.

La relación entre los dos libros del juicio final, señalada con su marco doctrinal y no desarrollada, por pertenecer a la escatología.

RECuento DE HALLAZGOS

Los tres capítulos declararon hallazgo. Los mejores del bloque: la comprobación de Apocalipsis 13,18, donde el griego dice sabiduría y nuestra traducción arriesga sutileza —comprobar esa libertad obligó a precisar qué sabiduría pide el versículo, y la respuesta describe con exactitud el error que el libro combate—; la cifra humana del mismo versículo, con la ambigüedad que el capítulo registra; la contraposición de las dos marcas —la de la Bestia sirve para comprar y vender, la del Cordero no sirve para nada práctico—; y las dos clases de libro del juicio final.

Y una corrección de cita que la comprobación previa evitó: nuestra traducción dice «estanque de fuego», no «lago».

TABLAS DE COMPROBACIÓN

TABLA 17 — LAS DOS MARCAS

Capítulos 21 y 22. Verificable comparando Apocalipsis 13 y 7.

	La marca de la Bestia	El sello del Cordero
Dónde	Mano derecha o frente	Frente
A quiénes	Pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos	Los siervos de Dios
Para qué sirve	Poder comprar y vender	Nada práctico: identifica
Cuándo se pone	Cuando el poder ya domina	Antes de la tormenta

Dos pertenencias y dos economías. Una permite vivir en el sistema; la otra, atravesarlo.

TABLA 18 — EL DESMENTIDO EN LA MISMA PÁGINA

Los tres capítulos. Es la tabla más útil de la Parte.

Cifra	Lo que se le hace decir	Lo que dice el texto, a pocos versículos
666	Cifra diabólica, código oculto	«es una cifra humana : 666» (Ap 13,18)
144.000	Número cerrado de salvados	«una enorme muchedumbre, imposible de contar » (Ap 7,9)
1.000	Cronograma del fin	El juicio ante el gran trono blanco (Ap 20,11-15)

En los tres casos, siga leyendo unos versículos más.

PARTE VI

CASOS REALES

Siete afirmaciones numerológicas concretas, desmontadas aplicando la escala paso a paso. De cada una se dice qué afirma, de dónde viene, qué hay de cierto en su aritmética, dónde falla y en qué grado queda.

Los siete cubren siete mecanismos distintos de error. No son siete versiones de lo mismo: son un repertorio.

24. UNA FECHA CALCULADA EL MILERISMO Y 1844

MECANISMO: CONVERTIR UN NÚMERO PROFÉTICO EN CRONOGRAMA.

QUÉ AFIRMA

Que la Escritura permite calcular la fecha del regreso de Cristo, y que esa fecha era el 22 de octubre de 1844.

El razonamiento tiene cuatro pasos y conviene verlos separados, porque cada uno hace un trabajo distinto.

Primero. El libro de Daniel menciona un período de dos mil trescientas tardes y mañanas, al cabo del cual —en la redacción que Miller manejaba— «el santuario será purificado» (Dn 8,14).

Segundo. Esas dos mil trescientas tardes y mañanas se leen como dos mil trescientos años, aplicando un principio de equivalencia según el cual un día profético representa un año.

Tercero. Se fija el punto de partida en el año 457 antes de Cristo, tomándolo del decreto de reconstrucción de Jerusalén aludido en el capítulo siguiente de Daniel; la fecha misma, 457, procede del decreto de Artajerjes que narra Esdras 7.

Cuarto. Se suma. Cuatrocientos cincuenta y siete años antes de Cristo más dos mil trescientos años dan 1843 o 1844.

Miller predicó al principio que Cristo volvería «alrededor de 1843». Cuando ese plazo pasó, un seguidor suyo afinó el cálculo mediante el calendario ritual judío y fijó el 22 de octubre de 1844.

DE DÓNDE VIENE

De William Miller, predicador estadounidense de la primera mitad del siglo diecinueve, que llegó a esa conclusión estudiando por su cuenta las profecías de Daniel.

El movimiento creció con rapidez y llegó a reunir a muchos miles de personas en los Estados Unidos. No era un grupo marginal ni desinformado: eran creyentes serios que leían la Biblia con atención y que estaban dispuestos a jugarse la vida entera en lo que habían entendido.

QUÉ HAY DE CIERTO



Es preciso reconocer lo que funciona, porque desmontar un cálculo empieza por admitir lo que tiene de sólido.

La aritmética es correcta. Sumando dos mil trescientos años al 457 antes de Cristo, y teniendo en cuenta que no existe un año cero, se llega efectivamente a 1844. Nadie hizo trampas con la suma.

El principio del día por año no está inventado. Hay dos pasajes bíblicos donde Dios establece expresamente esa equivalencia: en Números, cuando el castigo del desierto se fija en un año por cada día que duró la exploración de Canaán; y en Ezequiel, cuando el profeta debe permanecer acostado un día por cada año de la culpa del pueblo.

Y las dos cifras existen. Las dos mil trescientas tardes y mañanas están en Daniel 8. El decreto de reconstrucción está en Daniel 9. Todo lo que Miller usó estaba en la Biblia. Ese es el punto.

DÓNDE FALLA

Y sin embargo el cálculo no se sostiene, por cuatro razones que vale la pena numerar porque se acumulan.

Primera: el principio del día por año está importado

Que Dios haya establecido esa equivalencia en dos pasajes concretos, y para dos casos concretos, no la convierte en clave general de la profecía bíblica.

En Números y en Ezequiel, la equivalencia se declara. En Daniel 8, no. Aplicarla ahí es una decisión del intérprete, tomada de otros libros y extendida a un texto que no la pide.

Sin ese primer paso no hay cálculo. Y ese primer paso lo pone Miller, no Daniel.

Segunda: el santuario se cambia de sitio, y nuestra traducción no lo permite

Miller identifica ese santuario con **la tierra**, que sería purificada por el fuego en la venida de Cristo. Esa identificación es la pieza que convierte un oráculo sobre el templo en un anuncio del fin del mundo.

Y aquí conviene abrir el pasaje en la traducción que este libro sigue, porque dice dos cosas que hacen imposible ese paso.

Lo primero es la pregunta a la que el versículo responde, y que casi nunca se cita:

«¿Hasta cuándo se verá el sacrificio perpetuo suprimido, la iniquidad desoladora instalada, el Lugar santo y el Ejército pisoteados?» (Dn 8,13).

El sacrificio perpetuo. La iniquidad instalada. El Lugar santo pisoteado. No hay ambigüedad posible: se está hablando de un templo con culto interrumpido, no de la tierra.

Y lo segundo es la respuesta:

*«Hasta que pasen dos mil trescientas tardes y mañanas: entonces el **Lugar santo será reivindicado**» (Dn 8,14).*

Nuestra traducción no dice «santuario purificado». Dice **Lugar santo reivindicado**.

La diferencia decide el caso. «Purificado» admite imaginar una limpieza, y de ahí a una tierra limpiada por el fuego hay un paso que la imaginación da sola. **Reivindicado** no lo admite: es lenguaje de restitución, de devolver a alguien lo que le fue arrebatado. Un lugar santo profanado y luego reivindicado es un lugar santo que vuelve a su uso, no un planeta incinerado.

De modo que el segundo paso del cálculo depende de una redacción concreta. Y aquí la redacción no es preferencia de versión: el verbo hebreo, *nitsdaq*, es lenguaje de justicia —ser repuesto en su derecho—; el «purificado» entró por las versiones griega y latina, y de ellas lo heredó la Biblia inglesa que Miller manejaba. Con el hebreo delante, ese paso no puede darse.

Y esto merece retenerse, porque es la segunda vez que ocurre en estas páginas: la lengua original desactiva por sí sola una lectura numerológica, sin necesidad de argumentar contra ella. La primera fue la fórmula de Lamec.

Tercera: se encadenan dos oráculos distintos

La cifra viene de Daniel 8 y el punto de partida viene de Daniel 9. Son dos visiones distintas, con contextos distintos y cifras distintas —las setenta semanas del nueve no son las dos mil trescientas tardes y mañanas del ocho—.

Enlazarlas exige suponer que ambas miden el mismo período desde el mismo momento, cosa que ningún texto dice.

Cuarta: cuente los eslabones

Recapitulemos la cadena completa, que es lo que este libro enseña a hacer:

Tardes y mañanas → días → años → punto de partida tomado de otro capítulo → fecha en el calendario juliano → ajuste por el calendario ritual judío → 22 de octubre de 1844.

Seis eslabones. Y cada uno de ellos es una elección entre alternativas.

Recuérdese la regla: cuanto más eslabones necesita una cadena, más débil es, porque una cadena larga puede llevar de casi cualquier texto a casi cualquier conclusión. Aquí lo prueba la propia historia del movimiento: cambiando un solo eslabón —el ajuste del calendario— la fecha se movió de la primavera al otoño sin que nadie tuviera que rehacer el argumento.

Un razonamiento cuyo resultado se mueve al retocar una pieza no estaba determinado por el texto.

QUÉ OCURRIÓ

El 22 de octubre de 1844, miles de personas esperaron. Muchos habían vendido sus posesiones o abandonado su trabajo. Las túnicas blancas con que la imaginería popular los vistió después son leyenda de la prensa hostil de la época. Esperaron hasta la medianoche, y después hasta la mañana siguiente.

No pasó nada.

El episodio se conoce desde entonces como el Gran Chasco. El movimiento se disolvió en buena parte, sus miembros quedaron desorientados y expuestos a la burla pública, y no pocos abandonaron toda práctica religiosa.

Este libro ha insistido en que la numerología no es solo un error intelectual. **Aquí está el costo, con fecha y con nombres.** Gente que se quedó sin bienes, sin trabajo y sin fe por una suma correcta apoyada en supuestos que nadie había verificado.

EL MECANISMO QUE IMPORTA RECONOCER

Y ahora el dato más instructivo de todo el caso, que no es el fracaso sino lo que vino después.

La profecía fallida no produjo abandono, produjo reinterpretación.

Parte de los decepcionados concluyó que la fecha era correcta pero que el acontecimiento era otro: no la venida de Cristo a la tierra, sino un suceso en el santuario celestial. Y otro predicador, tras un tiempo de crisis, recalculó y anunció 1868; cuando ese año pasó, publicó que sería 1873.

Este es un patrón, y quien lo reconozca estará vacunado contra buena parte de lo que le llegue.

Un cálculo profético fallido casi nunca se abandona. Se traslada. O se mueve la fecha, o se cambia el acontecimiento anunciado, o se declara que ocurrió pero de manera invisible. El sistema se protege modificando la pieza más barata, que es la que menos costó establecer.

Y hay una razón de fondo. Quien ha organizado su vida alrededor de un cálculo no puede admitir que el cálculo era falso sin admitir que organizó su vida alrededor de nada. La reinterpretación no es deshonestidad: es lo que la mente hace para no tener que reconocer eso.

Por eso el mejor momento para examinar un cálculo es **antes** de haber apostado nada por él.

EN QUÉ GRADO QUEDA

No recomendable.

Y hay que decir por qué no basta con llamarlo especulativo. La lectura de las dos mil trescientas tardes y mañanas como años puede discutirse; el enlace de dos oráculos puede debatirse. Todo eso sería especulativo.

Lo que lo lleva al último grado es otra cosa: **anunciar una fecha para el regreso de Cristo va contra una palabra expresa del Evangelio:**

«En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24,36).

Conviene notar hasta dónde llega esa frase, porque suele citarse a medias. No dice que el dato sea difícil de averiguar. Dice que no lo conocen los ángeles, y añade algo que ningún calculador puede sortear: tampoco el Hijo.

La Iglesia ha entendido siempre que esa palabra no niega la sabiduría del Verbo, sino que declara un límite de la misión: el Hijo no ha venido a comunicarnos esa fecha, y por eso no la conoce como quien la ha de revelar. Lo cual, para el caso que nos ocupa, agrava la conclusión en vez de suavizarla. Si ni siquiera al Hijo enviado le corresponde decirlo, la fecha no es un secreto que se pueda deducir desde fuera: es algo que el Padre se ha reservado. Quien la calcula no está resolviendo un enigma difícil; está pretendiendo saber lo que Dios ha decidido no decir.

Quien anuncia una fecha está afirmando, sin advertirlo, que ha alcanzado un conocimiento que el propio Cristo declaró no tener en su vida terrena.

No estamos ante una lectura frágil. Estamos ante una lectura que hace lo que el Señor dijo que no puede hacerse.

Y la Iglesia lo ha formulado con la generalidad que corresponde: rechaza toda pretensión de realizar la esperanza mesiánica dentro de la historia, porque eso no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico, mediante el juicio final.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que la aritmética correcta no valida nada. La suma de Miller estaba bien hecha. Lo que fallaba eran los supuestos que había antes de sumar.

Que los eslabones se cuentan. Seis pasos, cada uno una elección, y el resultado se mueve al retocar cualquiera de ellos.

Que todo el material era bíblico. Las cifras, el principio del día por año, el decreto: todo estaba en la Escritura. Lo que no estaba era la conexión entre las piezas.

Y que la traducción importa. El paso decisivo del cálculo —convertir el santuario en la tierra— se apoya en una palabra. Con la redacción que este libro emplea, ese paso no puede darse. No siempre ocurre así, pero cuando ocurre es preciso saberlo: a veces basta con abrir la Biblia correcta.

Y que el fracaso no cura. Quien anuncia una fecha y falla suele anunciar otra, y quien le creyó suele volver a creerle. Reconocer ese patrón vale más que refutar cualquier cálculo concreto.

25. UN NOMBRE ENCONTRADO LAS IDENTIFICACIONES SUCESIVAS DEL 666

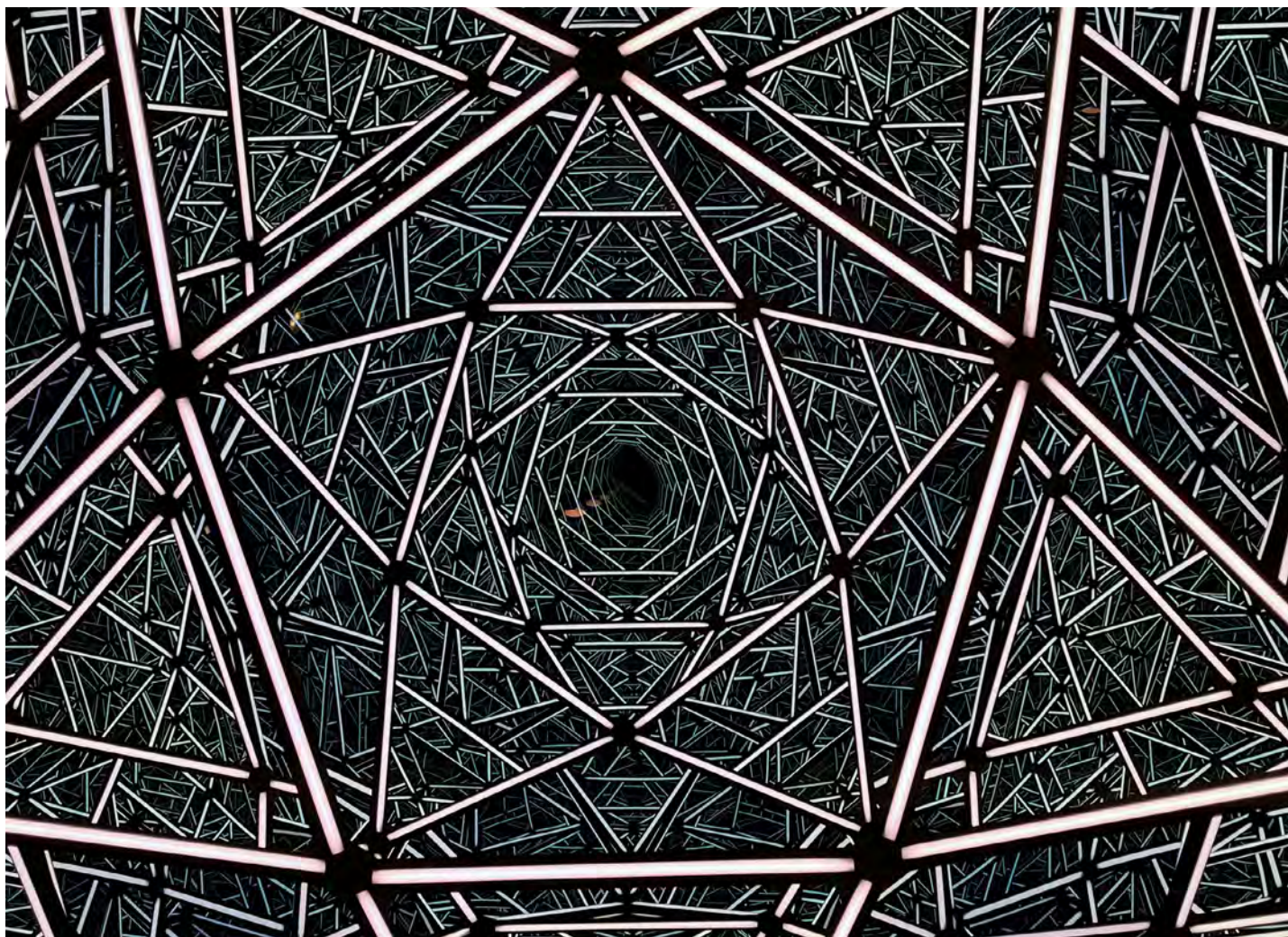
MECANISMO: LA GEMATRÍA COMO LLAVE.

QUÉ AFIRMA

Que la cifra de Apocalipsis 13,18 esconde un nombre propio, y que sumando el valor numérico de las letras de ese nombre se obtiene 666.

Quien logre esa suma habrá identificado a la Bestia.

DE DÓNDE VIENE



De una práctica real y antigua, que vale la pena explicar antes de criticarla porque no es un invento moderno ni una superchería.

En hebreo y en griego, las letras del alfabeto tienen también valor numérico. No hay cifras aparte: la primera letra vale uno, la segunda dos, y así. Cualquier palabra escrita en esas lenguas puede, por tanto, sumarse.

De ahí nació un pasatiempo culto, la **gematría**, que consistía en encontrar relaciones entre palabras cuyas sumas coincidían. Era conocido y practicado, y no solo entre judíos. Suetonio recoge un ejemplo pagano: circulaba en Roma que el valor numérico del nombre de Nerón en griego coincidía con el de la frase «mató a su propia madre».

Es decir: **este uso era popular en el mundo donde se escribió el Apocalipsis**, y su autor pudo contar con que sus lectores lo conocieran. Esa es la razón por la que la primera identificación no puede descartarse a la ligera.

QUÉ HAY DE CIERTO

La candidata mejor fundada es Nerón, y hay que decir con claridad que **no es una ocurrencia**: es la lectura que la mayoría de los especialistas considera más probable, y tiene tres apoyos serios.

El primero es la aritmética. El nombre y título «Nerón César», transliterado al hebreo con las consonantes que esa lengua emplea —N, R, W, N, Q, S, R—, suma exactamente seiscientos sesenta y seis: cincuenta más doscientos más seis más cincuenta, y después cien más sesenta más doscientos.

El segundo es histórico. Nerón fue el primer perseguidor imperial de los cristianos, y bajo su reinado sitúa la tradición el martirio de Pedro y de Pablo. Una carta escrita para sostener a comunidades perseguidas por el poder imperial tiene motivo sobrado para cifrar su nombre.

Y el tercero es el más elegante, porque explica un problema del propio texto.

Algunos manuscritos antiguos del Apocalipsis no dicen 666, sino **616**. Es una variante real y conocida.

Ahora bien: si en lugar de la forma hebrea «Nerón» se emplea la forma latina «Nero», desaparece una consonante —la ene final, que vale cincuenta— y la suma pasa de seiscientos sesenta y seis a seiscientos dieciséis.

Es decir: **las dos cifras que los manuscritos transmiten corresponden a las dos maneras de escribir el mismo nombre**. Eso es difícil de atribuir al azar, y es el argumento más fuerte que la identificación tiene a su favor.

DÓNDE FALLA

Y sin embargo, ni siquiera esta —la mejor de todas— puede presentarse como demostrada. Por cuatro razones, y conviene advertir desde ahora que dos de ellas proceden del mismo testigo.

Primera: la lengua no es la del libro

El Apocalipsis está escrito en griego, para lectores de habla griega. El cálculo de Nerón exige transliterar al hebreo un nombre latino.

Puede defenderse que el autor pensaba en hebreo, y hay indicios de ello en su modo de escribir. Pero un cálculo que solo funciona cambiando de alfabeto es un cálculo que pide al lector un paso que el texto no indica.

Segunda: la ortografía se elige

La suma da 666 con una grafía concreta del nombre. Con otra, perfectamente atestiguada, da 616.

Eso, que arriba presentamos como el mejor argumento, es también el peor. Porque significa que **el resultado depende de cómo se decida escribir el nombre**, y en una lengua sin vocales escritas esas decisiones son numerosas.

Quien elige la grafía elige el resultado.

Tercera: el testimonio más antiguo no la conoce

Y aquí está el dato decisivo, que casi nunca se menciona.

El primer intento de resolver la cifra por gematría que ha llegado hasta nosotros es el de san Ireneo, hacia el año ciento ochenta, y no propuso a Nerón.

Ensayó tres nombres —Evantas, Lateinos y Teitán—, los graduó, y renunció a los tres.

De Evantas dijo expresamente que no afirmaba nada. De Lateinos, que era una solución verosímil por tratarse del nombre del último de los cuatro reinos de Daniel, y que los latinos eran los que entonces gobernaban; pero añadió que no se gloriaría de la coincidencia. De Teitán, que le parecía el más digno de crédito, y aun así se negó a pronunciarse.

La razón que dio es la de este capítulo, dieciocho siglos antes de que hiciera falta escribirlo: **como son muchos los nombres que contienen esa cifra, es más seguro y menos arriesgado esperar el cumplimiento de la profecía que andar conjeturando nombres**, porque la pregunta seguiría sin resolverse, aunque se ensayaran todos. Si son muchos los que suman, ¿cuál de todos llevará el que ha de venir?

Y advirtió de dos peligros que este libro no habría sabido formular mejor. El primero es para el que calcula: quien afirma con certeza haber dado con el nombre no reconocerá al que venga, si trae otro, y quedará indefenso ante aquel de quien pretendía guardarse. El segundo es para los demás: quien lo hace por vanagloria no se pierde solo, sino que arrastra a quienes confiaron en él.

Es un hombre que escribe apenas un siglo después del Apocalipsis, en el ambiente de la Iglesia que lo recibió, y discípulo de quien fue discípulo de Juan. Si la clave hubiera sido Nerón y hubiera circulado como tal, cuesta explicar que la desconociera.

Importa añadir que Ireneo también se pronunció sobre la variante. Afirmó que el 666 se encuentra en los ejemplares más antiguos y acreditados, y apeló al testimonio de quienes habían visto a Juan cara a cara. Sobre el 616 fue más cauto de lo que suele citarse: dijo *sospechaba* un error de copistas —la letra que vale sesenta tomada por la que vale diez—, y distinguió entre quienes recibieron esa lectura de buena fe, a los que excusa, y quienes se lanzaron a buscar un nombre que cuadrara con el número espurio, a los que no.

Y hay un último detalle en su texto que hay que mirar de cerca, porque es el más instructivo de todos.

La razón que Ireneo da para preferir Teítán es que la palabra tiene seis letras y tres en cada sílaba. Y para que sume, precisa que la primera sílaba se escriba con las dos vocales griegas épsilon e iota.

Léase eso despacio. El testigo que acaba de advertir contra la búsqueda de nombres justifica su preferido con un argumento numérico que se confirma a sí mismo, y fijando de paso una grafía concreta entre las posibles. Es exactamente el mecanismo que este capítulo describe, ejecutado por quien mejor lo entendió.

No lo consignamos para rebajarlo. Lo consignamos porque enseña algo que ningún argumento nuestro enseñaría igual: **la atracción de este método es tal que arrastra incluso a quien está escribiendo contra él.** Si a Ireneo le ocurrió, conviene que el lector no se crea a salvo.

Cuarta: el mismo testigo data el libro en otro reinado

Y en ese mismo pasaje, unas líneas después, Ireneo dice algo que rara vez se cita junto a lo anterior: que la visión del Apocalipsis se tuvo hace poco tiempo, casi en nuestros días, **hacia el final del reinado de Domiciano.**

Domiciano murió en el año noventa y seis. Nerón, en el sesenta y ocho. Si la datación de Ireneo es correcta, el libro se escribió una generación larga después de la muerte de aquel a quien supuestamente cifra.

Eso no cierra la discusión. Hay especialistas que datan el Apocalipsis antes y discuten a Ireneo en este punto, y quienes mantienen la identificación disponen además de un recurso conocido: la creencia, extendida en el siglo primero, de que Nerón no había muerto o volvería.

Pero obliga a una observación de método que este libro no puede callar. **A Ireneo se le cita cuando conviene y se le discute cuando no.** Se acepta su autoridad para descartar el 616 y se rechaza su datación para sostener a Nerón, y ambas cosas están en el mismo capítulo del mismo libro, separadas por unas líneas. Quien haga eso debe decir por qué, o dejar de apoyarse en él.

QUÉ OCURRIÓ DESPUÉS

Y aquí empieza lo que hace de este un caso y no una discusión exegética.

Porque la gematría no se detuvo en Nerón. Durante diecinueve siglos, el mismo procedimiento ha producido una lista larga de identificaciones, y es preciso mirarla entera porque su extensión es el argumento.

Se ha señalado a emperadores romanos, a Mahoma, a papas concretos y al papado como institución, a Lutero, a Napoleón, a dirigentes del siglo veinte, a organismos internacionales, y en las últimas décadas a códigos de barras, tarjetas, sistemas de pago y tecnologías diversas.

Cada una de esas identificaciones tuvo defensores convencidos. Cada una se apoyó en un cálculo que sus autores consideraban riguroso. Y cada una fue sustituida por la siguiente.

EL CASO QUE ESTE LIBRO NO VA A ESQUIVAR

Entre esas identificaciones hay una que afecta directamente a la Iglesia católica, y sería incoherente omitirla en un libro que enseña a no omitir.

Se ha sostenido que el título papal **VICARIVS FILII DEI** —«vicario del Hijo de Dios»— produce 666 si se suman las letras que en el alfabeto latino funcionan como numerales romanos.

Compruébelo el lector, porque el cálculo funciona. En **VICARIVS**: la uve vale cinco, la i vale uno, la ce vale cien, la segunda i uno, la segunda uve cinco. En **FILII**: una i, la ele cincuenta, dos íes más. En **DEI**: la de vale quinientos y la i uno.

Ciento doce, más cincuenta y tres, más quinientos uno. Seiscientos sesenta y seis.

La suma es correcta. Y el argumento no vale nada, por tres razones que el lector puede verificar.

La primera: el título es otro. El título papal es *Vicarius Christi*, vicario de Cristo. *Vicarius Filii Dei* no es un título oficial del Papa. Y si se aplica el mismo procedimiento al título real, la suma da doscientos catorce.

Ahí está el mecanismo entero a la vista. **Se eligió, entre los títulos posibles, el que producía el resultado buscado.** No es que el cálculo revelara algo sobre el papado: es que se buscó una fórmula hasta encontrar una que sumara.

La segunda: hay que forzar los valores. Ni siquiera con ese título la cuenta sale sola. Hay que decidir que la letra u vale lo mismo que la uve, cosa defendible en latín antiguo pero que es una decisión más; y hay que aceptar que las letras sin valor numeral —la a, la erre, la ese, la efe, la e— cuenten como cero en lugar de invalidar el procedimiento.

Cada una de esas decisiones es razonable por separado. Juntas son las que producen el resultado.

Y la tercera, que es la que enseña de verdad. El mismo procedimiento se empleó en los dos sentidos. En los siglos de la Reforma, unos calcularon el nombre del Papa y otros el de Lutero, y ambos bandos obtuvieron confirmación de lo que ya creían.

Ahí está desmontado el método, y no por nosotros. Un procedimiento que permite a cada parte probar que la otra es la Bestia no está descubriendo nada: está devolviendo a cada uno lo que trajo.

Y hay un último dato que vale la pena añadir, porque completa el cuadro. **Ni siquiera dentro del movimiento que difundió ese cálculo hubo acuerdo:** algunos de sus propios miembros lo rechazaron en su momento, y la atribución de su autoría se discute todavía hoy. Un argumento cuyo origen no está claro y que sus propios partidarios no compartían no es una tradición interpretativa: es un rumor que prosperó.

EL MECANISMO QUE CONVIENE RECONOCER

De todo lo anterior sale una demostración que el lector puede hacer solo, y que vale para cualquier cálculo de este tipo que le llegue.

Para obtener 666 de un nombre hay que tomar cuatro decisiones, y cada una abre alternativas.

En qué lengua se escribe el nombre: hebreo, griego, latín. Tres sistemas de valores distintos.

Con qué grafía: con vocales o sin ellas, con la forma local o con la extranjera, con título o sin él.

Qué letras cuentan: todas, o solo las que funcionan como numerales, como en el caso latino.

Y qué se suma: el nombre solo, el nombre con el título, el título solo.

Multiplique el lector esas opciones. Con cuatro decisiones y varias alternativas en cada una, un nombre cualquiera admite decenas de sumas distintas. **Encontrar una que dé 666 no es un hallazgo: es cuestión de perseverancia.**

Ireneo lo dijo en una línea que vale por todo este apartado: *son muchos los nombres que pueden hallarse con ese número.*

Y hay una prueba concluyente de que esto es así: **el método ha funcionado con todos.** Con emperadores, con reformadores, con papas, con dictadores y con máquinas. Un instrumento que confirma cualquier hipótesis no verifica ninguna.

EL ARGUMENTO DEFINITIVO LO PONE EL PROPIO TEXTO

E importa terminar donde este libro empezó a tratar esta cifra.

Si el número mismo es dudoso, ninguna identificación basada en su valor exacto puede sostenerse. Los manuscritos transmiten 666 y 616. Cualquier cálculo que produzca uno de los dos deja sin explicar el otro.

Quien construye una identificación sobre el 666 está construyendo sobre una cifra que la tradición manuscrita no da como única. Es un edificio levantado sobre un dato que se discute.

EN QUÉ GRADO QUEDA

La identificación con Nerón: sugerente. Tiene apoyos serios —la aritmética, el contexto histórico, la explicación de la variante— y cuatro objeciones que impiden subirla: la lengua, la elección de grafía, el desconocimiento de Ireneo y su datación del libro en el reinado de Domiciano. Hay que declarar la tensión: si la escala midiera consenso académico, esta lectura estaría en probable, porque es la que la mayoría de los especialistas prefiere. Pero nuestra escala mide lo que el texto sostiene, y el texto no translitera, no elige grafía y no nombra. Es la mejor candidata y no es una conclusión.

Todas las demás identificaciones, antiguas o modernas: **no recomendable.**

Y hay que distinguir por qué. No están en el último grado por ser improbables, sino por lo que hacen. **Señalan a personas concretas, comunidades o instituciones como encarnación del mal**, y ese es exactamente el uso que el texto no autoriza.

El propio versículo lo dice: es una **cifra humana**. Y unas líneas después el Apocalipsis llama a los santos a la perseverancia, no a la identificación de culpables.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que la mejor candidata sigue siendo solo una candidata. Nerón tiene a su favor todo lo que un cálculo puede tener, y aun así no pasa de sugerente. Si el mejor caso posible no llega, los demás no merecen discusión.

Que el método es reversible, y por eso no prueba. Sirvió contra el papado y sirvió contra quien lo usó. Quien encuentre 666 en el nombre de su adversario debería probar el suyo antes de publicarlo.

Que la lista es el argumento. Diecinueve siglos señalando a personas distintas con la misma cifra, y cada identificación sustituyendo a la anterior. Ninguna se sostuvo. Es el historial de un método, no una sucesión de errores aislados.

Que la advertencia es tan antigua como el intento. El primero del que tenemos noticia que probó a resolver la cifra fue también el primero en decir que no se podía, y en explicar por qué. Diecinueve siglos de identificaciones han ignorado a un testigo que estaba al alcance de todos, en el mismo capítulo del que se toman las citas que sí convienen.

Y que hay una pregunta que basta hacer. Ante cualquier cálculo de este tipo: *¿en qué lengua, con qué grafía, contando qué letras y sumando qué?* Si las cuatro respuestas las eligió quien hizo el cálculo, el cálculo lo hizo él.

26. UN CENSO CERRADO EL 144.000 COMO NÚMERO DE SALVADOS

MECANISMO: LEER LITERALMENTE UNA CIFRA Y SIMBÓLICAMENTE TODO LO QUE LA RODEA.

QUÉ AFIRMA

Que el número de Apocalipsis 7,4 debe entenderse **literalmente**, y que designa la cantidad exacta de personas que irán al cielo a reinar con Cristo.

De ahí se sigue una división de la humanidad salvada en dos clases. Un grupo limitado —ciento cuarenta y cuatro mil— con destino celestial. Y otro, sin número fijo, con destino terreno: vivirán para siempre en una tierra convertida en paraíso.

La afirmación se formula así de explícita: solo ciento cuarenta y cuatro mil personas van al cielo.

DE DÓNDE VIENE

De la misma matriz que el caso anterior. Nació en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo diecinueve, en el ambiente surgido tras el fracaso de los cálculos sobre 1844, y hoy la sostiene una organización religiosa presente en casi todo el mundo, que la enseña públicamente y la publica en sus propios materiales.

No es una opinión marginal ni una curiosidad de internet: es doctrina oficial de un grupo con millones de miembros, y es probable que el lector la haya oído en la puerta de su casa.

QUÉ HAY DE CIERTO

Conviene reconocer lo que la lectura tiene de sólido, que es más de lo que un lector católico esperaría.

El número está en el texto. Apocalipsis 7,4 da la cifra, y Apocalipsis 14,1 la repite. No es una invención.

Los dos grupos también están. El capítulo séptimo presenta primero a los sellados y después, en el versículo nueve, a una muchedumbre incontable de todas las naciones. Son dos visiones sucesivas y distinguibles, y sostener que el texto habla de dos grupos no es descabellado.

Y hay un apoyo evangélico. Jesús dijo a sus discípulos que no temieran, «pequeño rebaño». La expresión existe y admite una lectura restrictiva.

De modo que quien sostiene esta doctrina no está inventando pasajes. Está leyéndolos de una manera determinada, y el problema está en la manera.

DÓNDE FALLA

Primera: la cifra la construye el propio texto

El Apocalipsis no da un total y calla. **Descompone.**

Después de anunciar el número, enumera doce mil sellados por cada una de doce tribus, tribu por tribu, con sus nombres. La cifra resulta de multiplicar doce por doce y por mil.

Un número que el texto presenta como producto de una construcción simbólica —el número del pueblo de la alianza, multiplicado por sí mismo y por una cifra de multitud— no se comporta como un recuento. Los censos no se escriben así.

Segunda: el versículo nueve

Cinco versículos después de la cifra, Juan escribe que vio:

«una enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas» (Ap 7,9).

La doctrina resuelve esto convirtiendo a esa multitud en una clase distinta con otro destino. Es una salida, y tiene un costo: obliga a suponer una división de la salvación en dos categorías que el texto no establece en ninguna parte.

Y deja sin explicar el contraste evidente. **El texto pone juntas, a cinco versículos, una cifra contada y una multitud que nadie puede contar.** Esa contraposición hace un trabajo literario obvio: dice que Dios conoce a los suyos uno por uno y que su misericordia desborda cualquier cálculo. Leerlas como dos censos distintos es quedarse sin el contraste y sin lo que enseña.

Tercera, y es la decisiva: el literalismo se aplica solo a la cifra



Aquí está el mecanismo, y el lector puede comprobarlo sin ayuda de nadie.

Si el número es literal, ¿por qué no lo es el resto de lo que el mismo pasaje dice de esas personas?

Son doce mil de cada tribu de Israel, y el texto las enumera por nombre. Tomado literalmente, habría que pertenecer a una tribu israelita identificable —y la lista, además, omite a Dan e incluye combinaciones que no coinciden con ninguna otra lista bíblica—.

Son vírgenes, y el texto dice de ellos que no se han contaminado con mujeres (Ap 14,4). Tomado literalmente, excluiría a todos los casados.

Están sellados en la frente con una marca, y **están de pie sobre el monte Sión**.

Nadie aplica literalmente ninguna de esas cuatro cosas. Todas se leen como símbolo.

Solo el número se lee literalmente.

Esa es la operación completa, y no se sostiene. Un pasaje no puede ser literal en una cifra y simbólico en todos los rasgos que esa cifra cuantifica. Si los sellados son simbólicamente israelitas, simbólicamente vírgenes y simbólicamente sellados, son también simbólicamente ciento cuarenta y cuatro mil.

El literalismo selectivo no es una lectura literal: es una elección. Y se aplica exactamente al elemento del que depende la doctrina.

QUÉ OCURRE

Una doctrina así tiene consecuencias prácticas que es preciso mirar, porque este libro sostiene que el error numérico no es solo intelectual.

La primera es aritmética y visible. Una organización que enseña esto y que cuenta con varios millones de miembros activos tiene que explicar quiénes están dentro del número y quiénes no. La cifra de quienes se declaran parte del grupo celestial ha tenido que ser administrada a lo largo de las décadas, y su evolución ha exigido ajustes en la explicación.

La segunda es interior, y es la que importa. Una doctrina que fija un cupo produce inevitablemente la pregunta de si uno cabe. No es una cuestión teórica para quien la cree: afecta a cómo se entiende a sí mismo ante Dios, a qué espera después de morir y a cómo mira a los de su propia casa.

Y produce además una división dentro de la comunidad, entre quienes se consideran del número y quienes no, con esperanzas distintas y prácticas distintas.

Este libro no juzga la sinceridad de nadie. Registra que **de una decisión sobre cómo leer una cifra se siguen consecuencias sobre cómo millones de personas entienden su propia salvación**, y que esa decisión, examinada, no se sostiene.

EL MECANISMO QUE VALE LA PENA RECONOCER

El literalismo selectivo es de los procedimientos más difíciles de detectar, porque quien lo emplea se presenta —y a menudo se cree— como el más fiel al texto.

La señal es siempre la misma: la literalidad se aplica donde produce el resultado que se busca, y se suspende donde lo impediría.

Y la prueba que el lector puede hacer es sencilla. Ante cualquier lectura literalista de una cifra bíblica, pregunte: *¿y el resto del versículo?* Si el resto se lee como símbolo mientras el número se lee al pie de la letra, ya sabe qué está ocurriendo.

Conviene añadir algo, porque es la parte incómoda. **Este error no es exclusivo de nadie.** Cualquiera puede cometerlo, y un lector católico también, cada vez que toma al pie de la letra el dato que le importa de un pasaje cuyo lenguaje entiende como simbólico en todo lo demás.

La regla, formulada en positivo: **un pasaje se lee entero con la misma clave, o se declara por qué no.**

EN QUÉ GRADO QUEDA

No recomendable.

Y hay que precisar por qué no basta con llamarlo especulativo. La cuestión de si el Apocalipsis distingue dos grupos puede discutirse; hay exegetas que ven en los sellados y en la muchedumbre dos aspectos de una misma realidad y otros que ven dos momentos. Eso sería materia opinable.

Lo que lleva esta lectura al último grado es su consecuencia: **fija un límite numérico a quienes alcanzan la comunión plena con Dios.**

Y eso choca con lo que la Escritura enseña sobre la voluntad salvífica de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; y con la propia página que se está leyendo, donde la multitud que sigue a la cifra es expresamente incontable.

La fe católica no admite que la salvación tenga cupo. Y no lo admite por generosidad sentimental, sino porque el número de los salvados no es un dato revelado: es algo que la Escritura deja deliberadamente fuera de nuestro alcance, y sobre lo que la Iglesia enseña a esperar y no a calcular.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que el literalismo puede ser selectivo..., y casi siempre lo es. Nadie lee literalmente el pasaje entero. La pregunta útil no es si alguien lee al pie de la letra, sino *qué* lee al pie de la letra y por qué eso y no lo demás.

Que una cifra descompuesta por el propio texto no es un recuento. Cuando el autor sagrado muestra su aritmética —doce por doce por mil, tribu por tribu— está enseñando cómo construyó el número, no contando cabezas.

Que el desmentido está a cinco versículos. Como en los otros casos del Apocalipsis, no hace falta erudición: hace falta seguir leyendo.

Y que las consecuencias no son teóricas. De cómo se lea una cifra puede depender que alguien pase la vida preguntándose si cabe. Ese es el motivo por el que este libro existe.

27. UN PLAZO EN CURSO LAS SETENTA SEMANAS DE DANIEL 9, HOY

MECANISMO: RECALCULAR INDEFINIDAMENTE DESPLAZANDO EL PUNTO DE PARTIDA.

QUÉ AFIRMA



Que las setenta semanas de Daniel 9 constituyen un cronograma computable de la historia de la salvación, que sesenta y nueve de esas semanas ya se cumplieron hasta Cristo, y que **la semana setenta sigue pendiente**.

Esa última semana —siete años— sería el tiempo de la tribulación final, y a partir de acontecimientos contemporáneos se calcula cuándo empezará.

De ahí se derivan expectativas concretas: la reconstrucción del templo de Jerusalén, la firma de un pacto que será roto a mitad de la semana, y una fecha o un margen de fechas para el desenlace.

DE DÓNDE VIENE

De una corriente interpretativa con nombre propio: el **dispensacionalismo**.

Fue sistematizada por John Nelson Darby, en Irlanda e Inglaterra, hacia mil ochocientos treinta, y alcanzó su difusión mundial gracias a Cyrus I. Scofield, que la incorporó a las notas de una Biblia anotada publicada en mil novecientos nueve y revisada en mil novecientos diecisiete. Esa Biblia, con el comentario impreso junto al texto sagrado, llevó el sistema a millones de lectores que no siempre distinguían dónde terminaba la Escritura y dónde empezaba la nota.

Conviene decir con precisión qué es y qué no es. **El dispensacionalismo no se define por dividir la historia en etapas** —eso lo hacen muchas teologías—, sino por sostener que Dios tiene dos planes distintos y paralelos: uno para Israel y otro para la Iglesia.

De esa separación depende todo lo demás, incluida la lectura de Daniel 9 que aquí examinamos.

Hoy circula en libros de gran tirada, en novelas de éxito construidas sobre ese esquema, y en vídeo y redes. No pertenece a una sola comunidad: es un marco compartido por ambientes muy distintos, y por eso resulta más difícil de examinar que una doctrina de grupo.

Este caso nombra la corriente y a sus dos figuras históricas, ambas del siglo diecinueve y principios del veinte. **No nombra a ningún autor ni predicador contemporáneo:** lo que se examina es un procedimiento, no unas personas.

QUÉ HAY DE CIERTO

Aquí hay bastante que conceder, y es preciso hacerlo sin regatear.

Las setenta semanas están en el texto, y el propio Daniel las desglosa: siete semanas, sesenta y dos semanas, y una semana tratada aparte.

La lectura de la semana como semana de años es antigua y razonable. No es una invención moderna: la Escritura conoce la semana de años en la ley del jubileo, y esa clave se aplicó a Daniel desde muy pronto.

Y la lectura mesiánica es cristiana y tradicional. La Iglesia ha visto en el ungido de Daniel 9 una referencia a Cristo, y este libro no discute eso: lo comparte.

De modo que el material de partida es sólido. Lo que se hace con él, no.

DÓNDE FALLA

Primera: el punto de partida se elige entre cuatro

El texto dice que la cuenta empieza con la salida de una orden de restaurar y reconstruir Jerusalén. No dice cuál.

Y hay al menos cuatro candidatos documentados: el decreto de Ciro, el permiso de Darío, y dos disposiciones distintas de Artajerjes.

Cada uno da un resultado distinto, con décadas de diferencia entre ellos. **Quien elige el decreto elige la fecha final**, y esa elección la hace el intérprete, no el texto.

Segunda: la discrepancia se resuelve moviendo los postes

Cualquiera que sea el decreto elegido, el resultado no encaja exactamente con la vida de Cristo. Sobran o faltan décadas.

Y aquí viene lo mejor de este caso, porque **la literatura del propio campo describe con franqueza cómo se resuelve:** moviendo los postes. Se proponen nuevos puntos de inicio y de final hasta que la discrepancia se reduce.

Se ajusta el decreto. Se ajustan las fechas del nacimiento y de la muerte de Cristo. Se ajusta el significado de «cortado». Se ajusta la duración del año empleado en el cómputo.

Cada uno de esos ajustes es defendible por separado. Juntos son un procedimiento que puede llevar el resultado a donde haga falta, y quien lo emplea lo sabe, porque lo describe.

Tercera, y es la decisiva: el paréntesis

Y aquí está la aportación sin la cual todo el edificio se derrumba.

El texto presenta las tres partes de manera consecutiva: siete semanas, después sesenta y dos, después una. Nada indica una interrupción.

La lectura que examinamos **inserta entre la semana sesenta y nueve y la setenta un intervalo de duración indefinida**, que ya lleva cerca de dos mil años y que corresponde al tiempo de la Iglesia. La semana setenta quedaría suspendida, esperando a reanudarse en el futuro.

Y vale la pena subrayar que **no somos nosotros quienes lo llamamos paréntesis**. Es el término del propio sistema: el dispensacionalismo clásico describe la era de la Iglesia como un gran paréntesis en el plan de Dios, un tiempo durante el cual el reloj profético se ha detenido.

La palabra es exacta y delata la operación. Un paréntesis es, por definición, algo que se inserta en un texto que **ya estaba completo sin él**. Eso es precisamente lo que ocurre aquí: Daniel 9 se lee entero y no hay ningún hueco; el hueco lo abre el intérprete.

Ese intervalo no está en Daniel. No se menciona, no se insinúa, no se deja espacio para él. Es la pieza que convierte una profecía cumplida en un plazo en curso, y su necesidad no viene del texto sino del sistema: sin ella, la separación entre los dos planes —Israel y la Iglesia— no tendría dónde alojarse.

Cuarta: por eso el cálculo no puede fallar

Reunidas las tres cosas anteriores, aparece lo que hace de esta lectura un caso distinto de todos los demás de esta Parte.

El milerismo falló, y su fracaso fue verificable. Llegó el 22 de octubre de 1844, no pasó nada, y el movimiento se disolvió.

Esta lectura no puede fallar, y no porque acierte. **No puede fallar porque el paréntesis es elástico.**

Si el desenlace no llega, el paréntesis simplemente continúa. No hay fecha que expire, no hay predicción que se desmienta, no hay chasco posible. Cada generación puede afirmar que la semana setenta está a punto de comenzar, y ninguna generación puede ser contradicha por los hechos.

Este libro sostiene que ahí está el problema entero. **Un cálculo que ningún acontecimiento puede refutar no es una predicción: es una postura.**

Y conviene decirlo con la regla que el capítulo de método propone. Si a un lector se le presenta una lectura y no puede señalar qué tendría que ocurrir para abandonarla, no está ante un argumento: está ante una convicción vestida de cálculo.

QUÉ OCURRE

Este caso no tiene un desenlace único como el de 1844. Tiene un efecto continuado, que importa describir sin exagerarlo.

Produce una expectativa permanente de inminencia. Quien vive dentro de este marco lee cada crisis internacional, cada conflicto en Oriente Medio y cada acuerdo diplomático como posible cumplimiento de la última semana.

Eso tiene consecuencias sobre la vida ordinaria —decisiones sobre el futuro, sobre los hijos, sobre el trabajo— tomadas bajo el supuesto de que queda poco tiempo.

Y produce una lectura de la política internacional en clave profética, que es donde este caso deja de ser una cuestión de exégesis. Cuando acontecimientos concretos, con actores concretos, se interpretan como piezas de un cronograma divino, se está atribuyendo a decisiones humanas un estatuto que no tienen, y a veces se está apoyando o combatiendo esas decisiones por motivos que nada tienen que ver con su justicia.

Aquí hay que recordar lo que la Iglesia enseña, y que ya citamos al tratar el número mil: rechaza toda pretensión de llevar a cabo la esperanza mesiánica dentro de la historia, y señala expresamente como principal peligro la forma política de un mesianismo secularizado.

EL MECANISMO QUE CONVIENE RECONOCER

Un cálculo profético se vuelve irrefutable cuando incorpora una pieza de duración indefinida.

Con eso basta. No hace falta que el cálculo acierte: basta con que no pueda equivocarse.

Y la señal para detectarlo es sencilla. Pregúntese el lector, ante cualquier cronograma que le presenten: **¿qué tendría que pasar para que esto se demostrara falso?**

Si la respuesta es «nada», o si es «que pase el tiempo, pero el tiempo puede seguir pasando», el cronograma no está midiendo nada.

Compárese con el caso anterior. Miller se jugó una fecha y la perdió, y eso —por doloroso que fuera— era honesto: su afirmación era comprobable. Un cálculo indefinidamente aplazable ni siquiera ofrece esa honestidad.

Es más seguro y por eso vale menos.

EN QUÉ GRADO QUEDA

El desglose de las setenta semanas y su lectura mesiánica: **sugerente**, como quedó establecido al tratar el setenta.

La inserción de un paréntesis de duración indefinida entre la semana sesenta y nueve y la setenta: **especulativa**. No está en el texto y es una construcción del intérprete.

La derivación de fechas o de expectativas concretas sobre acontecimientos contemporáneos: **no recomendable**.

Y por las razones de siempre. Porque anunciar plazos para la consumación choca con una palabra expresa del Señor:

«En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24,36).

Porque el propio texto de Daniel divide la cifra en tramos desiguales que ninguna cronología literal explica. Y porque leer la política internacional como cumplimiento de un calendario divino es exactamente lo que la Iglesia ha rechazado bajo el nombre de milenarismo.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que un cálculo irrefutable es peor que uno fallido. El que falla puede corregirse; el que no puede fallar no ofrece nada que comprobar.

Que la pieza elástica es la señal. Busque el lector, en cualquier cronograma, el elemento cuya duración no está fijada. Ahí es donde el sistema se protege.

Que el punto de partida siempre se elige. Cuatro decretos posibles, cuatro resultados. Quien no declara por qué eligió uno está ocultando la decisión más importante de su cálculo.

Y que hay una pregunta que basta. *¿Qué tendría que ocurrir para que usted abandonara esta lectura?* Formulada con respeto, distingue en un minuto un argumento de una convicción.

28. UN CÓDIGO OCULTO LOS SALTOS EQUIDISTANTES DE LETRAS

MECANISMO: BUSCAR HASTA ENCONTRAR.

QUÉ AFIRMA



Que el texto hebreo de la Biblia contiene, además de lo que dice, **mensajes cifrados** que solo pueden leerse mediante un procedimiento mecánico.

El procedimiento se llama secuencia de letras equidistantes. Consiste en suprimir los espacios entre palabras, dejando el texto como una larga tira de letras, y después leer tomando una de cada dos, una de cada tres, una de cada cien, y así sucesivamente, desde cada punto de partida posible.

De esas lecturas emergen palabras. Y quienes sostienen esta lectura afirman que las palabras que aparecen —nombres, fechas, acontecimientos— constituyen mensajes deliberados, imposibles de atribuir al azar y prueba del origen sobrenatural del texto.

DE DÓNDE VIENE

De dos fuentes distintas que más vale no confundir.

La primera es académica. En mil novecientos noventa y cuatro, una revista de estadística publicó un artículo firmado por un físico, un matemático y un informático, en el que sostenían haber encontrado en el texto hebreo del Génesis los nombres de treinta y dos rabinos famosos junto a sus fechas de nacimiento y muerte. La lista original, preparada en mil novecientos ochenta y seis, tenía treinta y cuatro; un estadístico exigió una muestra nueva, elegida antes de mirar el texto, y el artículo publicado se jugó a esa segunda lista.

La segunda es divulgativa. En mil novecientos noventa y siete, un periodista publicó un libro de enorme éxito que aplicaba el método a acontecimientos contemporáneos y que se vendió en todo el mundo. Afirmó, entre otras cosas, haber encontrado en el texto el nombre del primer ministro israelí junto a la expresión «asesino que asesinará», y haberle hecho llegar una advertencia escrita en septiembre de mil novecientos noventa y cuatro. Catorce meses después —y dos años antes de que el libro se publicara—, ese primer ministro fue asesinado.

Ese episodio explica buena parte del impacto del asunto, y es preciso tratarlo con seriedad antes de examinarlo.

QUÉ HAY DE CIERTO

El método existe y las palabras aparecen de verdad. No hay engaño en eso. Quien aplique el procedimiento encontrará palabras, y no pocas.

La coincidencia del caso más famoso es real. El nombre apareció, la advertencia se hizo, y el asesinato ocurrió. Nada de eso es inventado.

Y el hebreo se presta particularmente, porque se escribe sin vocales: una secuencia de tres o cuatro consonantes admite varias lecturas, lo que multiplica las palabras posibles.

De modo que lo que hay que examinar no es si el método produce resultados. Los produce. Lo que hay que examinar es **qué significa que los produzca.**

DÓNDE FALLA

Primera: el tamaño del espacio de búsqueda

Y aquí está todo el asunto.

Tome el lector un texto de trescientas mil letras. Cada una de esas letras puede ser un punto de partida. Y desde cada punto de partida puede leerse con salto de dos, de tres, de cuatro, hasta donde se quiera.

Solo con saltos de hasta ciento veinte, eso da **más de treinta y cinco millones de secuencias distintas.** Y aún no hemos contado las lecturas hacia atrás, ni los saltos mayores, ni las lecturas en diagonal cuando el texto se dispone en cuadrícula.

Ante decenas de millones de intentos, encontrar una palabra de cinco o seis letras **no es improbable: es inevitable.** No hace falta un autor sobrenatural para explicarlo; basta con la aritmética.

La intuición nos engaña porque calculamos mal. Pensamos: «¿qué probabilidad hay de que estas seis letras concretas caigan a la misma distancia?». Y es baja. Pero la pregunta correcta es otra: «¿qué probabilidad hay de que **alguna** palabra que me interese aparezca en **alguno** de los treinta y cinco millones de sitios?». Y esa es prácticamente uno.

Segunda: el desafío que salió mal

En mil novecientos noventa y siete, molesto por las críticas, el autor del libro divulgativo hizo una declaración pública en una revista norteamericana: cuando sus críticos encontraran un mensaje sobre el asesinato de un primer ministro codificado en *Moby Dick*, les creería.

Un matemático australiano, profesor de informática, aceptó el desafío y aplicó el mismo método a la novela de Melville.

Encontró, según reportó, referencias codificadas a los asesinatos de Indira Gandhi, Martin Luther King, John F. Kennedy y Abraham Lincoln. Y encontró también el del primer ministro israelí que había motivado el desafío.

En mil novecientos noventa y nueve, ese mismo matemático publicó junto a otros dos matemáticos y una psicóloga, en la misma revista de estadística que había acogido el artículo original, una refutación del trabajo de mil novecientos noventa y cuatro. Entre sus objeciones principales estaba que la lista de nombres de rabinos empleada admitía variantes —alias, apodos, grafías distintas—, de modo que la elección de cada nombre había sido, en la práctica, una decisión del investigador.

Tercera: la flexibilidad de la lengua

Se ha señalado además que el autor del libro divulgativo mezclaba libremente hebreo clásico y hebreo moderno, que tratan de manera distinta ciertas letras que pueden funcionar como consonante o como vocal.

Esa mezcla no es un detalle técnico: **multiplica las lecturas posibles de cada secuencia**, y por tanto multiplica los hallazgos.

LA PRUEBA QUE EL LECTOR PUEDE REHACER

Este es el único caso de este libro que puede refutarse con un experimento, y nos ha parecido justo hacerlo en lugar de solo describirlo.

HEMOS APLICADO EL MÉTODO AL TEXTO DE ESTE MISMO LIBRO.

Suprimimos los espacios y los signos de puntuación del volumen que el lector tiene en las manos, dejando una tira continua de doscientas noventa y seis mil letras. Después buscamos, con saltos de dos a ciento veinte, palabras con carga.

Estos son los resultados.

CRISTO aparece, con salto de cinco. **PROFETA** aparece, con salto de dos. **ROMA** aparece, con salto de tres. **PAPA** aparece, con salto de tres. **BESTIA** aparece, con salto de ciento once. **FALSO** aparece, con salto de cuarenta y dos. **MUERTE** aparece, con salto de cuarenta y siete. **FIN** aparece, con salto de dos.

Y también, con salto de noventa y seis, aparece **LETICIA**, que es el nombre de la mujer a quien está dedicado este libro.

Un intérprete decidido tendría material de sobra. Podría anunciar que este volumen contiene, oculto, un mensaje sobre la Bestia, Roma, el Papa y un profeta falso, y que la muerte y el fin están inscritos en él. Podría añadir, para impresionar, que hasta el nombre de la esposa del autor está cifrado en sus páginas.

Y todo sería literalmente cierto. Las palabras están ahí y cualquiera puede comprobarlo.

LO QUE TAMBIÉN HAY QUE DECIR

Y aquí está la parte que un divulgador omitiría.

Buscamos otras palabras y no aparecieron. SATANÁS, JUICIO, ELEGIDO, MENTIRA. Y tampoco apareció el nombre del propio autor, aunque sí el de su esposa.

Esa es la prueba de que el método no es mágico sino estadístico: encuentra lo que la aritmética permite encontrar. Las palabras cortas y con letras frecuentes aparecen; las largas o con letras raras, no siempre.

Un divulgador publicaría los nueve hallazgos y callaría los cinco fracasos. Nosotros publicamos los catorce, porque **la lista completa es la que demuestra algo**, y lo que demuestra es que no hay mensaje: hay una tira larga de letras y un buscador paciente.

LA PRUEBA DEFINITIVA

Y ahora el experimento que zanja el asunto, y que también puede rehacerse.

Hemos tomado el mismo texto y **hemos barajado todas sus letras al azar**. Las mismas doscientas noventa y seis mil letras, revueltas como una baraja: ni una palabra, ni una frase, ni un solo resto de sentido. Un montón de letras sin autor y sin mensaje posible.

Después hemos vuelto a buscar.

CRISTO aparece, con salto de once. **BESTIA** aparece, con salto de once. **ROMA** aparece, con salto de dos. **PAPA** aparece, con salto de dos. **FALSO** aparece, con salto de catorce. **MUERTE** aparece, con salto de veinticuatro. **FIN** aparece, con salto de dos.

Siete de las nueve palabras que habíamos encontrado en el libro **siguen ahí después de destruir el libro**.

Y es concluyente. Ese montón de letras no lo escribió nadie. No dice nada. No tiene autor, ni intención, ni sentido. Y contiene, ordenadamente, a Cristo, a la Bestia, a Roma, al Papa, lo falso, la muerte y el fin.

Si el método encuentra mensajes donde con certeza no hay ninguno, encontrarlos no prueba que los haya.

No hace falta ningún otro argumento. Un instrumento que da resultado positivo aplicado a un texto sin sentido no está detectando nada: está fabricando.

Y UNA OBSERVACIÓN SOBRE LO QUE NO APARECIÓ

Dos palabras dejaron de encontrarse al barajar el texto: **PROFETA** y **LETICIA**, las dos más largas de la lista.

Eso también enseña. Cuanto más larga es la palabra, más difícil resulta que aparezca por azar, y por tanto más significativo sería su hallazgo. Las palabras cortas aparecen en cualquier parte; las largas, no siempre.

Quien quisiera sostener seriamente que un texto contiene mensajes cifrados tendría que trabajar con secuencias largas, y no con palabras de cuatro o cinco letras. Que casi todos los hallazgos que circulan sean cortos no es casualidad.

EL MECANISMO QUE CONVIENE RECONOCER

Buscar hasta encontrar. Es el procedimiento más simple de todos los que este libro examina y el más difícil de refutar ante quien ya está convencido, porque sus resultados son reales.

La señal para detectarlo es siempre la misma pregunta: **¿cuántos intentos hubo?**

Un hallazgo entre diez intentos significa algo. El mismo hallazgo entre treinta y cinco millones no significa nada. Y quien presenta el resultado casi nunca informa del número de intentos, porque hacerlo desactivaría el efecto.

Y hay una segunda pregunta, hermana de la primera: **¿qué buscaron y no encontraron?**

Nadie publica sus fracasos. Pero sin ellos no puede evaluarse un hallazgo, del mismo modo que no puede juzgarse la puntería de un tirador viendo solo los disparos que dieron en el blanco.

EN QUÉ GRADO QUEDA

No recomendable.

No por improbable, sino por lo que hace. Esta lectura convierte la Escritura en un objeto que se interroga mecánicamente, del que se extraen respuestas mediante un procedimiento que prescinde por completo de lo que el texto dice.

Y es, en sentido estricto, lo contrario de leer. La Palabra de Dios se dirige a alguien; el código, si existiera, no se dirigiría a nadie: estaría ahí, esperando a que la máquina adecuada lo extrajera.

Vale la pena añadir algo sobre la tentación que hay detrás, porque es comprensible. Quien busca códigos suele querer una prueba: algo que demuestre, sin lugar a duda y sin necesidad de fe, que la Biblia viene de Dios.

Ese deseo es sincero y la Escritura no lo satisface. La fe no descansa sobre una demostración matemática, y un Dios que hubiera escondido su firma en una cuadrícula habría elegido un modo de hablar que no requiere confianza. **El Dios de la Escritura habla de otra manera: dice lo que dice, a la vista de todos, y pide que se le crea.**

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que un hallazgo sin el número de intentos no vale nada. Es la pregunta que desarma este caso y muchos otros: *¿cuántas veces lo intentaron?*

Que los fracasos son parte del dato. Quien solo publica los aciertos no está informando: está seleccionando.

Que el método funciona en cualquier texto, incluido este libro, que fue escrito precisamente para desaconsejarlo.

Y que buscar pruebas no es lo mismo que buscar a Dios. La Escritura no esconde su origen en una cuadrícula. Lo pone en lo que dice.

29. UNA MARCA RECONOCIDA LA BESTIA Y LAS TECNOLOGÍAS

MECANISMO: IDENTIFICAR UNA IMAGEN APOCALÍPTICA CON UN OBJETO CONTEMPORÁNEO.

QUÉ AFIRMA

Que la marca descrita en Apocalipsis 13,16-17 —una señal en la mano derecha o en la frente, sin la cual nadie puede comprar ni vender— corresponde a una **tecnología concreta y actualmente existente**.

Y que reconocerla permite al creyente saber en qué punto de la historia se encuentra y qué debe rechazar.

DE DÓNDE VIENE

De ninguna parte en particular y de todas. A diferencia de los casos anteriores, este no tiene un autor, una obra fundacional ni una comunidad que lo sostenga oficialmente.

Es una interpretación **popular**, transmitida de boca en boca, en predicaciones, en cadenas de mensajes y, en las últimas dos décadas, en vídeo y redes sociales. Aparece y reaparece sin necesidad de que nadie la organice.

Y tiene una historia larga, que es precisamente lo que importa mirar.

QUÉ HAY DE CIERTO

Aquí habrá que conceder bastante, y este libro lo hace sin reservas.

El texto habla realmente de una marca corporal. No es una metáfora que los intérpretes hayan inventado: Apocalipsis 13,16 dice que se les puso «una marca en su mano derecha o sobre su frente».

Y habla realmente de una condición económica. El versículo siguiente dice que «nadie podía comprar o vender» sin llevarla.

Y el parecido con nuestro tiempo es genuino. Vivimos en sociedades donde el acceso a comprar y vender depende cada vez más de una identificación digital, donde el efectivo retrocede, y donde existen dispositivos que se implantan en la mano y permiten pagar acercándola a un lector.

Quien lee ese pasaje hoy y siente un escalofrío no está siendo supersticioso. **Está leyendo bien.** El problema no es que note el parecido: es lo que hace con él.

DÓNDE FALLA

Primera, y es el argumento entero: la sucesión

Esta identificación tiene más de un siglo, y ha cambiado de objeto cada vez que ha cambiado la tecnología.

Se identificó la marca con los números de identificación personal cuando estos se generalizaron. Con las tarjetas de crédito cuando aparecieron. Con los códigos de barras, sobre los que circuló ampliamente la afirmación de que contenían el 666 oculto. Con los grandes ordenadores centrales, sobre los que corrió durante décadas la leyenda de una computadora capaz de registrar a toda la humanidad. Con los microchips implantables. Con las aplicaciones de teléfono. Y, en los últimos años, con vacunas y certificados sanitarios.

Cada una de esas identificaciones tuvo defensores convencidos. Todas fueron abandonadas. Y ninguna fue abandonada porque alguien reconociera el error: simplemente apareció otra tecnología más nueva y más inquietante.

Ese historial es el argumento, y no necesita ningún otro. Un método que ha señalado siete objetos distintos en cien años, descartando cada uno al aparecer el siguiente, no está identificando nada: **está reaccionando a la novedad.**

Y permite hacer una predicción segura, que este libro se atreve a formular: **dentro de veinte años, la marca será otra cosa**. Será la tecnología que entonces resulte más nueva, más incomprensible y más difícil de evitar.

Segunda: el texto dice qué es la marca

Esto es sorprendentemente concreto y casi nunca se cita.

El versículo diecisiete no dice solo que haya una marca. Dice que nadie podía comprar o vender «si no llevaba marcado **el nombre de la Bestia o la cifra que corresponde a su nombre**».

Es decir: la marca **comunica un nombre o un número identificable**. Es una declaración de pertenencia legible.

Un código de barras, un chip o un certificado no comunican el nombre de nadie: comunican un identificador administrativo. Para que encajaran en la descripción tendrían que declarar públicamente a quién pertenece quien los lleva, y ninguno lo hace.

Tercera: la marca se acepta, no se cuela

El texto presenta la marca como algo que la gente **se deja poner**. La segunda Bestia «consiguió que todos —pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos— se dejaran poner una marca».

Y el contexto es de culto: la misma criatura ha hecho fabricar una imagen y ha dado muerte a quienes no la adoran.

La marca del Apocalipsis es un **acto de adhesión**, no un dispositivo administrativo aceptado por comodidad o exigido por una autoridad sanitaria. Quien se la pone sabe a quién se está adhiriendo, porque el que la impone lo ha dejado clarísimo.

Una tecnología que se adopta sin pensar, por conveniencia o por trámite, no se parece a eso. Se parece a lo contrario.

Cuarta: hay una marca opuesta

Y aquí está la clave que el capítulo del 144.000 ya señalaba.

En el mismo libro, los siervos de Dios llevan también una señal en la frente. Dos marcas, dos pertenencias.

Y la diferencia es reveladora: la de la Bestia **sirve para comprar y vender**; la del Cordero no sirve para nada práctico. No abre mercados: identifica.

Si el asunto fuera tecnológico, el sello del Cordero también debería serlo, y, que sepamos, nadie lo ha propuesto. **Se lee simbólicamente una y literalmente la otra**, que es el mismo literalismo selectivo que examinamos en el caso del ciento cuarenta y cuatro mil.

QUÉ OCURRE

El efecto más común de esta lectura no es espectacular, y por eso conviene nombrarlo: **es una angustia difusa y persistente**.

Creyentes que viven cada avance tecnológico con la sospecha de estar siendo cercados, y que interpretan su vida cotidiana —el banco, el teléfono, la tarjeta— como un campo minado espiritual. Personas que han rechazado documentos o trámites por temor a estar aceptando la marca, a veces con costes reales para sí mismas y para los suyos.

Este libro no entra en decisiones concretas ni en materias que no le corresponden. Registra una sola cosa, que es la suya: **de una identificación errónea se siguen decisiones que la gente toma creyendo que se juega la salvación**, y ninguna de esas identificaciones ha resistido veinte años.

EL MECANISMO QUE HAY QUE RECONOCER

Identificar una imagen apocalíptica con un objeto contemporáneo.



Es el más difundido de todos los que este libro examina, porque no requiere estudio, ni cálculo, ni conocimiento del texto. Basta con encontrar un parecido.

Y funciona precisamente porque el parecido es real. Las imágenes del Apocalipsis son potentes y describen dinámicas humanas permanentes: el poder que se absolutiza, el mercado que excluye, la propaganda que seduce. **Esas dinámicas se parecen a algo en todas las épocas**, y por eso cada generación encuentra su Bestia.

La señal para detectarlo es la pregunta histórica: **¿esta identificación es la primera, o hay una lista detrás?**

Si hay una lista —y aquí la hay, larga y documentada—, lo que se está viendo no es un cumplimiento. Es un hábito.

Y LA PREGUNTA QUE LA IDENTIFICACIÓN PERMITE ESQUIVAR

Es preciso terminar señalando lo que este libro considera más grave, y que ya apuntamos al tratar el 666.

El pasaje plantea una pregunta durísima al lector de cualquier época: **¿qué estaría yo dispuesto a hacer para poder seguir comprando y vendiendo?**

No es una pregunta sobre el futuro ni sobre la tecnología. Es sobre el precio que uno pagaría por no quedar fuera del sistema en que vive: qué callaría, a qué se adheriría, qué firmaría.

Dedicar la atención a averiguar qué dispositivo es la marca **es una manera de no responder a esa pregunta**. Convierte un examen de conciencia en una investigación técnica, y deja al lector vigilando su tarjeta en vez de su conciencia.

Ese cambio de objeto es, probablemente, el daño mayor que hace la numerología: no que dé respuestas falsas, sino que **sustituye las preguntas verdaderas por otras más cómodas**.

EN QUÉ GRADO QUEDA

La observación de que las sociedades contemporáneas condicionan cada vez más el acceso económico a una identificación: **es seguro y no es una lectura del Apocalipsis**. Es un hecho social que cualquiera puede constatar, y sobre el que la doctrina social de la Iglesia tiene bastante que decir.

Que el pasaje ilumine ese hecho y ayude a examinarlo: **suggerente**, y legítimo.

La identificación de la marca con una tecnología concreta, cualquiera que sea: **no recomendable**.

Por el historial de identificaciones fallidas. Porque el texto dice que la marca comunica un nombre y ninguna de las candidatas lo hace. Porque la marca del Apocalipsis es un acto de adhesión y no un trámite. Y porque el sello del Cordero, que es su contrapartida exacta, nadie lo ha leído nunca como tecnología.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que notar el parecido es correcto y sacar la conclusión no lo es. El pasaje describe una dinámica que se repite; identificarla con un objeto es lo que falla.

Que la lista detrás es el argumento. Siete identificaciones en cien años, todas abandonadas sin que nadie reconociera el error.

Que se lee literalmente una marca y simbólicamente la otra, y que esa asimetría delata la operación.

Y que la pregunta verdadera es otra. No cuál es la marca, sino qué precio estaría uno dispuesto a pagar para no quedar fuera. Esa sí es de este año, y no la resuelve ningún dispositivo.

30. UNA SEÑAL RECIBIDA LOS NÚMEROS COMO MENSAJES PERSONALES

MECANISMO: APLICAR A LA PROVIDENCIA INDIVIDUAL UN LENGUAJE QUE LA ESCRITURA RESERVA A LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN.

Este último caso es distinto de los seis anteriores, y conviene decirlo antes de empezar.

Los otros examinan afirmaciones que alguien sostiene públicamente: un cálculo, una doctrina, un sistema. Se pueden desmontar sin herir a nadie, porque lo que se desmonta es un argumento.

Aquí no hay argumento. Hay alguien que mira el reloj y ve las once y once, o encuentra la fecha de nacimiento de su madre en una matrícula, y siente que ha recibido un guiño.

Nadie ha publicado nada. No hay tesis que refutar ni adversario a quien responder. Hay una persona, probablemente sola, que ha sentido algo.

Por eso este caso empieza por otro sitio.

LO QUE HAY DE VERDADERO EN EL DESEO

Antes de examinar el método, vale la pena mirar lo que lo mueve, porque es serio y es cristiano.

Quien atribuye significado a esas coincidencias está deseando algo legítimo: **que Dios lo mire a él en particular.** No a la humanidad, no a la Iglesia, no a los hombres en general. A él, con su nombre, en su semana concreta.

Y ese deseo no solo es legítimo: **la Escritura lo confirma.** Dice que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados. Dice que Dios nos ha llamado por nuestro nombre. Y la fe católica sostiene, sin ambigüedad, que la providencia de Dios alcanza a cada persona y a cada circunstancia, no solo a los grandes movimientos de la historia.

De modo que quien busca señales no está pidiendo demasiado. **Está pidiendo exactamente lo que la fe promete.**

Este libro no va a corregir ese deseo. Va a examinar el método, que es otra cosa.

QUÉ AFIRMA



Que ciertos números —horas repetidas en el reloj, fechas que reaparecen, cifras que coinciden en matrículas o tickets— constituyen mensajes dirigidos personalmente, y que cada número tiene un significado determinado que puede consultarse.

Esa consulta se hace en tablas, publicadas sobre todo en internet, donde a cada secuencia se le asigna un contenido: nuevos comienzos, confirmación de un camino, presencia de un ángel, aviso sobre una decisión.

DE DÓNDE VIENE

De la espiritualidad contemporánea difundida en redes sociales, revistas y aplicaciones. Es reciente en su forma actual y tiene raíces en la numerología esotérica del siglo veinte.

E importa decir algo de entrada, porque muchos lectores creyentes no lo saben: **esta práctica no tiene fundamento bíblico**. Cuando Dios habla en la Escritura, habla: envía un profeta, un ángel que pronuncia palabras, un sueño que alguien interpreta, una voz. No hay un solo pasaje en el que se comunique mediante una cifra repetida que el destinatario deba después buscar en una tabla.

LA OBJECCIÓN QUE CONVIENE ANTICIPAR

Un lector informado pensará enseguida en algunos pasajes, y tiene razón en pensarlos.

La Escritura conoce el **sorteo**: se echan suertes para repartir la tierra, para designar turnos sacerdotales y, en el libro de los Hechos, para elegir al sustituto de Judas. Conoce también otros modos de consultar la voluntad de Dios en el Antiguo Testamento, y conoce a Gedeón pidiendo una señal con el vellón.

Conviene por eso precisar la afirmación, porque las diferencias son tres y son decisivas.

No son números que signifiquen, sino procedimientos de decisión. Un sorteo no comunica un mensaje: reparte. Nadie interpretaba el resultado buscándolo en una lista de significados.

Son públicos y comunitarios, no privados. Se hacen ante la asamblea, por el sacerdote, en el marco del culto. No es alguien mirando su reloj.

Y se invocan expresamente, con oración previa y para una cuestión concreta y grave. En Hechos, la comunidad reza antes de echar suertes, y lo hace para una sola decisión: quién completa el número de los Doce. ¿Y Gedeón? Su vellón es, en efecto, privado, y no cabe en la segunda diferencia. Cabe en las otras dos, que son las decisivas: pide la señal antes, la pide expresamente a Dios, y la pide para una misión que ya había recibido y no se atrevía a creer. No interpreta después, desde una tabla, un azar que nadie invocó. Del vellón al reloj va la distancia entre una pregunta dirigida a Alguien y un mensaje atribuido a nadie.

Hay además un dato que merece notarse. **Después de Pentecostés, la Iglesia no vuelve a echar suertes**. El episodio de Matías es el último, y ocurre antes de que el Espíritu sea derramado. A partir de ahí, la comunidad decide discerniendo, deliberando y orando, y el Nuevo Testamento no vuelve a registrar el procedimiento.

Es un detalle discreto, y hay que darle su grado: es un argumento por silencio, y queda en sugerente. Pero apunta adonde todo lo demás: el modo ordinario de conocer la voluntad de Dios, después de Pentecostés, es el discernimiento en el Espíritu, no el procedimiento.

QUÉ HAY DE CIERTO

El fenómeno es real. Quien dice que ve las once y once con frecuencia no está inventando ni exagerando. Lo ve.

Ese es el punto de partida honesto, y quien lo niegue no entenderá nada.

DÓNDE FALLA

Primera: hay muchas más horas «notables» de las que parece

Hagamos una cuenta que el lector puede rehacer.

Un día tiene mil cuatrocientos cuarenta minutos. Contemos ahora cuántas de esas horas resultarían llamativas si se vieran en un reloj: las dobles como la una y uno, las de espejo como las doce y veintiuno, las de dígitos repetidos como las cuatro y cuarenta y cuatro, las de cifras ascendentes como la una y veintitrés.

Sumadas, **son cincuenta y cuatro**. Casi el cuatro por ciento del día.

Y ahora la consecuencia. Si una persona mira el reloj veinte veces a lo largo del día —cosa modesta, teniendo el teléfono en la mano—, la probabilidad de que al menos una vez vea una hora «notable» es de **más del cincuenta por ciento**.

Es decir: **ver una hora significativa no es raro. Es lo que ocurre uno de cada dos días**, sin que intervenga nada más que la aritmética.

Segunda: el denominador es invisible

Y aquí está el mecanismo psicológico, que tiene nombre y que hay que conocer sin vergüenza porque nos afecta a todos.

Se llama **atención selectiva**. Miramos el reloj decenas de veces al día y no recordamos ninguna de esas veces, salvo aquella en que el número dijo algo. Las otras no se archivan: no porque las olvidemos, sino porque nunca llegaron a registrarse.

El resultado es una estadística imposible. En la memoria quedan diez ocasiones en que la hora era significativa y **cero** en que no lo era. Con esos datos, cualquiera concluiría que está pasando algo.

Y hay un segundo efecto que lo refuerza: en cuanto uno empieza a prestar atención a un patrón, lo ve más. No porque aparezca

más, sino porque ahora lo busca.

Nada de esto significa que la persona se lo invente. Significa que la experiencia es real y la conclusión no se sigue de ella.

Tercera: el número no dice nada

Esta es la objeción de fondo, y vale para todo el libro.

Una palabra comunica. Un número, no. «Once y once» no contiene ningún mensaje: contiene dos cifras.

Todo el contenido —nuevos comienzos, confirmación, presencia de un ángel— **lo aporta una tabla que alguien escribió**, y esas tablas no coinciden entre sí. Búsquese la misma secuencia en tres sitios distintos y aparecerán tres significados.

De modo que la cadena real es esta: la persona ve una hora, consulta una tabla escrita por un desconocido, y atribuye a Dios lo que dice esa tabla.

Formulado así se ve el problema. **No es que Dios haya hablado poco claro. Es que quien habla es la tabla.**

Cuarta, y es la que importa: hay canales mejores

Aquí llegamos a lo que este libro quiere decir de verdad, y no es un reproche.

Quien busca señales quiere que Dios le hable a él personalmente. **Y esa comunicación ya existe, y es mucho más personal que un reloj.**

En la confesión, alguien le dice a usted, por su nombre, que sus pecados quedan perdonados. En la Eucaristía recibe usted a Cristo, no un mensaje sobre Cristo. En la Escritura leída en oración, un texto escrito hace milenios le dice algo hoy que ayer no le decía. En la dirección espiritual, otra persona escucha su vida concreta. En la conciencia, Dios habla en el lugar más íntimo que usted tiene.

Compárese eso con una cifra en una pantalla.

EL RELOJ NO SABE SU NOMBRE. DIOS SÍ.

Y hay una diferencia más, que es preciso mirar de frente porque explica el atractivo del método. Los canales que la Iglesia ofrece **piden algo**: la confesión pide arrepentimiento, la Escritura pide tiempo, la conciencia pide obedecerla. La señal numérica no pide nada. Llega sola, confirma lo que uno ya pensaba y no exige conversión.

Esa comodidad es precisamente lo que la delata. **Dios no suele hablar para confirmarnos. Habla para llamarnos.**

QUÉ OCURRE

Este caso no produce movimientos ni fechas fallidas. Produce dos cosas más silenciosas.

Una dependencia. Quien empieza a buscar señales acaba necesítandolas para decidir. Y como las señales no responden preguntas concretas, cada decisión importante queda sujeta a una interpretación que uno mismo fabrica y que puede cambiar de un día para otro.

Y un desplazamiento. El tiempo y la atención que van a la búsqueda de señales no van a la oración, a los sacramentos ni a la Escritura. No se pierde la fe: se sustituye su alimento por otro más ligero.

El mecanismo que conviene reconocer

Aplicar a la propia vida un lenguaje que la Escritura reserva a la historia de la salvación.

Los números bíblicos significan dentro de una historia pública: la creación, la alianza, el pueblo, la Pascua. Nunca aparecen como mensajes privados dirigidos a un individuo sobre sus asuntos.

Trasladarlos a la vida personal parece humilde —solo pido una señal para mí— y es en realidad una ampliación considerable: **se pide que Dios use, para comunicar cosas ordinarias a una persona, un lenguaje que en la Escritura sirve para decir quién es Él y qué ha hecho.**

Y la señal para detectarlo es sencilla: pregúntese el lector si el mensaje recibido le pide algo. Si solo confirma, tranquiliza o halaga, probablemente el mensaje sea suyo.

EN QUÉ GRADO QUEDA

No recomendable.

Y vale la pena decir dónde lo sitúa la fe católica, porque no es una cuestión de gusto.

El Catecismo trata estas prácticas al hablar del primer mandamiento, y empieza por una afirmación que más vale no perder:

«Dios puede revelar el porvenir a sus profetas o a otros santos. Sin embargo, la actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto» (n. 2115).

Nótese lo que dice y lo que no dice. **No niega que Dios se comuniqué.** Afirma que puede hacerlo. Lo que pide es otra cosa: confianza en lugar de averiguación.

Y a continuación enumera lo que debe rechazarse, con una expresión que alcanza directamente a lo que estamos examinando:

*«Todas las formas de adivinación deben rechazarse: el recurso a Satán o a los demonios, la evocación de los muertos, y otras prácticas que equivocadamente se supone “desvelan” el porvenir. La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, **la interpretación de presagios y de suertes**, los fenómenos de visión, el recurso a “médiums” encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos» (n. 2116).*

La interpretación de presagios. Eso es exactamente ver un mensaje en una hora repetida. La Iglesia no ha tenido que pronunciarse sobre esta práctica en particular: ya estaba nombrada.

UNA COSA INCÓMODA QUE HAY QUE DECIR

Y aquí este libro debe corregir algo de lo que dijo al empezar este capítulo, porque el Catecismo señala una raíz que resulta menos amable que el deseo de ser mirado.

Dice que estas prácticas «encierran una **voluntad de poder** sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres».

Voluntad de poder. No dice deseo de consuelo.

¿Se contradice eso con lo que sostuvimos al principio? No, y merece explicarse, porque en esa distinción está lo que este caso quiere enseñar.

El deseo inicial es el que dijimos: que Dios lo mire a uno en particular. Ese deseo es bueno y la fe lo confirma.

Pero el método lo transforma. Quien empieza queriendo ser mirado acaba, sin proponérselo, queriendo saber. Y quien quiere saber lo que Dios no ha dicho está pidiendo, en el fondo, poder sobre su propio futuro: certidumbre en lugar de confianza, información en lugar de abandono.

Ese deslizamiento es silencioso y no supone mala voluntad de nadie. Pero es real, y el Catecismo lo nombra donde termina, no donde empieza.

Nótese, en todo caso, lo que la Iglesia no dice. **No dice que Dios no cuide de los detalles de su vida.** Dice exactamente lo contrario: que cuida tanto de ellos que usted puede dejar de averiguarlos.

LO QUE ESTE CASO ENSEÑA AL LECTOR

Que el deseo es bueno. Querer que Dios lo mire a usted en particular no es superstición: es fe. Lo que falla es el método.

Que el denominador existe aunque no se recuerde. Por cada vez que el número dijo algo hubo veinte en que no dijo nada, y esas veinte también son datos.

Que la tabla es el verdadero autor. Si el significado lo aporta una lista que alguien escribió, es esa lista la que está hablando.

Y que hay canales mejores, y están abiertos. Más personales, más ciertos y disponibles esta misma semana. El reloj no sabe su nombre.

CIERRE DE LA PARTE VI
SÍNTESIS DEL BLOQUE Y
TABLA DE MECANISMOS

SÍNTESIS: SIETE MANERAS DE EQUIVOCARSE, UNA SOLA RAÍZ

Los siete casos de esta Parte cubren mecanismos distintos, y era su propósito. No son siete versiones del mismo error: son un repertorio. Pero al ponerlos en fila aparece algo que ninguno mostraba solo.

I. LOS SIETE MECANISMOS, Y QUÉ LOS DISTINGUE

El **milerismo** convierte un número profético en cronograma. Su rasgo propio es que **se jugó una fecha comprobable y la perdió**.

Las **identificaciones del 666** usan la gematría como llave. Su rasgo es la **reversibilidad**: el mismo método sirvió a cada bando contra el otro.

El **144.000 como censo** lee literalmente una cifra y simbólicamente todo lo que la rodea. Su rasgo es el **literalismo selectivo**.

Las **setenta semanas hoy** recalculan desplazando el punto de partida. Su rasgo es la **pieza elástica**: un paréntesis de duración indefinida que hace el cálculo irrefutable.

Los **códigos ocultos** buscan hasta encontrar. Su rasgo es el **denominador invisible**: millones de intentos de los que solo se publican los aciertos.

La **marca y las tecnologías** identifican una imagen apocalíptica con un objeto contemporáneo. Su rasgo es la **sucesión**: siete objetos distintos en cien años, cada uno descartado al aparecer el siguiente.

Los **mensajes personales** aplican a la providencia individual un lenguaje reservado a la historia de la salvación. Su rasgo es que **no pide nada**: confirma, tranquiliza y no llama a conversión.

2. LA RAÍZ COMÚN

Y ahora lo que aparece al verlos juntos.

En los siete casos, **la operación decisiva no es un error de cálculo sino una elección que no se declara**.

Miller eligió el decreto y el principio del día por año. Los identificadores del 666 eligen la lengua, la grafía y qué letras cuentan. Quien cierra el 144.000 elige qué elemento del pasaje leer al pie de la letra. El dispensacionalista elige dónde abrir el paréntesis. El buscador de códigos elige qué palabras busca y cuáles publica. El identificador de tecnologías elige cuál de las novedades disponibles es la marca. Y quien lee mensajes personales elige la tabla de significados.

En los siete casos, **si la elección se declarara, el argumento se desharía solo**. Por eso no se declara: no por engaño, casi nunca, sino porque quien elige rara vez advierte que está eligiendo.

De ahí la pregunta que resume la Parte entera, y que este libro considera su aportación más útil:

¿Qué eligió usted antes de empezar a calcular?

3. LA ESCALA DE HONESTIDAD

Hay otra observación que solo aparece al comparar, y es incómoda.

Los casos no son igual de deshonestos, y el más honesto es el que falló.

Miller anunció una fecha verificable, llegó el día, no pasó nada, y quedó desmentido a la vista de todos. Su afirmación era falsable, y por eso su fracaso enseñó algo.

Los demás casos han aprendido a no exponerse. El paréntesis elástico no puede fallar. La identificación de la marca se traslada a la tecnología siguiente. El buscador de códigos solo publica hallazgos. La señal personal no afirma nada comprobable.

Un cálculo que no puede equivocarse es peor que uno equivocado. El equivocado se corrige; el irrefutable se instala.

Y de ahí la segunda pregunta que la Parte deja: **¿qué tendría que ocurrir para que abandonara usted esta lectura?**

4. LO QUE CUESTAN, EN ORDEN

Los siete producen daños de naturaleza distinta, y conviene no confundirlos.

Daño material y verificable: bienes vendidos, trabajos abandonados, trámites rechazados. Lo producen sobre todo el primero y el sexto.

Daño a la fe: gente que, al descubrir el engaño, abandona no solo el cálculo sino la práctica religiosa. Lo produce cualquiera de los siete cuando falla de manera visible.

Daño al prójimo: personas señaladas como encarnación del mal, comunidades acusadas. Lo produce sobre todo el segundo.

Daño interior: la angustia de no saber si uno cabe en el número, la sospecha permanente ante cada novedad, la dependencia de las señales. Lo producen el tercero, el sexto y el séptimo, y es el más extendido y el menos visible.

Y un daño que este libro considera el mayor de todos: la sustitución de las preguntas verdaderas por otras más cómodas.

Quien averigua qué tecnología es la marca ha dejado de preguntarse qué precio pagaría por no quedar fuera. Quien calcula la fecha del fin ha dejado de vivir como si pudiera ser hoy. Quien busca señales en el reloj ha dejado de escuchar donde Dios sí habla.

La numerología no es peligrosa sobre todo porque mienta. Es peligrosa porque distrae.

5. Y ALGO QUE IMPORTA DECIR AL TERMINAR

Ninguno de los siete casos fue construido por gente estúpida ni de mala fe.

Miller estudiaba la Escritura con seriedad. Quienes calcularon el 666 sabían hebreo, o creían saberlo. Los autores del artículo sobre los códigos publicaron en una revista científica. Y quien mira el reloj a las once y once no está haciendo nada malo: está esperando que Dios lo mire.

Este libro no ha escrito estos capítulos contra nadie. Los ha escrito porque **el mecanismo es más fuerte que las personas**, y funciona igual en el creyente instruido que en el ignorante, en el católico que en quien no lo es.

Quien haya leído esta Parte y piense «yo nunca haría eso» no ha entendido lo que se le ha contado. La pregunta correcta no es si uno es inmune, sino cuál de los siete mecanismos es el que a uno le resulta más simpático.

TABLA DE MECANISMOS

La tabla más útil del libro. Vale para cualquier afirmación numerológica que le llegue al lector, venga de donde venga.

Cap.	Mecanismo	Señal para detectarlo	Pregunta que lo desarma
25	Cronograma a partir de un número profético	Cadena larga de pasos, cada uno una elección	¿Cuántos eslabones tiene esto?
26	Gematría como llave	El método funciona con cualquier nombre	¿En qué lengua, con qué grafía, contando qué letras?
27	Literalismo selectivo	Una cifra literal, todo lo demás simbólico	¿Y el resto del versículo?
28	Pieza elástica que hace el cálculo irrefutable	No hay nada que pueda desmentirlo	¿Qué tendría que ocurrir para que lo abandonara?
29	Buscar hasta encontrar	Se publican los aciertos, no los intentos	¿Cuántas veces lo intentaron?
30	Imagen apocalíptica igual a objeto contemporáneo	Hay una lista de identificaciones anteriores	¿Esta es la primera, o hay una lista detrás?
31	Providencia individual en lenguaje de historia santa	El mensaje no pide nada, solo confirma	¿Esto me llama a algo, o solo me tranquiliza?

Y la pregunta que vale para los siete: *¿qué eligió usted antes de empezar a calcular?*

PARTE VII
EL COSTO DE EQUIVOCARSE

31. LO QUE CUESTA CONTAR MAL

I. UNA PREGUNTA QUE NO SUPE RESPONDER

Hay una página del periódico que muchos abrimos sin pensar. Trae doce apartados, uno por signo, y dice qué hay que hacer hoy en el trabajo, en el dinero y en el amor.

Crecí viendo a personas de fe seria comentar su signo en la sobremesa, preguntar por el número que les convenía. No eran incrédulos ni supersticiosos declarados: eran creyentes que iban a misa y que no habrían dudado un instante si se les hubiera preguntado en qué creían.

Y a nadie parecía ocurrírsele que hubiera un problema.

Durante mucho tiempo tampoco supe decir con exactitud cuál era. Sabía que algo no encajaba, del mismo modo en que uno sabe que una nota está desafinada sin poder nombrar el intervalo. Pero cuando intentaba explicarlo, lo que me salía era una prohibición sin razones, y las prohibiciones sin razones no convencen a nadie y con motivo.

De esa incapacidad nació este libro. No de la indignación, que habría dado un libro más corto y peor, sino de una pregunta que yo no sabía responder: dónde está exactamente la línea entre leer los números que la Escritura trae y hacerlos hablar de lo que no hablan.

Este libro está dedicado a mi esposa Leticia, que es contadora, y no solo por gratitud conyugal sino porque de ella aprendí a formular esa pregunta.

He visto de cerca lo que significa contar bien: la paciencia de cuadrar, el respeto por la partida que no cuadra, la negativa a forzar una cifra para que diga lo que uno necesita que diga. Y he visto que quien cuenta por oficio no confunde jamás una cuenta con un oráculo. Un estado financiero dice lo que dice; no dice qué va a pasar el jueves, ni quién es la Bestia, ni cuándo vendrá el Señor.

Esa frontera, que a ella le resulta evidente por profesión, es la que yo no sabía trazar cuando empecé. Sabe contar cifras y reconocer bendiciones, y son dos cosas distintas: eso es, en una línea, lo que este libro ha tardado treinta y un capítulos en explicar.

Falta ahora decir lo que la pregunta costó, y falta empezar por lo que me costó a mí.

II. LO QUE ME HA COSTADO A MÍ

He dedicado un largo tiempo a este libro.

Conviene que el lector sepa lo que eso significa en horas, porque lo sabe si ha llegado hasta aquí: significa cotejar versiones, revisar cálculos, verificar citas, seguir la pista de una cifra a través de tres milenios de literatura. No fue un año de lecturas sueltas: fue más de un año de trabajo concentrado, con sus noches y sus fines de semana. Es un trabajo que a ratos es apasionante y a ratos es árido, y en ambos casos consume el tiempo de la misma manera.

La pregunta que me he hecho más de una vez, y que sería deshonesto no poner por escrito, es cuántas de esas horas no las pasé en el Evangelio de Juan.

No es una pregunta retórica ni un ejercicio de humildad. Es una cuenta, y sale desfavorable. He examinado con más cuidado el cómputo de las setenta semanas que la oración por la unidad. Y no puedo alegar que lo uno fuera necesario para lo otro, porque no lo fue.

Que este libro haya valido la pena no anula esa cuenta. La hace más instructiva, porque si el estudio honesto de los números bíblicos cuesta ese tiempo, el estudio deshonesto cuesta lo mismo y no devuelve nada.

Y hay algo peor que el tiempo, que descubrí mientras escribía.

Es más cómodo averiguar quién es la Bestia que preguntarse a qué me estoy adhiriendo yo. Es más entretenido calcular la fecha del fin que vivir como si pudiera ser hoy. Es más halagador encontrar una señal en el reloj que ir a confesarse.

En los tres casos la operación es la misma, y la nombro sin adornos porque la reconocí en mí: se sustituye una exigencia por una curiosidad. La curiosidad se satisface —siempre se satisface, ése es su atractivo— y la exigencia sigue exactamente donde estaba, esperando.

Que quede claro lo que no estoy diciendo. No digo que estudiar la Escritura sea perder el tiempo; sería absurdo escribirlo en la página doscientos de un libro sobre la Escritura. Digo que hay una manera de estudiarla que ocupa el lugar de obedecerla, y que se distingue de la otra por un signo bastante fiable: la primera termina en un dato, la segunda termina en una decisión.

III. EL AÑO DOS MIL



Al final de los años noventa asistí, como todo el mundo, al asunto del cambio de milenio.

Recuerdo mi propia reacción con precisión, y es la que voy a contar. Vi a los milenaristas con incredulidad. Me parecieron gente crédula anunciando cosas que no iban a pasar, y en eso acerté sin ningún mérito, porque acertar contra un anuncio del fin del mundo es lo más fácil que hay.

Lo que no se me ocurrió entonces fue que aquella incredulidad no me protegía de nada. Años después estaría yo contando generaciones, midiendo cifras del Apocalipsis y comprobando cálculos de siglos. Con método, desde luego, y con la intención de poner orden donde otros habían puesto ruido. Pero contando.

No hay vacuna en mirar a un milenarista por encima del hombro. La hay en examinar las propias certezas, que es un trabajo distinto y mucho menos entretenido.

Conviene además separar dos cosas que aquel año se confundieron, porque la confusión es instructiva.

Había un problema técnico real. Muchos sistemas guardaban el año en dos dígitos y no distinguían el dos mil del mil novecientos. Se resolvió porque miles de personas trabajaron durante años en resolverlo, y hoy se recuerda como si nunca hubiera existido, que es la recompensa habitual del trabajo bien hecho.

Y había otra cosa encima, que no venía de ahí. Los anuncios del fin, los retiros al campo, las provisiones, las lecturas proféticas del cambio de milenio. Nada de eso lo producía un campo de dos dígitos. Lo producía el número.

Y aquí está lo que entonces no vi y ahora no puedo dejar de ver. El número que asustó a tanta gente pertenece a un calendario convencional, cuya cuenta desde el nacimiento de Cristo se sabe desviada por varios años. Quien esperaba algo por cumplirse dos mil años desde Cristo esperaba en una fecha que no era la que creía, y no lo era por un error de cómputo cometido siglos atrás.

Es el caso más limpio que conozco de una cifra sin referente. No apuntaba a nada. Y aun así movió dinero, mudanzas y miedo.

IV. CUANDO LO HACE UN HOMBRE SERIO

Todo lo anterior podría descartarse diciendo que la gente que calcula no sabe leer. Conviene entonces mirar a alguien que sabía.

QUIÉN ERA

Joaquín de Fiore nació en Calabria hacia mil ciento treinta y cinco. Ingresó en el Císter, fue abad, y en mil ciento ochenta y ocho el Papa lo liberó de sus obligaciones a petición propia para que pudiera dedicarse a escribir. Fundó después un monasterio propio con aprobación pontificia. En vida fue consultado y respetado, y su fama de santidad se extendió entre el pueblo.

Murió en mil doscientos dos. Antes de morir pidió a sus seguidores que sometieran sus obras al juicio de la Iglesia.

Trece años después, el IV Concilio de Letrán condenó opiniones suyas sobre la Trinidad —el blanco era su polémica contra Pedro Lombardo—, dejando expresamente a salvo su persona y la orden que había fundado. En mil doscientos veinte, Honorio III lo declaró perfectamente católico y mandó divulgar la sentencia. El culto como beato se estableció espontáneamente. En dos mil uno se reabrió su proceso de canonización.

Es decir: el hombre del que voy a contar un cálculo desastroso es un monje venerado como beato por el pueblo cristiano, con la causa aún abierta; un hombre que sometió su obra al juicio ajeno y a quien un Papa declaró católico sin reservas.

Si el lector esperaba un iluminado, aquí no lo hay.

EL CÁLCULO

Joaquín dividió la historia en tres estados, correspondientes a las tres Personas: el del Padre, el del Hijo y el del Espíritu.

Para saber cuánto duraba el segundo hizo esto. Tomó las cuarenta y dos generaciones que Mateo cuenta desde Abraham hasta Cristo —catorce, catorce y catorce (trece en realidad como dijimos antes)— y supuso que el tiempo desde Cristo hasta la consumación tendría también cuarenta y dos generaciones. Estableció treinta años como duración media de una generación. Cuarenta y dos por treinta da mil doscientos sesenta, y sitúa el término entre los años mil doscientos y mil doscientos sesenta.

Hasta aquí, una hipótesis. Lo que la volvió irresistible fue lo que ocurrió después: mil doscientos sesenta es la cifra de los días del Apocalipsis, la de los cuarenta y dos meses, la del tiempo, dos tiempos y medio tiempo de Daniel. El cálculo desembocaba exactamente en las cifras que la Escritura asigna al tiempo de la prueba.

El lector que ha llegado hasta este capítulo ya sabe qué mirar, así que lo enuncio sin comentario:

Una genealogía teológica leída como serie aritmética, cuando Mateo la construyó con propósitos que nada tienen que ver con medir el tiempo.

Una duración de generación estipulada en treinta años sin más apoyo que la conveniencia.

Y una confirmación que no confirma nada, porque los factores fueron elegidos —consciente o inconscientemente— entre los que producen la cifra que se buscaba. Si se multiplica cuarenta y dos por treinta se obtiene mil doscientos sesenta necesariamente. La coincidencia no es un hallazgo: es la aritmética devolviendo lo que se le puso.

Tres operaciones, las tres documentadas en los capítulos anteriores de este libro, ejecutadas por un hombre de estudio, en un monasterio, con permiso pontificio para dedicarse a ello.

LO QUE ÉL NO HIZO

Y ahora el detalle que lo cambia todo.

Joaquín no se tuvo por profeta, sino por intérprete de la Escritura. Y sobre el momento, dejó escrito que la generación cuadragésimo segunda comienza en el año y la hora que a Dios mejor le parece.

Hizo el cálculo y dejó la fecha en manos de Dios.

Es una posición más prudente que la de muchos que lo invocarían después, y es la que uno esperaría de un monje que había sometido sus escritos a juicio. Pero fue insuficiente, y es preciso entender por qué: una cifra puesta en circulación ya no pertenece a quien la calculó. Puede acompañarse de todas las cautelas del mundo; y las cautelas no viajan con ella.

LO QUE HICIERON CON ÉL

Medio siglo después, un franciscano llamado Gerardo de Borgo San Donnino escribió una introducción al que llamaba Evangelio eterno. Allí identificaba al ángel del sexto sello del Apocalipsis con Francisco de Asís, atribuía a la orden franciscana la misión de predicar el fin de la Iglesia y del mundo, y fijaba como límite el año mil doscientos sesenta.

Lo que en Joaquín era un término calculado y devuelto a Dios, en Gerardo era una fecha con encargo y con protagonistas.

La tesis fue acogida favorablemente por el general de la orden franciscana, que hubo de dimitir por ello. El libro fue condenado en mil doscientos cincuenta y cinco. Gerardo fue expulsado del Estudio de París, suspendido, condenado a cadena perpetua en mil doscientos cincuenta y ocho, y murió en la cárcel en mil doscientos setenta y seis sin retractarse de nada.

En el año mismo del plazo, mil doscientos sesenta, los flagelantes llenaron los caminos desde Perugia.

Y cuando el año mil doscientos sesenta pasó sin que ocurriera nada, sucedió lo que sucede siempre: no se abandonó el cómputo, se corrigió. Unos añadieron los años de la vida de Cristo. Otros ampliaron la duración de la generación. La fecha se movió y la certeza siguió intacta.

Es la primera vez que veremos esa maniobra en este capítulo. No será la última.

LO QUE LA IGLESIA HIZO

Aquí vale la pena decir algo sobre la Iglesia, y prefiero decirlo con los hechos delante y con una consecuencia que me obliga.

La Iglesia juzgó. Examinó a Joaquín y condenó lo que consideró erróneo en su doctrina trinitaria, dejando a salvo su persona. Condenó después el libro de Gerardo. Intervino en la orden franciscana cuando el joaquinismo la estaba partiendo. Distinguió, en suma, entre el hombre que sometió su obra a juicio y los que usaron su obra para colocarse ellos mismos en el centro del designio de Dios.

Ésa es la diferencia entre unos y otros, y es la única que hay: uno entregó su cálculo a un juicio que no era el suyo; los demás no. El calculador solitario no tiene ese juicio y no puede dárselo a sí mismo, por mucho que se examine, porque la certeza no se examina desde dentro con eficacia. Ése es el servicio que la Iglesia presta y que se pierde cuando se prescinde de ella: alguien con autoridad para decirle a uno que no.

Y lo digo sabiendo lo que implica para estas páginas.

Cuanto he escrito en este libro queda sometido al juicio de la Iglesia, a su Tradición y a su Magisterio, que son anteriores a mí, me exceden y no dependen de mi aprobación. Si algo de lo aquí sostenido no concuerda con lo que la Iglesia enseña, lo equivocado es esto y no ella. No escribo esta cláusula como fórmula de cortesía ni como blindaje: la escribo porque acabo de contar qué le ocurre a quien no la escribe, y porque un libro que reprocha a otros haber calculado sin someterse a juicio no puede permitirse hacer exactamente eso.

Pero sería falso terminar aquí, y este libro no se lo permite.

La censura de Letrán no recayó sobre el cómputo de las edades. Recayó sobre su doctrina trinitaria, que es otra cosa. La escatología de Joaquín, con sus tres estados y su aritmética de generaciones, nunca fue condenada como tal. Lo que la Iglesia condenó fue el uso que otros hicieron de ella, cuando ese uso ya estaba haciendo daño.

De modo que el caso no se cierra con limpieza, y hay que decirlo. Ni siquiera el juicio de la Iglesia separó el cálculo del calculador. La línea la trazó, sobre lo que otros hicieron con la cifra.

Aprendo de esto algo que no me tranquiliza: un cálculo puede ser examinado por la mejor autoridad disponible y pasar sin observaciones, y aun así ser el que arruine a alguien dos generaciones después.

V. CUANDO LO CREE UN PUEBLO

Seiscientos años más tarde, en los Estados Unidos, un granjero bautista sin formación teológica llegó por su cuenta, leyendo la Biblia durante años, a la conclusión de que el fin estaba cerca. Tardó mucho en atreverse a predicarlo, y cuando lo hizo habló de un plazo amplio, de un año a otro año, resistiéndose a precisar más.

La fecha exacta no fue suya. La propuso otro predicador, ya avanzado el movimiento, y se impuso desde abajo con un entusiasmo que los dirigentes acabaron aceptando más que dirigiendo.

Es la segunda vez en este capítulo. El que calcula pone cautelas; otro las quita. Y no es casualidad ni mala suerte: quien recibe un plazo aproximado quiere una fecha, y siempre aparece alguien dispuesto a dársela.

Miles de personas —metodistas, bautistas y presbiterianos corrientes, que leían la Biblia con seriedad— dispusieron de sus bienes, descuidaron el trabajo del otoño y escribieron a sus parientes para despedirse. Y esperaron todo el día, y la tarde, y la medianoche, y siguieron esperando hasta la mañana siguiente, por si acaso.

De aquel otoño circulan estampas muy vívidas que proceden en buena parte de la prensa hostil y de la sátira posterior, y sería irónico que un capítulo sobre el costo de creer sin verificar se apoyara en un relato inflado. Lo verificable basta: hubo ruina, hubo que pedir de vuelta el trabajo dejado, y hubo burla, que en un pueblo pequeño dura años.

Lo peor no fue eso. Muchos abandonaron toda práctica religiosa, y no por rencor sino porque no volvieron a fiarse. Habían puesto su vida entera sobre una lectura de la Biblia y la Biblia, al parecer, les había fallado. Que no fuera la Biblia sino un cálculo lo que había fallado es una distinción que uno hace después, cuando ya puede pensar.

Ése es el costo menos visible de contar mal, y probablemente el más frecuente: no produce ateos por argumento, sino por decepción. El que había hecho el cálculo reconoció públicamente su error y murió pocos años después sin renunciar a la esperanza, aunque sí a la fecha.

El lector puede suponer que la historia termina ahí. No termina ahí. Volveremos a ella en la sección siguiente, y habrá pasado siglo y medio.

VI. CUANDO TOCA EL PODER

Falta el escalón donde el cálculo deja de arruinar cuentas y empieza a costar vidas. Lo veremos dos veces, con trescientos treinta años de distancia, y la segunda ocurrió cuando yo ya era adulto.

LONDRES, 1661

En la Inglaterra de la guerra civil apareció un grupo que tomó su nombre de un cómputo. Leyeron el sueño de Daniel —las cuatro monarquías sucesivas y el reino que Dios levantaría después— como una cronología de la historia real: Babilonia, Persia, Grecia, Roma. Y concluyeron que la ejecución de Carlos I, en mil seiscientos cuarenta y nueve, había terminado la cuarta.

Si la cuarta había caído, la quinta empezaba. Ellos serían sus santos, y su tarea consistía en desmontar todo gobierno carnal que quedara en pie.

Faltaba la fecha, y la encontraron donde este libro ha enseñado a esperarla: en el año mil seiscientos sesenta y seis, por su parecido con la cifra del Apocalipsis. No hay más razonamiento que ése. Un año del calendario juliano se convirtió en profecía porque sus tres últimas cifras coincidían con un número escrito en griego mil seiscientos años antes.

El seis de enero de mil seiscientos sesenta y uno, unos cincuenta hombres armados, encabezados por un tonelero de vinos llamado Thomas Venner, salieron a tomar Londres en nombre del Rey Jesús. Casi todos murieron o fueron capturados en cuatro días de combates. Venner y una decena de los suyos fueron ejecutados por alta traición; a él y a uno de sus lugartenientes los ahorcaron, arrastraron y descuartizaron.

AQUÍ INTERESA LO QUE VINO DESPUÉS.

El gobierno respondió encarcelando a disidentes religiosos de toda clase. Millares de cuáqueros y centenares de bautistas —gente que no había leído a Daniel de ese modo, que no había salido a la calle, que en el caso de los cuáqueros profesaba una objeción de principio a las armas— fueron a la cárcel porque cincuenta hombres habían convertido un número en una fecha.

Ése es un costo que no aparece en ninguna cuenta y que conviene retener: el cálculo ajeno se paga con la libertad de terceros. Quien pone una cifra en circulación no controla a quién se la cobran.

Y queda un último detalle, casi demasiado redondo para ser cierto. Cuando llegó por fin el año mil seiscientos sesenta y seis, y Londres ardió durante cuatro días en el mayor incendio de su historia, el movimiento que había anunciado ese año estaba tan deshecho que ni siquiera intentó aprovecharlo. Llegó la fecha, ardió la ciudad, y los que la habían señalado ya no estaban para verlo.

WACO, 1993

Trescientos treinta años después, en Texas, murieron cerca de ochenta personas en un rancho llamado Monte Carmelo. Seguí aquello por televisión y por las páginas de la revista *Time*, semana tras semana, con la sensación de estar viendo algo que no acababa de entender.

Ahora entiendo al menos una parte, y es la que corresponde a este libro.

De dónde venían. Los davidianos de la rama descienden, por una cadena de escisiones, del movimiento del que hablé en la sección anterior. Del Gran Chasco de mil ochocientos cuarenta y cuatro salió, entre otras cosas, el adventismo. Del adventismo se separó en los años treinta un inmigrante búlgaro que se declaró portador de un mensaje para reunir y purificar a los ciento cuarenta y cuatro mil antes del fin, y que fundó cerca de Waco el primer Monte Carmelo. De su grupo se desprendió después otro, y de aquél otro más.

Ciento cincuenta años y cuatro escisiones separan a Nueva Inglaterra de Texas. Pero la operación es la misma, y la Escritura de la que se extrae la cuenta es la misma.

La segunda fecha. En mil novecientos cincuenta y nueve, la viuda del fundador anunció que el fin llegaría el veintidós de abril. Cerca de un millar de personas se congregaron en el Monte Carmelo a esperarlo. No ocurrió nada, y el grupo empezó a deshacerse; de una de las facciones desprendidas nacieron los davidianos de la rama.

Yo nací ese año.

Podría hacer algo con esa coincidencia, y sería precisamente lo que este libro ha estado desmontando durante treinta capítulos. No significa nada. Que dos hechos compartan un número no los relaciona, y el lector que haya seguido el argumento hasta aquí ya no necesita que se lo explique.

Lo consigno por otra razón, y es la única que la fecha autoriza: para medir. Mil personas esperaban el fin del mundo el año en que yo nacía, y treinta y cuatro años después el asunto terminó en un incendio que vi por televisión. Esto no es historia antigua ni cosa de siglos remotos. Cabe entero dentro de una vida, y ha cabido dentro de la mía.

Lo que ocurrió. El grupo estaba entonces dirigido por un hombre que se hacía llamar David Koresh y que sostenía ser aquel a quien correspondía abrir los siete sellos. En febrero de mil novecientos noventa y tres, agentes federales intentaron ejecutar una orden de registro por acopio de armas; hubo un tiroteo con muertos de los dos lados. Siguió un asedio de casi dos meses. El diecinueve de abril el recinto ardió y murieron unas setenta y cinco personas, niños incluidos.

Y aquí hay que contar con cuidado, porque es fácil hacer esta cuenta mal.

A esa gente no la sitiaron por leer mal el Apocalipsis. La orden judicial se libró por armas, y sobre el grupo pesaban además acusaciones graves relativas a menores, que este libro no está en condiciones de juzgar y que no puede pasar por alto. Sobre la causa del incendio hubo investigaciones, versiones enfrentadas y una discusión pública que sigue viva; no me corresponde adjudicarla aquí.

Lo que sí corresponde a este libro es otra cosa, más estrecha y más segura.

Durante aquel asedio, el cálculo no mató a nadie. Lo que hizo fue volver impensable la salida. Quien está persuadido de encarnar un papel escrito en el Apocalipsis no puede rendirse, porque rendirse no sería una decisión práctica sino una apostasía. Los negociadores discutían plazos; del otro lado se discutía el cumplimiento de una profecía. No hablaban el mismo idioma, y una de las dos partes no podía cambiar de idioma sin dejar de creer.

Eso es lo que un cálculo hace cuando se convierte en identidad: cierra por dentro la puerta que desde fuera todavía estaba abierta.

Una cosa más, que es de justicia. La Iglesia Adventista del Séptimo Día rechazó formalmente las enseñanzas del fundador del grupo en los años treinta, y Koresh había sido expulsado de una congregación adventista antes de llegar al Monte Carmelo. Lo que ocurrió en Texas no fue el adventismo, del mismo modo que Gerardo de Borgo San Donnino no fue la orden franciscana. Quien use Waco para juzgar a una confesión de millones de fieles hace con la historia lo que este libro reprocha que se haga con los números: tomar el dato que sirve y llamarlo prueba.

VII. LA CIFRA QUE ATRAVIESA TODOS LOS PISOS

Queda un costo que no pertenece a ningún escalón porque los atraviesa todos, y el lector acaba de verlo trabajar.

La cifra que llevó a cincuenta hombres a salir armados a las calles de Londres es la misma que ha sido asignada, a lo largo de diecinueve siglos, a emperadores, papas, reformadores, dictadores, instituciones y máquinas. Ya vimos esa lista. Lo que no dijimos allí es para qué sirvió.

Sirvió para odiar con la conciencia tranquila.

Quien cree haber identificado a la Bestia no está ante un adversario con el que discutir, sino ante la encarnación del mal. No hay conversación posible con eso, ni conversión que esperar, ni caridad que deber. Lo único razonable frente a la Bestia es combatirla.

Y funcionó en los dos sentidos. Durante los siglos de la ruptura confesional, unos aplicaron la identificación al papado y otros la devolvieron contra los reformadores, en libelos, sermones y grabados que circularon por toda Europa mientras cristianos se mataban entre sí. Cada bando tenía su cálculo y ninguno tenía dudas, y eso es exactamente lo que prueba que ninguno de los dos valía nada. Un método que permite obtener el resultado contrario con la misma facilidad no es un método: es un espejo.

No estoy diciendo que la numerología causara aquellas guerras: tuvieron causas políticas, dinásticas y económicas de sobra. Digo algo más modesto y más incómodo: que proporcionó el permiso. Que puso, al servicio de intereses que nada tenían de religioso, la certeza de estar del lado de Dios.

Y eso sigue disponible. Cada vez que alguien identifica hoy a la Bestia con un grupo, una institución o un país, está reponiendo esa certeza en circulación.

VIII. AL LECTOR

Ninguno de los que aparecen en este capítulo se creía numerólogo.

Todos se creían lectores fieles de la Palabra de Dios. Varios eran mejores cristianos que quien escribe estas líneas. Uno de ellos es beato de la Iglesia y tiene abierto un proceso de canonización.

Lo que los perdió no fue la mala fe. Fue una certeza que no habían examinado.

Por eso este libro insiste tanto en graduar. No porque graduar sea elegante —no lo es, y el lector que ha llegado hasta aquí lo sabe con claridad—, sino porque una certeza sin examinar es la cosa más peligrosa que un creyente puede llevar encima. No hace falta ser malo para hacer daño con la Escritura. Basta con leerla mal y con seguridad.

Y una última cosa, para que no quede duda de lo que este libro sostiene.

Nada de esto es un alegato contra los números. Contar bien es una forma de rigor y una forma de respeto. Contar mal no es contar de más: es pedirle a una cifra que responda una pregunta que no era suya.

Y las preguntas que de verdad importan —cuándo vendrá el Señor, quién se salva, qué vale una vida— no se responden con una cuenta.

Se reciben y se responden con la propia vida.

CONCLUSIÓN

DE LOS SIGNOS NUMÉRICOS A LA PLENITUD EN CRISTO

Este libro empezó con una advertencia sobre sí mismo: que quien sigue un hilo tiende a verlo por todas partes, y que un libro sobre los números encuentra números.

Importa terminar comprobando si la advertencia sirvió de algo.

I. LO QUE HEMOS ENCONTRADO

Después de treinta y dos capítulos, el balance es más modesto de lo que un lector podría esperar, y esa modestia es el resultado.

Hay números que la Escritura establece con claridad, y son pocos. El siete, el doce, el cuarenta, el diez, el tres, el setenta. Con ellos se puede trabajar, y su simbolismo se sigue sin salir del texto.

Hay números que ordenan el mundo y el tiempo, y se comportan de manera parecida, con la diferencia de que casi siempre traen adjunto lo que ese orden cuesta.

Hay números discutidos, donde este libro dejó una lectura querida en el grado que le corresponde aunque le gustara más arriba.

Hay números que resisten el simbolismo, y son más de los que un libro de este género suele admitir. Algunos no significan porque son cantidades. Otros porque su sentido es jurídico. Y uno, el nueve, sencillamente no dio nada, y así consta.

Hay números secuestrados, cuyo simbolismo es real y cuyo uso ha sido devastador.

Y hay siete maneras documentadas de equivocarse, con nombre, mecanismo y precio.

Ese es el inventario. Quien esperara una clave se habrá llevado una decepción, y este libro la considera su mejor servicio.

II. LO QUE EL LECTOR SE LLEVA

Pero el inventario no es lo importante. Un libro que dejara al lector sabiendo qué significa el siete habría fracasado, porque eso se olvida.

Lo que este volumen quería dejar es **un modo de preguntar**, y cabe en pocas líneas.

Ante cualquier afirmación sobre un número bíblico:

¿Lo dice el texto o lo estoy infiriendo yo?

¿Cuántas descomposiciones había, y por qué se eligió esta?

¿Qué se perdería si el número fuera otro?

¿Cuántos intentos hubo, y cuáles no se publicaron?

¿Qué tendría que ocurrir para que abandonara esta lectura?

¿Y el resto del versículo?

Seis preguntas. **Ninguna requiere erudición, y las seis juntas desmontan la práctica totalidad de lo que circula.**

Y una séptima, que resume las anteriores y que este libro considera su aportación: **¿qué elegí yo antes de empezar a calcular?**

III. LO QUE APRENDIMOS ESCRIBIENDO

Un libro que enseña a graduar certezas debe declarar las suyas, y estas son.

Nos equivocamos, y consta. La lectura agustiniana del ciento cincuenta y tres nos parecía más que sugerente al empezar y la escala no lo permitió. El oráculo de Jonás, que citábamos como ejemplo de siete palabras, tiene cinco en hebreo: las otras dos son del traductor. Y en el capítulo de las edades patriarcales estuvimos a punto de repetir el error que denunciábamos.

Hay cuestiones que quedan abiertas. Los siete Espíritus de Apocalipsis 5,6. El endurecimiento del corazón del faraón. La divergencia entre los seis dones de nuestra traducción y los siete de la Vulgata. Los setenta años del exilio que no cuadran con ningún cómputo. Por qué Dios prefirió la ofrenda de Abel. Por qué Mateo cuenta a Jeconías dos veces.

No se han resuelto. Se han declarado, que es lo que un libro honesto puede hacer con lo que no sabe.

Y hay una lección de método que no esperábamos. Dos veces, durante este trabajo, la lengua original desactivó por sí sola una

lectura numerológica: cuando el hebreo de Daniel habló de un Lugar santo reivindicado y no de un santuario purificado, y cuando el griego mostró que Jesús estaba repitiendo, palabra por palabra, la fórmula con que Lamec había medido su venganza. Y una vez ocurrió lo contrario: en Apocalipsis 13,18 fue nuestra traducción la que se apartó de la letra —sutileza donde el griego dice sabiduría—, y comprobar esa libertad nos dio el capítulo entero.

No siempre ocurre. Pero cuando ocurre, abrir la Biblia correcta ahorra el argumento.

IV. POR QUÉ ESTO ES UN ASUNTO DE FE Y NO DE ERUDICIÓN

Podría pensarse que todo lo anterior es una cuestión técnica: leer mejor, calcular menos, distinguir más.

Lo es, y no es solo eso.

Porque detrás de cada cálculo hay un deseo, y los deseos que hemos encontrado son siempre los mismos tres, y los tres son comprensibles.

Querer saber cuándo. Poner fecha al tiempo de Dios es una manera de dejar de soportarlo. Y la respuesta de la Escritura no es un dato sino una promesa: que el tiempo es suyo y que su aparente tardanza es paciencia, para que ninguno se pierda.

Querer saber quién. Identificar al enemigo da la satisfacción de estar del lado correcto de una frontera que uno mismo ha trazado. Y la respuesta del Apocalipsis es que la cifra de la Bestia es *humana*, y que a los santos no se les pide identificar culpables sino perseverar.

Y querer saber si uno cabe. Esa es la más honda y la más triste. La respuesta está a cinco versículos de la cifra que produjo la angustia: una muchedumbre imposible de contar.

Los tres deseos son legítimos. Lo que falla es el instrumento, y **la Escritura no responde a ninguno de los tres con un número.**

V. CRISTO, QUE NO SE DESCIFRA



Al final de cada capítulo, este libro ha vuelto a Cristo. No por costumbre piadosa, sino porque hacia allí van los números que significan.

El siete de la creación se cumple en el descanso que él inaugura. El doce del pueblo convocado se reúne en torno a él. El cuarenta de la prueba lo tiene a él en el desierto. El tres de la manifestación culmina en su Pascua. Las mil generaciones de misericordia toman rostro en él.

Y hay algo que hay que decir al terminar, porque es la diferencia entre este libro y aquellos contra los que se ha escrito.

Cristo no es una conclusión a la que se llegue sumando.

No está al final de un cálculo, ni escondido en una cuadrícula, ni cifrado en una fecha. Está donde la Escritura dice que está: en un pesebre, en un camino de Galilea, en una cruz, en un sepulcro vacío, y —para el lector de hoy— en la mesa donde se parte el pan. Nada de eso requiere descifrar. Requiere creer, que es más difícil y no hace experto a nadie.

Los números de la Biblia sirven. Ordenan, estructuran, subrayan, ayudan a recordar. Son buenos siervos y este libro ha querido devolverles ese oficio.

Lo que no son es la puerta. La puerta tiene nombre, y ese nombre no se suma: se pronuncia.

VI. UNA ÚLTIMA COSA

Si de todo este volumen el lector recordara una sola frase, este libro preferiría que fuera esta:

Decir «no lo sabemos» es una conclusión legítima, y a menudo la única honesta.

La numerología existe porque esa frase resulta insoportable. Prefiere una respuesta falsa a una pregunta abierta, y ofrece certezas a quien no soporta la espera.

La fe cristiana no funciona así. Sabe muchas cosas y desconoce otras muchas, y no ha considerado nunca que ese desconocimiento sea un defecto que haya que reparar con cálculos.

Dios no ha escondido nada que necesitemos. **Lo que hacía falta saber, lo dijo.**

Y lo dijo, además, de la manera más difícil de descifrar y la más fácil de entender: haciéndose hombre.



Aquí termina el primer hilo. El siguiente volumen sigue otro: la comunidad que Dios preserva, purifica y vuelve a reunir en medio del juicio, desde Noé hasta el Apocalipsis.

El instrumento es el mismo. El material, más difícil.

ANEXOS

ANEXO I

ÍNDICE DE LECTURAS DESCARTADAS Y GRADUADAS

Este anexo no repite la escala, que está en «Cómo seguimos el hilo», ni ofrece recuentos. La razón de lo segundo conviene decirla, porque es coherente con todo el libro: **una entrada de ficha no es una unidad natural**. Puede contener dos afirmaciones o media, y dónde poner la raya es una decisión nuestra que ningún lector puede rehacer. Construir porcentajes sobre esa base sería la misma operación que estas páginas desmontan.

Lo que sí ofrece son dos listas.

La primera es el **catálogo de lecturas que este libro no recomienda**, ordenado por capítulo. Es la página que puede fotocopiar-se cuando llega un cálculo por mensaje.

La segunda es la **relación de lecturas que este libro tuvo que rebajar**: aquellas que al empezar el trabajo nos parecían más firmes de lo que resultaron ser cuando les aplicamos el método. Sirve como prueba, comprobable capítulo a capítulo, de que la escala se aplicó también a lo que nos gustaba.

PRIMERA LISTA LECTURAS NO RECOMENDADAS, POR CAPÍTULO

PARTE I — LOS NÚMEROS QUE LA ESCRITURA ESTABLECE

El 7. Buscar septenarios en cualquier enumeración. Presentar como septenario una lista que los propios proponentes no consiguen fijar. Usar el siete como clave de lectura universal.

El 12. Tratar las listas tribales como padrones. Deducir de las variaciones de nombres una doctrina sobre las tribus perdidas.

El 40. Convertirlo en cifra de duración exacta. Presentar los cuarenta días como plazo con valor propio al margen de lo que preparan.

El 10. Buscar correspondencias entre las diez plagas y las diez palabras: su relación procede del orden de los acontecimientos y no de la coincidencia numérica.

El 3. Identificar toda terna bíblica con la Trinidad, o usar el número como prueba doctrinal autónoma. Leer los tres días de Jonás como cálculo cronológico. Presentar la triple pregunta a Pedro como si las tres fueran idénticas.

El 70 y el 72. Tratarlos como cifras idénticas. Construir doctrina sobre una cifra que el propio Lucas transmite de dos maneras. Convertir Daniel 9 en calendario. Usar el envío de los setenta como base de una numerología misionera.

PARTE II — LOS NÚMEROS DE LA CREACIÓN Y LA ALIANZA

El 1. Presentarlo como prueba filosófica de la existencia de un Dios único. Usarlo para sostener que la unidad cristiana exige uniformidad. **Citar Éxodo 20,5 sin el versículo 6**, operación frecuente que produce un Dios que no es el del texto.

El 2. Afirmar que todo par bíblico tiene valor simbólico. Convertirlo en símbolo fijo de comunión o de división. Leer «ayuda adecuada» como subordinación.

El 4. Convertirlo en clave cósmica. Deducir doctrinas de su aparición, incluido el argumento numérico con que san Ireneo defendió el número de los Evangelios. Citar los pasajes de los cuatro confines como ilustraciones serenas, cuando la mayoría anuncian juicio. Construir argumentos sobre la repetición de una fórmula castellana.

El 6. Afirmar que «seis igual a mal». Proyectar el 666 hacia atrás sobre los seis días de la creación. Usar el ritmo sabático como consejo de higiene espiritual.

El 8. Afirmar que todo ocho significa resurrección. Usarlo como cifra de suerte. Presentar el octavo día como enseñanza del Nuevo Testamento, cuando es lectura de la tradición. **Citar las ocho personas del arca sin el diluvio**. Leer la circuncisión como frontera étnica.

El 49 y el 50. Identificar sin matices Pentecostés con el jubileo. Convertir el cincuenta en cifra de prosperidad. **Citar Levítico 25,10 sin Levítico 25,44-46**, que presenta como universal una liberación limitada al hermano israelita.

PARTE III — LOS NÚMEROS DISCUTIDOS

El 14. Presentar la gematría como fundamento del mesianismo de Jesús. Presentar la genealogía como registro exhaustivo. Tratar la doble cuenta de Jeconías como error que salvar, o convertirla en enigma.

El 17. Presentarlo como símbolo universal. Presentar la descomposición de las edades patriarcales como prueba de una intención del autor. **Citar los diecisiete años de Jacob sin los versículos que los preceden**, donde José reduce a servidumbre a todo un pueblo.

El 153. Convertirlo en clave secreta o prueba doctrinal. Apoyar una lectura en el número de especies de peces conocidas en la antigüedad. Presentar la lectura agustiniana como explicación del Evangelio. **Leer la red llena como promesa de resultados**, cuando el mismo capítulo anuncia al pescador que acabará atado.

El 77 y el 490. Convertirlos en cifra con poder propio. Usar el texto para exigir a una víctima permanecer expuesta al abuso. Reducir el perdón a cálculo psicológico. **Citar «setenta veces siete» sin el final del discurso**, que es severo y recae sobre el acreedor implacable.

PARTE IV — LOS NÚMEROS QUE RESISTEN EL SIMBOLISMO

Cifras que no significan. Presentar estas dificultades como si amenazaran la inspiración. Presentarlas como descubrimiento reciente, cuando un doctor de la Iglesia las expuso en el siglo quinto. Reconstruir una demografía del éxodo. Fechar acontecimientos con las cronologías de los Reyes. Construir argumentos simbólicos sobre edades patriarcales, que varían entre tradiciones textuales.

El 13. Convertirlo en símbolo de desgracia o presagio. Usar la Última Cena como confirmación bíblica de esa superstición. **Leer el trece de 1 Reyes 7,1 como cifra significativa**, cuando el reproche procede de la comparación con el siete. Proyectar sobre la Escritura una carga cultural posterior.

El 33. Presentarlo como afirmación explícita del Nuevo Testamento. Convertirlo en medida de perfección. **Y despreciar la tradición devocional por no ser dato bíblico**, cuando el Concilio recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos.

Los números menores (I). Convertir el once en cifra de imperfección. Idealizar el treinta, que tasa al Justo en el precio legal de un esclavo. Presentar las cinco llagas como enseñanza numérica. Deducir simbolismo de que un número aparezca en un pasaje importante.

Los números menores (II). Tratarlos como si tuvieran la misma clase de fundamento. Leer los trescientos de Gedeón como garantía de que la pequeñez protege. Construir una simbología del nueve: no la hay, y este libro declara expresamente que no la ha encontrado.

PARTE V — LOS NÚMEROS SECUESTRADOS

El 666. Usarlo para identificar personas, instituciones o tecnologías. Tratarlo como amuleto o código secreto. Presentar el Apocalipsis como promesa de que los fieles no sufrirán daño. **Citar Apocalipsis 13,18 como «aquí está la sabiduría»**, redacción ajena a nuestra traducción.

El 144.000. Leerlo como número cerrado de salvados. Usarlo para fundar pertenencias exclusivas. Interpretar la virginidad de Apocalipsis 14,4 en clave biológica. **Parafrasear ese versículo sin citarlo.**

El 1.000. Usarlo para calcular fechas o construir cronologías. Alimentar expectativas de plenitud terrena antes de la consumación, en cualquiera de sus formas. **Citar Apocalipsis 20 como texto de esperanza sin llegar a su desenlace.**

PARTE VI — CASOS REALES

Anunciar fechas para el regreso de Cristo mediante cálculos proféticos. Identificar la cifra de la Bestia con personas, instituciones o tecnologías. Leer el 144.000 como censo de salvados. Derivar de las setenta semanas expectativas sobre acontecimientos contemporáneos. Buscar mensajes cifrados mediante saltos equidistantes de letras. Identificar la marca con un dispositivo concreto. Interpretar coincidencias numéricas como mensajes personales.

SEGUNDA LISTA LECTURAS QUE EL MÉTODO OBLIGÓ A REBAJAR

Esta lista existe porque un libro que solo descartara lecturas ajenas no habría demostrado nada. Aquí están las que nos gustaban. Cada una de ellas nos parecía, al empezar este trabajo, más firme de lo que finalmente quedó. No las incluimos para exhibir escrúpulo, sino porque una escala que nunca contradijera a quien la maneja no sería una escala: sería una manera de decir lo que ya se pensaba con apariencia de rigor.

La lectura agustiniana del 153, en sugerente. Es la retirada de este volumen y la que más nos costó. Al empezar a trabajar sobre el pasaje nos parecía más que sugerente, y la escala no lo permitió. Tres razones: el ciento cincuenta y tres tiene otras tres propiedades notables además de la triangular; el diecisiete admite ocho descomposiciones y se eligió la única con significado disponible; y Juan no dice nada.

El argumento de san Ireneo sobre los cuatro Evangelios, en no recomendable. Le debemos una defensa decisiva del canon y su conclusión es la de la Iglesia; el argumento numérico con que la sostuvo no la funda.

La lectura cristológica del 318, en especulativa. Es antigua, cristiana y bienintencionada, y depende de una lengua que el pasaje no habla.

El domingo como octavo día, en sugerente, donde esperábamos poder darlo por seguro. Que Cristo resucitó el primer día de la semana es dato de los cuatro evangelios; que ese día sea también el octavo es lectura de la tradición patrística, y ningún autor del Nuevo Testamento la formula.

La descomposición de las edades patriarcales, en especulativa. Dos de las tres salen solas; la tercera está construida, y además las cifras varían entre tradiciones textuales.

El 120 de Hechos como doce por diez, en especulativa. La descomposición la elegimos nosotros entre siete posibles, y existe una explicación jurídica más llana.

Los trescientos de Gedeón, en sugerente y no en probable, por el desenlace de Jueces 8: el hombre que rehusó reinar en nombre del Señor fabricó con el oro del botín un objeto que desvió al pueblo.

Los patrones numéricos de Génesis 5, en sugerente. Existen, no cubren toda la lista, y varían entre tradiciones.

La inserción de un paréntesis indefinido en Daniel 9, en especulativa. No está en el texto, y es el propio sistema que la sostiene quien la llama paréntesis.

La identificación del 666 con Nerón, en sugerente. Es la mejor candidata que existe, con tres apoyos serios, y no pasa de ahí: la lengua no es la del libro, la grafía se elige, y el testimonio más antiguo no la conoce.

Y una que resultó más firme de lo que esperábamos, para que conste que el método no solo rebaja: **la inversión del canto de Lamec por Jesús,** que dábamos por sugerente y quedó en **probable,** al comprobarse que la versión griega de Génesis 4,24 y Mateo 18,22 emplean la misma fórmula de tres palabras y que la tradición católica lee desde antiguo esa alusión.

TERCERA LISTA CUESTIONES DECLARADAS SIN RESOLVER

Un libro sobre números que cerrara todas sus cuentas estaría, casi con seguridad, cerrando algunas por la fuerza.

Los siete Espíritus de Apocalipsis 5,6, en plural. Se enuncian las dos lecturas principales y no se elige.

El endurecimiento del corazón del faraón (Ex 7,3), atribuido a Dios antes de la primera plaga.

Los seis dones de Isaías 11,2-3 en nuestra traducción, frente a los siete de la Vulgata, sin que sepamos por qué Jerónimo, que tradujo del hebreo, coincidió aquí con el griego.

Los setenta años del exilio, que no coinciden exactamente con ningún cómputo de fechas.

Por qué el Señor prefirió la ofrenda de Abel. Nuestra traducción aligera la dificultad —Caín trajo algunos frutos, Abel las primicias y lo mejor— y no la resuelve.

Por qué Mateo cuenta a Jeconías dos veces. El procedimiento es seguro y está en la página; el motivo lo inferimos nosotros.

Los censos del desierto, que no encajan con el número de primogénitos ni con el tamaño de la tribu de Leví.

Las cronologías de los reinados, que no cierran sin introducir supuestos que el texto no menciona.

Las edades de los patriarcas, que difieren entre el texto hebreo, la versión griega y el Pentateuco samaritano.

Por qué a la Bestia le fue permitido vencer a los santos (Ap 13,7).

La aspereza de la imagen de Apocalipsis 14,4, que la lectura simbólica sitúa correctamente y no elimina.

Once cuestiones abiertas en treinta y dos capítulos. Nos parece una proporción sana.

ANEXO II

GLOSARIO BÁSICO

Este glosario recoge los términos que aparecen en el libro y que un lector no especialista podría no manejar. **No incluye los que el propio texto explica al usarlos**, ni los que pertenecen al vocabulario común de un católico practicante.

Las definiciones son breves a propósito. No pretenden agotar la materia, sino permitir seguir la lectura sin interrumpirla.

SOBRE EL TEXTO BÍBLICO

Canon. Lista de los libros que la Iglesia reconoce como Escritura inspirada. El canon católico comprende cuarenta y seis libros del Antiguo Testamento y veintisiete del Nuevo.

Crítica textual. Disciplina que compara los manuscritos antiguos de un texto para establecer cuál fue probablemente su redacción original. No juzga el contenido: reconstruye la letra.

Efod. Vestidura sacerdotal. El término cubre tres realidades: la del sumo sacerdote, trabajada en oro y tejidos preciosos, que sostiene el pectoral con las doce piedras y los instrumentos de consulta (Ex 28; 39); una prenda de lino más simple, usada por sacerdotes y por otros en contexto cultural (1 S 2,18; 2 S 6,14); y, en Samuel, un objeto que se trae y se sostiene para consultar al Señor (1 S 23,9-12). La Escritura registra también efod irregulares, fabricados fuera del culto legítimo: el de Gedeón, hecho con el oro del botín y juzgado como trampa e idolatría (Jc 8,24-27), y el de Micá (Jc 17,5).

Manuscrito. Copia de un texto hecha a mano, anterior a la imprenta. De la Biblia se conservan miles, y no todos coinciden en todos los detalles.

Variante textual. Diferencia entre manuscritos en un pasaje concreto. La más citada en este libro es la de Apocalipsis 13,18, que unos manuscritos transmiten como 666 y otros como 616.

Pentateuco. Los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Texto masorético. La forma del texto hebreo del Antiguo Testamento fijada y transmitida por los copistas judíos llamados masoretas, entre los siglos sexto y décimo. Es la base de la mayoría de las traducciones modernas, incluida la que este libro emplea.

Septuaginta, o versión de los Setenta. Traducción griega del Antiguo Testamento hecha por judíos de Alejandría a partir del siglo tercero antes de Cristo. Fue la Biblia de los primeros cristianos de lengua griega y es citada con frecuencia en el Nuevo Testamento.

Pentateuco samaritano. Versión del Pentateuco conservada por la comunidad samaritana, que difiere en numerosos puntos del texto hebreo masorético, entre ellos varias de las edades de los patriarcas.

Vulgata. Traducción latina de la Biblia realizada principalmente por san Jerónimo a finales del siglo cuarto, y que fue durante siglos el texto de uso común en la Iglesia occidental.

SOBRE LOS GÉNEROS Y LA INTERPRETACIÓN

Apocalíptico. Género literario que expresa mediante visiones y símbolos el sentido último de la historia y el triunfo final de Dios. Sus imágenes —bestias, sellos, copas, cifras— no se leen como descripciones sino como signos. El libro del Apocalipsis y buena parte de Daniel pertenecen a este género.

Exégesis. Trabajo de establecer qué quiso decir el autor de un texto, atendiendo a su lengua, su género y su contexto. Se distingue de la aplicación espiritual posterior, que presupone la exégesis pero no la sustituye.

Género literario. Forma de escribir que determina cómo debe leerse un texto. Una genealogía, un salmo, una crónica y una visión apocalíptica no se leen igual, aunque estén en el mismo libro.

Hagiógrafo. El autor humano de un libro de la Escritura. El término subraya que la inspiración divina no anula al escritor: Dios habla a través de hombres concretos, con su lengua, su estilo y sus conocimientos.

Sentido literal. Lo que el autor sagrado quiso significar mediante sus palabras. No equivale a «leer al pie de la letra»: el sentido literal de una parábola es lo que la parábola enseña, no que los hechos ocurrieran.

Tipología. Lectura según la cual una realidad del Antiguo Testamento prefigura otra del Nuevo: Jonás en el vientre del pez respecto de la sepultura de Cristo, por ejemplo. Es una lectura cristiana legítima y antigua, que no sustituye al sentido literal del pasaje antiguo.

SOBRE LOS NÚMEROS

Gematría. Práctica de sumar los valores numéricos de las letras de una palabra, aprovechando que en hebreo y en griego las letras sirven también de cifras. Era conocida en el mundo antiguo y se emplea en este libro únicamente como dato que se examina, nunca como método.

Número triangular. El que resulta de sumar todos los enteros desde uno hasta un número dado. Ciento cincuenta y tres es el triangular de diecisiete, porque sumar del uno al diecisiete da ese resultado.

Salto equidistante de letras. Procedimiento que consiste en suprimir los espacios de un texto y leer después una letra de cada dos, de cada tres, y así sucesivamente, buscando palabras. Se examina en el caso 29.

Sobre la doctrina

Adivinación. Pretensión de conocer el porvenir o lo oculto por medios distintos de los que Dios ha dado. El Catecismo la sitúa entre las faltas contra el primer mandamiento.

Escatología. Parte de la teología que trata de las realidades últimas: la muerte, el juicio, la resurrección y la consumación del mundo.

Inerrancia. Doctrina según la cual los libros de la Escritura enseñan sin error la verdad que Dios quiso consignar en ellos **para nuestra salvación**. La precisión final es esencial y se desarrolla en el capítulo 17.

Inspiración. Acción del Espíritu Santo por la cual los libros de la Escritura tienen a Dios por autor sin dejar de tener autores humanos verdaderos.

Magisterio. Función de enseñar que corresponde al Papa y a los obispos en comunión con él.

Milenarismo. Expectativa de un reino terreno de plenitud antes de la consumación final. La Iglesia lo ha rechazado, incluso en sus formas atenuadas, y en particular bajo su forma política de mesianismo secularizado.

Providencia. Disposición por la cual Dios conduce su creación hacia su fin, alcanzando también a cada persona y a cada circunstancia.

Superstición. Desviación del sentimiento religioso. No consiste en creer poco, sino en atribuir importancia mágica a cosas o prácticas, incluso legítimas.

SOBRE ESTE LIBRO

Escala de certeza. Los cinco grados en que este volumen clasifica cada lectura: *seguro, probable, sugerente, especulativo y no recomendable*. Se explican en «Cómo seguimos el hilo» y se aplican en la ficha crítica de cada capítulo.

Ficha crítica. Apartado que cierra cada capítulo y donde se clasifican, según la escala, todas las lecturas propuestas o examinadas en él.

Hallazgo. Dato que este libro encontró al verificar y que no figuraba en su planteamiento inicial. Cada capítulo declara si lo tiene, y algunos declaran expresamente que no.

Hilo. Tema que atraviesa la Escritura de un extremo a otro y reaparece en libros muy distintos. Es el principio de organización de esta serie.

Reserva de pasajes. Regla por la cual un texto que aparece en varios capítulos se examina en profundidad en uno solo, y los demás se limitan a enunciarlo y remitir.

UNA NOTA SOBRE LOS TÉRMINOS QUE NO ESTÁN AQUÍ

Este glosario no incluye tres palabras que el lector podría esperar.

No incluye **numerología**, porque el libro entero la define por sus operaciones y no por una fórmula.

No incluye los nombres de las corrientes, escuelas o comunidades mencionadas en los casos reales, porque la Parte VI examina procedimientos y no grupos.

Y no incluye ningún término griego ni hebreo. El volumen acude a las lenguas originales solo en contadas ocasiones, la decisiva en el capítulo 16, y siempre lo explica en el mismo párrafo en que lo hace.

ANEXO III

LOS CRITERIOS EN LA PRÁCTICA

Este anexo no repite los seis criterios: están enunciados en «Cómo seguimos el hilo» y allí es preciso leerlos. Lo que aquí se ofrece es su uso.

Está escrito pensando en una situación concreta y frecuente. Alguien te envía un mensaje, te pasa un vídeo o te comenta en una sobremesa que cierto número de la Biblia demuestra cierta cosa. La afirmación viene bien presentada, cita capítulos y versículos, y la aritmética parece cuadrar. No eres especialista y no tienes a mano una biblioteca. ¿Cómo decides qué hacer con eso?

Con seis preguntas y en este orden. No siempre hace falta responderlas todas: las dos primeras suelen bastar para ver por dónde va el asunto, y muchas afirmaciones no llegan más allá.

PRIMERA PREGUNTA: ¿QUÉ SOSTIENE ESTO ADEMÁS DEL NÚMERO?

CRITERIO 1.

Antes de examinar el cálculo, mira qué pasaría si el cálculo desapareciera. Si la afirmación se sostiene igual, el número era un adorno y no hay nada que discutir. Si la afirmación se desploma, el número está haciendo un trabajo que ningún número puede hacer.

Una doctrina puede estar acompañada por un número, ordenada por un número o iluminada por un número. No puede estar fundada en él. Cuando alguien nos dice que tal enseñanza «está probada» porque cierta cifra aparece cierta cantidad de veces, la enseñanza no está probada: está decorada.

Señal de alarma: la afirmación empieza con el cálculo y termina en la conclusión, sin nada en medio.

Ejemplo de aplicación. La resurrección de Cristo al tercer día es doctrina de fe. No lo es porque el tres signifique algo, sino porque los Evangelios lo narran y la Iglesia lo confiesa. Que el tres tenga además densidad simbólica en la Escritura enriquece la lectura y no aporta un gramo a la certeza del hecho. Quítese el simbolismo del tres y la resurrección permanece intacta; eso demuestra que el número acompañaba y no fundaba.

SEGUNDA PREGUNTA: ¿QUÉ HACE ESE NÚMERO EN SU PASAJE?

CRITERIO 2.

Esta pregunta es la que más afirmaciones descarta, y la que casi nadie hace.

Antes de averiguar qué significa un número, hay que averiguar qué está haciendo donde está. Puede estar contando una cantidad real. Puede estar organizando un relato en secciones. Puede marcar un ritmo litúrgico. Puede intensificar una imagen. Puede ser una cifra redonda que en su cultura equivalía a «muchos».

Solo después de responder eso tiene sentido preguntar si además significa algo. El sentido simbólico, cuando existe, nace del uso literal y no lo sustituye.

La operación práctica es sencilla y no requiere erudición: **abre el pasaje y lee lo que hay diez versículos antes y diez después.** Casi siempre basta. Si el número está en una lista de censo, cuenta. Si está en un calendario, mide tiempo. Si está en una visión, probablemente signifique.

Señal de alarma: quien hace la afirmación cita el versículo solo, sin decir qué se está narrando alrededor.

Ejemplo de aplicación. Los cuarenta años del desierto son un dato del relato: Israel camina cuarenta años. Que además el cuarenta marque en la Escritura los tiempos de prueba y preparación es verdad y añade hondura. Pero el simbolismo se apoya en el hecho narrado; no lo reemplaza ni lo disuelve en alegoría.

TERCERA PREGUNTA: ¿APARECE MUCHO PORQUE SIGNIFICA, O SIGNIFICA PORQUE APARECE MUCHO?

CRITERIO 3.

Es fácil confundir frecuencia con densidad. Un número puede repetirse en la Biblia sencillamente porque es una cantidad común, o porque el sistema de medidas de la época lo usaba, o porque las familias tenían ese número de hijos con frecuencia.

La prueba es preguntarse si las apariciones **se parecen entre sí**. Cuando un número significa, sus apariciones tienden a compartir contexto: aparece en escenas del mismo tipo, en momentos comparables, con funciones análogas. Cuando solo es una cantidad, las apariciones no tienen nada en común salvo la cifra.

Señal de alarma: una lista larga de apariciones sin ninguna relación entre ellas, presentada como si la longitud de la lista fuera el argumento.

Ejemplo de aplicación. El doce evoca al pueblo reunido cuando aparece en las tribus, en los apóstoles o en las puertas de la ciudad santa: son contextos emparentados. Doce bueyes en un inventario son doce bueyes. La diferencia no está en la cifra sino en la compañía.

CUARTA PREGUNTA: ¿ME GUSTA DEMASIADO?

CRITERIO 4.

Este es el criterio más difícil de aplicar, porque no se aplica al texto sino a uno mismo.

Cuando una asociación nos emociona, empezamos a defenderla en lugar de examinarla. Buscamos razones a favor y descartamos las contrarias sin advertirlo. Y el problema es que **las lecturas hermosas suelen ser también las más difundidas**, precisamente porque gustan, de modo que la presión del gusto propio se refuerza con la del ambiente.

La operación práctica: cuando una lectura te parezca preciosa, **pregúntate qué evidencia habría que encontrar para abandonarla**. Si no se te ocurre ninguna, no estás evaluando; estás defendiendo.

Señal de alarma: la afirmación viene acompañada de un tono de asombro que invita a admirar en lugar de a comprobar.

Ejemplo de aplicación. La lectura agustiniana del 153 es hermosa, antigua y venerable. Este mismo volumen la trata con detalle y la deja en sugerente, no en probable, precisamente porque todo invitaba a subirla de grado. Aplicar la escala a lo que uno quiere que sea verdad es la prueba de que la escala sirve.

QUINTA PREGUNTA: ¿ESTO DEMUESTRA UNA RELACIÓN O UNA INTENCIÓN?

CRITERIO 5.

Aquí está el mecanismo que produce casi toda la numerología, y una vez visto ya no se olvida.

Los números tienen propiedades reales. Ciento cincuenta y tres es efectivamente la suma de uno a diecisiete. Seiscientos sesenta y seis es efectivamente la suma de los valores de ciertas letras. Esas relaciones son verdaderas y cualquiera puede comprobarlas.

Lo que ninguna de ellas demuestra es que el autor sagrado las tuviera en mente.

Y hay una razón matemática que vale la pena entender, porque es la clave del asunto: **cualquier número suficientemente grande admite muchísimas descomposiciones**. Puede ser suma de una serie, producto de factores, resultado de una gematría en alguna lengua, diferencia de dos cuadrados. Encontrar una relación no es un hallazgo; es lo esperable. Lo que habría que demostrar es que esa relación, entre todas las posibles, es la que el texto usa —y para eso hace falta que el texto lo indique.

Señal de alarma: la afirmación presenta el cálculo como si su exactitud aritmética fuera la prueba. La aritmética prueba aritmética.

Una demostración fuera de la Biblia. Conviene probar este criterio con material que no sea sagrado, porque así se ve el mecanismo sin que la reverencia estorbe. Circula desde hace décadas una lista de coincidencias entre Abraham Lincoln y John F. Kennedy: los años de su elección al Congreso y a la presidencia separados por el mismo intervalo, los apellidos de sus sucesores idénticos, el número de letras de sus nombres, las circunstancias de sus muertes. Varias de esas coincidencias son ciertas por separado. Ninguna demuestra nada, porque entre dos biografías largas y bien documentadas siempre pueden encontrarse decenas de paralelismos si uno los busca —y quien hizo la lista los buscó, descartando en silencio los cientos de datos que no coincidían.

Ese es exactamente el procedimiento que produce la mayor parte de la numerología bíblica. La diferencia es que aquí nadie se ofende al verlo.

Ejemplo de aplicación. Que trescientos dieciocho sea, en equivalencias alfabéticas griegas, susceptible de lectura cristológica es comprobable. Que el autor de Génesis 14 —que escribía en hebreo y varios siglos antes— lo pensara así, no. La relación existe; la intención no está demostrada.

SEXTA PREGUNTA: ¿QUIÉN TRAZA LA LÍNEA ENTRE LOS DOS TEXTOS?

CRITERIO 6.

Cuando una lectura conecta un pasaje del Antiguo Testamento con Cristo o con el Nuevo, hay que preguntar quién hizo esa conexión.

Si la hace el propio Nuevo Testamento, la conexión es del texto. Si la ha hecho la tradición de la Iglesia a lo largo de los siglos, tiene el peso de la Tradición y se recibe como tal. Si la hace quien nos está hablando, y la sostiene solo el cálculo, es una ocurrencia, por devota que suene.

Señal de alarma: una conexión cristológica que ningún autor del Nuevo Testamento y ningún Padre parecen haber advertido en veinte siglos, y que descubre hoy quien nos escribe el mensaje.

Cómo comprobarlo sin biblioteca. Es la única de las seis preguntas que parece exigir acceso a los Padres, y no lo exige. Existe una obra hecha justamente para esto: la *Catena aurea* de santo Tomás de Aquino, que recopila, versículo por versículo, lo que los Padres griegos y latinos escribieron sobre los cuatro Evangelios. Basta buscar el capítulo y el versículo para ver si alguno de ellos leyó el pasaje como propone quien nos habla. Está disponible en línea de forma gratuita y en castellano, entre otros sitios en el Internet Archive.

Tiene un límite que importa conocer: cubre solo los cuatro Evangelios. Para el Antiguo Testamento no hay un instrumento igual de cómodo, y ahí la comprobación es más trabajosa. Pero como la mayoría de las conexiones cristológicas discutibles pasan por un texto evangélico, la *Catena* resuelve buena parte de los casos.

LA REGLA DE LA CADENA

Además de las seis preguntas, hay que tener presente una medida rápida que sirve para casi todo.

Cuenta los eslabones. Para llegar de un texto bíblico a la conclusión que se propone, ¿cuántos pasos hay que dar? ¿Un valor numérico, más una equivalencia alfabética, más una traducción intermedia, más una fecha de partida elegida, más una unidad de tiempo convertida?

Cada eslabón multiplica las posibilidades de que el resultado sea casual. Una cadena de cinco pasos puede llevar de casi cualquier texto a casi cualquier conclusión, y por eso las construcciones más elaboradas suelen ser las más débiles, aunque parezcan lo contrario.

Cuando una explicación necesita muchos pasos para funcionar, lo que se tiene no es un hallazgo: es una construcción.

QUÉ HACER CON EL RESULTADO

Aplicadas las preguntas, hay tres desenlaces posibles y los tres son legítimos.

Que la lectura se sostenga. Ocurre, y más de lo que la sospecha sistemática haría pensar. Los números de la Escritura significan de verdad, y este volumen dedica sus primeras partes a los casos en que el texto lo establece sin lugar a dudas.

Que no se sostenga. Entonces conviene decirlo con cuidado, porque casi nunca estamos ante alguien que quiera engañar. Estamos ante alguien a quien le pareció hermoso. La respuesta útil no es «eso es falso», sino mostrar la pregunta que no se hizo: qué hace ese número en su pasaje, o quién traza esa línea. Enseñar a preguntar sirve más que ganar la discusión.

Que no lo sepamos. Este es el desenlace que más cuesta aceptar y el más frecuente en las preguntas difíciles. Decir «el texto admite dos lecturas y no sabemos cuál eligió el autor» no es una derrota del método: es su funcionamiento normal. Un instrumento que siempre da respuesta no está midiendo nada.

UN RESUMEN PARA TENER A MANO

Ante una afirmación numérica que llega de fuera:

¿Se sostendría la conclusión sin el número?

¿Qué hace ese número en su pasaje? Lee diez versículos antes y diez después.

¿Sus apariciones se parecen entre sí, o solo comparten la cifra?

¿Qué evidencia me haría abandonar esta lectura? Si ninguna, no la estoy evaluando.

¿Se demuestra una relación aritmética o una intención del autor?

¿Quién traza la línea: el Nuevo Testamento, la Tradición, o quien me habla?

¿Cuántos eslabones necesita la explicación para llegar?

Y una última, que no es un criterio sino una advertencia: si la respuesta que obtienes te permite señalar a alguien, calcular una fecha o sentirte parte de un grupo que sabe lo que los demás ignoran, vuelve al principio. Ninguna de esas tres cosas ha salido nunca de una lectura correcta de la Escritura.

ANEXO IV

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA COMENTADA

Esta bibliografía no pretende ser completa. Recoge lo que este libro ha usado de verdad y lo que un lector puede consultar por su cuenta, con una nota sobre para qué sirve cada cosa.

Una advertencia sobre su forma. Los datos que aquí se consignan han sido verificados, porque **un dato bibliográfico no comprobado es tan poco fiable como una cita bíblica no cotejada**, y sería incoherente que un libro dedicado a la verificación se relajara en la última página.

Y una segunda advertencia, sobre cómo se cita. De las obras antiguas se indica la edición castellana de referencia, pero los pasajes se localizan siempre por las divisiones internas de la obra —libro, capítulo y párrafo—, que son las mismas en cualquier edición seria. Así, quien tenga otro ejemplar, o consulte una versión en línea, puede ir al lugar exacto sin depender de la paginación de un volumen que quizá no posea.

I. EL TEXTO BÍBLICO EL LIBRO DEL PUEBLO DE DIOS. LA BIBLIA

Traducción de Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso, realizada directamente de las lenguas originales —hebreo, arameo y griego—. Primera edición: mayo de 1981. Publicada por la Fundación Palabra de Vida, de Buenos Aires, y por Ediciones San Pablo.

Ediciones posteriores: corregida en junio de 1984, revisada y aumentada en abril de 1987, y nuevamente revisada y aumentada en mayo de 1990.

Censor: Pbro. Luis H. Rivas. *Puede imprimirse*: cardenal Raúl Francisco Primatesta, arzobispo de Córdoba y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, 18 de diciembre de 1986.

Aprobada para el uso litúrgico por las Conferencias Episcopales del Cono Sur: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay.

Colaboraron en la traducción del Nuevo Testamento Mateo Perdía, Orlando Aprile, Julián Falcato y Estela Picasso.

Existe una edición posterior, publicada por Verbo Divino bajo el título *La Biblia. Libro del Pueblo de Dios*, que conserva la misma traducción y añade un aparato de notas enteramente reelaborado por Levoratti. **Este volumen cita el texto bíblico, que es idéntico en ambas.**

Es la traducción que emplea toda la serie *Hilos de la Escritura*. Se caracteriza por un castellano contemporáneo de ámbito iberoamericano y por el uso del «ustedes» en lugar del «vosotros».

Está disponible íntegramente en el sitio de la Santa Sede, en el archivo de textos bíblicos, lo que permite a cualquier lector comprobar por sí mismo todas las citas de este libro.

Con una advertencia que es preciso dar, porque nos ha afectado. La transcripción en línea contiene erratas tipográficas y, en algún pasaje, omisiones de texto: al preparar el capítulo 13 comprobamos que le faltaban dos nombres de la genealogía de Mateo. Sirve con plena confianza para el vocabulario y la redacción; para cualquier trabajo que exija exactitud letra por letra o listas completas, hace falta el ejemplar impreso.

OTRAS TRADUCCIONES CONSULTADAS

Este libro compara ocasionalmente con la **Biblia de Jerusalén** y con la **Vulgata**, siempre para señalar una divergencia y nunca para corregir el texto base.

La comparación con la Vulgata aparece en el capítulo del siete, a propósito de los dones del Espíritu en Isaías 11.

II. DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

Los cuatro que este libro cita con su redacción. **Todos están disponibles gratuitamente en el sitio de la Santa Sede.**

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Promulgado por Juan Pablo II mediante la constitución apostólica *Fidei depositum*, del 11 de octubre de 1992, en el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. La edición típica latina fue promulgada por el mismo Pontífice el 15 de agosto de 1997, mediante la carta apostólica *Laetamur magnopere*.

Se cita en seis lugares. Sobre el dogma trinitario, en los capítulos del uno y del tres. Sobre las prefiguraciones del bautismo, en el capítulo del ocho. Sobre la superstición y el primer mandamiento, en el capítulo del trece. Sobre el milenarismo, en el capítulo del mil. Y sobre la adivinación, en el último de los casos reales.

Es la obra de referencia que un lector debería tener a mano al leer este volumen, y en particular su Parte VI.

CONCILIO VATICANO II, *DEI VERBUM*

Constitución dogmática sobre la divina revelación, promulgada el 18 de noviembre de 1965. Los números 11, 12 y 13 son la espina dorsal del capítulo 17, y probablemente el texto más útil que existe para un lector que se encuentre con dificultades en la Escritura.

El número 13, sobre la condescendencia de Dios que habla en lenguas humanas como el Verbo tomó carne, da a este libro su fundamento más hondo.

CONCILIO VATICANO II, *SACROSANCTUM CONCILIUM*

Constitución sobre la sagrada liturgia, promulgada el 4 de diciembre de 1963. Fue el primer documento aprobado por el Concilio. Su número 13, sobre los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, es la clave del capítulo del treinta y tres y de todo lo que este volumen dice sobre las tradiciones devocionales.

COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Publicado por el Pontificio Consejo «Justicia y Paz» en 2004. Su número 25 sostiene que los preceptos del año sabático y del año jubilar **constituyen una doctrina social «in nuce»**, y explica por qué: los principios de justicia y solidaridad que expresan están inspirados por la gratuidad de la salvación que Dios realizó.

Es la clave del capítulo dedicado al cuarenta y nueve y al cincuenta.

III. FUENTES PATRÍSTICAS Y TEOLÓGICAS

SAN AGUSTÍN, *LA CIUDAD DE DIOS*

Compuesta entre los años 413 y 426. El libro XV afronta directamente la divergencia entre las cifras hebreas y griegas de las edades patriarcales. Se emplea en el capítulo 17, y merece leerse entero: es el mejor ejemplo antiguo de cómo mirar una dificultad textual sin resolverla y sin alarmarse.

La edición castellana de referencia es la bilingüe de la Biblioteca de Autores Cristianos, tomos XVI y XVII de las *Obras completas de San Agustín*, promovida por la Federación Agustiniana Española, con traducción de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero e introducción y notas de Victorino Capánaga. Conviene advertir que las tiradas antiguas de esos mismos tomos llevan una traducción distinta, preparada por José Morán; quien cite por página debe indicar cuál usa.

SAN IRENEO DE LYON, *CONTRA LAS HEREJÍAS*

Compuesta hacia el año 180. Se cita en tres lugares, y de los tres se da aquí la localización exacta para que el lector pueda ir a verlos.

Libro III, capítulo 11, párrafo 8. Los Evangelios no pueden ser ni menos ni más de cuatro, y la razón que da son las cuatro regiones del mundo habitado, los cuatro vientos principales y las cuatro figuras de los vivientes. Se usa en el capítulo del cuatro.

Libro V, capítulo 30, párrafo 1. Sostiene que el 666 se encuentra en todos los ejemplares antiguos y acreditados, y que lo atestiguan quienes vieron a Juan cara a cara. Sobre la variante 616 es más prudente de lo que suele citarse: dice que *sospecha* un error de copistas, dado que en griego las letras hacen de números y la que vale sesenta pudo tomarse por la iota, que vale diez. Y distingue entre quienes recibieron esa lectura de buena fe y quienes buscaron con ella un nombre que cuadrara.

Libro V, capítulo 30, párrafo 3. Aquí ensaya tres nombres que dan la cifra —Evantas, Lateinos y Teitán— y vale la pena leer con cuidado qué hace con ellos. De Evantas dice expresamente que no afirma nada. De Lateinos, que es una solución verosímil por tratarse del último de los reinos, pero que no se gloriará de la coincidencia. De Teitán, que le parece el más probable, y aun así se niega a pronunciarse.

Y la razón que da es la que interesa a este libro: **como son muchos los nombres que contienen esa cifra, es más seguro y menos arriesgado esperar el cumplimiento de la profecía que andar conjeturando nombres, porque la pregunta seguiría sin resolverse aunque se ensayaran todos.** Añade que quien afirma con certeza haber dado con el nombre se expone a un peligro concreto: si el que venga trae otro, no lo reconocerá. Se usa en el caso 26.

Importa subrayarlo porque suele citarse a Ireneo como si hubiera propuesto candidatos, cuando lo que hizo fue ensayarlos y renunciar a ellos. La fuente más antigua de la que disponemos sobre esta cifra desaconseja expresamente la operación que este libro examina.

Los tres pasajes se han consultado en el texto de la obra, y no a través de quienes la citan. Es una precaución que este libro se debe a sí mismo: Ireneo es de los autores más citados de segunda mano en la literatura sobre estas materias, y con frecuencia se le atribuye una posición que el original matiza o directamente rechaza.

Para el lector de lengua española hay una traducción de los cinco libros preparada por Carlos Ignacio González y publicada por la Conferencia del Episcopado Mexicano, hecha sobre la edición crítica de *Sources Chrétiennes*. Las referencias a su año de aparición oscilan entre 1999 y 2000 según la fuente, y no se ha podido determinar cuál corresponde a la primera tirada. Existe además una edición crítica reciente en la colección Fuentes Patristicas —Ciudad Nueva, Madrid, 2022—, pero sólo del libro I, que no es ninguno de los que aquí se citan.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *CATENA AUREA*

Comentario continuo a los cuatro Evangelios, compuesto enteramente con textos de los Padres, versículo por versículo.

No se redactó de una vez, y conviene decirlo con precisión porque la obra suele fecharse en bloque. Urbano IV se la encargó a finales de 1262 o principios de 1263. El volumen dedicado a Mateo estuvo listo antes de la muerte del pontífice, ocurrida en octubre de 1264. Los correspondientes a Marcos, Lucas y Juan se completaron entre 1265 y 1268.

No se ha empleado en la redacción de este volumen, y se recomienda por una razón práctica: **es el modo más rápido de comprobar qué dijo realmente la tradición sobre un pasaje**, en lugar de fiarse de lo que se afirma que dijo.

En castellano, la traducción de referencia es la de Eilhard Schlesinger y Guillermo Buitrago, publicada por Cursos de Cultura Católica en Buenos Aires, 1942.

IV. SOBRE LAS MATERIAS DE LA PARTE VI

Los siete casos reales se han documentado en fuentes concordantes de distinta procedencia, incluidas fuentes favorables a las interpretaciones examinadas y fuentes críticas con ellas. Ese criterio —contrastar siempre con ambos lados— se declara aquí porque importa que el lector lo conozca.

No se ofrece una lista de esas fuentes, y la decisión es deliberada.

Buena parte de ellas son materiales de divulgación que sostienen precisamente lo que este libro desaconseja, y que además cambian de dirección con frecuencia. Incluirlos equivaldría a facilitarlos, y este volumen no quiere ser una guía de lectura de aquello contra lo que argumenta.

Lo que sí se ofrece es lo que un lector necesita para comprobar por su cuenta: los datos concretos están en cada caso, con fechas, cifras y hechos que cualquiera puede verificar por los medios habituales. Y hay una excepción que la honestidad pide: las fuentes críticas y académicas no dan tribuna a nadie, y las principales quedan aquí. Para los saltos equidistantes, el artículo original es el de D. Witztum, E. Rips y Y. Rosenberg en *Statistical Science* 9 (1994) 429-438, y la refutación, la de B. McKay, D. Bar-Natan, M. Bar-Hillel y G. Kalai, «Solving the Bible Code Puzzle», *Statistical Science* 14 (1999) 150-173. Para el milerismo, la defensa documentada de F. D. Nichol, *The Midnight Cry* (1944), y el estudio de R. L. Numbers y J. M. Butler (eds.), *The Disappointed* (1987), de donde procede, entre otras cosas, la identificación de las túnicas blancas como leyenda de prensa. Sobre el alzamiento de Venner y la Quinta Monarquía, B. S. Capp, *The Fifth Monarchy Men* (1972). Sobre Waco, el estudio académico de J. D. Tabor y E. V. Gallagher, *Why Waco?* (1995). Ninguno de estos títulos enseña a calcular nada: enseñan cómo se comprueba.

Y en un caso, el de los saltos equidistantes, **la comprobación no requiere ninguna fuente**: el propio lector puede rehacer los dos experimentos con una computadora.

V. LO QUE ESTE LIBRO NO HA USADO

Hay que terminar con una lista de ausencias, porque dicen tanto como las presencias.

No se ha usado ningún estudio sobre simbolismo numérico bíblico. Existen, algunos son valiosos, y su ausencia es deliberada: este volumen quería llegar a sus conclusiones desde el texto y no desde un marco previo. Confrontarlo con esa literatura es un trabajo pendiente y legítimo.

No se han usado comentarios exegéticos capítulo por capítulo. Cuando el libro afirma qué dice un pasaje, lo afirma tras abrirlo, no tras leer a quien lo comenta.

Y no se han usado obras de numerología. Los casos reales describen procedimientos documentados en fuentes que los exponen o los critican, sin acudir a los manuales que los enseñan.

Esa última ausencia tiene un costo que conviene declarar: **el libro examina los métodos por sus resultados y no por sus formulaciones internas.** Un especialista podría objetar que algunos de esos métodos se defienden con matices que aquí no aparecen. Es cierto, y es el precio de no darles tribuna.

NOTA FINAL

Todo lo que este anexo afirma —fechas de promulgación y de composición, autores, ediciones y aprobaciones del texto bíblico, números concretos de los documentos citados y localización exacta de los pasajes patrísticos— ha sido verificado.

Donde este libro ha trabajado con una limitación, la limitación está dicha en su lugar: la transcripción en línea del texto bíblico no sustituye al ejemplar impreso, y la ausencia de una lista de fuentes para la Parte VI es una decisión razonada y no una omisión.

Es lo menos que puede pedirse a un volumen que ha dedicado treinta y un capítulos a sostener que las cuentas hay que comprobarlas.



Tu historia puede convertirse en un libro

En Proyecto M2050 hacemos que las ideas —de personas y de empresas— cobren vida en páginas que inspiran, transforman y dejan huella.

Te acompañamos desde la primera chispa creativa hasta el momento en que tu libro llega a las manos de sus lectores.

Proyecto M2050: historias que construyen futuro.

Contáctanos y juntos hagamos de tu historia o proyecto un libro que deje huella.



info@proyectom2050.org |



www.proyectom2050.org

Síguenos en redes sociales:



Proyecto M2050



Proyectom2050



Editorial Proyecto



Proyecto_M2050



Proyecto M2050





ESPACIO DE FORMACIÓN Y ESTUDIOS ECLESIALES

Reúne, ordena y comparte gratuitamente materiales de formación cristiana, reflexión teológica, estudio bíblico y divulgación eclesial, nacidos de un camino personal de estudio, escritura, docencia y servicio.

Este espacio ofrece ensayos, libros, conferencias, entrevistas, presentaciones y recursos de trabajo para quienes desean profundizar en la fe cristiana, comprender mejor la Sagrada Escritura y la vida de la Iglesia, y dialogar con los grandes temas humanos desde una mirada iluminada por el Evangelio: cristiana, razonable y esperanzada.

Formación, estudio y divulgación al servicio de la fe.

NUMERALIA BÍBLICA

Numeralia bíblica estudia el uso de los números en la Sagrada Escritura desde una perspectiva católica, bíblica y hermenéuticamente prudente. Parte de una premisa fundamental: en la Biblia los números no son claves secretas, cifras dotadas de poder propio ni un sistema paralelo de revelación, sino elementos integrados en la forma literaria, litúrgica y teológica del texto inspirado. El siete, el diez, el doce, el cuarenta, el setenta y otros números son abordados en relación con los grandes momentos de la historia de la salvación: creación, alianza, prueba, purificación, misión, juicio, misericordia y consumación. Su significado no se impone desde fuera del texto, sino que se discierne atendiendo a su recurrencia, a su función estructural, a su contexto histórico y a su inserción en la unidad de toda la Escritura.

La obra distingue cuidadosamente entre simbolismo numérico bíblico (el significado simbólico, profético y espiritual que tienen los números dentro de las Sagradas Escrituras); gematría (método de interpretación alfanumérica en el que a cada letra se le asigna un valor numérico. Al sumar estos valores, las palabras adquieren un número); y numerología esotérica (significado místico, espiritual y oculto de los números). El simbolismo numérico reconoce el valor del símbolo cuando nace del propio tejido bíblico; examina con cautela las posibles resonancias filológicas, culturales o teológicas de ciertos números; y rechaza toda lectura que convierta la Revelación en un código oculto o en una gnosis reservada a iniciados. Su método se apoya en el sentido literal, los géneros literarios, la analogía de la fe, la Tradición viva de la Iglesia y la lectura cristológica de la Escritura. Por ello, cada interpretación se formula según diversos grados de certeza — segura, probable, sugerente o especulativa—, evitando tanto el reduccionismo racionalista como la sobre interpretación simbólica. Los números pueden ordenar la inteligencia de la fe y abrir caminos legítimos de contemplación; pero la plenitud de la Escritura no se encuentra en una cifra escondida, sino en Cristo, Verbo encarnado, centro de la Revelación y cumplimiento definitivo de la historia de la salvación.

www.proyctom2050.org